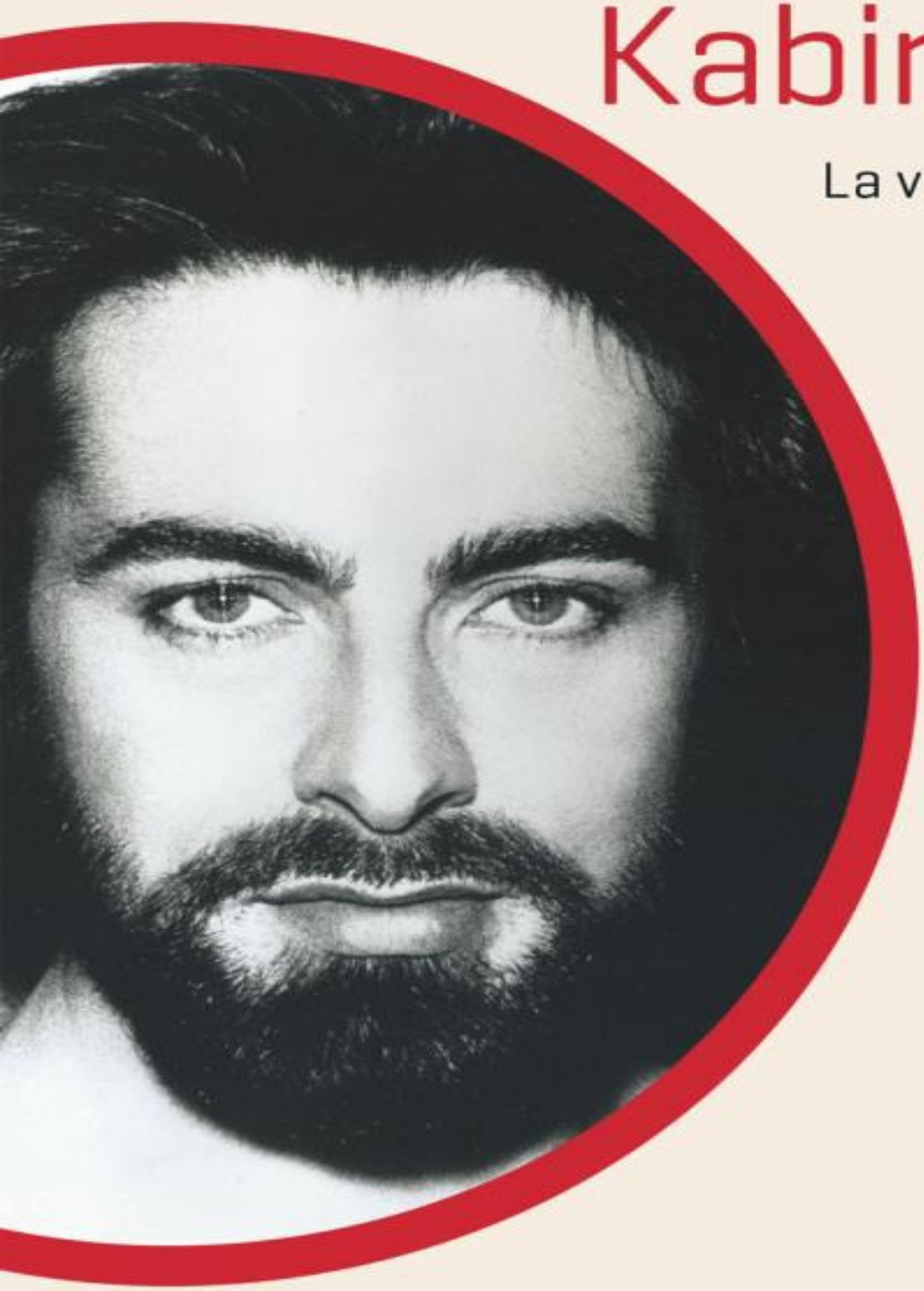
Historias que debo contar

Kabir Bedi

La vida emocional de un actor

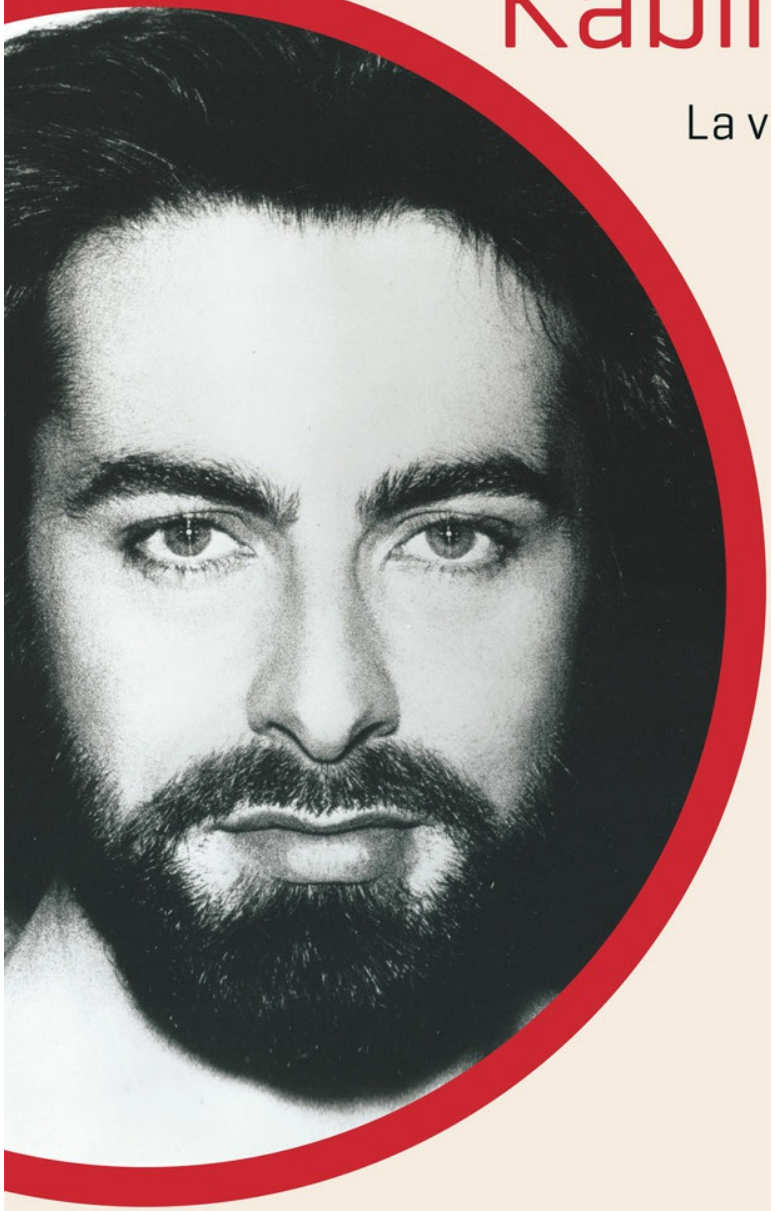


AMOK
EDICIONES

Historias que debo contar

Kabir Bedi

La vida emocional de un actor



AMOK
EDICIONES

Historias que debo contar

Kabir Bedi

La vida emocional de un actor

Traducido por Marta Vázquez Heredia


AMOK
EDICIONES

Historias que debo contar.

La vida emocional de un actor

Título original: Stories I Must Tell. The Emotional Life of an Actor

© 2021, Kabir Bedi

all rights reserved

AMOK Ediciones

C/Salustiano Olózaga 18, 4ºD

28001 — Madrid — España

comunicacion@amokediciones.es

© Amok Ediciones por esta primera edición digital en España, mayo de 2023

© 2023, Marta Vázquez Heredia, por la traducción

© Terry O’Neill, por la fotografía de cubierta

Natalia Martínez, por la maquetación

Dirección creativa y de arte de la colección:

Madre, Espacio de Contenidos Creativos.

www.madrenohaymasqueuna.com

Diseño gráfico de este título:

Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-30-9

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice de contenido

Antes de empezar

Capítulo 1

ME MARCHÉ POR LOS BEATLES

Valentía y traición

Cuando dejé atrás mi vida en Delhi, la capital de la India, fue por los Beatles, el grupo de rock más famoso del mundo en los años 60. Todo empezó el día que los entrevisté…

Capítulo 2

CASUALIDADES Y DECISIONES

Kabir y Kishmish

Un encuentro casual puede cambiarte la vida, y más si se trata de una bella mujer, sobre todo si intentas resistirte a ella y luego sucumbes…

Capítulo 3

DÍAS DE AMOR Y FAMA

Sandokán y Parveen Babi

Las estrellas de cine son objeto de un millón de fantasías, pero no son objetos: son personas con virtudes y debilidades como todos los seres humanos…

Capítulo 4

DE LA REVOLUCIÓN A LA RELIGIÓN

Baba y Freda

Los recuerdos que muchos guardamos con más cariño son los de nuestros padres y los lugares donde crecimos, las vivencias que jalonan los años en que somos más impresionables…

Capítulo 5

REFLEXIONES EN LA PLAYA

Playas y convicciones

Es un relato que escribí sobre un paseo por la playa de Juhu cuando era un idealista de veintinueve años. Muchas de mis convicciones han cambiado desde entonces…

Capítulo 6

SALVAR A MI HIJO

El alma herida

La alarma sonó por primera vez cuando mi hijo mencionó el suicidio durante un paseo al atardecer por la playa de Santa Mónica…

Capítulo 7

AGONÍA Y ÉXTASIS

Ruina y resurrección

Hollywood acabó conmigo, Italia y la India me resucitaron. Los recuerdos de mi carrera llenarían muchas páginas. Lo primero que me viene a la mente…

Fotografías emblemáticas y portadas de revistas

Agradecimientos por este libro

Notas al Pie

Dedicado a todos los jóvenes técnicos como mi hijo Siddhartha y a toda la gente joven que quiere cambiar el mundo para mejorarlo.

¡Ojalá realicéis vuestros sueños!

Antes de empezar

La mayoría de estas historias que debo contar giran en torno a personas y lugares que he conocido y amado, quizá eso resulte peculiar. Las cuento con toda sinceridad y de la manera más fidedigna que puedo, aunque no soy infalible; espero que resulten interesantes. Son historias emocionales de tiempos difíciles y, en conjunto son la historia de mi agitada trayectoria como actor.

No es fácil escribir sobre mi vida; he conocido una gran fama y aquí hablo de cómo llegué hasta allí. También he cometido errores que quizá sirvan a alguien como advertencia. Al hacer memoria me vuelven algunos recuerdos que querría haber olvidado, pero los cuento porque en mi vida siempre se han entrelazado las penas y las alegrías, la agonía y el éxtasis.

En cuanto a la gente y los acontecimientos, solo hablo de ellos en relación con las historias de este libro. Pido disculpas a los amigos, familiares y compañeros que no menciono, quizá aparezcáis en otras historias porque tengo mucho que contar sobre aquellos años tan ajetreados. De momento, perdonadme. Os llevo en el corazón. Al final del libro doy las gracias a todos los que lo han hecho posible, pero ya desde aquí quiero expresar mi agradecimiento a las personas que han enriquecido mi escritura.

Estoy muy agradecido a mi gurú en el mundo de la publicidad, Gerson da Cunha; al periodista, historiador y escritor Andrew Whitehead; y a mi amigo periodista y escritor italiano Carlo Pizzati por sus valiosos consejos para escribir este libro.

Estoy muy agradecido a mi amigo Mickey Nivelli, a su maravillosa esposa Chand y a su espíritu guía, Lotte, por ayudarme en mi época de mayor necesidad. Nunca olvidaré su bondad ni dejaré que caiga en el olvido.

Estoy muy agradecido a Giampaolo Cutillo, antiguo Cónsul General de Italia en Bombay, por proponerme como Cavaliere, el mayor reconocimiento civil italiano. Gracias también a Elisabetta Salvatori, su bella esposa y dinámica compañera de vida.

Estoy muy agradecido a mi esposa, Parveen Dusanj-Bedi, por su amor incondicional. Ella me ha motivado para terminar este libro después de años de comienzos frustrados. Sus consejos han sido tan valiosos como los que más. Le estaré eternamente agradecido.

Benditos seáis todos los que me habéis deseado éxito, vuestros deseos han ayudado a hacerlo realidad.



Capítulo 1

ME MARCHÉ POR LOS BEATLES

Valentía y traición

Cuando dejé atrás mi vida en Delhi, la capital de la India, fue por los Beatles, el grupo de rock más famoso del mundo en los años 60. Todo empezó el día que los entrevisté, el 7 de julio de 1966. Fue una entrevista en exclusiva, cara a cara con cada uno de ellos durante media hora: una hazaña fabulosa para un reportero independiente de veinte años. Trabajaba para All India Radio, una emisora que entonces era monopolio del estado, y cuando dije a mis jefes que quería entrevistar a los Beatles, se rieron de mí diciendo que era imposible: ningún periodista de la ciudad había conseguido ponerse en contacto con ellos. Les insistí diciendo que no tenían nada que perder, solo necesitaba que me dejasen una grabadora. Al final aceptaron como quien consiente un capricho a un niño para que deje de incordiar, y me lancé a la calle dispuesto a triunfar en aquella misión imposible.

La policía había instalado barreras en Mathura Road para mantener a los fans alejados del hotel donde estaban los Beatles, el Oberoi Intercontinental, el primer hotel moderno de cinco estrellas construido en Delhi. A mí me dejaron pasar con el carnet de prensa. El elegante vestíbulo de mármol y cristal del hotel estaba lleno de periodistas y fotógrafos que también buscaban a los Beatles, pero ninguno los había visto. Alguien susurró que los estaban sacando a escondidas del hotel por la puerta de la cocina y los fotógrafos salieron corriendo para pillarlos. Me quedé allí, vigilando las puertas de los ascensores sin descolgarme del hombro la grabadora con el emblema de All India Radio. Me encantaban los Beatles y sabía que el primer paso era contactar con su mánager, Brian Epstein, que bajó al vestíbulo dos horas después seguido de uno de los directores del hotel y se dirigió a la salida sin que nadie lo reconociera. Yo tenía un plan, y me acerqué a él mientras estaba esperando su coche.

—¿Señor Epstein? —dije sin aliento; me cosquilleaban todas las células del cuerpo.

—Sí —respondió secamente, irritado porque le hubieran reconocido.

—Soy de All India Radio, señor Epstein —farfullé—. La radio nacional de la India.

Me ignoró directamente, así que puse en marcha mi plan de recurrir a la inventiva.

—Señor Epstein, el Gobierno ha programado una entrevista con los Beatles esta noche a las diez.

Con eso conseguí su atención; se giró hacia mí furioso y gritó:

—¡¿Cómo se atreven?! ¡Los chicos NO van a conceder entrevistas A NADIE!

Epstein empezó a andar hacia el coche que llegó en ese momento, y yo fui detrás de él insistiendo.

—Pero el Gobierno ya ha anunciado la entrevista. Puede haber serias complicaciones si los Beatles se niegan. Tenga en cuenta que es un asunto de estado, señor Epstein —le imploré.

Se paró de repente con expresión inquieta, parecía indeciso. Eso me dio esperanza; había estimado correctamente el punto débil de Epstein.

Me había inventado lo del Gobierno porque sabía que los Beatles habían pasado un mal rato en Filipinas antes de venir a Delhi. Según la prensa, la esposa del dictador Ferdinad Marcos, Imelda Marcos, les pidió que actuasen en la fiesta de cumpleaños de sus hijos después del concierto en Manila. Los Beatles se negaron y la cólera del matrimonio Marcos cayó sobre ellos: tuvieron que abandonar de inmediato el país y la gente los agredió en el aeropuerto. Nueva Delhi era una parada improvisada para reponerse antes de volver a Londres.

—Soy un gran fan de los Beatles, señor Epstein… No quiero que tengan problemas con el Gobierno indio.

Me miró con actitud agresiva. Yo estaba en ascuas, era un momento crítico.

—Los chicos NO van a hacer entrevistas —dijo enfadado—. ¡Yo haré la puñetera entrevista!

Me dio un vuelco el corazón; conseguir una entrevista con Brian Epstein era un gran triunfo para mí.

—Muchísimas gracias, señor Epstein. Estoy seguro de que mis jefes estarán muy satisfechos.

Me dio la espalda sin decir nada más y subió al coche. Yo aún tenía que confirmar nuestra cita.

—Son las cinco. ¿A qué hora y dónde quiere que nos veamos?

—A las siete en punto —dijo con desdén, y le hizo un gesto al director del hotel que estaba a mi lado. Poco después ya me había informado del procedimiento para acceder a la habitación de Epstein.

Los Beatles dominaban la escena musical internacional desde 1964, el año que conquistaron Estados Unidos. En Saint Stephen's College —la universidad de Delhi donde estudié—, nos entusiasmaban a todos. Habían eclipsado a iconos de la década anterior como Frank Sinatra, Nat King Cole y Elvis Presley creando una música pop radicalmente distinta, una mezcla de rock, soul y folk con arreglos increíblemente originales y letras mucho más impactantes que las canciones con rima habituales hasta entonces. Fueron los símbolos de una Nueva Era que influenciaron a los jóvenes de mi generación en todo el mundo, incluso en la lejana India. Los Beatles reflejaban el movimiento contracultural que recorría Occidente en los años 60. Los hippies proclamaban su filosofía de no violencia y «Flower Power», los pacifistas se manifestaban en las calles contra la guerra de Vietnam, y Londres se convertía en capital de la nueva cultura con la escena musical y de la moda centrada en Carnaby Street, donde surgió el estilo psicodélico. Todos eran admiradores de los Beatles. Apenas podía controlar el entusiasmo al pensar que los iba a conocer.

A las siete en punto llamé con los nudillos a la puerta de la suite de Epstein, era la última del

pasillo en uno de los pisos más altos del hotel. No hubo respuesta; esperé un minuto largo y llamé otra vez, sin resultado. Volví a insistir llamando más fuerte, pero no respondió nadie. Ya empezaba a perder la esperanza cuando Epstein abrió la puerta de repente y se quedó mirándome; estaba pálido y sudoroso, envuelto en un albornoz blanco.

—Soy Kabir Bedi de All India Radio, señor Epstein. Me prometió que me concedería una entrevista —le dije con una sonrisa.

Él puso los ojos en blanco.

—¡Dios! —exclamó—. No puedo hacer esto ahora…

La decepción me dejó sin palabras. Al verle tan desaliñado pensé que quizá estuviera drogado. En cualquier caso, era evidente que no se encontraba bien. Falleció un año después, en agosto de 1967, a los treinta y dos años.

Pero tampoco estaba dispuesto a marcharme sin más, y le supliqué con desesperación:

—Es que el Gobierno le ha dado mucha publicidad a la entrevista… Está anunciada para esta noche a las diez.

—Espere un momento —dijo irritado, y me cerró la puerta en las narices.

Empecé a sudar, no sabía qué iba a pasar. Al cabo de unos minutos Epstein salió un poco más arreglado, con pantalones debajo del albornoz. Me cogió del brazo y me llevó agarrado hasta el otro extremo del pasillo, llamó a la puerta de una suite y abrió Paul McCartney. Los demás Beatles estaban en el salón y sentí que me electrizaba al verlos en carne y hueso.

—Hacedme un favor, chicos —dijo Epstein respirando con dificultad—. Concededle una entrevista a este hombre.

Paul asintió y sonrió. Epstein volvió a su habitación.

—Se lo agradezco mucho —balbuceé impresionado; tenía la sensación de estar flotando mientras acompañaba a Paul al interior de su guarida.

—¿De dónde eres? —me preguntó Paul en tono amable.

—De All India Radio, la emisora más importante de la India —le dije con osadía. No hacía falta explicar que era un monopolio estatal—. Todo el mundo la escucha.

Eso tampoco era verdad: la mayoría escuchaba Radio Ceylon, que emitía desde Sri Lanka y se imponía sobre otras emisoras con canciones populares de Bollywood. El programa que más éxito tenía en la India era Binaca Geetmala, de Ameen Sayani. All India Radio solo emitía música pop occidental media hora a la semana en A Date with You, que presentaba la mítica Preminda Premchand.

Paul McCartney me llevó hasta un sofá. George Harrison estaba sentado en el suelo pulsando las

cuerdas de un sitar, Ringo Starr leía periódicos tirado en otro sofá y John Lennon estaba junto a las cortinas que tapaban las ventanas, hablando con un indio que llevaba un traje oscuro. A ninguno pareció importarle mi presencia allí. Yo sentía el pulso martilleándome en las sienes mientras los miraba, ¡estaba con los Beatles, tío!

Cuando los entrevisté en 1966, los Beatles ya eran uno de los grupos con más éxito en la historia de la música pop. La «beatlemanía» se estaba extendiendo por todo el mundo. Yo era un ferviente admirador suyo, acababa de terminar la carrera y de repente estaba allí: entrevistándolos en la habitación de su hotel cuando ningún otro periodista indio había conseguido llegar hasta ellos.

Había seguido su carrera desde 1963, el año que entré en la universidad; me conquistaron con I Want to Hold Your Hand y She Loves You. En 1964 me encantó Hard Day's Night. Pero me convertí en admirador incondicional cuando escuché Yesterday en el disco Help de 1965. Su último álbum era Rubber Soul, y pregunté por él a Paul.

—¿Es verdad que se vendieron más de un millón de copias de Rubber Soul en los primeros diez días?

—Eso he oído yo también —me dijo con una sonrisa que le marcó arrugas junto a los ojos. Tenía cara de chico inglés simpático, y le iba bien el apodo que le habían puesto: «el Beatle guapo».

—¡Me encantó Michelle! —dije tartamudeando—. Es una canción tan tierna, casi como una balada inglesa. ¿Por qué eligió un nombre francés? ¿Era alguna chica que conocía?

—No, no. Nada de eso —dijo Paul negando con la cabeza—. La compuse hace mucho, es una canción de amor y Michelle me sonaba romántico.

—¿Cree que ese estilo más suave de Rubber Soul se mantendrá en sus próximos trabajos?

—Hemos estado probando un montón de sonidos nuevos —dijo con seriedad—. Puede que nuestro próximo disco rompa algunos esquemas.

Se refería a Revolver, que salió un mes después y fue uno de sus discos más innovadores, con canciones tan radicales y vanguardistas como Eleanor Rigby y I'm Only Sleeping, además de la alegre Yellow Submarine.

—¿Puede decirme cómo será? —Yo esperaba que me diese algún tipo de primicia.

—La verdad es que no —dijo Paul en tono amable, negando de nuevo con la cabeza—. Tendrás que esperar a que salga, pero te aseguro que va a estar bien.

No tenía ganas de entrar en detalles conmigo; me veía como el joven reportero inexperto que yo era, y respondió al resto de mis preguntas con la soltura que da la práctica. Para mí no hubo sorpresas porque ya conocía las respuestas: «Sí», él y John habían estudiado música juntos en Liverpool; «Sí», Epstein era el responsable de su nueva imagen de «buenos chicos». Lo último que le pregunté fue si le había influido la música india.

—Oye, yo escucho de todo, pero habla con George —respondió Paul, animándome con esa sonrisa irresistible—. Él sabe más de la India que todos nosotros juntos.

Le estreché la mano pletórico de gratitud; era un hombre muy amable.

Sin dejar de pulsar las cuerdas del sitar, George Harrison me llamó con un gesto para que me acercase. Le gustaba tanto el sitar que le llamaban «el indio» de los Beatles. Yo quería sondearle sobre su relación con la India y la espiritualidad hindú.

—Nos dejó alucinados a todos tocando el sitar en Norwegian Wood —le dije para empezar. Él aceptó el cumplido asintiendo sonriente—. ¿Era la primera vez que se tocaba un sitar en una canción occidental?

—No se me ocurre ninguna otra —respondió insinuando una sonrisa—. Me gustaría usarlo más.

Después tocó el sitar de una manera mucho más creativa en Love to You y Tomorrow Never Knows, ambas del disco Revolver. Para los sonidos parecidos a los del sitar en Strawberry Fields en realidad usó un swarmandal, conocido también como «arpa india». El primer guitarra de los Beatles siempre estaba buscando nuevos sonidos.

—¿Siempre lleva el sitar cuando viaja?

—No —dijo simplemente—. Voy a comprar uno aquí.

—¿Aquí en Delhi?

Él asintió y dejó el sitar en el suelo con mucho cuidado.

—Este está muy bien.

Eso era una pequeña primicia. Me imaginé diciendo: «¿Sabías que George Harrison compra sus sitares en Delhi?».

—¿Le ha influido Ravi Shankar?

—Es un gran músico, me tiene impresionado. Le he conocido hace poco.

—¿Piensa pasar más tiempo con él?

—Tengo mucho que aprender de él.

—He leído que le interesa mucho la filosofía hindú

—El hinduismo es como un océano… He leído a Vivekananda.

—¿Swami Vivekananda? —le pregunté sorprendido. Vivekananda era famoso en occidente desde que había hablado del hinduismo en el Parlamento de las Religiones del Mundo, en Chicago—. ¿Es por eso que le llaman «el indio» de los Beatles?

—Yo no soy indio —dijo con una leve sonrisa—. Si uno busca un camino, todas las religiones lo tienen. Aunque se podría decir que soy un poquito hindú. Espero volver aquí con los chicos algún día.

Lo decía en serio. Los Beatles volvieron a la India dos años después y pasaron bastante tiempo en Rishikesh, en el centro de meditación de Maharishi Mahesh Yogi, a quien se bautizó de inmediato como «el gurú de los Beatles». Aquel periodo resultó ser uno de los más prolíficos de su carrera musical.

No recuerdo el resto de nuestra conversación, pero sonaba sincero. Me pareció un hombre con un alma vieja y una gran profundidad interior. Volvió a coger el sitar, dando a entender que ya había hablado bastante, y señaló con un gesto a Ringo Starr, pero yo no me moví. Me faltaba la última pregunta.

—¿Cuál es su disco favorito?

—Creo que Rubber Soul —respondió George con una sonrisa burlona. Pensé que era por hacer promoción, pero lo decía en serio.

Me acerqué a Ringo Starr, uno de los mejores percusionistas del mundo. Seguía leyendo los periódicos pero los dejó a un lado y me atendió con mucha simpatía. Su mirada tenía una calidez cautivadora que me convertía en su igual, parecía un hombre bueno por naturaleza y conecté con él a nivel humano. Pero respondía a todas mis preguntas con monosílabos o frases hechas.

—¿Siempre ha querido ser percusionista?

—Sí.

—¿Tiene alguna canción favorita?

—Las baladas.

—¿Qué sabe de la India?

—No mucho.

—¿Qué le diría a Peter Best, el anterior batería de los Beatles?

—Nada.

Me miró con curiosidad y me preguntó:

—¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí?

Le conté lo difícil que había sido convencer a Epstein, aunque no le dije cómo lo había conseguido. De todas formas le hizo gracia. Después le dije que me gustaba mucho cómo tocaba en Day Tripper; él me lo agradeció con una sonrisa y me despidió con un gesto.

Me dirigí hacia John Lennon, pero todavía no podía atenderme.

—Aún no he terminado con este señor, es el director de la BOAC —dijo John, señalando al hombre del traje oscuro. Yo le dije que no importaba y esperé impaciente a que acabase de hablar con el director de la compañía que hoy es British Airways.

La colaboración entre John Lennon y Paul McCartney para componer las canciones es famosa en la historia de la música. John era el Beatle «más interesante», con su vena rebelde, sus gafas redondas y su agudo ingenio. Cuando actuaron en el Royal Variety Performance en 1963 —un concierto benéfico televisado al que asistía la reina Isabel II y otros miembros de la realeza inglesa— Lennon dijo: «Quiero pedirles su colaboración para nuestra última canción. Los que están en los asientos más baratos, ¿podrían dar palmas? Y los demás, es suficiente con que hagan sonar sus joyas».

Nos encantaba la irreverencia antisistema de Lennon, aunque nos preguntábamos por qué habría aceptado que la reina le nombrase Miembro de la Orden del Imperio Británico. Pero John Lennon era incapaz de hacer ningún mal, y para mí era el mejor músico de todos los tiempos.

El director de la BOAC se marchó y John me hizo señas para que me acercase. Me senté a su lado en un gran sofá, recuerdo que estaba sobrecogido por las circunstancias. John Lennon era un ídolo mundial y estaba ahí, mirándome con curiosidad, dispuesto a responder a mis preguntas. Era tan surrealista como Alicia en el País de las Maravillas.

—Me parece increíble estar hablando con John Lennon —le dije nervioso.

John sonrió y yo me derretí.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Veintiuno. Acabo de terminar la universidad. Estoy trabajando para All India Radio.

—Es una buena edad, la que teníamos nosotros más o menos cuando formamos los Beatles.

—¿De verdad? —No recordaba que fuese tan joven cuando empezaron—. ¿Se imaginó entonces que llegaría a ser tan famoso?

—Todos los músicos quieren ser famosos.

Aunque sabía que era una impertinencia, yo quería hablar con Lennon sobre drogas. Algunos de mis amigos de la universidad fumaban porros de vez en cuando. El sabio de nuestro grupo y mi mejor amigo en aquella época era Vivek Adarkar; tenía cara de luna, el pelo negro y rizado, con los rizos cayendo sobre su kurta blanca siempre arrugada. Nadie habría adivinado que su padre era gobernador del Banco de la Reserva de la India. «Brother Vic» era nuestra fuente de anécdotas y datos curiosos sobre los Beatles, y había compuesto una cancioncilla absurda[1] que cantaba en crescendo para hacernos reír:

Kundalini canta, kundalini baila,

algo tan minúsculo

me sube por la médula,

y se vuelve ma-yús-cu-looo.

«Se colocan todos, tío», decía Vic categóricamente. «Hasta con LSD. Lo noto, tío. Está en su música».

Yo no me lo creía; quería comprobar si nuestro sabio estaba bien informado, pero tenía que plantear el tema con delicadeza.

—John —le tuteé porque sabía que prefería la informalidad—, creo que eres el mejor músico del planeta.

—Hay un montón de músicos estupendos por ahí, todos buenísimos en lo suyo.

—¿Cómo te hiciste músico?

—Mi madre me dio una guitarra y… así empecé. En cualquier caso, tampoco era buen estudiante.

En ese momento me pareció que estaba lo bastante relajado como para preguntarle lo que más me interesaba.

—¿Qué significa «Day Tripper»? —Él me miró un tanto sorprendido. Era una canción que habían sacado en un disco sencillo al mismo tiempo que el álbum Rubber Soul.

—Pues… —titubeó—, una especie de… como un filósofo dominguero.

—¿Un filósofo dominguero?

—Bueno… gente que hace algo solo ocasionalmente.

Era el momento de lanzarme.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Si no hay más remedio —dijo cauteloso.

—¿Tú fumas hachís o hierba?

John me miró entornando los ojos detrás de sus gafas redondas.

—¿Quieres meterme en líos, chaval? No sé cómo son las leyes aquí. Unos músicos fuman y otros

no fuman. Júzgalos por su música.

—A juzgar por tu música, tú sí fumas —le dije, esperando que lo confirmase.

Él movió la cabeza negando, pero con expresión cordial.

—¿Siguiente pregunta? —dijo para cambiar de tema.

—¿Y el LSD? —insistí.

Yo no lo había probado, pero tenía curiosidad.

—¿Qué pasa con eso? —Se puso a la defensiva, ya sin cordialidad.

—¿Has probado el LSD alguna vez? —le pregunté en voz baja.

—No, no lo he probado —respondió John cortante—. Y vamos a dejar clara una cosa, ¿vale? No quiero que se difundan ese tipo de historias. Puede ser peligroso.

Lennon tenía razón; a lo largo de los años he conocido a grandes talentos que han acabado mal por el LSD, aunque tenía defensores tan famosos como Timothy Leary, Aldous Huxley y Alan Watts.

—Perdona, esto lo borraré de la entrevista —murmuré. No quería que pensase mal de mí, Lennon era mi héroe. Pero Brother Vic estaba en lo cierto, y la influencia del LSD apareció en los dos discos siguientes. Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band tenía canciones como Lucy in the Sky with Diamonds:

Picture yourself on a boat on a river,

with tangerine trees and marmalade skies.

Somebody calls you, you answer quite slowly,

a girl with kaleidoscope eyes[2].

Después de haber negado rotundamente que consumiera LSD, al ver mi decepción, John se inclinó hacia delante y me dijo en voz baja:

—Sé que quieres una primicia, chico, lo entiendo. Pero con eso no te puedo ayudar.

La calidez con que lo dijo me llegó al corazón.

—¿Qué consejo le darías a los jóvenes de hoy?

—Que lo cuestionen todo. Que no tengan miedo de ser unos rebeldes.

Pensé que quizá conocería la obra de Albert Camus, así que me referí a él:

—Albert Camus dice que los rebeldes son los que hacen avanzar a una sociedad.

—Es genial, lo he leído. Un gran pensador.

El director de la BOAC volvió y señaló con gestos imperiosos unos papeles que llevaba.

—Perdona —dijo John, levantándose del sofá—. Tengo que ocuparme de esto.

Me levanté y me quedé allí clavado, no quería irme de esa manera tan brusca y le dije lo que me salió del alma:

—¿Puedo darte un abrazo?

Él lo eludió educadamente, me pasó un brazo por la espalda y me guio hacia la puerta. Paul me dijo adiós con la mano desde lejos, George seguía concentrado en su sitar y Ringo leyendo sus periódicos. Cuando salí de la habitación iba saltando de alegría: había conocido a mis dioses, los Beatles.

Luego me di cuenta de que me había faltado una buena pregunta. Un par de meses antes mi tío Charles —un primo de mi madre que trabajaba en el Departamento de Investigación Criminal (CID) de Londres, y que sabía cuánto me gustaban los Beatles—, me había enviado por correo una entrevista con Lennon publicada en el Evening Standard. John había hablado sobre la vida, la muerte y la religión, y uno de sus comentarios me llamó enseguida la atención: «Ahora somos más populares que Jesús».

«¡Guau, qué valiente!», pensé admirado. Sin embargo no pareció molestar a nadie y no me volví a acordar. Aunque se lo tendría que haber mencionado a Lennon. Unos meses después, justo antes de que los Beatles empezasen su gira por Estados Unidos, la prensa del país se hizo eco de ese comentario sobre Jesús y hubo una reacción incendiaria: desde quemas públicas de sus discos y el boicot de las emisoras de radio hasta amenazas del Ku Klux Klan. En 1980 John Lennon fue asesinado por Mark David Chapman, un «cristiano renacido» encolerizado porque John había dicho que era más popular que Jesús. Su trágica muerte me dejó desolado.

Mi entrevista de 1966 con los Beatles tiene una apostilla interesante. Reynold D'Silva, el director de la discográfica londinense Silva Screen Records, vino a la India en 2018 para hacer un documental sobre el viaje de los Beatles a Rishikesh en 1968. A través de amigos —y de mi cuñada Suki—, Reynold se enteró de que yo los había entrevistado y vino a verme a Bombay. Cuando le dije que había conseguido llegar hasta ellos gracias a Brian Epstein se le cambió la cara.

—Brian Epstein ya no estaba con ellos cuando vinieron a la India —dijo negando solemnemente con la cabeza.

—Sí que estaba —insistí; yo sabía perfectamente con quién había hablado—. Epstein había

venido con ellos cuando los conocí.

—Pues no es así, hasta donde yo sé —dijo con un tono compungido muy británico. Él era un experto en los Beatles y se sabía su vida de memoria—. El único viaje que hicieron a la India fue para visitar al gurú Maharishi Mahesh Yogi en Rishikesh. Y te aseguro que Epstein ya no estaba con ellos.

—Los conocí en los tiempos de su viaje a Manila.

Él movió la cabeza negando enérgicamente.

—No creo que los Beatles hicieran ningún otro viaje a la India —dijo en tono amable—, pero lo comprobaré. En Londres hay gente que ha documentado cada día de sus vidas.

Reynold hizo sus averiguaciones y se convenció de que los Beatles estuvieron en Delhi entre el 6 y el 8 de julio de 1966 en lugar de volver directamente a Londres después de los incidentes de Manila, y Brian Epstein iba con ellos. Tuve mi desquite porque me entrevistaron para incluir mis opiniones en el documental.

Entrevistar a los Beatles fue mi mayor éxito como reportero; mi entrevista fue la única que hicieron en la India. All India Radio la emitió varias noches después. Los responsables de la programación no tenían ni idea de lo que significaba y la pusieron de repente, sin informar a los oyentes ni hacer ningún tipo de promoción. La anunciaron justo antes de emitirla: «Y ahora, una entrevista con los Beatles». Mi gran exclusiva no me hizo famoso. Preminda Premchand, la presentadora de A Date with You, sabía que era una hazaña y me felicitó efusivamente. De los jefazos de la emisora el único que me reconoció el mérito fue S. K. Mallik.

Pero todavía me esperaba una decepción mucho mayor; cuando pedí una copia de la entrevista, el personal de la emisora no pudo encontrar la cinta con la grabación. Armé un escándalo y hubo una investigación, pero resultó que habían grabado otros programas sobre la entrevista. ¿Cómo podían haber borrado una entrevista con los Beatles? Valía su peso en oro, ¡podían haberla emitido durante siglos! Me respondieron desafiantes: «No tenemos presupuesto para cintas nuevas». Era para ponerse enfermo: primero no habían anunciado debidamente la entrevista y después, para mayor sacrilegio, habían borrado la cinta con mi exclusiva histórica. Fue la gota que colmó el vaso en mi relación con All India Radio; me enfurecí y les eché en cara su ignorancia y su mediocridad de burócratas con toda mi rabia juvenil. La emisora me había defraudado de mala manera; ya estaba más que harto de ellos: era el momento de dejarlo.

En aquella época la radio era mi sustento. Por la noche leía los boletines de noticias para External Services, el informativo que All India Radio emitía a partir de las doce. Con eso y otros trabajos puntuales como locutor me había pagado los estudios y me daba para vivir, pero estaba cansado del ambiente tan poco estimulante que había en la emisora estatal. La lentitud de la burocracia era apabullante, las nuevas ideas se rechazaban tajantemente, las sugerencias creativas caían en saco roto y se trataba con suspicacia a los colaboradores externos. De todas formas no ganaba suficiente y yo veía que ahí no tenía futuro. Les había dado lo mejor de mí, pero no había servido de nada.

El último año de universidad no había podido hacer los exámenes finales porque me fracturé la

columna mientras ensayaba una obra en Miranda House. Estuve tres meses tumbado sobre una tabla, y tuve que esperar hasta final de ese año para presentarme a la siguiente convocatoria; esos meses había dedicado más tiempo a trabajar en la radio y la televisión, creía que podía ser una profesión fascinante, pero con lo de los Beatles me dieron el golpe de gracia. No había vuelta atrás.

Cuando me despedí de All India Radio cogí un rickshaw para ir a Ratendon Road (ahora Amrita Shergill Marg), donde vivía en una habitación alquilada. Mientras pasábamos por delante del Parlamento yo iba pensando qué echaría de menos si me marchase de la ciudad. Seguimos por la plaza que separa Rashtrapati Bhavan, la antigua residencia de los gobernadores británicos, de India Gate, el lejano arco del triunfo de la India. Son lugares emblemáticos en «la Delhi de Lutyens», diseñados por Edward Lutyens y Herbert Baker cuando los británicos trasladaron la capital de la India desde Calcuta. Antes, cuando vivía en la residencia de estudiantes de St. Stephen's, para volver a casa tenía que atravesar la Vieja Delhi pasando frente a las enormes murallas de Red Fort, la fortaleza de los emperadores mogoles que gobernaron la India durante siglos. Mientras recorríamos a toda velocidad las avenidas arboladas de Nueva Delhi, el rickshaw pilló un bache muy profundo y me dí un golpe en la cabeza con la barra de hierro que tenía el toldo. El dolor fue espantoso; al mirar hacia arriba vi un avión atravesando el cielo anaranjado del atardecer, y la rabia que llevaba acumulada estalló.

—Algún día me moveré en avión por cuenta de la empresa —me juré.

Tiempo después me moví mucho en avión por cuenta de las empresas, pero en aquel momento estaba en la ruina y sin trabajo, y no podía recurrir a mis padres para que me ayudasen económicamente. Mi padre era un filósofo dedicado a profundizar en las dinámicas del universo y la transformación de la gente. Mi madre dirigía una escuela benéfica donde enseñaba inglés a monjes tibetanos refugiados en Dalhousie. Ellos no tenían dinero y yo quizá tuviera mil rupias en total. Tardé unos días en encontrar la solución. Aunque fue una decisión difícil, sabía que tenía que ser valiente. Solo llevaba setecientas rupias en la cartera cuando me marché de Delhi en un tren renqueante camino de Bombay, la ciudad de los sueños cinematográficos de la India.

Cuando el tren salió de la estación de Old Delhi dejando atrás a los arrogantes mozos de equipajes, a los chai-walas que vendían té en grandes vasos de arcilla y a los desconocidos llorosos que decían adiós con las manos, sentí una profunda convulsión emocional. Me estaba marchando de la ciudad que consideraba mi hogar; una ciudad donde nunca tuve una casa en propiedad. Habíamos vivido en muchos sitios, todos de alquiler, buenos, malos y espantosos: un apartamento cutre en Karol Bagh, una casa preciosa en Nizamuddin, un piso del gobierno en Moti Bagh, incluso en una lujosa tienda de campaña en los jardines de un santuario budista a las afueras de Mehrauli. Nos trasladábamos según la situación económica y las actividades idealistas de la familia.

Mis padres hicieron grandes sacrificios para dar una buena educación a sus hijos con el poco dinero que entraba en casa. A mí me enviaron a varios colegios muy diferentes: Tyndale Biscoe School en Cachemira, la Escuela Pública de Delhi (DPS) en Nueva Delhi, el internado Sherwood College en Nainital y por último a St. Stephen's, la universidad india más parecida a Cambridge y Oxford, en la Vieja Delhi. También me enviaron a Bengala Occidental, a estudiar un año en la escuela fundada por Tagore en Shantiniketan.

Como no había sacado buenas notas en la Escuela Pública de Delhi me enviaron a Sherwood, un internado de élite en las montañas de Nainital. A mis padres les salía mucho más caro, pero mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. El director, R. C. Llewelyn, me apreciaba y se aseguró de que yo estudiase. En Sherwood también hice amistades para siempre: Pushpinder Singh, Gurmeet Singh, Ian Atkinson, Yogiraj Shitole, Ajitabh Bachchan, Sanjay Srivastava, Ravi Tikeker, Kenneth Khan, C. S. Gill… Son demasiados para nombrarlos a todos. A veces me saltaba las clases para montar a caballo alrededor del lago, y siempre que me pillaban recibía seis buenos azotes en el trasero con una vara fina, un castigo tradicional. Pero aún así saqué un sobresaliente en los exámenes finales. Durante todos aquellos años, estuviera donde estuviera, Delhi siempre había sido mi hogar; había vivido allí desde los siete años, y los recuerdos comenzaron a agolparse en mi mente mientras el tren cogía velocidad.

Primero me acordé de los hermanos Gandhi, Rajiv y Sanjay. Nos hicimos amigos en el «colegio de Aunty[3] Gauba», el primero al que fui en Delhi. Estaba en una mansión colonial cerca de Connaught Circus, era una pequeña escuela estilo Montessori dirigida por la alemana Elisabeth Gauba, una mujer amable pero muy temperamental. Tenía siete años cuando entré, Rajiv tenía dos años más y Sanjay un año menos que yo. Enseguida hice amistad con Rajiv, que se reía mucho. Sanjay era más introvertido y con él tenía menos complicidad. Solíamos pasar el día entero jugando los tres. Eran nietos del primer ministro de la India, Jawaharlal Nehru, e hijos de Indira Gandhi, que entonces era la asistente y representante oficial de su padre.

Mis amigos me invitaban a su casa con frecuencia; vivían en la residencia oficial del Primer Ministro, que en la época colonial había sido la mansión del comandante del ejército británico y a mí me parecía un palacio inmenso, aunque cuando volví siendo adulto no me pareció tan grande. Jugábamos en una habitación llena de trenes eléctricos que un jefe de estado había regalado a Rajiv y Sanjay durante su visita. Los trenes rodaban a toda máquina por grandes circuitos de vías con señales rojas y verdes que subían y bajaban. También construíamos pequeños jeeps con juegos de Meccano que incluían ruedas. Aprendimos juntos a montar a caballo en los jardines de Rashtrapati Bhavan, y en los cumpleaños de Rajiv y Sanjay hacíamos carreras. Nunca pensé que mis amigos tendrían un impacto tan decisivo en la historia de la India en las décadas siguientes, solo éramos chavales buscando diversión. Aunty Gauba nos enseñaba a ver la belleza en todo, y eso tuvo algunas consecuencias inesperadas; recuerdo a Pandit Nehru riéndose a carcajadas cuando nos encontró en el comedor de las recepciones oficiales admirando un cuadro en el que había una voluptuosa escultura.

Otro de los recuerdos conmovedores de aquellos tiempos es cómo inspiró mi creatividad Aunty Gauba. Con siete años escribí una poesía titulada Cuando yo era pequeño. Ella la leyó con las gafas en la punta de la nariz y me miró sorprendida.

—¿Esto lo has escrito tú?

Yo asentí, contentísimo de que le hubiera gustado. Levantó el papel y se lo enseñó a la clase.

—Esto es precioso. Lo voy a presentar al concurso Shankar —dijo con un gesto triunfal. Cuando me pidió que lo leyese en voz alta me puse colorado; era la primera vez que me pedían que «interpretase»:

Cuando yo era pequeño

pensaba que el aire era una cosa suave que nos caía encima

y cuando llovía pensaba que era nieve.

Y pensaba que el barro estaba limpio.

Pensaba que el mundo era una pelota

y que las casas también eran pelotas grandes.

Cuando empieza a oscurecer

pienso que el sol sale volando por el viento.

Cuando se hace de noche

pienso que el mundo está sucio

y cuando todo estaba silencioso con la luna

pensé que la luna era la luz del mundo.

Shankar era un dibujante y caricaturista que había organizado un prestigioso concurso internacional para niños (Shankar International Children's Competition). El concurso premiaba la creatividad infantil en las modalidades de dibujo y pintura, escritura y teatro. Yo gané el primer premio en mi grupo de edad, y Aunty Gauba y mis compañeros se quedaron muy impresionados. Mantuve la amistad con Rajiv y Sanjay incluso después de cambiarme a otro colegio más cerca de nuestra nueva casa en Nizamuddin. La Escuela Pública de Delhi se había creado para acoger a los hijos de los miles de refugiados que llegaron a Delhi después de la partición de la India y Pakistán, y seguía instalada en tiendas de campaña. Cuando el monzón traía lluvias torrenciales, el terreno se inundaba tanto que nuestros pupitres flotaban en el agua y teníamos vacaciones imprevistas. Solía ir a los jardines de la tumba de Humayun —que al parecer sirvió de inspiración para el Taj Mahal—, y allí reflexionaba sobre los misterios del universo. Ese espíritu de cuestionamiento nunca me ha abandonado. También iba muchas veces a casa de Rajiv y Sanjay.

Rajiv era un chico relajado y sociable, y Sanjay era más callado, con una vena muy testaruda; los dos adoraban a sus golden retriever, Madhu y Peppy. Mi hermana Gulhima (Guli), que es tres años y medio menor que yo, tenía la mala costumbre de decir «yo también» cuando yo iba a salir; era irritante a más no poder. Una vez que fui a visitar a mis amigos, Peppy se puso nerviosa por la presencia de Guli y le mordió el trasero. Hubo que curarla, pero luego todos nos reímos mucho. Después de aquello Guli solo me acompañó a sus fiestas de cumpleaños, en las que

Madhu y Peppy no aparecían. En Delhi había un desfile fabuloso el Día de la República y lo veíamos con «Aunty Indu» desde los mejores asientos de la tribuna. Sentado en aquel tren camino de Bombay me venían imágenes del desfile: los camellos montados por soldados con fusiles; los grupos folclóricos de todas las regiones de la India que pasaban bailando bhangra, garba, manipuri y kuchipudi, los tanques girando las torretas, los regimientos que saludaban al pasar frente a nosotros y los reactores que surcaban el cielo pintando los colores de la bandera: naranja, blanco y verde. A Rajiv lo que más le gustaba eran los aviones, y a mí me encantaban los camellos.

El tren expreso que me alejaba de Delhi aceleró después de pasar sin detenerse por la pequeña estación de Nizamuddin. Mi primera obra de teatro la hice cuando vivíamos allí. Era una adaptación de Bandar Da Vyah (El matrimonio del mono), un cuento popular punyabí. Ensayábamos en casa de B. C. Sanyal —el decano del arte modernista indio—, dirigidos por su esposa Sneh, una ferviente izquierdista a quien todos llamábamos «Amma». Vivían cerca de nosotros y eran amigos de mis padres desde sus tiempos en Lahore. Yo hacía el papel de humilde leñador y el mono era su hija Amba, de ocho años. Fue una producción de bajo presupuesto pero la creatividad de Amma era infinita y su puesta en escena superó a otras con más presupuesto para vestuario y decorados. Nuestra obra ganó el primer premio del concurso internacional Shankar en la modalidad de teatro. Fue mi segundo «primer premio» Shankar, aunque lo consiguiera de manera indirecta, y fue mi primer éxito como actor.

Cuando me marché de All India Radio tenía una duda existencial: ¿Qué demonios iba a hacer con mi vida? Me habría gustado ser arquitecto pero me dijeron que era imposible estudiar arquitectura y al mismo tiempo trabajar para mantenerme, por eso estudié Historia en St. Stephen's College. ¿Qué opciones tenía realmente? ¿Trabajar en el Ministerio de Asuntos Exteriores o en la administración india? Mi universidad preparaba a sus alumnos para esas carreras, pero la idea no me entusiasmaba. ¿Escritor o periodista? Quizá, aunque en esas profesiones se ganaba poco. Y la política, ¿por qué no? Conocía a la familia Gandhi, pero yo no tenía dinero, y si me metía en la política para ganar dinero, ¿qué sentido tenía? No me imaginaba siendo corrupto, iba contra todo lo que mis padres me habían inculcado. No, la política estaba descartada. ¿Guía turístico? Como había estudiado Historia me sacaba algún dinero trabajando de guía turístico en invierno, cuando los guías oficiales no daban abasto. Pero tampoco me convencía. ¿Director de documentales? Conocía a Rajbans Khanna, el padre de Devieka Bhojwani y Malavika Sangghvi, que hacía documentales. Era un amigo de la familia que a veces venía a visitarme y a compartir un ron Old Monk en mi guarida. Podía pedirle que me orientase, aunque yo tampoco quería limitarme a los documentales. «Productor de cine» era demasiado ambicioso, sobre todo porque yo no tenía dinero para invertir. «Director de cine» sonaba mucho mejor, el cine me entusiasmaba y había aprendido los principios básicos trabajando en la televisión. Me gustaban sobre todo las películas de David Lean, Alfred Hitchcock, John Ford, Fellini, Jean-Luc Goddard y Luchino Visconti; también me habían impactado algunas películas indias como Mughal-e-Azam (The Great Mughal), de Karim Asif, Do Bigha Zameen, de Bimal Roy, y Madre India, de Mehboob Khan. «Eso es, ¡quiero ser director!», pensé. Entonces no había escuelas de cine, y por eso me fui a Bombay para aprender el oficio haciendo vídeos publicitarios.

Nunca había pensado en hacerme actor profesional; en el internado había ganado la Copa Kendal al «Mejor Actor», y fui secretario de la Shakespeare Society, el grupo de teatro de la universidad,

pero actuar era solo un hobby. Hice varias obras en el Lady Irwin College compartiendo el escenario con Ritu Kumar, que actualmente es una de las diseñadoras de moda más famosas de la India. Cuando representamos Julio César en St. Stephen's yo interpreté al despreciable Casca junto a Kapil Sibal, que hacía de César. La irreverente revista escolar Kooler Talk afirmó que a César lo habían asesinado dos veces, primero Bruto y después Kapil Sibal. Él y yo estábamos siempre de broma, éramos amigos aunque no estuviéramos de acuerdo en todo. Kapil fue elegido presidente del Sindicato Universitario, pero yo voté por su oponente, Arun Maira. Kapil se hizo político y ha destacado como ministro en los gobiernos del Partido del Congreso, mientras que Arun es un respetado asesor de gestión empresarial. Los mejores actores que había en la universidad eran Roshan Seth y su hermano menor Aftab Seth, y nuestra mejor actriz era Brinda Karat (la llamábamos Das), que estudiaba en Miranda House y tiempo después se convirtió en una ferviente activista del Partido Comunista.

La verdad es que a mí me gustaba más el debate intelectual que el teatro, pero el listón estaba muy alto con gente como Montek Singh Ahluwalia, Prabhat Patnaik, Ram Chopra o Arun Maira, que eran las estrellas de los grandes debates. Yo debatía con compañeros menos conocidos. Lo que más famoso me hizo en la universidad fue ganar el Premio de Cultura General. Siempre había escuchado con atención a mis padres cuando hablaban sobre política y economía, religiones y guerras, justicia e injusticia, y devoraba los periódicos (todavía lo hago) porque en aquellos tiempos me interesaba mucho la política.

Cuando me puse en marcha hacia Bombay en 1967, Indira Gandhi llevaba algo más de un año en el cargo de Primera Ministra y Zakir Hussain acababa de convertirse en el primer Presidente musulmán de la India. En Bengala había empezado una guerra de guerrillas contra el estado tras un levantamiento popular de inspiración comunista en Naxalbari. La guerra de Vietnam estaba en pleno apogeo; Mohamed Ali se negó a hacer el servicio militar luchando en la guerra y le quitaron sus títulos de campeón de boxeo. En mi entorno muchos amigos de St. Stephen's estaban trabajando para el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Administración, otros tenían buenos puestos en grandes empresas y yo iba camino de Bombay para convertirme en director de cine.

En esa época Rajiv y Sanjay cambiaron las carreras con trenes de juguete por las carreras con Ambassadors, y conducían a gran velocidad los espaciosos coches indios por las circunvalaciones de Nueva Delhi. Después de un viaje realmente espeluznante con Sanjay, que casi puso el coche sobre dos ruedas en una rotonda, preferí no acompañarlos más a dar paseos en coche. Rajiv quería hacerse piloto de reactores y Sanjay estaba diseñando un «coche para el pueblo». Pasó el tiempo y Rajiv consiguió su licencia de vuelo, pero el proyecto de Sanjay no terminaba de despegar. Fui a visitarlo en su lejana «fábrica», que era más bien un taller con pretensiones, y dimos una vuelta en el cochecito que había construido. Íbamos estrujados, el coche tenía las ruedas bastante pequeñas y era muy lento. Él sabía que eso no era lo que quería, pero sus ojos no perdían el fulgor.

—Voy a darle a la India un buen coche —me prometió—. Es cuestión de tiempo, ya lo verás.

Al final, la empresa Maruti que dirigía Sanjay se asoció con Suzuki y dio a la India un utilitario

fabuloso. Aquello supuso la llegada de otros coches extranjeros, mucho mejores que los pocos modelos nacionales. Cuando estuve en la universidad apenas veía a Rajiv y Sanjay; entre los estudios, el trabajo y los desplazamientos yo estaba muy ocupado, y ellos iban camino de un mayor esplendor.

En las décadas siguientes lo que más me sorprendió fue el pasmoso ascenso de Rajiv al poder. Pasó de ser un piloto comercial sin ambiciones políticas a convertirse en Primer Ministro de la India cuando su madre fue asesinada por sus guardaespaldas sijs en 1984. La mataron en venganza por el ataque del ejército a su principal santuario, el Templo Dorado de Amritsar, ordenado por Indira Gandhi para capturar a Sant Bhindranwale, un líder religioso separatista. El espantoso ataque y la destrucción del Templo Dorado desataron la ira de los sijs en todo el mundo y convirtieron a sus guardaespaldas en asesinos. Rajiv tenía cuarenta años y su llegada al poder no podía haber empezado peor. Algunos políticos muy conocidos de su partido, el Partido del Congreso Nacional, incitaron a vengar con sangre la muerte de Indira y hubo persecuciones y matanzas; en Delhi asesinaron a más de tres mil sijs. Fue uno de los actos de mayor barbarie desde la independencia de la India.

Con el tiempo Rajiv se convirtió en la esperanza de una nueva generación: la India estaba pidiendo a gritos un cambio. Seis meses después de su elección como Primer Ministro fui a visitarlo a su oficina; me hizo un gesto amistoso para que pasase delante de los ministros y políticos que le esperaban y cerró la puerta detrás de nosotros. Mi amigo extendió los brazos señalando la amplitud del enorme despacho y con una sonrisa radiante me dijo:

—Kahan phus gaye, yaar? (¿Cómo he acabado atrapado aquí, colega?).

Nos echamos a reír como en los viejos tiempos, pero yo tenía una extraña sensación de irrealidad sabiendo que en ese momento mi amigo era el hombre con más poder de la India.

—Tendrás que ponerte serio. Ahora eres el Primer Ministro.

Él le quitó importancia con un gesto y su sonrisa con hoyuelos.

—Eso me dicen todos constantemente.

—Representas a nuestra generación, Rajiv. Tú puedes cambiar la política de la India. Todos sabemos que las cosas necesitan cambiar de verdad.

—Tú no te pongas tan serio conmigo —dijo riéndose otra vez—. Ya tengo suficiente de eso todo el día.

Estuvimos hablando de los viejos tiempos y de la actualidad, y cuando me marchaba le abracé para despedirme. Noté que se ponía tenso y me di cuenta del por qué: llevaba un chaleco antibalas debajo de la ropa y no quería que nadie lo supiera. Yo le miré a los ojos y le apreté el hombro.

—Ya sé que tienes que tomar precauciones después de todo lo que ha pasado.

Se le empañaron los ojos; eran recuerdos muy penosos. Me acompañó hasta la puerta con una

sonrisa triste.

—Me irá bien. Tú cuídate, Kabir.

No le fue bien; unos años después Rajiv perdió prestigio al ser acusado de corrupción con la compra de cañones de artillería a Bofors, una empresa de armamento sueca, y eso llevó a su derrota en las elecciones de 1989. En 1991 fue asesinado por separatistas tamiles de Sri Lanka, enfurecidos porque Rajiv había enviado al ejército indio contra ellos. Por desgracia a Sanjay tampoco le fueron bien las cosas.

Antes de que Rajiv subiera al poder, cuando su madre era Primera Ministra, Sanjay había sido «el hombre más influyente de la India». Murió en 1980 al perder el control de su avión acrobático mientras hacía maniobras sobre Delhi. Más allá de su actitud reservada, Sanjay siempre había disfrutado haciendo cosas peligrosas pero fue demasiado lejos, igual que con muchas otras cosas en su vida. Lloré su pérdida recordando nuestra niñez. Mis dos amigos de la infancia llegaron a lo más alto y tuvieron un final trágico.

Mientras el tren dejaba atrás el extrarradio de Delhi empecé a preguntarme si me habría precipitado marchándome de All India Radio. «No, de ninguna manera», pensé, porque ya me habían traicionado antes, cuando intentaba hacer carrera en la televisión, que también estaba bajo su jurisdicción. Doordarshan, la primera cadena de televisión de la India, se había fundado a principios de los años 60. Era un monopolio estatal mal gestionado y con una difusión limitada a la zona de Delhi. Los pocos empleados que tenía estaban saturados de trabajo y apenas había recursos para hacer los programas. Pero yo quería trabajar allí: como entrevistador, presentador, director, productor o en cualquier otra posición. Eso suponía convertirme en funcionario, languidecer con el salario más bajo del escalafón esperando a que pasen los años para ascender por antigüedad; era una idea poco apetecible, pero pensaba que encontraría la manera de progresar más rápido.

Cuando estuve trabajando en la televisión dejé mi huella con un programa que no les costó nada. Doordarshan recibía noticiarios que enviaban las televisiones de otros países, y yo empecé a seleccionar laboriosamente temas interesantes para hacer un montaje de videoclips. Mirror of the World era un programa cultural y entretenido de cosas que ocurrían en el extranjero: esculturas con chatarra reciclada en Ámsterdam, carreras de arrastre en Australia, las canciones de Françoise Hardy, las animaciones experimentales de Norman McLaren… Yo lo producía, lo editaba y lo presentaba; cada semana buscaba un tema nuevo: la fe, la esperanza, la creatividad o lo que fuese. Pronto se convirtió en el programa más popular de la televisión en Delhi pero siguieron pagándome una miseria. Entonces tomé una iniciativa bastante audaz.

El barón de los medios británicos y escoceses, Lord Thompson of Fleet, que hoy sería como Rupert Murdoch (el propietario del mayor grupo mediático del mundo), tenía un estudio de televisión en Escocia donde se impartían cursos de técnicas avanzadas, y cuando me enteré de que quería formar a más personal indio allí, me propuse ser uno de los elegidos. Estaba convencido de que los empleados «formados en el extranjero» ascenderían más rápido al volver con el certificado del propio Lord, y me pareció un augurio divino que se presentase en nuestro

estudio mientras yo ensayaba antes del programa. Lord Thompson se dirigió lentamente hacia mí seguido por una corte de burócratas aduladores; parecía un revisor de autobús inglés con sobrepeso. En cuanto nos presentaron le dije que quería formarme en Escocia. Él se quedó estudiando mi cara sin dejar de sonreír.

—Por supuesto. Seguro que les encantará tenerte allí —me dijo Lord Thompson en tono jovial.

Pero la burocracia de Doordarshan consiguió salirse con la suya. Mi amigo Janki Gaur, un funcionario agobiado que siempre llevaba una chaqueta sahariana muy arrugada, conocía bien sus enredos. Cuando hablaba de sus jefes de la televisión siempre empezaba diciendo «Esos sinvergüenzas…». Un par de meses después alguien me dijo que ya habían elegido a varios empleados para formarse en Escocia, pero mi nombre no estaba en la lista. Le pedí a Janki que lo comprobase y volvió con el rostro sombrío, agitando mi solicitud en la mano.

—¡Esos sinvergüenzas no la enviaron! —exclamó gruñendo.

—¿Por qué? —Me quedé atónito; sentí moverse el suelo bajo mis pies.

—Porque eres «autónomo» y los autónomos no lo podían solicitar.

—Lord Thompson estaba de acuerdo en que lo solicitase —protesté.

Janki me dijo con la mirada que no había ninguna posibilidad.

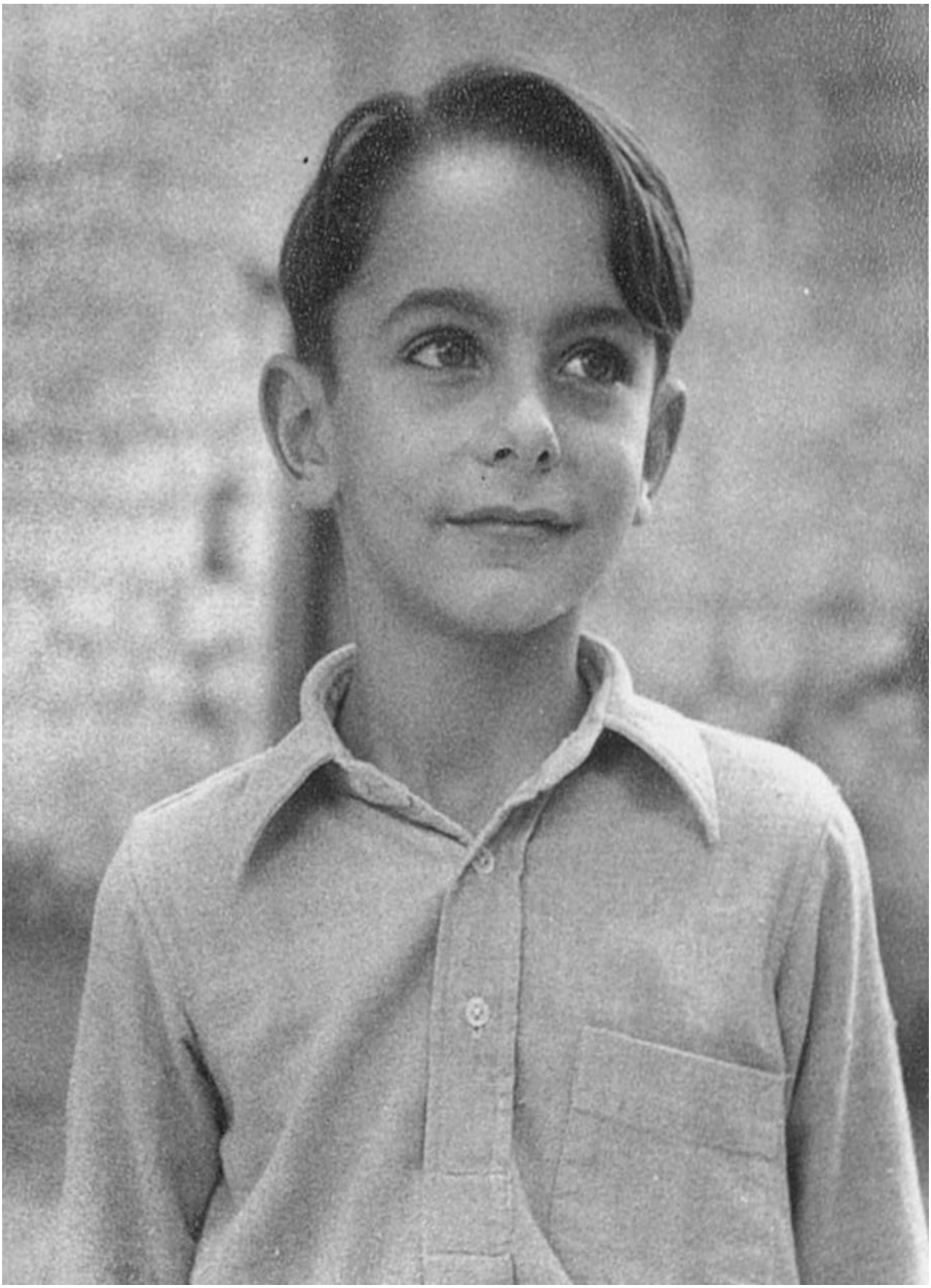
—No pienso seguir aguantando esta mierda —grité—. ¡Que les den a todos!

Tenía ganas de vomitar, ¡no habían enviado mi solicitud! ¿Por qué mis jefes no me habían dicho meses antes que los colaboradores autónomos no lo podían solicitar? Me habían saboteado unos envidiosos que estaban resentidos conmigo. No quería seguir trabajando para esa gente. Después de marcharme de Doordarshan volví a All India Radio, pero sus desprecios superaron a los de Doordarshan cuando borraron mi entrevista con los Beatles. Entonces fue cuando me di cuenta de que era el momento de marcharme. Las crisis son oportunidades poderosas, aunque no lo parezca en ese momento. Cuando cierras una puerta detrás de ti, otras puertas aparecen delante, cada una con un destino distinto. Cuando el tren aceleró hacia Bombay, me dije que había tomado la decisión correcta, pero me dolía el corazón al pensar en las cosas de Delhi que iba a echar de menos.

Echaría de menos el olor de las primeras lluvias del monzón sobre la tierra reseca de Delhi, los sitios para comer que había descubierto mi amigo Jiggs Kalra en las callejuelas de Jama Masjid, las flores rojas de los flamboyanes, la calma del parque Lodhi Gardens cerca de la habitación que tenía alquilada, y los amigos con los que recorría los once kilómetros en bicicleta hasta la escuela abrasados por el sol en verano y helados de frío en invierno. Echaría de menos a mi hermana Guli, que estaba estudiando en Miranda House, y a mi alegre prima Mala Lever (entonces Lall). Echaría de menos las rasgullas[4] de Bengali Market, las samosas[5] del señor Sukhiya junto a la cantina de la universidad. Y echaría de menos a mis amigos de la universidad: S. Y. Quraishi, que luego sería director de la Comisión Electoral de la India; Shekhar Kapur, director de las películas Bandit Queen y Elizabeth; y Randhir Singh Patiala, ganador del Premio Arjuna por sus méritos deportivos. También me acordé de otros amigos: Roshan Seth, Aftab Seth, Wajahat

Habibullah, Shivshankar Menon, Kapil Sibal, Mike Dalvi, Siddhartha Chickoo Sriram, Rajeev Sethi, Awadesh Sinha, Benjamin Gilani, Siddhartha Kak, Ketan Anand, Solly Solomon, Aroop Roy, Prakash Mirchandani, y de mis mejores colegas: Bro Vic Adarkar, Daddy Lalit Sharma y el brillante Arif Hussain. Echaría de menos a mi primera novia, que seguirá en el anonimato, y echaría de menos a mi padre, el filósofo Baba Bedi. Emocionalmente me costó mucho despedirme de Delhi, pero tenía que hacerlo. Mi alma me había susurrado un destino muy diferente.

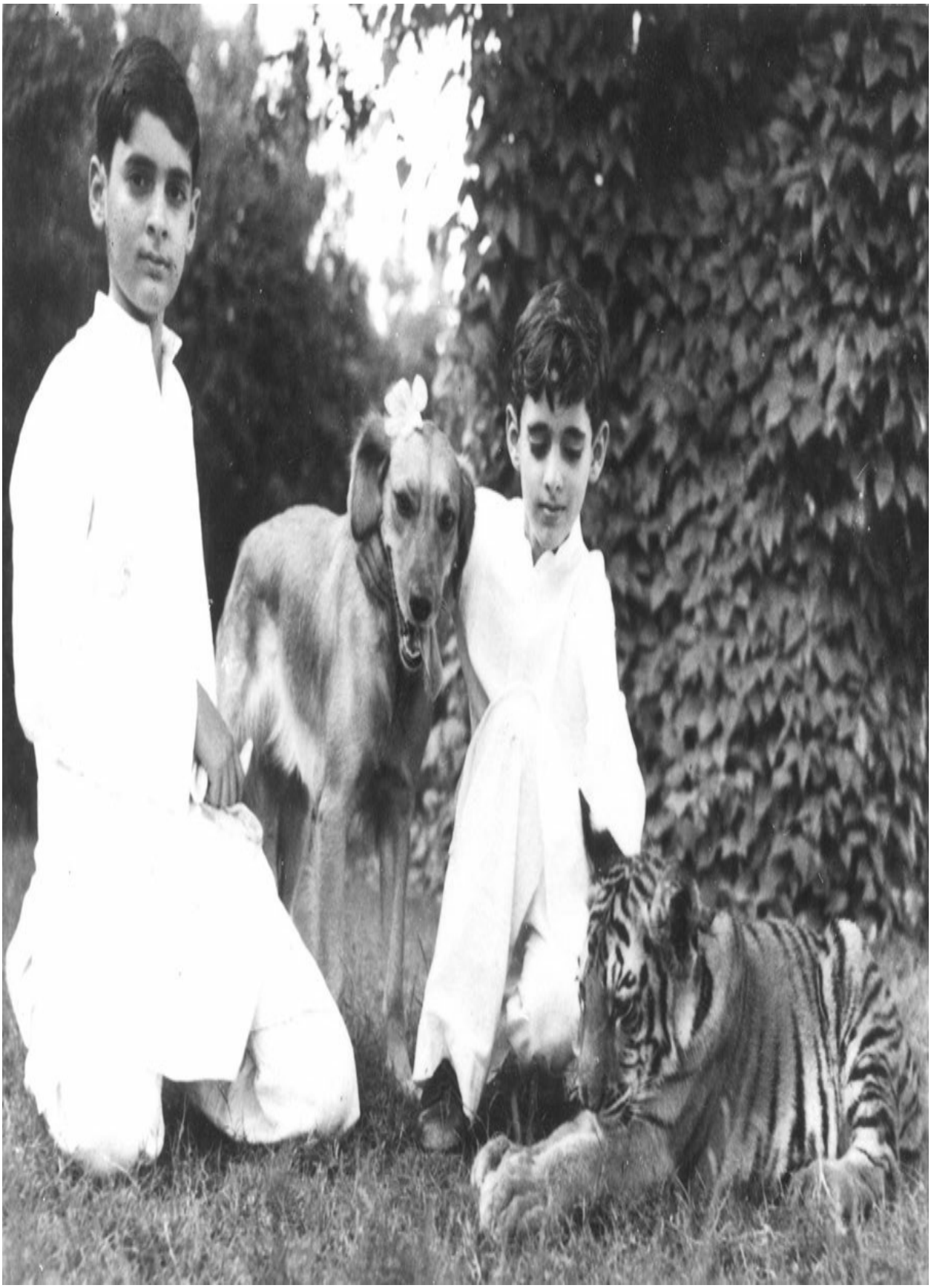
Los Beatles me impulsaron a marcharme de Delhi y yo elegí dónde quería ir. Lo que no podía imaginar es que aquella ciudad gris que se acercaba desde el final de la vía del tren se iba a convertir en mi trampolín a la fama como actor internacional.



Kabir en Delhi



Baba y Freda Bedi con Kabir y su hermana Guli en Delhi



Rajiv y Sanjay Gandhi



Kabir en Cachemira



Kabir y Sanjay Gandhi



Kabir con su perro gran danés Rufus



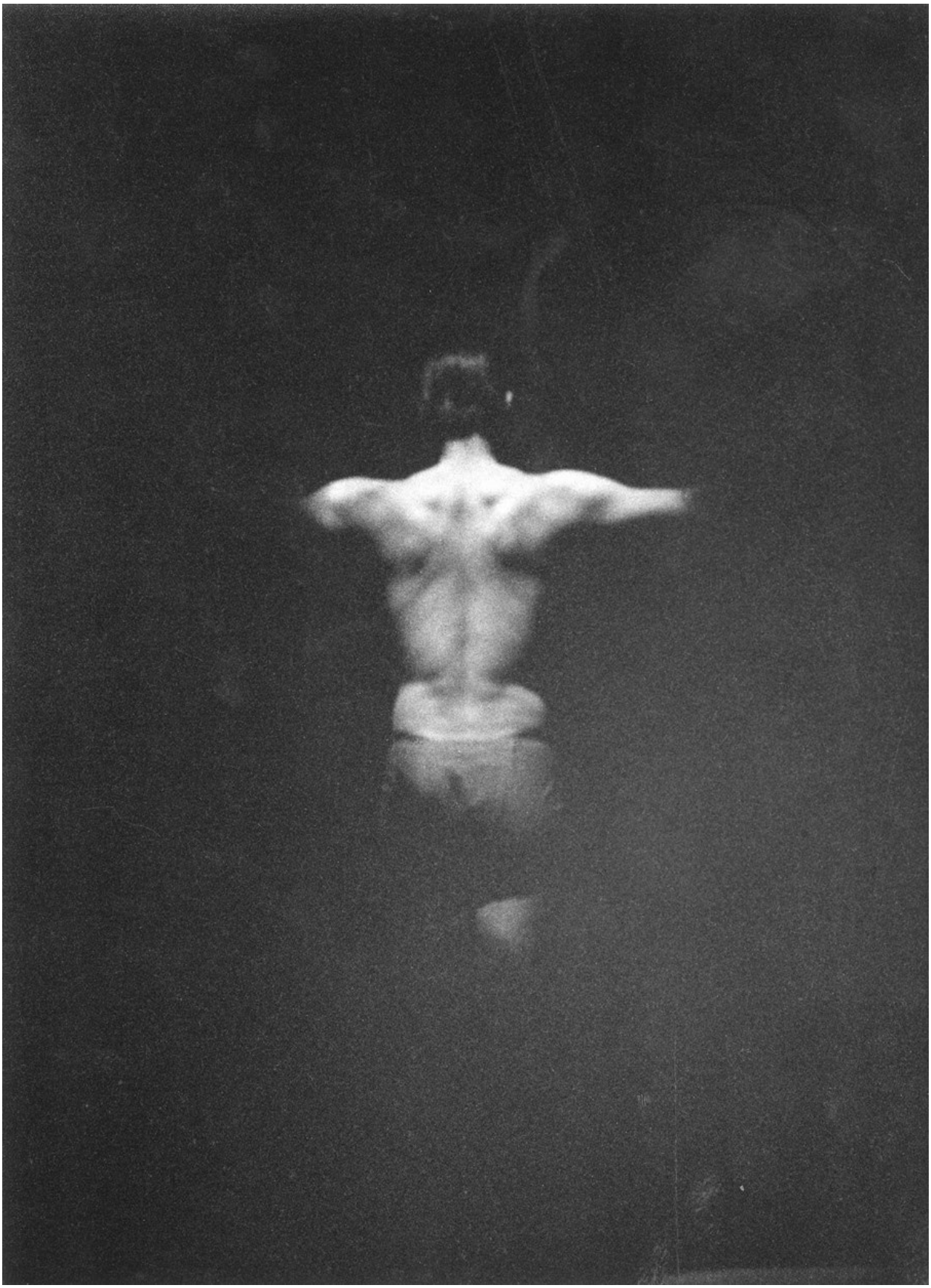
Protima y Kabir en los años 70



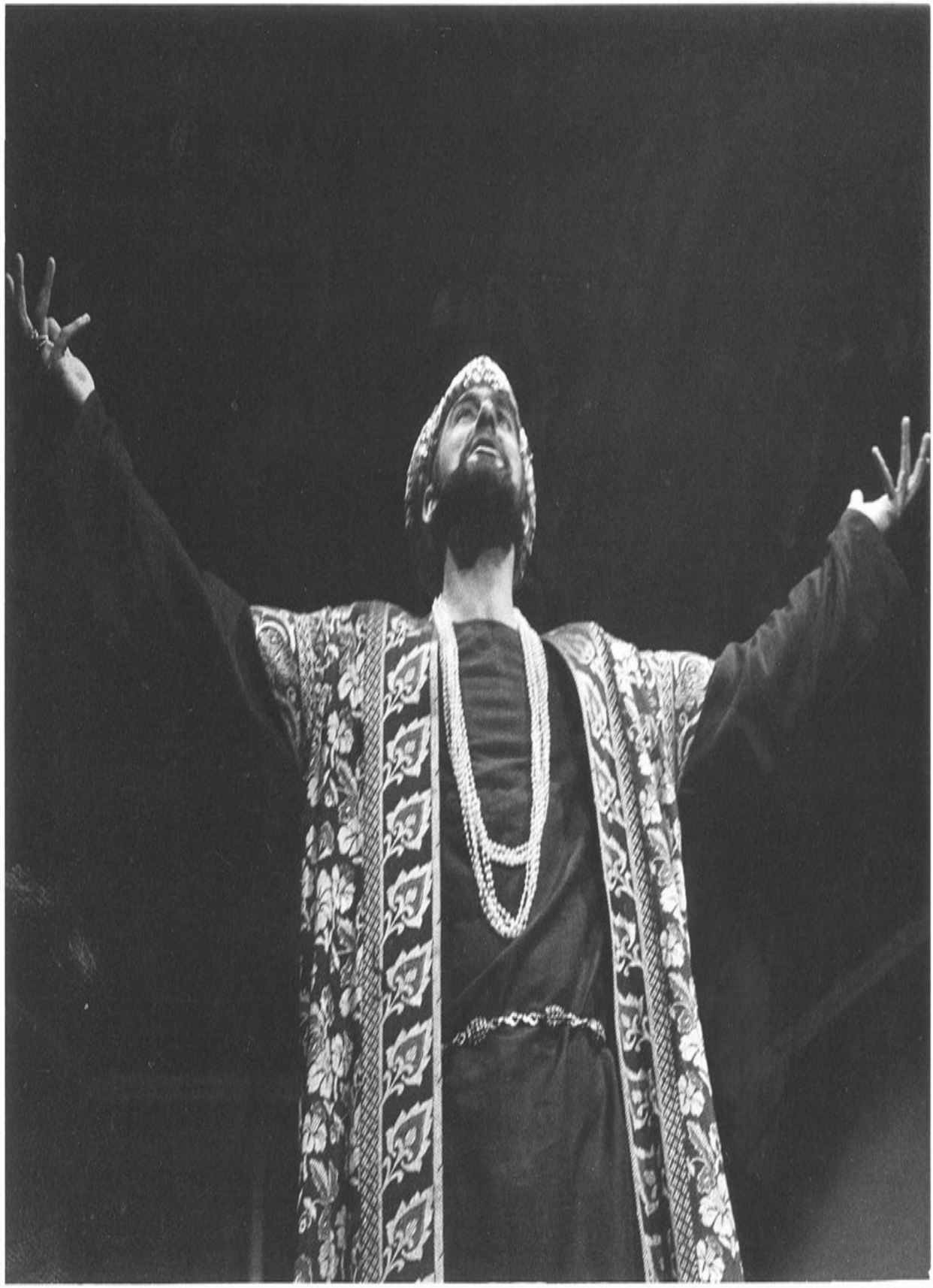
Protima Bedi



Vinod Khanna, Kabir, Mahesh Bhatt, Ixchel, Johny Bakshi y Protima



La espalda desnuda de Kabir en Tughlaq



En escena en el papel de Tughlaq

Capítulo 2

CASUALIDADES Y DECISIONES

Kabir y Kishmish

Un encuentro casual puede cambiarte la vida, y más si se trata de una bella mujer, sobre todo si intentas resistirte a ella y luego sucumbes. Te la cambia especialmente si te casas con ella después de haber decidido no casarte. ¿Pero cómo te vas a resistir a una fuerza de la naturaleza? Una belleza morena con una sonrisa de blancura cegadora y un gran bindi rojo en la frente. Una chica impulsada por sus pasiones y sus ganas de vivir, una mujer con una increíble agudeza mental y una voluntad de hierro. Una chica con una necesidad compulsiva de hacerse notar, de ser admirada y deseada. Una artista cuyos estallidos de risa eran contagiosos. Una chica lista y ambiciosa con una presencia cautivadora. Una mujer con una pulsión que la llevó a convertirse en una de las bailarinas de danza odissi más famosas de la India y la fundadora de Nrityagram, una gurukul (escuela con internado) modélica en el ámbito del baile tradicional de la India. Una transformación extraordinaria desde la vida loca que llevaba cuando yo la conocí en Bombay en 1968, con diecinueve años y trabajando como modelo.

Cuento esta historia con la mayor franqueza posible, reconociendo que puedo estar equivocado. Es la historia de dos jóvenes que se aman, cometen muchos errores, se hieren mutuamente, maduran juntos y finalmente descubren diferentes destinos. Pero no fue tan simple como podría parecer: fue una vorágine emocional que me tuvo con el corazón siempre al galope. Hay que tener en cuenta que yo no era el hombre que soy hoy; entonces era un joven director publicitario de veintidós años, procedente de una familia de clase media de Delhi, que se había descarriado al llegar a Bombay, la mayor megalópolis de la India.

Conocí a Protima porque me estaba haciendo pis; había perdido la codiciada «llave dorada» del cuarto de baño para ejecutivos de Bensons, una agencia publicitaria multinacional que hoy se llama Ogilvy & Mather. Fui corriendo al despacho de mi amigo Suresh y entré sin llamar. (Suresh Mullick fue uno de los publicistas legendarios en la India, como Frank Simoes, Ranjan Kapur y Piyush Pandey, que también estaban en Bensons). Suresh estaba hablando con una chica morena vestida con pantalones vaqueros y una blusa abierta por detrás que dejaba ver una espalda perfecta entre sus largos cabellos. Yo me quedé cortado por haberlos interrumpido de esa manera.

—Perdona, Suresh… Necesito urgentemente la llave dorada —murmuré.

Suresh me miró sorprendido a través de sus características gafas de montura negra.

—Hola, Kabir. Te presento a Protima Gupta, es modelo.

Protima se giró para mirarme. Me quedé impresionado por sus grandes ojos negros, sus labios carnosos y el pelo negro y ondulado que enmarcaba su bello rostro. Sus rasgos bengalíes debían ser herencia de su madre, porque su padre era de Haryana.

—Hola —murmuré; notaba palpitaciones en la vejiga.

—Hola —dijo ella con una sonrisa deslumbrante; tenía los dientes perfectos y blanquísimos.

Me sentí atraído por su belleza morena pero rechacé mi pulsión porque estaba decidido a seguir la norma que me había impuesto: no salir con modelos. No quería que las chicas me presionasen para aparecer en los anuncios que yo hacía, ni quería que pareciese que me aprovechaba de ellas. No, esa chica estaba totalmente descartada.

—Encantado de conocerte —le dije sonriendo también, bastante abochornado—. Aunque tengo que irme ya.

Protima me miró entornando los ojos; era obvio que no estaba acostumbrada a que la gente se marchase así, pero yo no podía hacer otra cosa, tenía la vejiga a punto de estallar.

—Perdona —le dije encogiéndome de hombros, y salí corriendo.

Protima recuerda así nuestro primer encuentro en sus memorias:

«Yo estaba de espaldas a la puerta, oí que se abría, y una voz grave algo ronca dijo: «¿Me dejas la llave dorada del baño de ejecutivos?». Me di la vuelta y ¡menuda sorpresa! Tenía delante de mí al hombre más guapo que había visto en mi vida: un galán monumental, alto y ancho de espaldas, con una camisa blanca arrugada, pantalones negros y una sonrisa arrebatadora. Me saludó con un gesto de la cabeza y se marchó corriendo con la llave. Me quedé con la boca abierta, y aún estaba un poco embobada cuando pregunté a Suresh quién era ese y cómo es que nadie me había hablado de él.

Yo estaba eufórica y al mismo tiempo abatida: él ya llevaba bastante tiempo en Bombay como para tener a un montón de chicas persiguiéndole, pensé que seguramente ya tendría una relación seria, quizá incluso estuviera enamorado… Tenía que averiguar todo eso, ¿pero cómo?».

A Protima nunca le faltaban ideas. Con su risa espontánea, su desenvoltura y sus bromas se hizo amiga de todo el mundo en Bensons, y se paseaba por la oficina como si estuviera en su casa. Yo dirigía el departamento de cine y radio, por eso solía pasar bastante tiempo fuera de la oficina, rodando y editando los vídeos publicitarios o grabando spots de radio, y cuando me ausentaba ella entraba en mi despacho y revisaba mi agenda y mis horarios. Yo no salía de mi asombro cuando empezó a aparecer casualmente en los sitios donde estaba trabajando. Me saludaba risueña diciendo: «¡Ay, hola!», como si le sorprendiera verme. Naturalmente, empezamos a conversar. A pesar de mis normas sobre salir con modelos, Protima me fascinaba, pero mi vida amorosa ya era bastante complicada. Seguía comprometido de manera informal con mi novia de Delhi, y además había otra luz roja: la aventura que tenía con Emmy, una americana casada. Entonces lo justificaba pensando que era «un romance sin ataduras», una forma de adquirir experiencia en la vida antes de casarme. En retrospectiva es insostenible, lo reconozco. El caso es que Protima nunca me vio salir con otras chicas y eso la animó aún más; no se la podía

disuadir fácilmente.

Se insinuó durante el rodaje de un anuncio para Liberty Shirts. Mi guion tenía seis chicas bailando alrededor de una hoguera en la playa de Juhu por la noche. Protima era una de las chicas que había seleccionado, junto a Shobha De (entonces Rajyadhaksha) y Esther Daswani, las supermodelos de la India en los años 70. Mi cámara era Sukhdev, que hoy es un famoso director de documentales. La música que yo había elegido era Light My Fire, una canción con mucha percusión del primer disco de los Doors; Protima quería encender ella misma el fuego y había hecho una apuesta con las chicas.

«En un alarde de chulería, les aposté que pronto tendría a Kabir Bedi comiendo de mi mano. Me pasé todo el rodaje jugando a mirar a Kabir. Cuando terminamos, varias chicas nos apretujamos en su coche, un Standard Herald rojo, y él se ofreció a llevarnos a casa a todas. Yo estaba entusiasmada y muy segura de mí misma».

Después de dejar a las otras chicas en sus casas nos quedamos solos, pero mis inhibiciones me impidieron encender la hoguera que ella quería. Cuando detuve el coche delante del piso de su familia en Mahim ella se bajó, vino hasta mi lado y se inclinó acercando su cara a la mía. Yo la besé en la frente y le dije con torpeza: «Buenas noches». Ella me miró un momento con una expresión rara, se dio la vuelta y entró en el edificio. Tuve la sensación de que era mucho más que una chica guapa rebosante de energía y buen humor. Mi decisión de no salir con una modelo empezaba a flaquear.

Por pura casualidad, cuando volví a ver a Protima fue en los aseos de caballeros del Shanmukhananda Hall, una conocida sala de conciertos y espectáculos. Estaba de pie frente al espejo, vestida con un biquini dorado, untándose purpurina plateada por todo el cuerpo. Los mejores grupos de rock de Bombay tocaban esa noche, y ella iba a ser su gogó, bailando dentro de una jaula. Me llevé un susto al verla allí.

—¡Hola! —dijo ella alegremente—. ¿Por qué siempre andas buscando un váter?

—¡Perdón! —exclamé avergonzado—. Pensé que era el de caballeros.

—Lo es —repuso en tono malicioso—, por eso estoy aquí.

Yo me reí; estaba un poco cohibido viendo su atractiva figura.

—¿Vas a bailar así? —le pregunté. Ella asintió jubilosa—. ¡Estás estupenda!

—Gracias —dijo, y me dirigió una sonrisa radiante—. ¿Y tú qué haces aquí?

—Me ocupo de las luces —le dije orgulloso.

—No te olvides de verme bailar —dijo mientras añadía otro toque de purpurina plateada—.

¡Hazme brillar con las luces!

«Concentré en mi cara todo mi poder de seducción. Mis ojos encontraron los suyos y no apartamos la mirada. Él estaba incómodo y a mí me hizo gracia su incomodidad; carraspeó nervioso y se despidió. Yo estaba en éxtasis; esa noche bailé maravillosamente».

No es fácil imaginarse la valentía que requería hacer de gogó en un concierto de rock para una chica hindú de una familia conservadora de Baniya en los años 60. Su padre se subía por las paredes al saber que había servido de modelo para anunciar un sujetador; era un empresario con mentalidad conservadora muy trabajador, propietario de Norman's Guest House, un hostal sin pretensiones en Marine Drive, la avenida más famosa de Bombay. Para controlar a sus tres bellas hijas y a su hijo pequeño, gobernaba su familia con mano de hierro. Había amenazado a Protima con echarla de casa, pero ella estaba decidida a romper con el convencionalismo en el que había nacido. Le encantaba impresionar a la gente, y bailar haciendo de gogó era el no va más.

La rebelión estaba en el aire: eran los años 60, una década apasionante para los jóvenes. En occidente había comenzado una revolución en el arte, la música, las drogas, la moda y la sexualidad. Eran los tiempos de los Doors, los Rolling Stones, Pink Floyd, Simon y Garfunkel y, por supuesto, los Beatles. Las minifaldas causaban furor; «la píldora» había liberado a la gente del temor a los hijos no deseados, y la generación de la posguerra se rebelaba contra la rígida mentalidad de sus padres. Fue una época de optimismo, hedonismo y entusiasmo que nos influyó a todos, desde los jóvenes profesionales con los que yo salía hasta los estudiantes universitarios. Los directores de la Nueva Ola Francesa —François Truffaut, Jean-Luc Goddard, Agnès Varda, Alain Resnais…— se rebelaron contra la manera tradicional de hacer cine y exploraron otras posibilidades. Las películas neorrealistas de Fellini, Vittorio de Sica, Rossellini y Luchino Visconti habían dado al cine un nuevo sentido. Yo las vi todas porque soñaba con ser director. Shyam Benegal, que hacía vídeos publicitarios como yo, también empezó a pensar en hacer largometrajes. Él estaba en la agencia ASP (Advertising Sales and Promotion), un piso por debajo de mi oficina en Bensons. Los dos trabajábamos con el mismo cámara, Govind Nihalani, que años más tarde se convirtió en un famoso director. Bombay empezaba a moverse al ritmo del rock: Biddu Appaiah (Lone Trojan), que luego alcanzó la fama mundial como productor de Kung Fu Fighting, estaba tocando con su grupo por toda la ciudad y se convirtió en la primera estrella de rock de la India.

Protima también quería romper sus propios moldes. Me invitó a su fiesta de cumpleaños en «la primera discoteca de Bombay», un local que había abierto ella recientemente junto a un paso elevado en Marine Drive. Estuve un rato a disgusto; era una sala pequeña, con una decoración improvisada estilo étnico, y estaba abarrotada por una extraña mezcla de gente. Protima me presentó a un hombre mayor a quien llamaré Homji; yo no tenía ni idea de que era su amante desde hacía años. Algún tiempo después me contó que cuando estaba en la universidad él la había seducido con sus modales occidentalizados y una lluvia de halagos. La «discoteca» era uno de sus regalos. A mí me cayó mal al instante y él también parecía incómodo al estrecharme la mano. Me fui enseguida mascullando una disculpa y desilusionado por su elección de amistades.

Protima no se desanimó y fue quien movió los hilos para organizar la cena donde la vi después. Kulbir Ghuman, un amigo que también trabajaba en Bensons, me invitó a su casa y otra vez me quedé perplejo al encontrármela allí. Después de un coqueteo sutil durante la cena, subimos a la terraza para tomar el café a la luz de la luna. Kulbir y su esposa Nani no tardaron en desaparecer con alguna excusa, y Protima y yo nos quedamos solos de repente. Mis reticencias se derritieron y nos besamos, primero con ternura y después con pasión. Nos separamos en cuanto aparecieron nuestros anfitriones; Protima irradiaba felicidad cuando les dimos las gracias por la cena y nos despedimos: su plan había funcionado a la perfección y yo estaba excitado.

Paré el coche delante de su portal y la miré a los ojos.

—¿Tienes que ir a casa esta noche? —le pregunté con una sonrisa insinuante.

—Sí —respondió indecisa—. Si no mi padre me va a matar.

Al notar que dudaba, yo insistí:

—Dile que has dormido en casa de Nani.

La noche se prometía caliente, pero realmente no lo fue. Protima se puso una de mis kurtas y se acurrucó en mi cama. Yo estaba excitado, pero una parte de mí todavía no quería hacer el amor. Sabía que eso lo cambiaría todo y me daba miedo. Mientras me cepillaba los dientes en el cuarto de baño escuché el susurro de mi alma. ¿Qué pasaba con las normas que me había impuesto? ¿Sería mi trabajo lo que le atraería de mí? ¿Pretendería que le diese más trabajo como modelo? ¿Era un estúpido por dejarme seducir con tanta facilidad por una modelo que apenas conocía? Me acordé de mi novia de Delhi y de mi aventura secreta con Emmy, y decidí que esa noche no habría revolcones, a ver qué pasaba. Necesitaba más tiempo para confiar en ella y para estar seguro de lo que yo quería.

—Prefiero que no hagamos el amor esta noche —le dije con suavidad cuando me metí en la cama—. Solo quiero abrazarte y dormirme así, ¿vale?

Me miró sorprendida, pero asintió y se acurrucó a mi lado. Fue un comienzo extrañamente platónico para una relación que resultó tan tormentosa.

Yo vivía de alquiler en una habitación grande con el techo muy alto en «White House», un complejo de edificios en Walkeshwar Road, la calle que sube desde Marine Drive hasta la cumbre de Malabar Hill. La dueña de la casa era la señora Delph, una amable viuda que todas las mañanas me preparaba una taza de té con dos galletas María en un plato. Cuando nos levantamos, compartí mi austero desayuno con Protima y nos fuimos cada uno por nuestro lado. Me quedé preocupado por la bronca que la esperaba en su casa, pero tuvo suerte y la creyeron cuando dijo que «había dormido en casa de Nani». Sin embargo, eso no es lo que ella me contó después: se inventó una historia de una regañina humillante, me dijo que estaba desesperada por librarse de la opresión de su padre y que estaba considerando seriamente marcharse de casa. Yo la creí y me dio pena; su empeño en independizarse me pareció admirable.

Después la invité a cenar en un famoso restaurante en Malabar Hill que está en la copa de un árbol y tiene unas vistas magníficas de la ciudad. Estuvimos admirando «el collar de la reina», el

efecto de las luces rojas y amarillas de los coches al pasar por Marine Drive trazando la curva de la bahía como una hilera de piedras preciosas sobre el oscuro mar Arábigo. Estuvimos charlando entre risas y bromas antes de hablar de asuntos serios. Protima me contó que le aterrorizaba que la obligasen a casarse, y que su padre ya había recibido varias propuestas. Ella quería tener la libertad de hacer lo que le apeteciese. Aquello despertó mi lado protector y le dije que tomase una decisión.

—Si eso es lo que quieres, ¿por qué no te vas de casa y te independizas?

Me miró con las pupilas dilatadas por la expectación, y entendí que quería que la invitase a vivir conmigo, pero no dije nada. Ella se echó a reír de repente y dijo que pronto encontraría un piso para vivir. A mí me parecía difícil, pero lo consiguió. Más tarde me enteré de que le había pedido a Homji que alquilase un piso para ella en Malabar Hill.

«Me encontré con Homji al día siguiente y lloré desconsoladamente. La gran ventaja que tenía en aquellos tiempos era que enseguida me creía mis propias mentiras, así que me resultó fácil montar una escena con gran naturalidad».

No tardó en llevarme a conocer su nuevo piso: un apartamento muy acogedor con balcón y un bonito dormitorio. Todavía estaba ocupado por una pareja sudafricana que se marchaba a finales de enero de 1969; aún faltaba un mes y hasta entonces pensaba seguir viviendo con sus padres, aunque no fue eso lo que ocurrió.

En Nochebuena la invité a una cena romántica para mantener vivo el fuego de nuestra relación, pero su padre se negó a dejarla salir y Protima me llamó llorando.

—Si salgo contigo esta noche no me dejarán volver a casa —me dijo entre sollozos.

—Pues no vuelvas —le respondí enfadado por la actitud y las amenazas de su padre—. Vas a tener tu propia casa dentro de un mes, ¿no?

—¿Y dónde voy a vivir hasta entonces? —gimió. Yo caí en la trampa.

—Quédate conmigo —le dije con galantería—. Es solo un mes.

Sin darme cuenta, en aquel instante había abierto la puerta a una relación en toda regla. Como dice el proverbio árabe: «Hay tres cosas que no tienen vuelta atrás: la flecha disparada, la ocasión perdida y la palabra dada». Pero no se me ocurrió faltar a mi palabra, no va con mi carácter, y creía que ella tenía derecho a llevar su propia vida. Protima se marchó de su casa dando un portazo después de provocar una discusión con su padre, que denunció su «desaparición» a la policía. El destino quiso que se la encontrase al día siguiente paseando por Marine Drive; él le dijo que subiera al coche y que todo estaba perdonado, pero ella le habló de mí, tuvieron una pelea tremenda y su padre se marchó insultándola. A ella no le importó lo más mínimo.

Por una trágica casualidad, su padre falleció unos días después en un accidente de coche. Protima se hundió en una crisis emocional y estuvo varios días llorando y pensando en su lamentable despedida. Su madre la culpaba a ella de su muerte y eso multiplicaba su dolor. Yo también me sentía culpable, habían discutido por mi culpa. Pero el trauma por la muerte de su padre cimentó nuestra relación; yo no le iba a decir que se fuese a vivir sola en ese estado de fragilidad emocional, me sentía obligado a protegerla. Protima renunció a su nuevo apartamento y se quedó a vivir conmigo. Así empezó nuestra relación; no era lo que yo pretendía pero tampoco me disgustaba.

Sin embargo, mi nueva relación me creaba un dilema sentimental; lo había estado pasando muy bien con Emmy, mi amiga norteamericana, y no estaba preparado para dejarla de repente. Los dos sabíamos que era un romance sin ataduras, nuestros mundos eran muy diferentes: ella pensaba volver a Estados Unidos en un año o así, y yo quería ser cineasta en la India. Pero nos habíamos hecho buenos amigos y el sexo era magnífico; era una mujer inteligente y sensible, no quería perderla. Estuve muchos días dando vueltas a mis deseos contradictorios; Emmy me había mostrado un mundo apasionante y tampoco quería que se desvaneciera. Nuestra relación había surgido por una cadena de acontecimientos que culminaron en circunstancias realmente extrañas. Es una digresión, pero creo que merece la pena.

En Bombay empecé mi carrera en Lintas, una agencia de publicidad multinacional, para aprender a hacer películas y pulirme como director: esa era la razón de mi traslado allí. Janki Gaur, un amigo de Delhi que trabajaba en All India Radio, me había recomendado a uno de los directivos de la agencia diciéndome que, además de amigo suyo, era una «bellísima persona»: Gerson da Cunha, hombre con una creatividad extraordinaria comprometido con causas humanitarias y sociales, un gigante intelectual y compasivo que ha sido una gran inspiración para mí desde entonces. Era el director del departamento creativo de Lintas, y me contrató para rodar anuncios; debí causarle buena impresión cuando nos conocimos. Quizá me estaba tomando el pelo, pero hace poco me dijo: «Después de nuestra entrevista, tres señoritas del departamento creativo, dos redactoras y una directora artística vinieron a mi despacho y me dijeron que si Lintas no te contrataba ellas se despedían».

Mi jefe inmediato era el brillante y carismático Alyque Padamsee, un hombre alto y delgado con aire inquisitivo; siempre llevaba perilla y le encantaban los chalecos abiertos. Algunas de sus campañas publicitarias ya eran míticas, aunque su auténtica pasión era el teatro: fue uno de los fundadores del famoso Theatre Group de Bombay. Se puso muy contento cuando le conté que había ganado la Copa Kendal de arte dramático en Sherwood, el internado de Nainital, y que además de las obras que había hecho mientras estudiaba la carrera en St. Stephen's había actuado bajo la dirección de Joy Michael, la fundadora de la compañía Yatrik y decana del circuito teatral de Delhi.

Alyque se convirtió en mi gurú para el teatro y me dio un pequeño papel en Marat-Sade de Peter Weiss; el título completo es el más largo en la historia del arte dramático: Persecución y asesinato de Jean-Paul Marat representado por el grupo teatral de la Casa de Salud de Charenton bajo la dirección del señor de Sade. La obra transcurre en un manicomio durante la Revolución francesa. Gerson interpretaba al sádico marqués de Sade y Alyque al revolucionario Jean-Paul Marat. Yo era uno de los locos y me ponía violento al final de la obra, trepaba por unas redes y aterrorizaba al público de los palcos cuando la representamos en St. Xavier's College. Mi breve

arrebato de locura impresionó tanto a Alyque que me propuso ser el protagonista de su siguiente obra.

Durante los ensayos de Marat-Sade tuve ocasión de conocer a la élite del mundillo teatral de Bombay, donde la realeza era la familia Padamsee. Alyque estaba casado con Pearl, otra gran directora de teatro; su hija Raell es actualmente una famosa productora y directora; Ranjit Barot, el hijo de Pearl, también es un famoso actor. Un día vino a verme Dolly Thakore, una excelente actriz que conocía de Delhi; y se la presenté a Alyque, que se enamoró y acabaron casándose. El hijo de ambos, Quasar Padamsee, también es un magnífico e innovador director teatral; yo le digo de broma que tiene mucho que agradecerme… Pero será mejor que siga con la historia de Emmy.

Sabira Merchant, una de las primeras actrices del Theatre Group, me invitó a una fiesta en su casa y allí conocí a Karishma, una atractiva cantante de jazz a quien he cambiado el nombre. Empezamos a hablar y estuvimos bailando hasta la madrugada. No sé si sería por alardear, pero aquella noche bebí más de la cuenta. Nunca he sido un gran bebedor, en eso soy un peso ligero, y en algún momento me desmayé. Al día siguiente me desperté en una cama de una casa que no conocía, con un tremendo martilleo en la cabeza y sin saber cómo había llegado hasta allí. Estaba perplejo; por lo menos seguía teniendo los pantalones abrochados. Abrí la puerta de la habitación y me encontré en un salón con una decoración bastante anticuada.

Karishma apareció de repente y me saludó risueña:

—¡Hola! ¿Te encuentras bien?

Era una auténtica belleza India, con la tez morena, ojos negros, los pómulos redondeados y una curva traviesa en la comisura de los labios.

Me alegré de verla otra vez.

—¿Qué hago aquí? —le pregunté.

—Bebiste demasiado. Nadie sabía dónde vives, así que te traje a mi casa.

Yo estaba muerto de vergüenza. ¿Qué le iba a decir a Sabira? ¿Y a Alyque? ¿Y a Gerson? ¡Ay Dios! Me había portado como un imbécil.

—Lo siento mucho —murmuré abochornado.

—Ah, no te preocupes —dijo riéndose—. Voy a prepararte algo para que desayunes, pero después te tienes que marchar porque estoy esperando a mi novio.

Yo no sabía que tuviera novio, y le pregunté quién era y por qué no estaba en la fiesta.

Mientras yo desayunaba Karishma me habló de su relación con Brad, un diplomático norteamericano de treinta y tantos años (a quien también he cambiado el nombre) que además trabajaba de extra en The Guru, la película que Merchant-Ivory estaba rodando esos días en la ciudad. Me pareció una ocupación poco habitual para un diplomático y se lo comenté.

—Brad quiere desarrollar su lado creativo —me explicó Karishma con admiración. Ella quería ir a verlo al rodaje, pero la esposa de Brad solía estar allí. «Un hombre casado», pensé. En ese momento a Karishma se le ocurrió algo—: ¿Por qué no vienes conmigo al rodaje como si fueses mi novio?

—¡Qué buena idea! —le dije entusiasmado.

Todos los amantes del cine conocían La joven pareja y Shakespeare-Wallah, dos producciones de Ismail Merchant dirigidas por James Ivory y protagonizadas por el guapísimo Shashi Kapoor que asombraron al mundo de la cultura en los años 60. Shashi también intervenía en The Guru junto a Michael York, Rita Tushingham, Saeed Jaffrey, Utpal Dutt y Aparna Sen. Era un lujo poder ver trabajar a esos grandes actores.

Ya se sabe que durante los rodajes en lugares exóticos suelen surgir romances, y aquella noche la película se rodaba en el impresionante templo Mahalaxmi. Había una panorámica espectacular, con el mar de Arabia iluminado por la luna y la mezquita de Haji Ali como una isla fantasmal en la bahía. Era un escenario sobrecogedor.

Karishma vio de lejos a Brad en cuanto llegamos al set.

—¡Allí está! —chilló entusiasmada.

Brad estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas junto a otros occidentales vestidos con kurtas. James Ivory estaba reorganizando a los extras extranjeros delante del gurú, que era Nana Palsiker. Los deslumbrantes focos de arco iluminaban la escena como si fuera de día y Karishma solo tenía ojos para Brad. Yo miré por los alrededores pero no vi a ninguno de los actores que esperaba encontrar allí. Me fijé en una esbelta chica extranjera vestida de amarillo que estaba charlando con los del equipo de rodaje un poco más lejos; parecía una actriz, estaba sentada en una silla plegable, riéndose a carcajadas, totalmente ajena a los espectadores que había a su espalda detrás de las cuerdas.

James Ivory dijo: «¡Corten!», y Brad vino a saludarnos. Era un hombre atractivo, algo pálido, con el pelo ondulado de color castaño y gafas redondas. Karishma le estrechó la mano con mucha formalidad y me presentó.

—Este es mi querido Kabir —dijo sonriendo con picardía, levantando la voz para que lo oyese la esposa de Brad, que se acercaba en ese momento.

—Os presento a mi esposa Emmy —dijo Brad en tono jovial. Era la chica del vestido amarillo.

—Emmy, estos son Kabir y su novia Karishma.

Emmy me estrechó la mano con una cordialidad que resultaba sexy. Yo estaba intrigado: ¿por qué se buscaba Brad una amante teniendo una esposa tan atractiva? Entre las bromas de Karishma y las risas de Emmy, pasamos una noche tan agradable como la cálida brisa marina. Emmy parecía sentir algo más que curiosidad por mí, porque me miraba con frecuencia, y la verdad es que ella también había despertado mi interés. Eso fue un aviso de lo que vendría después.

Brad me llevó a conocer a Ismail Merchant, el productor de las películas que dirigía James Ivory (su pareja) con guiones de Ruth Prawer Jhabvala, una angloamericana de origen alemán. Formaban un equipo extraordinario con fama internacional, hicieron las mejores películas de «fusión» cultural de los años 60 contando historias de la India al mundo occidental. Shakespeare-Wallah está inspirada en la vida de Geoffrey Kendal, un inglés que había recorrido la India visitando escuelas y representando obras de Shakespeare. Era una historia que conocían de cerca: Shashi Kapoor había sido miembro de la compañía de Kendal y estaba casado con su hija Jennifer. La otra hija de Kendal, Felicity, también aparecía en The Guru.

Ismail me saludó afectuosamente pero estaba muy ocupado con los problemas que tenía el director James Ivory. Estuve un rato viendo cómo trabajaban; aquel fue el primero de mis numerosos encuentros con Ismail por todo el mundo.

Unos días después Brad invitó a Karishma a una fiesta en Gorai, una playa rodeada de palmeras en las afueras del norte de Bombay. Emmy también iba, así que Karishma me pidió que la acompañase y yo acepté más que encantado. En la fiesta había un montón de ingleses y norteamericanos borrachos deambulando alrededor de una «cabaña» enorme junto a la playa. Brad y Karishma desaparecieron en la oscuridad camino de la orilla, y poco después vi a Emmy sola en el borde del jardín; estaba sentada en una alfombrilla, absorta en sus pensamientos. Llevaba un sarong con estampado de flores y los rizos castaños recogidos en una coleta. Sus ojos azules relumbraron vivaces cuando me vio. La saludé con un beso en la mejilla y me senté a su lado.

El aire vibraba con una química inconfundible mientras nos contábamos nuestras vidas. Ella era «una chica judía normal de Nueva York» que había estudiado en una universidad de élite. Conocía a Brad desde la universidad y se habían casado poco después de licenciarse. Era siete años mayor que yo.

—La luna de miel fue maravillosa y los primeros años bastante buenos, pero luego se estropeó todo —me dijo sin darle importancia. Yo estaba alucinado, ¿me estaría dando permiso para insinuarme? Un instante después me soltó otro bombazo:

—Tú no estás saliendo con Karishma, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso?

— Brad y yo estuvimos hablando, me lo ha contado todo.

—¿Qué es todo?

Emmy contuvo una risita.

—¿Hace falta que te diga lo que está haciendo en este momento con Karishma?

—¿Y no te importa?

—Me parece bien; así yo quedo libre también. —Yo pensé: «¡Guau! ¿Otra invitación?». Ella me miró a los ojos y me preguntó—: ¿Estás casado?

La idea de tener un romance con ella me excitó.

—No, soltero y sin compromiso. —Me gustaría haber dicho algo más original, los publicistas suelen ser creativos, pero eso fue todo lo que se me ocurrió.

—A mí puedes considerarme soltera también —dijo con un guiño.

Nuestro romance empezó bajo las palmeras de la playa de Gorai, y luego nos veíamos un par de veces a la semana en su casa. Al principio yo solo iba cuando Brad estaba trabajando, pero poco después dejamos de ocultarlo. Cuando coincidíamos los cuatro charlábamos un rato tomando una copa en el salón y luego nos íbamos cada pareja a un dormitorio. Había paz, pero no siempre, porque si Brad tenía que viajar con Emmy por razones de protocolo, Karishma cogía un berrinche de muchos decibelios; una vez amenazó con destrozar la casa. Me pidieron que me quedase allí para controlarla, pero ella se encerró en el cuarto de baño y lo pintarrajeó todo con su pintalabios. Aquel era un mundo totalmente desconocido para un chico de clase media de Delhi.

Ahora tenía a Protima en mi vida y decidí que quería una relación sincera con ella. Puse fin a la relación con Emmy, aunque lo hice de mala gana. La despedida no fue fácil; ella «entendía» que yo quisiera empezar una nueva vida, pero se deshizo en lágrimas. Nuestro romance tenía que terminar algún día y para mí había llegado el momento, pero estuve triste algún tiempo.

Después me enamoré completamente de Protima. Empecé a llamarla Kishmish (uvas pasas en hindi), Kish para abreviar, porque era «dulce, morena y jugosa». Kish a veces se convertía en Kiddo (chiquilla en inglés), y cuando estaba eufórica la llamaba «tigre». Ella se ponía a bailar por la casa, cantando «Kiddo-tiger, Kiddo-tiger» alargando las sílabas de tiger. Yo era introvertido y reservado, ella extrovertida y bulliciosa, por eso me gustaba tanto. Poca gente se da cuenta de lo tímido que soy; no me asusta subirme a un escenario ni hablar en un estadio ante 5 000 personas, pero a veces me cohíbo en una sala llena de gente. Si estoy hablando con alguien que me parece interesante, no voy a ir a ver cómo son los demás. No sé si lo que estoy pensando les interesará y viceversa. Hay quien dice que soy «un tipo serio y callado», pero es que estoy atento a la infinidad de pensamientos que me pasan por la mente. Protima fue mi salvación, ella siempre era el alma de la fiesta y me libraba de la charla trivial que yo detestaba: a cada momento se acordaba de un chiste o se lo inventaba. A mí me encantaba su aplomo y su chispa.

Profesionalmente, las cosas también iban muy bien. En Bensons tuve mis momentos más creativos; mi anuncio para Liberty Shirts en la playa de Juhu con Protima y las supermodelos había gustado mucho. A los clientes les había encantado el vídeo de lanzamiento para el café instantáneo Bru, y había recibido muchos elogios por el chispeante corto que hice para Yera Glass. Mi spot de radio para Trinca Rubia Voile con música del entonces desconocido Jagjit Singh ganó un Asian Award. Mientras trabajaba en Bensons, otras agencias empezaron a ofrecerme trabajos de modelo en grandes campañas publicitarias. Mi imagen empezó a aparecer por todas partes, primero anunciando la nueva marca de cigarrillos de ITC, Wills Filter Kings, con un eslogan bastante atrevido: «Empieza una larga relación», luego con las camisas Liberty Shirts en vallas publicitarias por toda la India, después presentando los trajes de Thackersey Suiting, una marca muy famosa en esa época. También hice un corto precioso con la actriz Zeenat Aman para un anuncio de Cinthol, y en poco tiempo me convertí en el modelo masculino

más famoso de la India. Años más tarde, Dhirubhai Ambani, director del consorcio Reliance, también me hizo omnipresente con la promoción de su empresa textil Vimal Shirting. Protima y yo nos hicimos muy conocidos en la «sociedad» de Bombay, y nos trasladamos del pequeño estudio donde yo vivía de alquiler a un moderno apartamento con un solo dormitorio en el edificio Bayview de Malabar Hill que tenía unas vistas espléndidas de la ciudad.

La alegría vital de Protima iluminó mi vida. Acostumbrarse a las peculiaridades, las manías y los ritmos del otro no resultó tan difícil como me había imaginado. Pero vivir en pareja no era habitual en la India de los años 60, y empezaron las habladurías sobre nosotros. A Protima le encantó que las revistas del corazón nos sacaran con el titular: «Viven juntos sin estar casados»; le apasionaba tener publicidad. Yo estaba entusiasmado con todo ese alboroto, tenía una sensación de rebeldía deliciosa, como si estuviéramos anunciando una nueva era de permisividad. Cuando la gente decía algo a Protima sobre la seguridad ella contestaba que «la seguridad es para los temerosos, la gente anticuada y convencional». Nos encantaba la transgresión que suponía nuestra convivencia sin matrimonio, y yo estaba locamente enamorado.

Mi felicidad empezó a diluirse dos meses después de instalarnos en el apartamento de Bayview, cuando tuvimos «el drama de Homji». Yo trabajaba hasta muy tarde en Bensons, y Protima estaba tratando de abrir una tienda especializada en telas gujaratis bordadas con trocitos de espejo; ella las usaba en sus blusas y sus faldas largas estilo ghagra, incluso decoraba la casa con ellas. Una mañana temprano me dijo que se iba a comprar telas para la tienda a Bhavnagar, en el estado de Gujarat. Lo repentino del viaje me sorprendió, aunque no dije nada, pero cuando salió hacia el aeropuerto esa tarde yo tenía una sensación rara. Por intuición llamé a la oficina de Homji —para entonces Protima ya me había contado todo sobre su relación—, pero no estaba en la ciudad. Pregunté desde cuándo y me dijeron que se había marchado el día anterior. Era demasiada coincidencia; me puse tan furioso que cancelé los compromisos que tenía y salí disparado hacia el aeropuerto para coger un avión a Bhavnagar. No tenía ni idea de dónde se alojaba Protima ni de cómo la iba a encontrar, pero me daba igual, estaba enfurecido, ya me las apañaría.

Cuando el avión aterrizó en Bhavnagar, iba mirando por la ventana. En aquellos días era un aeropuerto pequeño y muy básico: los pasajeros que llegaban tenían que pasar junto a los que esperaban al borde de la pista para embarcar. Al mirar con más atención cuando el avión se paró enfrente de la terminal me dio un vuelco el corazón: Protima estaba allí, entre los pasajeros que iban a embarcar, agarrada del brazo de Homji, que se mesaba el pelo gris despeinado por el viento. Se me revolvió el estómago de la rabia que me dio: ¡me había engañado! ¡Había vuelto con su antiguo amante! Esperé a que bajasen todos los pasajeros y un momento después salí corriendo por la pista hacia Protima. Cuando me reconoció puso cara de espanto y empezó a escabullirse hacia la torre de control mientras Homji se alejaba en dirección contraria. La perseguí por todo el aeropuerto hasta llegar a la carretera de acceso; se metió en un rickshaw, pero la obligué a bajar. Me miraba como un conejo atrapado, con los ojos despavoridos y jadeando

—¿Qué demonios estás haciendo? —grité. Ella se encogió.

Empezó a acercarse gente a ver qué pasaba. Había que salir de allí. Yo no había facturado equipaje y cogimos un taxi para ir a su hotel, que parecía un haveli —una casona solariega India.

Ella no paraba de decir que solo había acompañado a Homji al aeropuerto, pero no la creí. Ignoramos al asombrado recepcionista y subimos a su habitación. Ella se derrumbó sobre la cama de madera tallada con dosel y empezó a llorar. En ese momento estallé de rabia.

—¡Déjate de gilipolleces! ¡Basta ya de teatro! —grité.

Las lágrimas le rodaban por las mejillas manchándole la cara de rímel; cada vez lloraba más, con el pecho agitado por los sollozos hasta que empezó a gemir como una plañidera, en crescendo y tan alto que temí que el personal del hotel llamase a la policía. De repente me encontré calmándola, aunque seguía rabioso. Al final acabé exhausto, con el alma profundamente herida. Quería llorar, pero mi orgullo de macho me lo impedía, no quería mostrar debilidad. Estaba decidido a terminar con nuestra relación, aunque primero quería saber por qué lo había hecho.

—No lo entenderías —me dijo Protima con un hilo de voz.

—¡Claro que no! Pero explícame por qué te acuestas con un viejo arrugado teniéndome a mí en tu vida.

Ella movió la cabeza negando y suspiró.

—No creo que pueda.

—Inténtalo —le dije—. Me gustaría mucho saberlo.

—Homji es un viejo amigo. En realidad no nos acostamos.

—¡No os acostáis! —dije burlándome—. ¿Ni siquiera en una acogedora cama con dosel?

—Eso es agua pasada. Está demasiado mayor; es un viejecito encantador.

—¡Menudo consuelo! —repliqué con sarcasmo—. Vienes a Bhavnagar con un hombre que te ha estado follando durante años porque es un viejecito encantador.

Protima me miró fijamente con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Sabes lo que Homji hizo por mí?

—Te sedujo y te folló, según me dijiste.

Ella torció el gesto pero no apartó la mirada.

—Hizo que me respetase a mí misma.

—¿Y yo no lo he hecho? ¿Qué demonios quieres decir con eso?

Su expresión era desafiante; respiró hondo y con la voz entrecortada por el llanto me contó las burlas que había padecido por ser «el patito feo» de su familia «con los labios gruesos, los ojos saltones, la nariz ancha y la piel oscura». Le decían que nadie iba a querer casarse con ella. Después fue a la universidad, le crecieron las tetas y de repente gustaba a los chicos. Me dijo que

había salido con muchos.

—Pero los chicos eran… Pues eso, solo chicos. Homji me halagaba y me hacía sentir importante. A mí me gustaba que un hombre tan caballeroso me desease. Era muy amable. Me acosté con él porque me gustaba. Aprendí muchas cosas con él…

—Corta el rollo —le dije enfadado—. Eso fue hace mucho. ¿Por qué sigues viéndolo? ¿Es por dinero?

Ella movió la cabeza negando pero se derrumbó.

—No sé por qué lo hice… He sido una tonta… Lo siento.

—¡Ah, sí! —rugí—. ¡Seguro que lo sientes mucho!

—Ha sido un gran error, pero… yo te quiero.

—Tienes una manera muy rara de demostrarlo. Estoy harto de ti.

Le dije lo que pensaba de ella con palabras que es preferible no escribir. Su rostro era un mar de lágrimas de arrepentimiento. Cuando me tumbé a dormir estaba exhausto, agotado emocionalmente y completamente vestido.

Al día siguiente me desperté al amanecer; escuché el trinar de los pájaros en los árboles del jardín y salí a pasear.

No dejaba de preguntarme qué estaba pasando, ¿era tan difícil amar a alguien? No entendía que ella echase todo a perder por un payaso como Homji.

Me fui sosegando a medida que me ponía en comunión con los árboles; cuando tengo problemas siempre me refugio en la naturaleza. Mientras ordenaba mis pensamientos sentía algo a lo que intentaba resistirme pero persistía: todavía la amaba. ¿Podríamos volver a empezar? ¡No, imposible!

La luz del amanecer se filtraba entre los árboles y los cantos de los pájaros sonaban como melodías divinas. Reflexioné sobre mis sentimientos contradictorios indagando más a fondo, y fue un proceso doloroso. Aunque al principio me resistía, al final tomé una decisión: perdonaría a Protima porque todavía la amaba. Visto en retrospectiva, puede que fuese una ingenuidad por mi parte, pero no quería perder la alegría que había traído a mi vida. No iba a consentir que un vejestorio echase a perder nuestra felicidad; era mi primera relación de convivencia y no quería que acabase de una manera tan vergonzosa. Protima lloró de alegría cuando se lo dije, estaba convencida de que habíamos terminado, y me dijo que me quería más que nunca. A mí me invadió una felicidad silenciosa. De vuelta en Bombay, innovadora como siempre, Protima vendió el lote de telas con espejos bordados colgándolas delante de la Jehangir Art Gallery, el centro vital del arte en Bombay.

Nuestra relación recuperó su ritmo trepidante. Un día, al volver del trabajo, me di cuenta de que había perdido la cartera y me llevé un gran disgusto porque acababa de sacar bastante dinero. Se

me caería al bajar del coche; uno de los vigilantes la encontró, cogió el dinero y la lanzó colina abajo. La cartera aterrizó en el tejado de una casa y la recogió un buen samaritano que vio mi tarjeta y me llamó. Cuando fui a buscar la cartera vacía me imaginé lo que había ocurrido.

—Esto lo arreglo yo —gritó Protima—. ¡Y también pienso recuperar tu dinero!

Llamó a todos los vigilantes, les hizo sentarse en círculo y les mostró la cartera desenvolviéndola cuidadosamente del pañuelo en que la llevaba.

—Quien haya cogido nuestro dinero puede darse por muerto. Sus huellas dactilares están por toda la cartera. Si mañana no ha aparecido el dinero vamos a ir a la policía con ESTO —dijo con dureza, y agitó la cartera delante de sus caras.

Al día siguiente encontramos el dinero en un sobre que habían pegado en la puerta. Protima bailaba y cantaba sin parar, encantada de haber sido tan lista:

—¡Kidoo ti-ger! ¡¡Kidoo ti-ger!! ¡¡¡Kidoo ti-ger!!!

Yo me uní al baile mientras ella seguía cantando a pleno pulmón.

Mi alegría no iba a durar mucho. Un día que había vuelto muy cansado del trabajo y me estaba preparando una taza de té, Protima salió del dormitorio vestida y maquillada como para una fiesta y me dio un fuerte beso.

—¿Dónde vas? —le pregunté.

—A ninguna parte —respondió sonriendo—. A no ser que quieras llevarme a algún sitio.

—Hoy no, Kish. Estoy hecho polvo.

—Entonces vamos a sentarnos a charlar —dijo riéndose mientras me guiaba hacia el salón.

Me senté junto a ella preguntándome qué estaría tramando; tenía la sensación de que ocurría algo raro, pero lo que me dijo me dejó por los suelos.

—Estoy embarazada —anunció mirándome atentamente para ver mi reacción.

Dudé si lo decía en serio, no entendía cómo podía haber ocurrido, y reaccioné con rabia, levantando la voz:

—¿No habías dicho que estabas tomando la píldora?

Ella lo negó rotundamente. Me pregunté si me lo habría imaginado, pero no, sabía que estaba mintiendo. Aunque no era el momento de buscar culpables: aquello era una crisis que teníamos que solucionar, éramos muy jóvenes para tener hijos. Yo tenía veintitrés y ella solo diecinueve. Había cosas que hacer, lugares donde ir, aventuras que correr y otros mundos que descubrir. Íbamos a perder las libertades de la juventud.

—Supongo que tendremos que abortar —le sugerí suavemente.

Ella me miró como si fuese un extraterrestre. Su reacción me alarmó.

—Voy a tener el niño —dijo con firmeza.

Fue otro puñetazo en el estómago.

—No puedes decidir tú sola por los dos —protesté.

—Pues lo voy a tener. No pienso matar a mi hijo.

—¿Y qué pasa si yo no quiero tener un hijo ahora? —le dije indignado—. Podemos tener hijos más adelante, ¿no?

—No. Voy a tener este niño —respondió obstinada. Al ver lo enfadado que estaba suavizó el tono—: No te preocupes, yo me encargaré del niño. No tienes que casarte conmigo.

Me estaba forzando a aceptar su decisión y eso me enfureció.

—¿Y qué pasa si te dejo? —la amenacé levantando la voz.

—Eso lo tienes que decidir tú —me dijo sin inmutarse—. Yo sé lo que voy a hacer yo: voy a tener al niño.

Me marché muy enfadado y estuve conduciendo sin rumbo por Marine Drive. ¡Había sido un maldito descuido suyo! Me había dicho que ella se ocupaba de los anticonceptivos. ¿Acaso no tenía yo derecho a decidir si quería tener un hijo o no? De repente se me ocurrió que quizá no fuese un descuido, sino algo deliberado. Yo sabía lo retorcida que podía llegar a ser, ¿querría obligarme a que nos casáramos? Aunque me había dicho que no quería casarse yo sabía que no era verdad. Seguí enfureciéndome con ella y maldiciendo el día en que la conocí mientras conducía entre el tráfico caótico. ¿Qué iba a hacer? ¿Aceptar al bebé o marcharme? ¿Seguir con ella o dejarla? ¿Qué iban a pensar mis jefes y mis compañeros si abandonaba a una chica después de dejarla embarazada? Eso haría las delicias de las revistas que cotilleaban sobre nosotros. ¿Qué dirían nuestros amigos? ¿Por quién tomarían partido? ¿Y qué quería yo realmente? ¿La amaba todavía?

Pasé varios días atormentado por mis sentimientos. Si quería que Protima fuese parte de mi vida tendría que aceptar tener un hijo, y eso suponía que teníamos que casarnos. A pesar de nuestras ideas bohemias, yo sabía que el hijo de unos padres sin casar no lo tendría fácil en la India de los años 60. La pregunta principal era la misma que me había hecho en Bhavnagar: ¿Quería lo suficiente a Protima para aceptar lo que había hecho? La respuesta llegó con más reticencias esta vez, pero seguía siendo la misma: yo la amaba. Considerándolo a día de hoy, debería haberme marchado en lugar de dejarme manipular por una mujer astuta como había hecho desde el principio. Pero yo quería hacer lo correcto; eso era lo que me habían enseñado mis padres.

Sin embargo, tampoco había hecho siempre lo correcto. Finalmente le conté la verdad a mi novia de Delhi: iba a casarme con Protima porque estaba embarazada. Estoy seguro de que ella sospechaba que nuestra relación se estaba deteriorando porque cada vez pasaba más tiempo entre mis llamadas y cartas. Yo era su primer amor y ella el mío, y debió ser muy doloroso para ella.

Me sentí fatal, pero mi vida era un desbarajuste sentimental y tenía que ponerla en orden. La culpabilidad me atormentó durante meses. Mi primer amor era una mujer maravillosa, creativa y amorosa que se merecía más fidelidad por mi parte. Quizá habría sido mejor compañera para mí, pero yo le había fallado en todos los sentidos.

Protima y yo nos casamos cuando ella estaba embarazada de dos meses. Yo no me podía permitir una gran boda, así que lo simplificamos todo: no invitamos a nadie. Nuestros amigos recibieron una sencilla «nota informativa» diseñada por mí en papel color ocre de confección artesanal:

«Hemos contraído matrimonio el día 14 de octubre de 1969 en una sencilla ceremonia budista con incienso y cánticos únicamente. No hay convite, ni regalos ni una puñetera dote. Puedes comunicarnos tu sorpresa/desaprobación/alegría la próxima vez que nos veas».

Les encantó a todos y nos ahorramos un montón de dinero. En nuestra boda estuvieron presentes los familiares de Protima, que ya la habían perdonado, y mi madre, que se había hecho monja budista. De mi madre hablaré en otra historia, pero se habría horrorizado de haber sabido lo que nos había llevado a casarnos. Fue ella quien santificó nuestra unión oficiando la ceremonia con su hábito granate mientras unos monjes budistas cantaban sutras. Ella había pensado que me casaría con mi novia de Delhi, que le caía muy bien, pero veía el bien en todo y acogió a Protima como mi esposa.

Después de casarnos Protima y yo vivimos algunas de las experiencias más íntimas y bellas de nuestra relación. Cuando me abrazaba con pasión y me decía palabras de amor, yo me derretía de felicidad. Hablábamos sobre las creencias y los senderos espirituales, se nos ocurrían cosas delirantes y nos reíamos como locos. Bajo su fachada de descaro se escondía un corazón muy sensible. Una vez, volviendo a casa de una cena, me hizo parar el coche para recoger a un perrito que temblaba bajo la lluvia. Ella caldeaba mi vida con su buen humor y me recibía como a un héroe cuando volvía de trabajar. Protima llenó mi mundo de gozo.

Pooja nació siete meses después, el 11 de mayo de 1970. Yo quería mitigar con música los dolores de Protima cuando diese a luz, pero en el moderno hospital Breach Candy no me permitían tocar durante el parto así que elegimos Northcote, una maternidad cerca del famoso hotel Taj Mahal, con vistas a la Puerta de la India. Era un lugar precioso para el nacimiento de nuestro primer hijo. Mis objeciones a tener un hijo siendo tan joven se diluyeron en el amor que sentía por Pooja. Era una niña preciosa con enormes ojos marrones en un rostro perfectamente ovalado. Yo la adoraba con auténtica pasión; me derretía con cada balbuceo. Estaba sorprendido por su energía ilimitada, que sigue siendo uno de sus rasgos personales. El amor, como decía Mahatma Gandhi, es la fuerza más sutil del mundo, pero llega a superar todos los obstáculos. Mi resentimiento por haber sido forzado a casarme y a ser padre se desvaneció. Protima era buena madre, jugaba con Pooja, la atendía cada vez que lloraba y la colmaba de amor. Para mí eso era muy reconfortante mientras estaba ocupado trabajando. Durante todo ese tiempo mi pasión por el teatro seguía viva, y mi siguiente obra marcó un punto de inflexión.

Alyque Padamsee me dio el papel de Tughlaq, un controvertido emperador musulmán que

gobernó la India en el siglo catorce. Los historiadores suelen referirse a él como «el rey loco» por haber acuñado monedas sin valor y por trasladar al sur la capital de la India. Sus motivos parecían razonables en aquellos tiempos, pero el apodo de «rey loco» se mantuvo durante siglos. La obra era teatro del mejor; el cartel lo pintó M. F. Hussain, los decorados los diseñó Piloo Pochkhanawala, el elenco era la flor y la nata del teatro de Bombay: Gerson da Cunha, Sabira Merchant, Farokh Mehta, Bomi Kapadia, Kersy y Usha Katrak, Zafar Hai… Pero lo que dejó a todos boquiabiertos fue la primera escena.

Cuando se abría el telón yo estaba de pie con los brazos extendidos, de espaldas al público y totalmente desnudo, al menos eso parecía. Las luces que me iluminaban desde arriba ocultaban la tira del tanga que me cubría por delante. Tenía el cuerpo en tensión, marcando todos los músculos, y por detrás se me veía tan desnudo como una estatua romana. Las exclamaciones de la gente se seguían oyendo mientras entraban los mayordomos reales y me cubrían con las galas de emperador. Luego «el rey loco» se giraba hacia el público y comenzaba a arengar a sus vasallos. El éxito de la obra me hizo famoso entre la alta sociedad de Bombay. Los cínicos afirmaban que mi trasero era la razón de que Tughlaq batiese récords de taquilla, pero era una gran obra, la primera de Girish Karnad, uno de los dramaturgos más famosos de la India. Debía su éxito a los grandiosos personajes que Girish había creado y a la fascinante historia que contaba. Las críticas de mi interpretación fueron excelentes; me llamaron varios productores de cine, y así empezó mi carrera en Bollywood. Alyque Padamsee me lanzó como actor profesional y siempre le he estado agradecido por eso.

La playa de Juhu se convirtió en el centro de mi nueva vida; en aquel tiempo, Juhu era como Goa. Yo no quería que Pooja creciese en las aceras de cemento de Malabar Hill y nos trasladamos al complejo Beach House de Juhu, a un apartamento con vistas sobre las copas de las palmeras que rodeaban los jardines. Era un sitio perfecto para criar niños. Muchos productores y actores de Bollywood también vivían en Juhu. Entonces corría un chiste muy popular: «Juhu es un sitio donde puedes tumbarte en la playa y mirar las estrellas, o tumbarte sobre las estrellas y mirar la playa».

Protima adoraba a nuestros amigos de «la pandilla de Juhu», que no tenían nada que ver con sus «amigos de la discoteca». Formaban un grupo variable de gente creativa dedicada al cine: Shekhar Kapur, Mahesh Bhatt, Danny Denzongpa, Parveen Babi, Shabana Azmi, Parikshit Sahni (el hijo de Balraj Sahni), Neelam y Anil Johar (la hija y el hijo de I. S. Johar), Jalal Agha, Johny Bakshi, Gunnu y Ketan Anand (hijos de Chetan Anand) y muchos otros. Los atractivos hermanos Khan (Feroz, Sanjay, Akbar y Sameer) en realidad no formaban parte de nuestra pandilla de bohemios, pero les teníamos mucho cariño y nos encantaba salir con ellos. Sanjay y su maravillosa esposa Zarine siguen siendo buenos amigos míos en la actualidad, como Roy Patrao y Tasneem Mehta, que solían visitarnos con frecuencia. Satyadev Dubey, el director y dramaturgo indio, no vivía en Juhu pero se convirtió en miembro honorario de nuestra pandilla. A Protima la llamaba «Mata-ji» —madre—, y a ella le hacía mucha gracia y le preparaba un banquete porque él siempre llegaba con hambre. Posteriormente Dubey ganó el Premio Nacional de Teatro de la India y el prestigioso Premio Pradma Bhushan. Éramos una alegre pandilla de peliculeros creativos.

En Bollywood tuve un aterrizaje bastante abrupto. Mi primera película fue Hulchul, del productor y director O. P. Ralhan, que había catapultado a la fama al actor Dharmendra con su

película anterior, Phool Aur Pathar. Se parecía a Walter Matthau con cojera; hablaba muy alto y tenía un ego enorme. Cuando me pidió que firmase para hacer la película, le pregunté por el argumento y se puso como una fiera.

—¿Me estás pidiendo un argumento A MÍ? ¡¿A MÍ?!

—Es solo por hacerme una idea —murmuré desconcertado.

—¡¿Tú sabes QUIÉN soy yo?! —tronó—. Soy quien ha hecho FAMOSO a Dharmendra, y tú, un recién llegado cualquiera, ¿me pides A MÍ un argumento? ¡¿A MÍ?!

—Discúlpeme, yo… —le empecé a decir tímidamente.

Él me cortó:

—Si quieres hacer mi película no digas esas tonterías. Yo te haré FAMOSO.

Firmé para hacer Hulchul creyendo que sería el protagonista, pero no: era uno de los tres actores secundarios. Lo mismo le pasó a Zeenat Aman, una popular modelo de la época a quien Ralhan enredó y acabó haciendo un papel secundario en su primera película. El protagonista fue el propio Ralhan, que eligió a la famosa Helen —toda una leyenda por sus números de baile—, como actriz principal.

Al final, los manejos de Ralhan jugaron a nuestro favor porque Hulchul se estrelló en la taquilla y a nosotros no nos relacionaron con el fracaso. Aparte de todo eso, Ralhan era un hombre con un gran corazón y espíritu generoso, y guio con paciencia mi transición del teatro al cine. No se burlaba de mí cuando los diálogos no me salían como él los escribía, y me ayudó en momentos difíciles. Una vez, un conductor atolondrado chocó contra mi coche en Bandra y la policía quería echarme la culpa a mí. Llamé a Ralhan, que vino rápidamente a rescatarme y estuvo discutiendo una hora con la policía hasta que me dejaron marchar. Me entristeció saber que en sus últimos días estaba atravesando una mala racha; a pesar de nuestro escabroso comienzo siempre le estaré agradecido por producir mi primera película.

Mi trabajo en Bollywood dio lugar a problemas en casa. Protima era tremendamente competitiva; aunque le encantaba la publicidad que teníamos, tenía emociones contradictorias sobre mi éxito. Como yo era una novedad en Bollywood, la gente obviamente se acercaba a mí ignorándola algunas veces, y eso la irritaba muchísimo. No podía soportar que las actrices me pusieran ojitos, pero les hablaba con magnanimidad: «Puedes llevártelo, sería un tonto si rechazase algo gratis». A pesar de sus bravuconadas todo eso la reconcomía, y en casa me hacía la vida imposible; ella siempre quería ser el centro de atención.

Esa necesidad de atención de Protima provocó la mayor crisis que tuvimos. Yo estaba decepcionado por el fracaso de Hulchul pero seguía ilusionado, tenía más flechas en mi carcaj. En la primavera de 1971 fui a las montañas de Manali para rodar mi siguiente película, Seema, junto a Simi Garewal, una magnífica actriz que había estado fabulosa en Mera Naam Joker (Me llamo Joker), de Raj Kapoor, que se había estrenado un año antes. En la segunda mitad de Seema aparecía Rakesh Roshan haciendo de mi hijo mayor; luego se hizo famoso como productor y director, y años después me emparejó con Rekha en Khoon Bhari Maang (Sangre en la cabeza),

mi gran éxito en Bollywood.

Para mí era muy arriesgado alejarme de casa en aquellos momentos. Mientras yo fingía cantar para Simi en el Himalaya, Protima empezó una ardiente relación con un vecino de Beach House, un alemán a quien llamaré Fritz Kaiser. Era un tipo fornido, ingeniero de profesión, y llevaba poco tiempo destinado en Bombay. Ella lo llevaba a las fiestas como acompañante y él la llevaba a bailar toda la noche en las discotecas. Pooja entonces tenía un año, y él se había ganado su cariño con paseos en camello y jugando a ser «su caballo» llevándola a hombros. Cuando volví de Manali, Protima estaba locamente enamorada de él. Yo esperaba un recibimiento cariñoso después del viaje agotador, pero Protima estaba rara, como ensimismada. No le di importancia, pensé que no habría tenido un buen día, y la escena que se produjo a continuación me pilló por sorpresa.

Sonó el timbre y Protima abrió la puerta. Antes de que pudiera reaccionar, un europeo entró como una tromba en el salón llamando a gritos a Pooja. Al verme se quedó clavado. Yo le miré sorprendido, estaba claro que algo iba mal.

Él sonrió inseguro y dijo:

—Hola, soy Fritz Kaiser, un vecino. He comprado unos dulces para su hija. Es una niña preciosa y la adoro.

Nos estrechamos la mano mientras yo trataba de entender la situación. Pooja apareció en el salón y se abalanzó sobre él chillando feliz, se agarró a su cuello y gritó: ¡Chalo, Ghoda! («¡Vamos, caballo!».)

—Chalo, memsaab («Vamos, señora».) —respondió alegremente Fritz, y se marchó con Pooja agarrada a él—. Adiós, Kabir, encantado de conocerte.

¿Qué demonios estaba pasando y quién era ese tipo? ¿Por qué Pooja se alegraba tanto de verle? Mi hija ni siquiera me había mirado antes de irse. El suelo parecía moverse bajo mis pies; estaba aturdido, me senté en mi estudio y fingí leer un libro. Quería bajar a la playa pero no quería encontrarme con Fritz y Pooja. ¿Qué podía hacer? ¿Encararme con Fritz? ¿Llevarme a Pooja? ¿Montar una escena y disgustar a mi hija? Estaba muy cansado del viaje y tampoco me parecía bien montar una escena.

Cuando Pooja volvió de la playa, Fritz no se dejó ver y estuve jugando con mi hija hasta la hora de cenar. Protima no habló en toda la noche. Yo dormí mal, atormentado al imaginarme a Protima con Fritz. Al día siguiente estuve toda la mañana buscando el momento de hablar, pero ella estaba ocupada con un montón de asuntos domésticos. Por la tarde Pooja bajó a jugar con otros niños y por fin pude encararme con Protima.

Fui directo al grano:

—Entonces, ¿qué pasa con Fritz?

—Estoy enamorada de él —respondió tranquilamente.

—Entonces, déjame —repliqué, también tranquilo, intentando sonar indiferente.

—Es lo que pienso hacer —anunció—. Vuelve a Alemania dentro de un mes y quiere que me vaya con él.

Me dio un vuelco el corazón; no me imaginaba que el asunto fuese tan serio para ella. Estaba claro que lo había pensado bien.

—¿Lo dices de verdad? —La cabeza me daba vueltas. Era una situación totalmente distinta.

—De verdad. Le amo y quiero estar con él. Ya he tomado una decisión.

Estuve tentado de decirle que se fuera al infierno y me dejase en paz, pero frené mi impulsividad porque no se trataba solo de Protima.

—¿Y qué pasa con Pooja? —le pregunté.

Ella levantó la voz y respondió cortante:

—Se viene conmigo. ¿Cómo la vas a cuidar tú?

Se me aceleró el pulso y salí de la casa dando un portazo. Me había dado un mazazo donde más me dolía.

Aquella noche no se resolvió nada, y tampoco en los días enrarecidos que siguieron. Yo necesitaba tener claro lo que quería antes de volver a hablar con ella. Sabía que podía vivir sin Protima si decidía marcharse, pero la idea de perder a Pooja era una puñalada en el corazón. Pensar que pasaría meses sin verla, abrazarla y hablarle en su media lengua era demasiado doloroso. Pooja era sangre de mi sangre y la quería con locura, ¿debía dejar marchar a Protima y pelear por quedarme con Pooja? No me parecía bien, y tampoco habría sido conveniente para Pooja, que habría sufrido por separarse de su madre. Además, Protima tenía razón, ¿cómo la iba a cuidar si viajaba constantemente por mi trabajo? ¿Me parecía bien que se criase con niñeras? ¿Qué debía hacer?

Sabía que Protima se podía desenamorar con la misma facilidad que se enamoraba. Protima y Pooja eran inseparables, y si yo no quería perder a Pooja tenía que conseguir que Protima cambiase de opinión. Solo necesitaba tiempo. Cuando nos sentamos a hablar pulsé todas las teclas emocionales; evoqué momentos de nuestros buenos tiempos y de cuando nació nuestra hija, el bebé más precioso del mundo. Le pregunté qué preferiría hacer Pooja y eso le llegó al corazón. A pesar de ser una pareja de bohemios modernos y la comidilla de la ciudad, éramos unos padres entregados. Después aproveché lo que le gustaba la publicidad: los dos éramos bien conocidos, ¿de verdad quería dejar eso atrás y convertirse en un ama de casa anónima en Alemania? Eso le tocó otra fibra sensible. Le supliqué que diera otra oportunidad a nuestro matrimonio, y al final funcionó: se ablandó y dio marcha atrás. Fritz se volvió a Alemania sin ella.

Conseguí salvar mi matrimonio y la integridad de la familia: Pooja seguía conmigo. Sin embargo nuestra relación cambió. Yo podía perdonar la infidelidad de Protima con Fritz; tenía mis propios

remordimientos por un escarceo con una chica que ella conocía y que yo había justificado acordándome de Homji. Su romance con Fritz me parecía el peor castigo kármico por mis malas acciones. Pero su intención de llevarse a mi hija a Alemania me había dolido tanto que dejé de confiar en ella: se había roto algo en mi interior.

Había pasado algo más de un mes desde mi regreso cuando Protima decidió visitar a mi madre en Sikkim, donde vivía como monja budista en el remoto monasterio de Rumtek. «Fue allí donde me di cuenta de que estaba embarazada», dice Protima en su libro, aunque yo creo que ya lo sabía. Se lo dijo a mi madre, pero a mí no me lo contó hasta un mes después, cuando volvió a Juhu la primera semana de julio de 1971.

—Estoy embarazada —me lo dijo en cuanto llegó, pero sin mucho entusiasmo.

—¡Qué maravilla! —le dije alegre; pensaba que se lanzaría a bailar su «Kidoo ti-ger», pero la noté rara, como apagada, y le pregunté—: ¿Va todo bien con el embarazo?

—Sí, va bien —respondió con cautela.

—¿De cuánto tiempo estás?

—Unos tres meses —murmuró con aire ausente.

—¡Tres meses! —exclamé. Ella asintió todavía abstraída. De repente cayó la moneda y me dio un vuelco el corazón: «unos tres meses» podía ser justo después de mi regreso del Himalaya o mientras ella estaba retozando con Fritz, así que le pregunté de quién era la criatura.

—No lo sé —me dijo sin mirarme a los ojos—, creo que es tuyo.

Que lo creyera no implicaba que fuese mío. Me marché a la calle muy confuso, preguntándome por qué provocaría Protima tanto sufrimiento siempre. ¿Qué tenía que hacer yo? ¿Y si el niño no era mío? Quizá se podría hacer una prueba de paternidad cuando naciera; si era mío sería fantástico pero si resultaba ser de Fritz, yo tendría que cargar con la crianza del hijo de otro hombre. Y si se lo decíamos, yo tendría al alemán en mi vida para siempre. Si decidía abandonar a Protima, todo el mundo sabría por qué y se convertiría en un gran escándalo, pero lo peor de todo es que también perdería a Pooja. Daba igual lo que yo hiciera, estaba jodido. O quizá fuese preferible no averiguarlo y rezar para que la criatura fuese mía. ¿Cuál sería la decisión correcta? ¿Qué habrían dicho mis padres?

La respuesta llegó con el correo al día siguiente. Era una carta de mi madre con fecha del 27 de junio de 1971, que había tardado casi dos semanas desde su lejano monasterio. Mi madre decía:

«Protima es Matta-ji (madre), y estaba encinta con la nueva criatura cuando llegó a Rumtek. (…) Estoy segura de que está en camino un varón, y que será afortunado. Protima me estuvo hablando de tus conflictos mentales y de la voluntad de evitar tener demasiados niños usando los remedios modernos. Kabir querido, ese no es el estilo budista, ni el estilo de los Bedi, ni el estilo del gurú, ni la manera espontánea de hacer las cosas. Por las bendiciones de los gurús tú tienes

un cuerpo con una sensibilidad y una belleza extraordinarias que es la raíz de tu camino en la vida. (…) Hay que agradecer tener un hijo, y todos los hijos que vengan».

Mi madre veneraba la vida y yo la veneraba a ella. Su mensaje fue una profecía para mí; ese mismo día tomé una decisión.

Siddhartha nació el 10 de enero de 1972. Protima sabía que yo tenía sentimientos contradictorios antes de su nacimiento:

«Podía entender cómo se sentía Kabir mirando a Siddhartha y preguntándose si era hijo suyo o de Fritz. En cuanto a mí, Siddhartha era mi hijo y eso era lo único que importaba. No tuvimos la certeza de que era hijo de Kabir hasta que llegó a la pubertad».

A pesar de mis dudas iniciales, nunca permití que la incertidumbre me atormentase. Recibí a Siddhartha como hijo mío y le he amado como padre desde el día que nació. Era un niño sensible y tranquilo, le fascinaban los ordenadores, y se convirtió en un hombre amable, leal y cariñoso.

Protima le habló de nuestras dudas cuando estaba estudiando en la universidad Carnegie Mellon:

«Cuando hablé a Siddhartha sobre las circunstancias en que había nacido, surgieron malentendidos y tensiones entre nosotros».

Debió ser traumático para él; no entiendo por qué se lo dijo, no necesitaba saberlo. Se enteró en un mal momento del que hablaré en otra historia.

Las canciones y los bailes que hice en el Himalaya tuvieron otras consecuencias peligrosas. Vi que no me gustaba nada fingir que cantaba durante los bailes de las coreografías. Me había negado a sincronizar los labios con mi segunda canción en Seema y se rodó como si la cantase en mis pensamientos; era Jab Bhi Ye Dil Udaas Hota Hai, de Mohd Rafi, que se hizo muy popular y eso confirmó mi idea de que podía trabajar como protagonista sin hacer «numeritos». Resultó ser un error colosal porque los productores esperaban que los actores famosos cantasen y bailasen. La música es una gran fuente de ingresos para Bollywood y todas las grandes figuras de entonces —Rajesh Khanna, Jeetendra, Dev Anand, Dharmendra, Shashi Kapoor, Feroz Khan— cantaban y bailaban en sus películas. Las canciones eran una parte esencial del cine que hacían, algo tan propio de la India como puede ser la ópera para los italianos, que en eso son los mejores del mundo. Pero yo era muy torpe para el baile y pensaba que mi talento dramático era suficiente para triunfar. Protima pensaba lo mismo; los dos nos equivocamos. También me equivoqué con los papeles que elegí: mis tres siguientes películas —Anokha Daan, dirigida por Asit Sen;

Raakhi Aur Hathkari, con Asha Parekh; y Sazaa, con Yogeeta Bali—, se estrellaron en la taquilla. Nos estábamos quedando sin dinero, los productores ya no me llamaban y estaba perdiendo la esperanza.

Había otra razón para que no me llamaran. Nunca se me ha dado bien congraciarme con la gente para conseguir trabajo. En Bollywood no había un sistema de estudios cinematográficos como en occidente, sino grupos de productores individuales con sus propios favoritos. Por desgracia, soy muy malo en el arte de la conversación trivial, algo fundamental para establecer relaciones profesionales en la industria del cine. Yo era un recién llegado que creía ingenuamente que su trabajo bastaba como tarjeta de presentación. Al encontrarme con algún productor, yo hablaba de temas candentes de la política, de la injusticia social o de los problemas de la India en lugar de comentar los últimos éxitos, los resultados en la taquilla o los cotilleos sobre las grandes estrellas. En Bollywood era un bicho raro; también había cineastas intelectuales, pero no llegué a trabajar con muchos. Era un intruso que no sabía cómo integrarse, y cuando mis películas fracasaron no tenía amigos entre los productores.

Me hundí en una sombría turbulencia emocional y cada vez tenía mayor presión económica. Protima no podía ayudar porque no había vuelto a trabajar desde que nos casamos; ella intentaba animarme con su alegre optimismo pero por desgracia no sirvió de mucho. Nuestro matrimonio se deterioró: Protima me dejaba con los niños y se iba de viaje a Goa, Udaipur o Manali, y yo me distraía con amoríos que no me hacían sentir culpable, aunque aumentaban mi aflicción. El miedo a que mi carrera de actor estuviera terminando me reconcomía.

Pero aún no estaba todo perdido, y recuperé la esperanza a finales de 1972 cuando me llamó Raj Khosla, uno de los cineastas más famosos de la India, para protagonizar junto a Vinod Khanna su siguiente película, Kuchhe Dhaage (Slender Threads). Sus dos películas anteriores —Do Raaste y Mera Gaon, Mera Desh— habían batido récords y antes había dirigido cinco taquillazos para el productor Dev Anand. Kuchhe Dhaage es una historia de dos dacoits (bandidos) que son enemigos mortales y al final se hacen amigos antes de sacrificarse juntos. Vinod Khanna y yo éramos enemigos en la pantalla pero nos hicimos grandes amigos en el mundo real. Los dos montábamos muy bien a caballo y dimos a Raj Khosla algunas escenas espectaculares. Con Kuchche Dhaage conseguí el éxito de taquilla que necesitaba tan desesperadamente. Protima disfrutó mucho con la publicidad que suponía mi éxito y la vida volvía a ser maravillosa. La vida de un actor de cine suele tener esos vaivenes.

La siguiente película que hice me entusiasmó. Mahesh Bhatt quiso que fuese el protagonista de su ópera prima como director, Manzilein Aur Bhi Hain, producida por Johny Bakshi, un refugiado de la partición de la India que había llegado al mundo del cine sin un céntimo y había hecho carrera empezando desde abajo. Johny se convirtió en mi amigo más fiel; ha fallecido hace poco con casi noventa años. El argumento de Manzilein era atrevido y original para Bollywood: dos delincuentes y una prostituta huyen de la policía intentado cruzar la frontera. Los dos hacen el amor con ella, que se queda embarazada, y se plantea el mismo dilema que yo había tenido: ¿quién es el padre? Para la lectura del guion nos reunimos muchas veces en nuestra casa de Beach House, donde Protima se aseguraba de tenernos bien alimentados. Johny Bakshi y Satyadev Dubey discutían tanto sobre los diálogos en hindi que casi llegaban a las manos. Recuerdo que en una de sus peleas Johny dijo a Dubey que le iba a partir los dientes de un puñetazo, y Dubey se sacó la dentadura desafiándole a intentarlo. ¡Nos reímos tanto que

acabamos por el suelo!

Mahesh Bhatt era un hermano del alma, un buen amigo con una mente muy creativa. Planteaba preguntas de gran calado y buscaba respuestas aún más profundas. Hace ya varias décadas que es abstemio, pero en aquellos tiempos bebía mucho y solía perder el conocimiento. A veces bajábamos a la playa y nos sentábamos en la arena con las piernas cruzadas, uno enfrente del otro, y comentábamos nuestras ideas sobre el universo entre el murmullo de las olas. «Aquellos días de cuestionamiento me impulsaron hacia el supermercado de la espiritualidad», me dijo recientemente. Primero le condujeron hasta Osho, el controvertido gurú de la New Age, y después hasta el antigurú, U. G. Krishnamurti, un hombre brillante que rechazaba las creencias comúnmente aceptadas. Mahesh estaba destinado a convertirse en un prolífico director, ha sido nominado para numeroso premios Filmfare, pero nunca ha dejado de hablar de filosofía.

La primera versión de Manzilein Aur Bhi Hain enamoró a todo el mundo. En algunas escenas yo bailaba al estilo de Zorba el Griego porque no me pareció el típico número de «baile con canción» de Bollywood. Protima decía que era la película más bonita que había visto nunca. Todos esperábamos excelentes resultados, pero yo me preguntaba si el público aceptaría un tema tan conflictivo. En agosto de 1973, antes de la promoción, el Consejo de Certificación de películas prohibió su estreno. Intenté conseguir apoyo organizando proyecciones para la prensa nacional y gente del mundo cultural, aunque a muchos no les pareció lo bastante artística para sus gustos refinados. La mayoría no estaban dispuestos a respaldar una película «comercial» de bajo presupuesto en hindi. El único que se ofreció a protestar con nosotros ante el Consejo de Certificación fue el dramaturgo maratí Vijay Tendulkar: para él era cuestión de principios. Tiempo después los censores del Consejo de Certificación permitieron estrenar una versión de Manzilein mutilada con mil cortes que se estrelló en la taquilla. Para Johny fue un golpe devastador y a Mahesh tampoco le sentó bien. Al ser el protagonista, para mí fue un puñetazo en la cara; mi futuro parecía más incierto que nunca y me sumí en la preocupación. Me encerré en mis sombrías cavilaciones y eso impulsó a Protima a salir de casa con más frecuencia. Me imaginaba que estaba teniendo otra aventura, y una noche que volvió tarde, con arena en la ropa, le pregunté qué había estado haciendo.

—He estado tumbada en la arena, mirando las estrellas —respondió sin prestarme atención.

Sabía que era mentira, pero a esas alturas me daba igual y decidí consultarlo con la almohada. Pero no podía dejar de pensarlo, y me di cuenta de que si queríamos seguir juntos teníamos que llegar a un pacto totalmente nuevo. Había que poner fin al juego del ratón y el gato.

—Mira —le dije mientras desayunábamos—, no me importa si estás viendo a alguien o no. Sé que vas a tener aventuras antes o después porque no lo puedes evitar. ¿No podemos tener una relación abierta y terminar con estas historias?

Había visto lo bien que les iba a Brad y Emmy, y pensé que también nos funcionaría a nosotros.

Protima me miró sorprendida.

—¿Lo dices en serio?

Yo asentí enérgicamente, atento a su expresión y las emociones contradictorias que reflejaba.

—Me da miedo que me dejes si encuentras a alguien mejor. No quiero romper la familia.

—No te voy a dejar —le dije—. Adoro a los niños, adoro nuestra casa, adoro la alegría que aportas a nuestras vidas. No quiero perder todo eso, pero este engaño constante tiene que acabar.

—Bueno, si tú crees que puedes asumirlo… —dijo con timidez.

La miré fijamente a los ojos y le pregunté:

—¿Hacemos un pacto?

Ella asintió y me apretó el brazo para sellar el pacto. En sus memorias dice:

«Quería ser amiga de Kabir más que ninguna otra cosa en el mundo. Quería ser libre y que él también fuese libre».

Pero yo seguía teniendo curiosidad por lo de la noche anterior.

—Entonces, ¿con quién estuviste anoche?

Ella se echó a reír con sus sonoras carcajadas.

—Como sea un truco, te mato.

—No es un truco —le aseguré—. No hace falta que nos lo contemos todo, pero esta vez me gustaría saberlo

Dudó un momento antes de responder:

—Es un francés muy guapo, solo está de visita en la India.

Gemí para mis adentros pero no dejé que se me notara; habíamos hecho un pacto, aún me tenía que acostumbrar.

—¿Cómo se llama?

—Jules. Jules Lafave, es de París. —También le he cambiado el nombre.

—Vale —le dije, aliviado de que no fuese Fritz—. Hemos hecho un pacto, pero no vayas por ahí contándoselo a todo el mundo.

Ella asintió con una cara de risa que me hizo sospechar que había pensado hacerlo. No me habría extrañado, pero me di cuenta de que estaba inquieta por algo más porque se quedó callada, de mal humor. Me pregunté si estaría cambiando de opinión.

—Es que soy muy voluble —dijo Protima de repente—. No organizo ni planeo las aventuras, tampoco las busco, pero no me puedo resistir. Es como si tuviera dentro un imán enorme. Sé que puedo evitarlo, que debería evitarlo, pero siempre es más fuerte que yo y tampoco veo nada malo, intrínsecamente malo, en todo lo que hago. Lo que más me importa es que sepas que nunca es para hacerte daño.

Me alegré de que estuviera siendo sincera.

—Sé que piensas de verdad todo eso que me has dicho, y sé que estás sinceramente arrepentida, pero mañana verás o conocerás a otro hombre y volverás a empezar.

—Sí, tienes razón —dijo conteniendo las lágrimas—. Me gustaría que no fuese así. ¿Pero cómo voy a poder evitarlo?

—Kish, tú eres la única que puede evitarlo si de verdad quieres —le aseguré con cariño—. Canaliza tus energías, haz algo constructivo. Tu problema es que no tienes nada que hacer y las aventuras se convierten en tu pasatiempo favorito.

Yo tenía razón. Años después Protima concentró su inagotable energía en la creación de la gurukul Nrityagram —una excelente escuela de danza tradicional india en Bangalore—, pero en aquellos días era una rebelde sin causa, una investigadora sin descubrimientos, una esposa sin barreras.

Unos días después de esa conversación tan poco convencional el péndulo de mi carrera pareció tomar impulso hacia arriba. En 1973 Dev Anand me llamó para hacer Ishk, Ishk, Ishk (Amor, amor, amor), que se iba a rodar en Nepal. Fue una decepción que me ofreciese solo un pequeño papel, pero no pude resistir la tentación de trabajar con semejante leyenda: quería saber más de él y sus gustos. La actriz principal era Zeenat Aman, y había grandes actores entre los personajes secundarios: Shabana Azmi, Premnath, Nadira, Jeevan, A. K. Hangal, Iftekhar y otros. El sobrino de Dev Anand, Shekhar Kapoor, que tenía un pequeño papel como yo, estaba enamorado de Shabana y trataba de impresionarla por todos los medios.

Recuerdo una anécdota graciosa que ocurrió durante el rodaje. Nuestro hotel en Pokhara estaba en una pequeña isla en un lago frente a las montañas nevadas del Himalaya, las vistas eran magníficas. Las habitaciones tenían forma de trozos de tarta: se iban estrechando desde los grandes ventanales de la fachada hacia el interior y el techo hacía un ángulo como en una tienda de campaña. Una noche que estaba helando Dev Anand decidió rodar una escena conmigo enfrente de mi habitación y mientras preparaban la iluminación, un hippy que tiritaba de frío empezó a dar golpecitos en la ventana.

—He venido a ver el rodaje, hermano —me dijo—. Aquí fuera hace un frío de muerte, tío. ¿Te importa si voy a tu habitación?

Le sonreí magnánimo y le invité a pasar con un gesto. En cuanto entró, sacó el porro más grande que había visto en mi vida.

—¿Te importa si me lo enciendo, tío?

¿Cómo iba a decirle que no a un hippy con esa tiritona?

—Adelante —le dije; yo estaba concentrado en aprender mis frases.

El penetrante humo del porro llenó la habitación y de repente mis frases no tenían sentido. Me di cuenta de que iba a tener un problema bien gordo. Fali, el director de fotografía, ya había terminado con los focos y yo no conseguía memorizar mis frases. Salí de la habitación confiando en que el frío me devolviese a la realidad, pero fue peor. Veía todo borroso y las luces cambiando de color. Sabe Dios qué estaría fumando ese hombre. Conseguí encontrar el camino hasta la habitación de Dev Anand y le dije que no me encontraba bien.

—¡Es tu escena! —protestó enfadado—. ¡Está todo preparado para rodar!

—No puedo hacerlo, Dev saab[6], tengo unas náuseas tremendas. No puedo tenerme en pie —me disculpé.

Se dio cuenta de que no me encontraba bien y se ablandó.

—Achcha —«Vale», dijo con su habitual gesto de asentimiento—. Vuelve a tu habitación. Haré otra cosa.

Volví a mi habitación, eché al hippy y me tumbé en la cama con la cabeza dándome vueltas. Unos minutos después apareció un médico que escuchó mis «síntomas» y me puso unas cuantas inyecciones en el trasero. Fue un auténtico «mal viaje», con el culo dolorido y mortificándome. Cuando se lo conté a Protima no podía parar de reír, y todavía me esperaban mayores alegrías.

A principios de 1974 «los italianos» desembarcaron en Bombay buscando a un actor para el papel de Sandokán, un pirata ficticio del sudeste asiático que luchaba por la libertad de su pueblo contra los británicos. El rodaje iba a empezar en verano, y Bombay era la primera escala en el viaje por seis países que habían organizado para el casting. Me pidieron que fuese a Roma para la audición y conseguí el papel, lo cuento en la siguiente historia. Yo tenía la esperanza de hacer carrera en el extranjero, donde no era necesario cantar y bailar para ser primer actor. Cuando volví de la audición, le hablé a Protima del esplendor de Roma y eso estimuló su imaginación hasta el punto que hizo un viaje ella sola.

Protima tuvo muchas «aventuras» en Roma, entre ellas, cuando se coló en una fiesta de Helmut Berger, un actor gay austriaco famoso por sus intervenciones en las películas de Luchino Visconti. Ella lo recuerda así en sus memorias:

«Qué criatura tan fabulosa aquel Helmut. Tan delicado y tan blanco, con una peluca rubia y esos pantalones cortos que dejaban al aire la mitad de su bonito trasero. No he visto a ninguna modelo con unas piernas tan bonitas como las suyas, ni siquiera en fotos. Conocí a varios hombres vestidos de mujer que se acercaban a admirar mis joyas y mi tikka. En el centro del salón había un hombre que parecía una criatura mágica travestida cantando una canción triste, muy triste».

Desde Roma, Protima quería ir a París para ver a su amigo francés Jules Lafave. El 5 de junio de 1974 le envié un billete de avión Roma-París con una carta diciéndole: «Llegó esta carta de "xyz" que te adjunto. Tuve que abrirla para decidir si enviártela o no. De todas formas, ya dijimos que no habría secretos entre nosotros. (…) Espero que no te falte dinero para comer. Si tienes dificultades, mándame un SOS». Quizá a muchos les resulte extraño, pero nuestra relación abierta parecía estar funcionando. Mientras tanto, yo cuidaba de los niños.

Los turbulentos dramas de mi vida sentimental pasaron a un segundo plano en cuanto llegué a Malasia para empezar el rodaje de Sandokán. Era una oportunidad única en la vida y yo quería que mi interpretación fuese excelente. Tuve que centrarme en mi cuerpo, mi mente y mi alma para crear un personaje inolvidable, y quería que mis hijos me vieran en acción, así que los llevé a Malasia; fue su primer viaje en avión. Pooja era una niña preciosa y saltarina de cinco años, Siddhartha tenía tres y era un niño tímido y sensible. El director Sergio Sollima, que era muy animado, les hacia reír con sus gracias, y los actores los adoraban. Las estrellas eran Carole André, mi enamorada; Philippe Leroy, un actor francés que interpretaba a mi compañero Yañez; y Adolfo Celi, que era Lord Brooke, el villano de la película. Alimenté la imaginación de los niños con cuentos de batallas navales, de luchas con espada en tierra y de las espesas junglas que atravesaba a caballo. Ellos me escuchaban con los ojos como platos, y volvieron a la India hablando sin parar de «papá haciendo de pirata» en Malasia.

Me sorprendió que Protima dijera que también quería venir. A mí no me hacía mucha gracia, no quería que se liase con gente del equipo o que organizase algún drama durante el rodaje. Mi vida allí era muy disciplinada: me levantaba a las cinco de la mañana, nadaba en el mar, desayunaba y a rodar. Cuando terminaba la jornada nadaba, hacía ejercicio, cenaba, veía un poco las noticias y a dormir. Pero ella insistía en venir con un tono de urgencia casi desesperado. Me extrañó que tuviera tanta prisa, pero le dije que viniera de todas formas. Acabábamos de salir del aeropuerto de Kuala Lumpur cuando me dio la noticia.

—He hecho streaking —me dijo con una sonrisa pícara.

—¿Cómo que has hecho streaking? —le pregunté perplejo.

«Hacer streaking» significaba correr en cueros durante algún evento para protestar contra algo; entonces solían hacerlo los hippies. Se hizo más popular después de los Óscar de 1974, cuando un activista gay atravesó desnudo el escenario haciendo el símbolo de la paz con la mano justo antes de que Elizabeth Taylor saliese a anunciar el premio a la mejor película. Fue inolvidable por la respuesta inmediata del presentador, el actor David Niven: «¿No es fascinante pensar que seguramente las únicas carcajadas que ese hombre arrancará en su vida serán por desnudarse y mostrar sus pequeñeces?».

Yo conocía la expresión, pero no estaba seguro de lo que Protima quería decir con «hacer streaking».

—He corrido desnuda delante de la Jehangir Art Gallery —me explicó.

Me quedé de piedra: era la galería de arte más famosa de Bombay. Íbamos mucho al Samovar, el

restaurante de la terraza que servía comida casera punyabí y que regentaba Usha Khanna, la esposa de mi amigo cineasta Rajbans Khanna. ¿Por qué iba a correr desnuda por allí Protima?

—Mi streaking ha salido en una revista —añadió con timidez.

—¿Quieres decir que tenías allí un fotógrafo para retratarte?

Ella se retorció de incomodidad.

—No. Pero alguien me hizo una foto y la han publicado.

Yo sabía que estaba mintiendo.

En su autobiografía Protima dice que la foto se la hizo «alguien» de una comuna hippy de Goa donde estuvo haciendo nudismo. Pasaron años hasta que supe la verdad, cuando la editora Rita Mehta me contó que el streaking había sido un gancho publicitario para lanzar su nueva revista Cine Blitz, y que las fotos del desnudo las había hecho su fotógrafo Tyeb Badshah en la playa de Juhu. Cuatro décadas después me enteré de que mi amigo Ketan Anand era quien sujetaba la toalla con la que se tapaba antes y después de las fotos. Creo que Protima vino a Malasia para ver si me enfadaba con ella por arriesgarse demasiado, pero yo no se lo reproché, ¿para qué? Ya estaba hecho y ella volvió a Bombay enseguida. La prensa india se volvió loca con «la primera streaker de la India» y las fotos en que aparecía corriendo desnuda se publicaron en todas partes. Se hizo internacionalmente famosa años antes de destacar como bailarina. Ella estaba encantada: la publicidad era el oxígeno de su existencia, le hacía sentirse viva. Misión cumplida.

A principios de 1975 Alyque Padamsee me eligió como protagonista para Vultures (Cuervos), una obra del gran dramaturgo maratí Vijay Tendulkar que muestra las bajas pasiones y los enfrentamientos de los miembros de una familia cuando llegan malos tiempos. La actriz Pheroza Godrej —hoy más conocida por su contribución a causas filantrópicas— y el gran actor teatral Farrokh Mehta estuvieron extraordinarios. Sin embargo, después de Tughlaq el público esperaba verme en otro papel grandioso, y mi personaje era un hombre desagradecido con mal carácter que ataca a todos los que tiene alrededor. Me llevé una gran decepción porque no tuvo el éxito arrollador que esperaba, pero estaba orgulloso de mi interpretación, que aumentó mi versatilidad como actor. Protima descubrió su vocación artística poco tiempo después.

Protima volvió a casa eufórica una noche de agosto de 1975. Por casualidad, para refugiarse de la lluvia, había entrado al Bhulabhai Memorial Institute y se había quedado hipnotizada al ver a un grupo que bailaba odissi, uno de los seis estilos de danza tradicional india. En la época colonial estuvo prohibido por los británicos a petición de los misioneros cristianos.

Para Protima fue un momento de transformación personal, y lo cuenta así:

«La belleza, la gracia, la sensualidad y el lirismo de la danza me subyugaron. El impacto estético y espiritual fue tremendo, y aquella música exquisita parecía un dulce bálsamo para mi corazón desolado. Me hizo arder y consumirme como un trozo de madera en el fuego, y me colmó de una pasión que nunca había sentido. Fue como si estuviera en trance».

Le había dicho al gurú del grupo que estaba dispuesta a renunciar a todo si la admitía como alumna suya. Era Kelucharan Mohapatra, el mejor maestro de odissi viviente, y la puso a prueba de inmediato: le preguntó si estaba dispuesta a coger un tren esa misma noche para ir con él a Odisha, un estado de la costa este de la India a más de mil quinientos kilómetros de distancia. Ella protestó diciendo que era imposible, no se podía marchar sin despedirse de sus hijos, y el gurú le había dicho que entonces tendría que llegar a Odisha antes de que llegase él. La única posibilidad era coger un avión al día siguiente por la mañana. Protima me suplicó fervientemente:

—Kabir, si no voy me muero. Tengo que aprender ese baile, por favor, tengo que ir. Cuida de los niños hasta que vuelva, por favor. Es muy importante para mí. Es algo que me hace sentir viva… me da un objetivo… —Yo escuchaba aquel torrente de entusiasmo incontenible mientras intentaba asimilar lo que me pedía, ¡era todo muy repentino!

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

Supuse que solo serían un par de semanas.

—Tres meses —dijo mirándome suplicante.

Yo estaba estupefacto.

—Eso es mucho tiempo. ¿Cómo se lo tomarán los niños? Piénsalo.

—Ya he tomado una decisión. Necesito que cuides de los niños. Esto va a cambiar por completo mi vida. Ayúdame, por favor. ¡Te lo suplico!

Yo siempre había querido que centrase sus energías de una manera positiva; sabía lo tenaz que podía ser cuando decidía lo que quería. Me alegré mucho de verla tan motivada y recordé la conversación con mi padre cuando se conocieron:

—Tú eres bailarina —le había dicho mi padre, pero Protima no le creyó.

—¿Yo? —dijo sorprendida—. Pues solo he bailado en las discotecas.

Mi padre movió la cabeza negando rotundamente. Tenía unas facultades psíquicas muy desarrolladas e insistió:

—Cada célula de tu cuerpo es de bailarina.

Protima no había hecho nada en ese sentido hasta entonces, pero el azar la había llevado a tomar una decisión de las que cambian la vida. Aquello solo podía venirle bien.

—De acuerdo —le dije sonriendo—. Si eso es lo que de verdad quieres, hazlo.

Al día siguiente la llevé al aeropuerto para que cogiese el vuelo de las nueve de la mañana. Así empezó su fabulosa carrera en el mundo de la danza tradicional india. La mayoría de las

bailarinas empiezan a aprender con seis años y Protima tenía veintiséis. Bailar acompañando a grupos de rock era su único talento, pero se entregó al odissi con una dedicación impresionante. Se sumergió en el sistema ancestral de enseñanza de la gurukul con auténtica pasión, levantándose antes de amanecer, bailando entre doce y catorce horas diarias, soportando ampollas y despellejaduras en los pies. Fue una transformación increíble para una chica de Bombay acostumbrada a una vida de comodidades y sirvientes. Había lagartijas en las paredes y «millones» de mosquitos; para bañarse tenía que sacar agua del pozo, lavaba ella misma su ropa, y dormía sobre una esterilla en un pabellón. También cocinaba, y por la noche masajeaba los pies a su guruji. Durante esos meses de dura formación el maestro debió ver que Protima se convertiría en una bailarina extraordinaria. Había encontrado su vocación y nada la iba a detener. Y mientras ella descubría su pasión en la vida, otro tipo de pasión entró en la mía.

La ausencia de Protima me dejó tiempo para reflexionar. ¿Me había estado engañando a mí mismo? Nuestra relación abierta me parecía buena idea al principio, pero a esas alturas solo me causaba más ansiedad. Puede que a Brad y Emmy les hubiera funcionado, pero a mí no me estaba sentando bien: entre nosotros ya no había intimidad. Yo no sentía el amor que quería, ni la atención y la sensación de compartir que necesitaba. Y tampoco era capaz de darlo yo mismo. La magia inicial había desaparecido; me había sentido solo, vacío y rechazado.

Parveen Babi llenó ese vacío. Era una actriz de una belleza deslumbrante, con la tez clara, larga melena negra y los ojos oscuros y cautivadores. Hasta entonces yo siempre la había visto como «la novia de Danny Denzongpa», un atractivo actor de Sikkim que era dos años más joven que yo y un año mayor que Parveen. Posteriormente se convirtió en uno de los villanos más famosos de Bollywood y recibió muchas nominaciones para los premios Filmfare. Parveen inició su rápido ascenso hacia la fama durante los cuatro años que estuvieron juntos. Como vivía con Danny sin casarse, usaba pantalones vaqueros y fumaba en público, en la India tenía reputación de bohemia, pero moralmente era una chica conservadora de Gujarat. Mientras el resto de la pandilla de Juhu hablaba sobre el «sexo libre» que preconizaba el gurú Osho, ella creía en la fidelidad sexual, algo que yo estaba buscando cuando me enamoré de ella.

Nuestra relación empezó con una coincidencia desconcertante cuando menos me lo esperaba. En nuestro piso de Beach House, los domingos eran «día de visita» cuando Protima o yo estábamos en la ciudad, y los amigos venían cuando querían. Eso daba lugar a reuniones espontáneas y conversaciones muy interesantes. Parveen apareció un domingo por la tarde que estaba solo; mis hijos, Pooja (que tenía cinco años) y Siddhartha (de tres años) habían ido a una fiesta de cumpleaños; Anthony, nuestro cocinero cristiano, había salido para ir a la misa dominical. Parveen se acomodó en los cojines que teníamos en el suelo del salón y usó otro como respaldo. Me contó que ya no estaba con Danny, y que se había trasladado a su propio apartamento en el mismo edificio donde vivía con él en Juhu.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté sorprendido. Ella me dijo sonriendo que no había pasado nada, solo que los dos necesitaban pasar página. Me di cuenta de que no era una simple pelea de enamorados, pero lo raro era que no parecía importarle. Cuando la tanteé un poco vi que su indiferencia era una máscara: estaba dolida y furiosa. Le ofrecí una taza de té —prepararlo me relaja en momentos difíciles—, ella asintió con aire ausente y yo me fui a la cocina.

Cuando volví estaba mirando el sol que se filtraba entre el verdor de las palmeras del jardín. Al

ver las lágrimas rodando por sus mejillas dejé la taza, me senté junto a ella y la abracé cariñosamente. Una ligera brisa pasó como un suspiro por las ventanas. Ella se apartó de mí lentamente.

—¿Lo has notado? —dijo mirándome con intensidad.

—¿El viento? —No estaba seguro de a qué se refería.

—No es el viento —respondió en voz baja—, son espíritus que vienen a consolarme.

Puede que ella hubiera percibido algo que yo no había notado, no se lo iba a discutir. Necesitaba que la consolasen, no que cuestionasen lo que decía.

—¿Ya te sientes mejor? —le pregunté.

Ella asintió despacio.

—Sé que ellos cuidarán de mí —dijo secándose las lágrimas—. Tengo que irme ya —añadió, y se puso de pie temblorosa, sin haber probado el té.

Yo me levanté al mismo tiempo, ella me abrazó y apoyó la cabeza en mi pecho. La abracé suavemente y ella me miró con los ojos muy abiertos, parecía invitarme a que la besara pero yo sabía que estaba en un momento de fragilidad y no quería hacerle daño, así que le di un beso en la frente. Me miró con una expresión rara y se giró para marcharse; era evidente que estaba decepcionada. Meses después me contó que ese día se había enamorado de mí porque no le había «metido mano».

A las actrices les han «metido mano» en Bollywood y en Hollywood desde que se hicieron las primeras películas. La mayoría son presa de gente que se aprovecha de su poder para seducirlas o forzarlas con amenazas de excluirlas de los casting. Eso da mala fama a la industria del cine y para las chicas es una desgracia aún mayor. Según me han dicho eso ha mejorado pero no se ha erradicado del todo.

—Te acompaño hasta el coche —le dije mientras iba con ella hasta la puerta del piso.

—No te molestes —replicó de mal humor—. Puedo cuidarme sola.

Se marchó y yo me quedé preguntándome qué había ocurrido, dudando si habría hecho algo mal. ¿Tendría que haber seguido por el camino que ella parecía indicar? Mi mente era un torbellino de pensamientos confusos cuando me acosté esa noche.

Una semana después me llamó y me invitó a cenar; yo accedí pensando que iba a dar una pequeña fiesta, pero solo estábamos ella y yo. Su salón tenía gruesos cojines en el suelo y almohadones con diseños indios tradicionales; la decoración era de Zarine Khan, la esposa de mi amigo actor Sanjay Khan. Había unos ceniceros preciosos sobre una elegante mesa baja de cristal; sonaba una música de fondo y la iluminación era tenue.

Yo sabía lo que ella quería desde que llegué; para entonces estaba tan preparado para ella como

ella lo estaba para mí. No tardamos mucho en irnos a su dormitorio y olvidarnos de la cena. Fue la experiencia más sensual que había tenido en mucho tiempo, más allá de lo excitante que es acostarse con una mujer por primera vez. Nos abrazamos el uno al otro con una intensidad eléctrica; dormir a su lado fue sublime y me desperté por la mañana sintiéndome nuevo. Me mostró una ternura que no esperaba, había echado de menos que me amaran así. No quería que se acabase nunca y al cabo de un par de semanas quería amarla para siempre. Estaba en el paraíso: los problemas de mi mundo parecían muy lejanos.

Vi que me esperaban momentos difíciles cuando Protima me dijo que ya volvía de Odisha. Decidí ir al aeropuerto a recibirla, pero a Parveen no le hizo ninguna gracia, tenía un miedo cerval a Protima. Le expliqué que tenía que ir y al final transigió, pero enfadada y con la condición de que no pasase la noche en el apartamento de Beach House.

—¿Estás diciendo que debería venir a vivir contigo? —le pregunté.

—Te he abierto mi corazón, mi casa también está abierta para ti. ¿No quieres estar conmigo, amor mío?

Yo estaba deseando estar con ella, pero tenía que pensar en los niños: había que decírselo con delicadeza. Llevaba demasiado tiempo manteniendo la relación por su bien, y ya no podía más. Al ver lo agitada que estaba Parveen temí perderla si seguía viviendo en Beach House, pero de todas formas insistí en ir al aeropuerto.

Al día siguiente, el rodaje de mis escenas se retrasó y pedí unas horas libres prometiendo que volvería. Pensé que en el trayecto desde el aeropuerto tendría tiempo para hablar con Protima sobre Parveen, pero no hubo ocasión. Nada más llegar, empezó a hablar entusiasmada de lo que disfrutaba con el odissi; yo sabía que era muy importante para ella y la escuché. No dejó de hablar hasta que la dejé en Beach House. Terminé el rodaje y volví a casa para cenar con ella y los niños. Mientras ella los acostaba, yo esperé en mi estudio fingiendo trabajar y temiendo lo que venía a continuación. No había ninguna fórmula sencilla para darle la noticia.

—Esta noche voy a dormir en casa de Parveen —le dije con delicadeza cuando entró.

—¡En casa de Parveen! —repitió sorprendida. La observé mientras deducía lo que había sucedido—. Pero si acabo de llegar, ¿no puedes quedarte por lo menos esta noche?

Moví la cabeza negando.

—No. Voy a quedarme con ella esta noche… y todas las demás noches.

Protima se dio cuenta en ese instante de que nuestra relación había cambiado para siempre. Soltó aire con una larga exhalación y me miró.

—¿Tú la quieres?

Yo asentí con algo de tristeza.

—¿Ella te quiere? —me preguntó en un tono de voz más agudo.

—Sí —le dije; la voz me salió ronca, tenía ganas de llorar.

Estaba poniendo fin a una relación de seis intensos años en los que habíamos compartido experiencias transformadoras, felices e infelices, morales e inmorales. Pero no quería mostrarme vulnerable, tenía que ser fuerte para terminar la relación. Le puse las manos sobre los hombros para despedirme con un abrazo; ella se aferró a mí y se echó a llorar. Luego se sentó en la cama y dejó escapar un largo suspiro antes de hablar.

—Ahora déjame en paz, por favor —dijo con la voz firme y los ojos llenos de lágrimas—. Déjame en paz. ¡Por favor, márchate!

Nuestro «matrimonio abierto» había fracasado y la separación ya era inevitable. Me invadió una pena indescriptible, como si hubiera perdido a mi mejor amigo.

La ruptura de una pareja siempre es dolorosa y problemática; la mía se complicó por mi deseo de ver a los niños. Volví en varias ocasiones como un intruso al apartamento de Beach House para coger ropa, por reuniones de trabajo y para estar con los niños. Protima me dio un ultimátum de tres días para que decidiera dónde quería estar, y ahí se acabó. Tomé la decisión y me marché.

Unos días después Protima se presentó por sorpresa en mi nuevo hogar. Parveen salió del dormitorio muy tensa. Podía ser que Protima hubiera ido para establecer una relación de «familia feliz» o que solo quisiera ver cómo vivíamos, en cualquier caso se notaba la tensión en el ambiente.

—Kabir es tuyo —dijo a Parveen con chulería—. No quiero volver con él. Vosotros estáis hechos el uno para el otro. En estos meses tú has conseguido darle lo que yo no he podido en seis años.

—Sí —dijo Parveen con frialdad—. Ahora es mío.

La brusquedad de Parveen la descolocó, creo que Protima esperaba que fuese más amable.

—Por favor, respeta nuestra relación —le dijo Parveen con una mirada asesina.

Protima se dio cuenta de que la conversación había terminado.

—Espero que seáis felices —dijo mientras se levantaba para marcharse; de repente tenía los ojos llenos de lágrimas.

En realidad Protima pensaba que yo estaba cometiendo el mayor error de mi vida:

«Qué imbécil. Con lo bien que le iba conmigo. Yo le daba todo y además libertad. Podía tener sus romances, podía haber hecho cualquier cosa y yo no me habría opuesto».

Aunque así fuese, yo había elegido la intimidad, el amor y la fidelidad. En aquel momento era lo

que más necesitaba, y Parveen representaba todo eso.

Ella sabía que Protima me quería recuperar a pesar de lo que había dicho. Yo compensé con creces la inseguridad de Parveen en ese sentido. Veía a Pooja y a Siddhartha siempre que podía, pero guardando las distancias con Protima, aunque me habría gustado mantener la amistad. Mi mánager, Harbance Kumar (conocido ahora como Mickey Nivelli), era un magnífico intermediario; años después se estableció en el Caribe y se hizo famoso por sus innovadoras producciones. Sigue siendo un gran amigo. Me ayudó a calcular el dinero que necesitaba Protima para mantener la casa; prometí hacerme cargo de los gastos de los niños y pagarles la universidad. Compré el apartamento de Beach House y lo incluí en un fideicomiso a beneficio de Pooja Bedi; quería que mi hija se sintiera siempre segura. Protima era una de las administradoras voluntarias, con mi hermana y conmigo. Quedaron resueltos todos los asuntos financieros, pero las expectativas sentimentales de Protima siguieron igual.

Dos meses después de nuestra separación Protima nos invitó a su primera representación de odissi en Bombay. Yo había apoyado su carrera como bailarina, quería ir a aplaudirla. Se lo dije a Parveen pero no le pareció bien; intenté discutirlo con ella pero se encerró en el dormitorio dando un portazo. La oí llorar amargamente. Me di cuenta de que ir al espectáculo iba a tener graves consecuencias y al final no fui. Protima se llevó una gran decepción y se enfadó mucho; no podía imaginarse la pena que me dio perderme su debut. Cuando se convirtió en una de las bailarinas de odissi más famosas de la India nadie se alegró más que yo. Sin embargo, en aquellos días, Parveen era el centro de mi existencia.

Me divorcié de Protima pero no abandoné a mis hijos, aunque sufrieron emocionalmente por nuestra separación. Muchos padres divorciados hablan de la «calidad» del tiempo que les dedican, pero lo que cuenta es la cantidad. Cuando estaba trabajando en el extranjero los niños me veían muy poco; yo les echaba mucho de menos, como ellos a mí. Siempre pasaban conmigo las vacaciones, los llevé a todos los países donde estuve, y todavía conservan las muchas fotos que les hice de pequeños. Por desgracia, los niños son los que más sufren con los divorcios.

Divorciarme oficialmente de Protima era una necesidad psicológica para mí. En los años 70 el proceso era complicado y ella tampoco me lo puso fácil. Las demandas de divorcio podían tardar años en resolverse aunque hubiese acuerdo sobre los aspectos económicos. Mi abogado decía que la manera más rápida era basarlo en la infidelidad, pero eso suponía que uno de los dos tenía que acusar al otro. Protima se negó a hacerlo porque quería retrasar el divorcio, pensaba que yo me estaba equivocando. Parveen envió a su mánager Ved Sharma para tratar de convencerla, pero en realidad al señor Sharma no le gustaba la idea de que Parveen se casase conmigo: pensaba que sería el final de la carrera de Parveen y que él se quedaría sin empleo. La mayoría de las actrices famosas que se casaban en aquellos tiempos no tardaban en dejar de trabajar, así que Sharma se convirtió en el aliado secreto de Protima para desbaratar mis planes. No firmó los papeles del divorcio hasta un año más tarde, después de que mi madre hablase con ella.

Mi relación con Parveen terminó en 1977 por un giro trágico del destino, lo cuento en la siguiente historia. Protima y yo volvimos a ser amigos cuando estuve rodando la secuela de Sandokán. Le escribí una carta pidiéndole que trajese a Pooja y Siddhartha a Sri Lanka: «No hay ningún motivo para que no podamos ser buenos amigos, compañeros de viaje que han compartido muchas vivencias, viendo cada uno a su manera la belleza de nuestra existencia.

¿Cuánta gente hay con la que disfrutamos escribiéndonos? Por eso, como amigo, me encantaría que vinieses a verme a Ceilán con los niños».

Recuerdo la calidez de las risas entre nosotros cuando nos volvimos a encontrar en la exuberante isla verde donde se rodó El Tigre vive todavía: Sandokán al rescate. Los niños pasaron unas vacaciones fabulosas con nosotros, y me sentí muy bien hablando con Protima sin todo el lastre emocional.

Dos años después, Protima me escribió una carta con un sentimiento mucho más profundo:

«Siento por ti un amor inmenso y verdadero, un amor que viene de estar juntos toda la vida, no el amor que una mujer siente por un hombre, no, no es eso. Cualquiera puede enamorarse de cualquiera, todo el mundo lo hace constantemente, pero esto es diferente, es algo atemporal y sólido, cálido y acogedor, y no depende de cómo decidas sentirte. Si en el futuro necesitas alguna vez una amiga, una auténtica amiga fiel y leal, un corazón fuerte, un corazón de madre, acuérdate de mí porque estoy ahí y siempre lo estaré: ahí, para el padre de mis hijos porque yo soy la Madre eterna».

Su carta me llegó al alma y me conmovió. Mantuvimos la amistad viviendo en distintos continentes, escribiéndonos y hablando sobre los niños.

En 1982 volví a la India para hacer una película de James Bond: Octopussy. Fui el primer actor indio con un papel importante en una película de la saga. Invité a Protima a bailar odissi en Udaipur para el equipo de producción de Bond; siempre estaban buscando cosas nuevas para sus películas y pensé que podría abrirle algunas puertas. Estábamos rodando unas escenas de acción espectaculares allí; yo perseguía a Roger Moore en mi rickshaw por las callejuelas de Udaipur y luego por la jungla montado en un elefante. Había escenas dramáticas en el famoso hotel Lake Palace, la guarida de Octopussy (Maud Adams) y los villanos, que éramos Louis Jourdan y yo. No estaba Cubby Broccoli, el mítico productor de las películas de James Bond, pero conocí a su inteligente hija, Barbara Broccoli, que supervisaba la producción junto a su hermanastro, Michael Wilson, que estaba a cargo de todo. La mayoría de los famosos, incluyendo al director de la película, John Glen, se alojaron en el mismo hotel que yo, el Shiv Niwas Palace, frente al famoso lago Pichola de Udaipur. Era un paisaje de ensueño como telón de fondo, y la espectacular danza odissi de Protima los dejó a todos maravillados.

Mientras cenábamos junto a la piscina del hotel hablando con Roger y Luisa, su esposa italiana, ella nos miró sonriente y dijo:

—Se os ve tan felices a los dos, os estáis riendo todo el tiempo, ¿por qué no vivís juntos?

Protima se echó a reír.

—Nos reímos porque no vivimos juntos. Si viviéramos juntos se acabarían las risas. Yo lo prefiero así.

—Ya entiendo —dijo Luisa sin entender—. Después de veros tan felices no voy a consentir que Roger vuelva a visitar a su primera esposa. —Roger hizo un gesto poniendo los ojos en blanco.

Esa noche, después de unas cuantas copas, volví a hacer el amor con Protima. No fue solo sexo con la ex, para mí era el adiós: nunca me había sentido bien por haberla dejado tan repentinamente. En esa época yo estaba casado con Ixchel, mi esposa norteamericana a quien entonces llamábamos Susan y que se había quedado en Londres, en la casa que habíamos alquilado para el rodaje de Octopussy. Después me enteré de que Ixchel se había ido a Roma con un amante. Supongo que fue justicia poética.

Tres años más tarde mi amistad con Protima se tambaleó seriamente cuando me dijo que estaba escribiendo un libro. Después de nuestra separación había conocido a muchos hombres famosos, y quería escribir sobre todas sus relaciones, incluyendo la nuestra. Conociéndola como la conocía, me enfadé mucho y el 17 de enero de 1984 le escribí furioso desde Los Ángeles: «Estoy totalmente en contra de que escribas el libro que tienes en mente porque no va a beneficiar a nadie, y mucho menos a ti. Te lo he dicho en el pasado y te lo repito otra vez: tienes la memoria más autocomplaciente que ha existido en la historia de las memorias. Peor aún: con el tiempo vas adornando tanto los hechos con invenciones que te convienen que luego no las distingues de los hechos reales. Conmigo ha ocurrido muchas veces». Esa reprimenda del pasado debió hacer que se plantease su decisión, porque se olvidó del libro por algún tiempo y volvimos a ser amigos. Sin embargo el libro se publicó unas décadas después y, como me temía, era una mezcla de sinceridad descarnada, un sinfín de verdades a medias y de omisiones, y muchas cosas inventadas en beneficio propio.

Poco después de recibir mi carta, Protima vino a verme a Los Ángeles albergando en el corazón un viejo deseo: me pidió que nos casáramos otra vez. Era una esperanza vana, yo estaba trabajando en Hollywood y entregado a mi matrimonio con Ixchel. Le dije que no podía casarme con ella otra vez, pero ella siempre me decía que había un sitio reservado para mí en su corazón. Yo también la llevaba en el mío, pero no como amante ni como marido: más allá de la ira y el dolor que nos causamos mutuamente, sigue habiendo un amor inquebrantable.

Antes de terminar me gustaría contar una anécdota que ocurrió en 1991, cuando estaba rodando Yalgaar, de Feroz Khan en los terrenos de su granja en Bangalore. Feroz le tenía mucho cariño a Adam, el hijo que había tenido con Ixchel, que entonces tenía diez años y estaba de vacaciones conmigo. Un día desapareció el perro favorito de Feroz, un alsaciano, y él se puso como loco; los cabreos de Feroz eran legendarios, y siempre iba armado. Todos estaban nerviosos, se organizaron cuadrillas para recorrer la zona y lo buscaron durante días, pero el alsaciano no apareció. Una semana después Adam fue a visitar a Protima en Nrityagram, la modélica gurukul de danza tradicional india que había fundado; estaba a veinte kilómetros, al otro lado de la autopista y aislada en el campo. Es inexplicable, pero el perro de Feroz apareció allí mientras Protima y Adam paseaban y se arrastró hasta ellos lloriqueando, muerto de hambre. El perro nunca había estado allí, ni tampoco Feroz. Adam lo reconoció al instante y cuando lo llamó el perro empezó a mover vivamente la cola. Protima le dio de comer y Adam se lo llevó triunfante a Feroz. Fue un auténtico misterio. ¿Cómo encontraría el perro el camino hasta Nrityagram el mismo día que Adam estaba allí? Él era el único que lo habría reconocido. El universo está repleto de misterios inexplicables.

El universo me dio muchas oportunidades para alejarme de Protima: Homji, el casamiento forzoso, Fritz, las dudas sobre la paternidad, el streaking, Jules Lafave… y muchas más. Si entonces hubiera tenido la sabiduría de hoy, la habría dejado en cualquiera de esos momentos. Al final acabamos divorciándonos de todas formas, pero si no hubiéramos estado juntos quizá ella no habría encontrado su vocación, no se sabe, y quizá yo tampoco habría encontrado a Parveen Babi, quien me dio el amor más intenso que he conocido. ¿Que si Protima me manipuló? Sin duda. ¿Era mentirosa? A veces. ¿Tendría que haberla dejado antes? Quizá habría sido lo más inteligente. ¿Que si tengo algún resentimiento? Por supuesto, aunque yo tampoco era ningún santo.

Lo que hacemos o lo que no hacemos tiene consecuencias de más alcance de lo que imaginamos. Todo lo que hice en el pasado me ha llevado a donde estoy hoy.

¿Qué me viene a la mente al pensar en los años que pasé con Protima? Recuerdo su sonrisa deslumbrante, su gran bindi rojo y sus ojos siempre danzarines. Maduramos juntos, pasamos de ser jóvenes a ser adultos, con alegría y risas, dolor y lágrimas. Ella fue mi novia, mi esposa, la madre de mis hijos, mi compañera en un matrimonio poco convencional, mi amiga durante años después de nuestro divorcio. Recuerdo su espíritu indomable, lo duro que trabajó hasta triunfar como bailarina y su motivación para convertir Nrityagram en una institución ejemplar. Recuerdo los maravillosos hijos que me dio, Pooja y Siddhartha, también fue una buena madre. Nunca olvidaré su alegría de vivir, su humor chispeante y sus risas contagiosas. Se me caldea el corazón cuando pienso en ella hoy; lo demás simplemente no importa.

Una de las veces que volví a la India, Protima me contó que su mayor deseo era vivir todos juntos: ella, Ixchel y yo con Pooja, Siddhartha y Adam en una casa grande donde ella sería la matriarca. Años después, en 1997, hubo una reunión singular en torno al árbol de Navidad en mi casa de Santa Mónica en Los Ángeles: Protima vino con Pooja, su marido Farhan, y Alaya, su hija de un mes; estaba Ixchel con su marido Ken y nuestro hijo Adam, que tenía diecisiete años. Yo vivía entonces con Nikki, mi esposa angloíndia, que es parte de otra historia. Fue maravilloso que mis dos exmujeres vinieran a celebrar la Navidad con Nikki y conmigo; estaba orgulloso de que todos siguiéramos siendo amigos. Cualquier persona divorciada puede confirmar que es difícil de lograr.

Pooja era una joven resplandeciente de veintisiete años, tan guapa como prometía su belleza en la infancia. Protima se giró hacia ella y le dijo: «¿Te acuerdas de esa visión que tenía siempre? Ha ocurrido, aunque no exactamente como yo quería… Todos nosotros comiendo y bebiendo junto a la chimenea. ¡Un montón de amor y risas y buen rollo». Era la amistad que ella había buscado siempre. En un nivel más profundo, el carrusel de nuestra relación había completado el círculo.

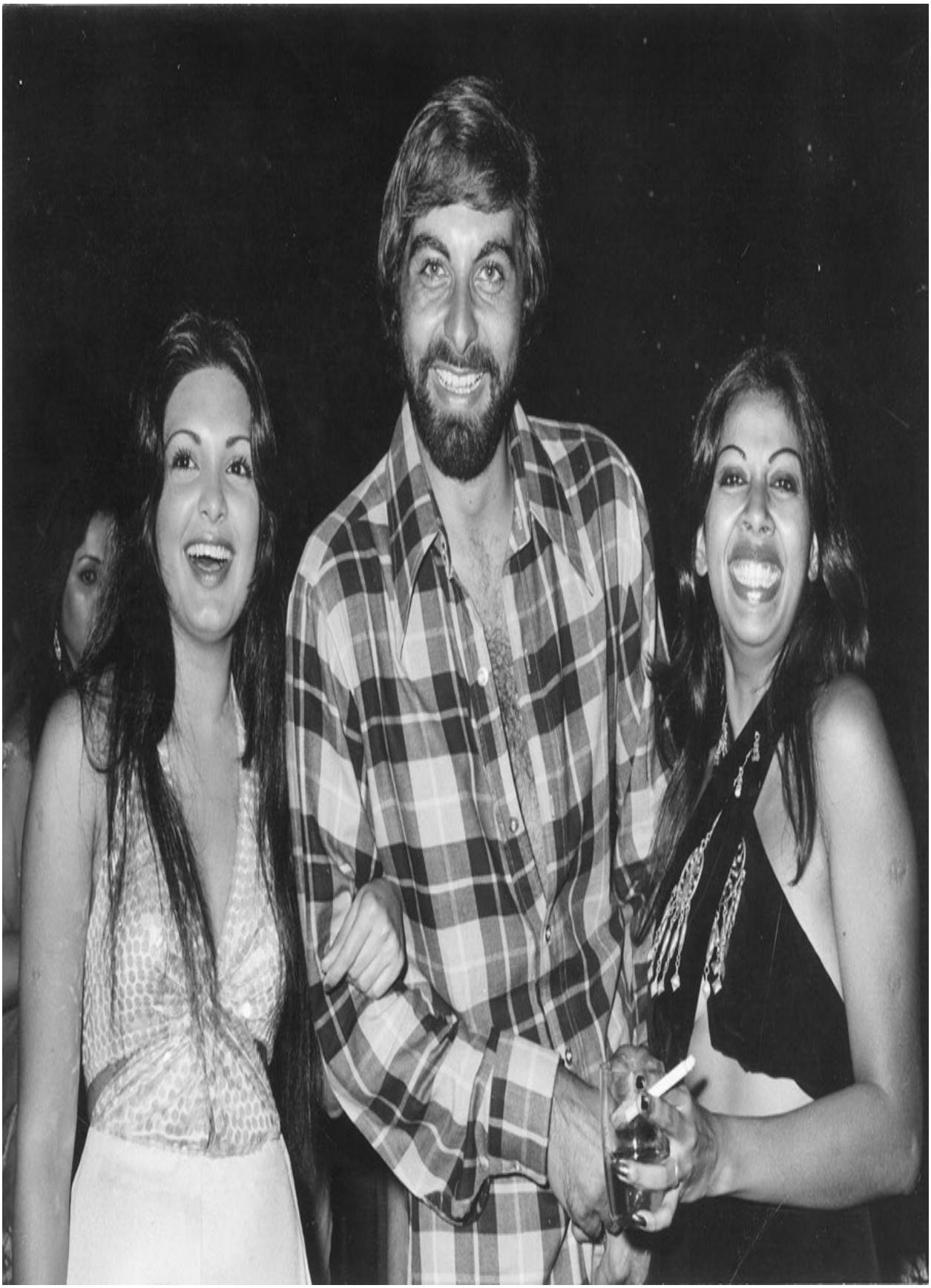
Estaba en la India cuando Protima falleció un año más tarde, en 1998. Murió en una avalancha que sepultó su campamento durante una peregrinación al monte Kailash, sagrado para todos los creyentes hindús. Para entonces ya había dejado atrás la danza india tradicional e incluso aquello de lo que estaba más orgullosa —Nrityagram—, para empezar un nuevo viaje en el plano espiritual. Se había afeitado su espesa melena y el pelo le había vuelto a crecer crespo y gris, lo llevaba muy corto y vestía los hábitos de los sannyasin[7]. Le había dado a Pooja todas sus joyas y propiedades antes de hacer las paces con el universo; nunca se encontró su cuerpo, solo su

pasaporte. Quedan los recuerdos que nos dejó a todos, las vidas que conmovió, la extraordinaria gurukul de danza que creó, las bailarinas a las que lanzó, y todas las personas con las que compartió su joie de vivre en este mundo.

Al final me he quedado mirando una carta antigua, leyendo lo que Protima decía de la vida décadas antes de su última peregrinación:

«Cuando te das cuenta de la verdad que encierra la sabiduría ancestral y del profundo y auténtico significado de la religión, comprendes de repente la importancia de tu propia vida y eso viene con una sensación de conocer tu misión y el camino a seguir, y un sentimiento de reverencia increíble. Sé cómo actúa el destino y que el ciclo kármico es infinito: sé que no termina con la muerte, que es un simple velo entre esta encarnación y la otra, en la vida siguiente, y que nos volveremos a encontrar».

Estés donde estés, Kish, y vuelvas cuando vuelvas, sé que siempre estarás bailando.



Parveen Babi, Kabir y Protima

DOPPIO

OGGI

XXV · N. 7 · 16 · 2 · 1979 ★ SETTIMANALE DI POLITICA ATTUALITÀ E CULTURA ★ SPED. ABB. POST. GR. II/70 · L. 500

REGALO



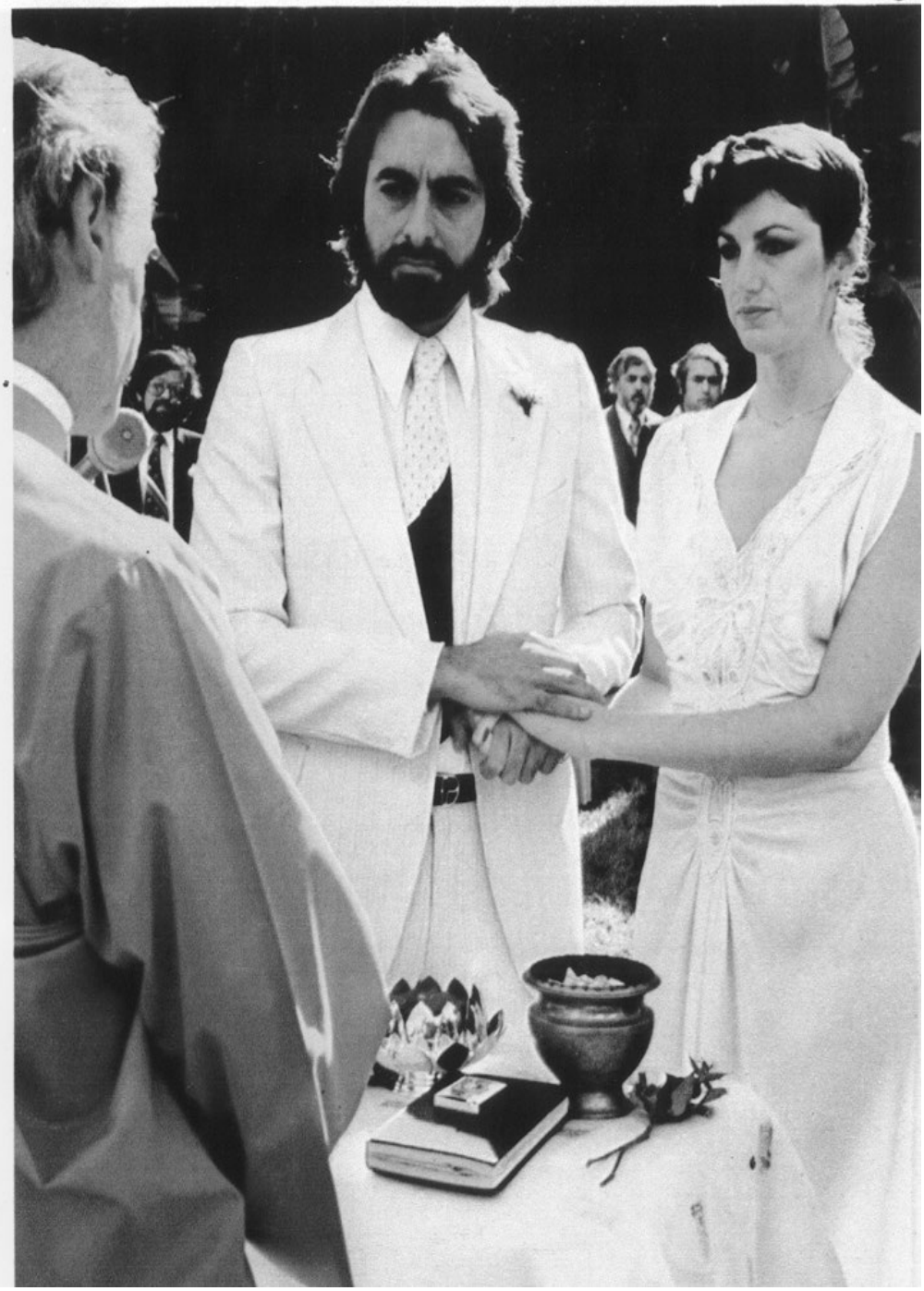
a: chiamiamo in
tutori dell'ordine

LLA POLIZIA, COSA FATE IFENDERCI?

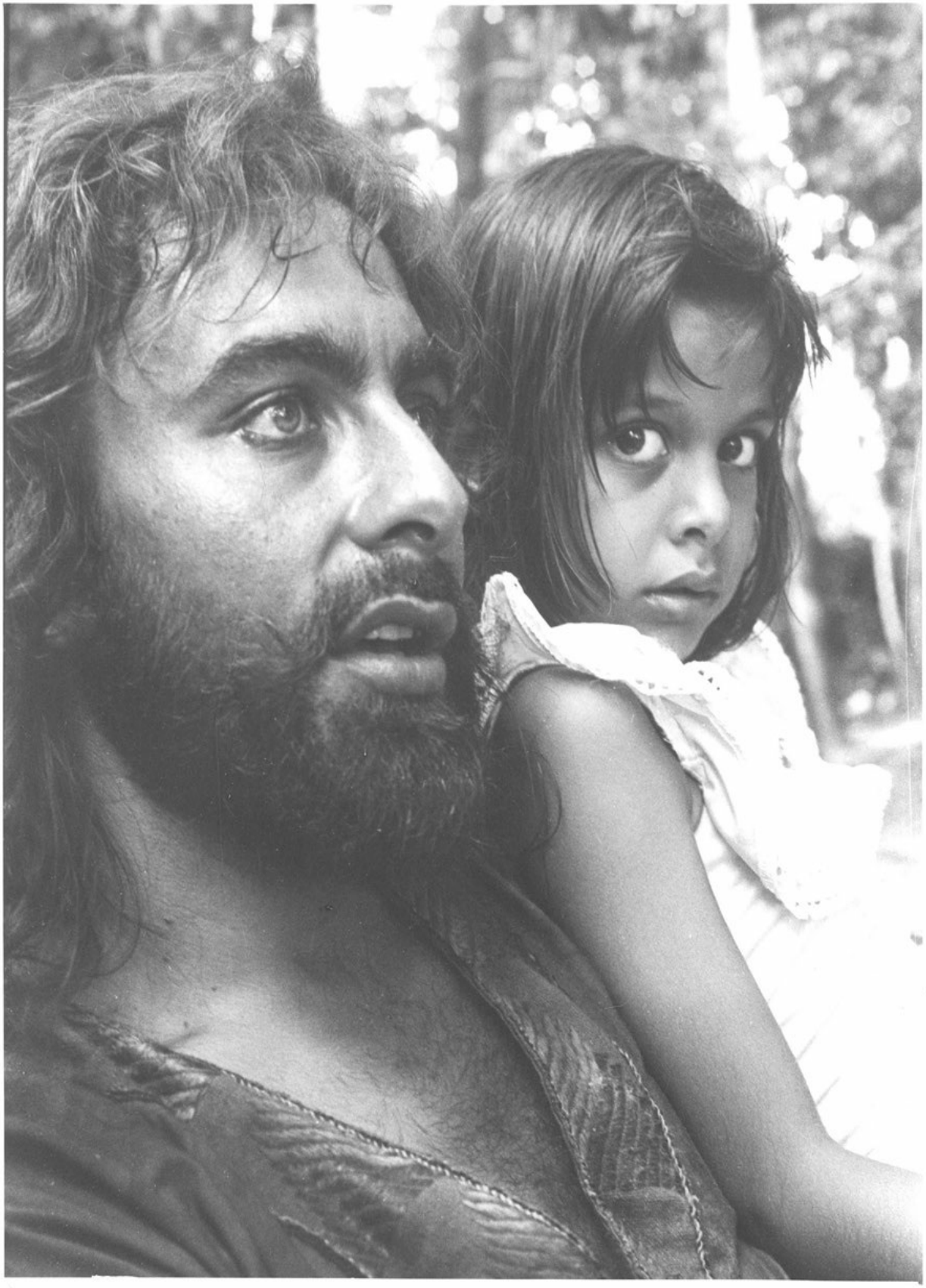
a, un esperimento
fa rabbrividire

LO SCIENZIATO FABBRICATO MO-CAROTA"

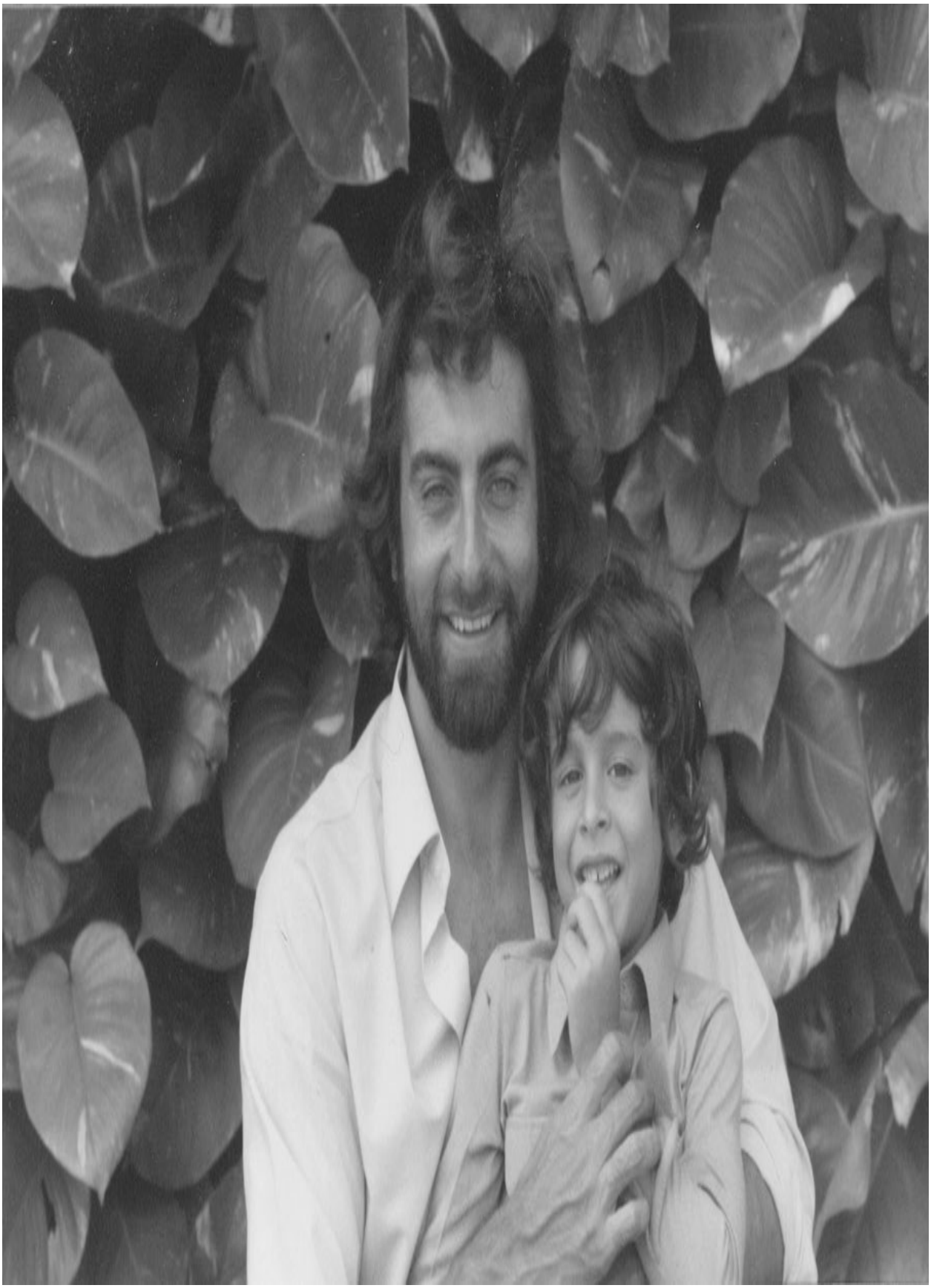
A SI SFOGA: MI IMESSO DA UN



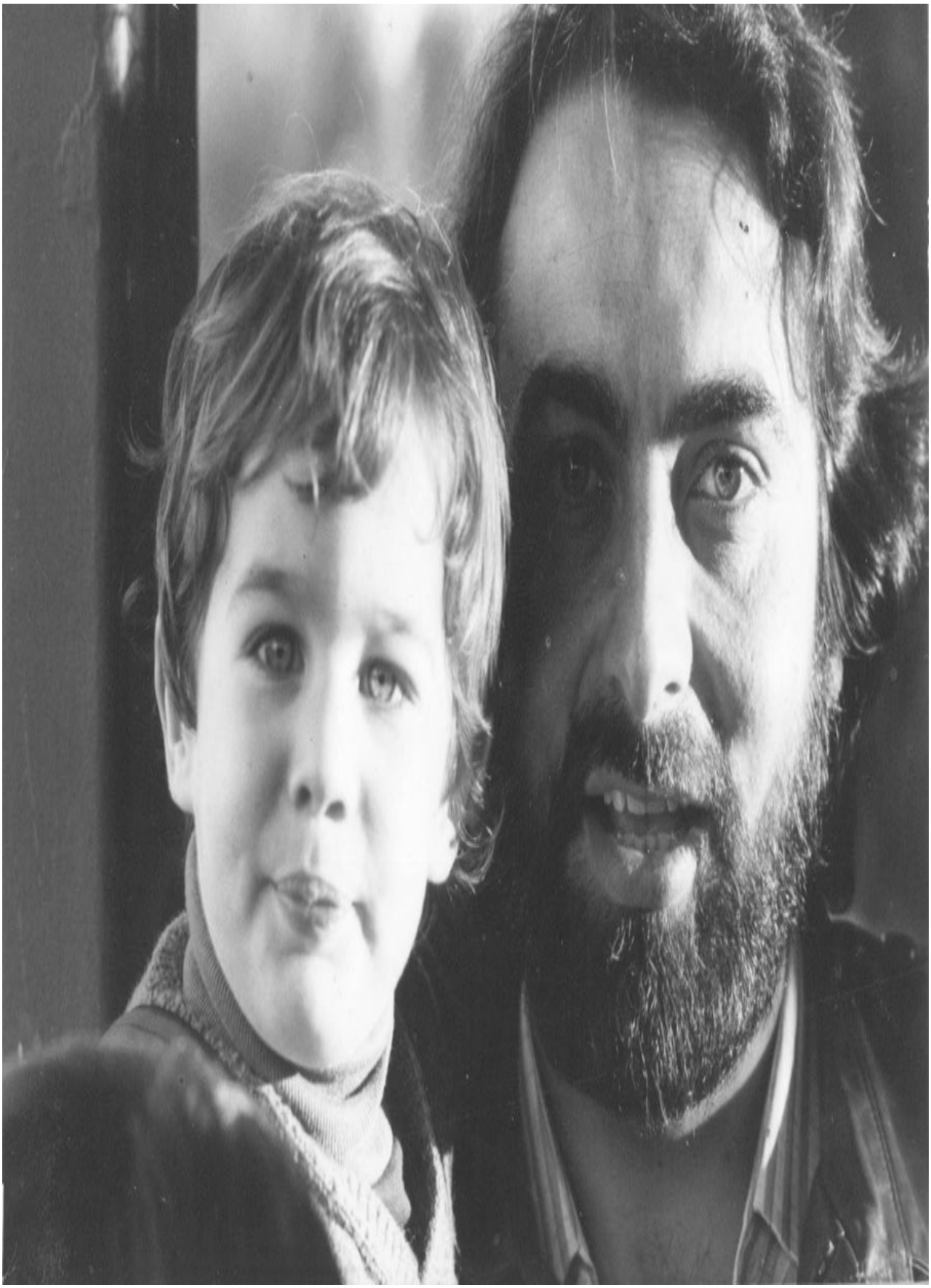
Boda de Kabir e Ixchel



Con Pooja en el rodaje de Sandokán



Con Siddartha



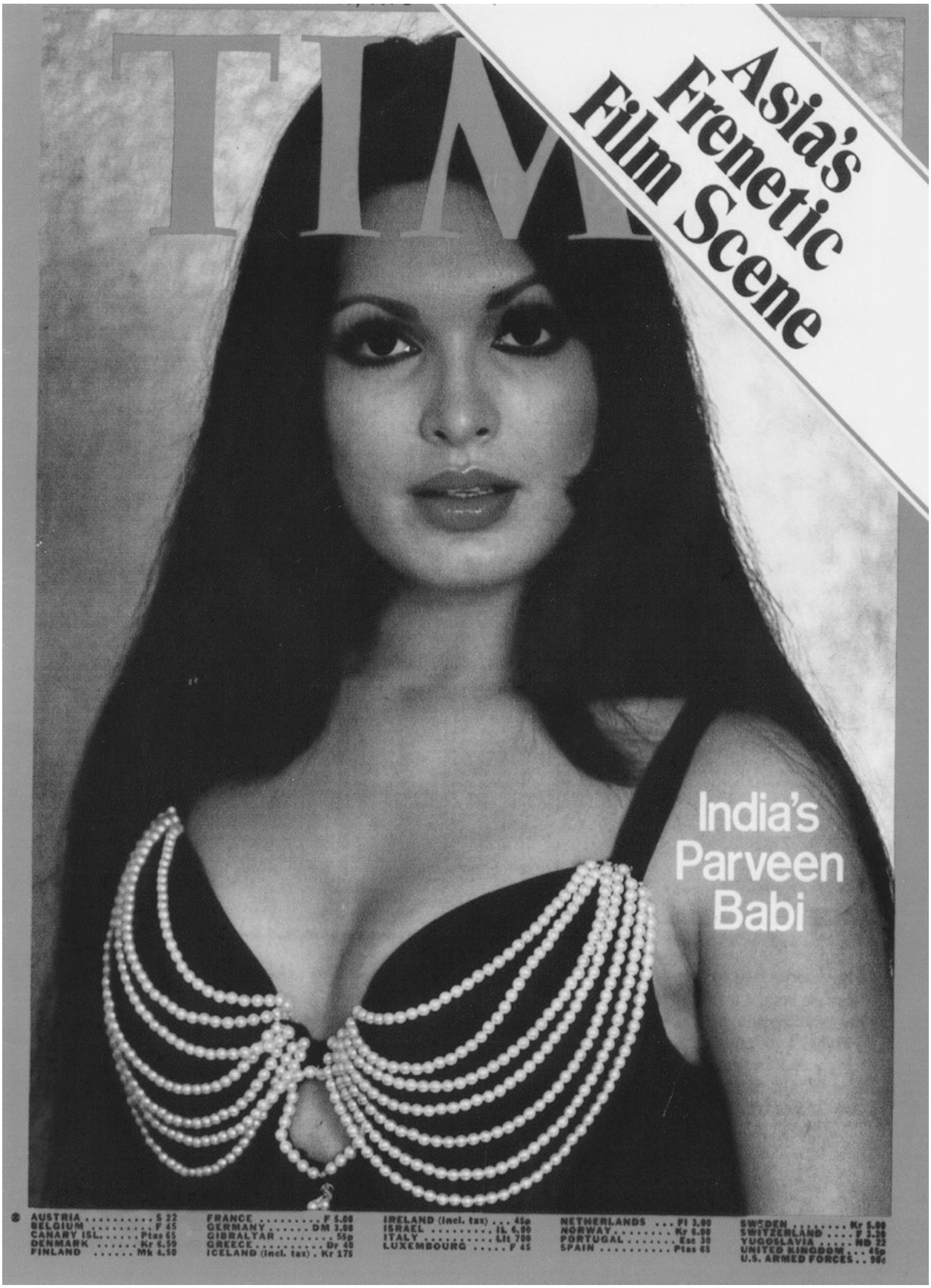
Con Adam



Protima bailando odissi

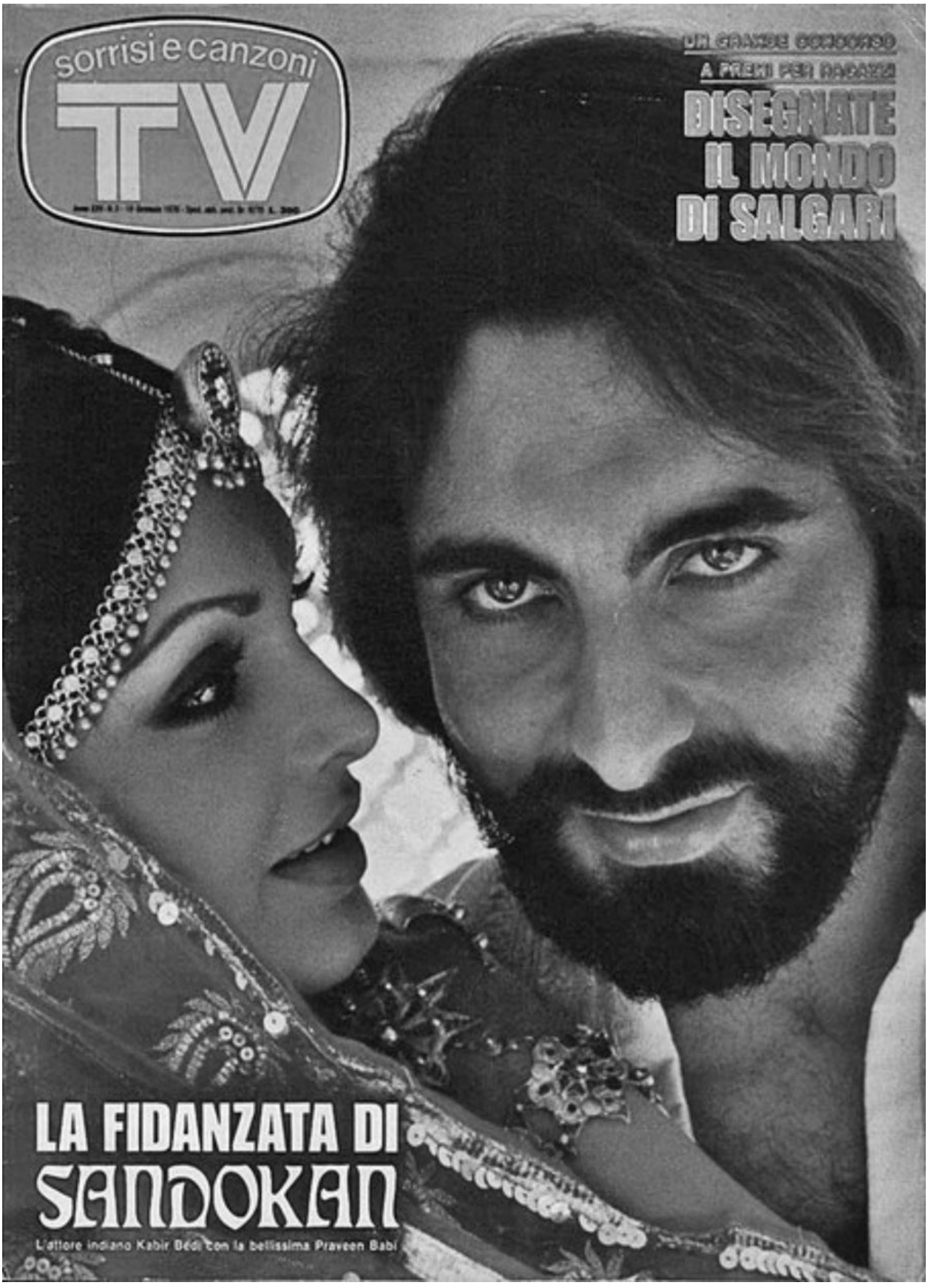

STARDUST
THE BEDI-BABI CONNECTION! AN INTIMATE INTERVIEW
PSST.... A SENSATIONAL MALE PIN-UP INSIDE!

Kabir y Parveen Badi



AUSTRIA ..... S 22
BELGIUM ..... F 45
CANARY ISL. ..... Ptas 65
DENMARK ..... Kr 6.50
FINLAND ..... Mk 4.50
FRANCE ..... F 5.00
GERMANY ..... DM 3.00
GIBRALTAR 55p
GREECE ..... Dr 40
ICELAND (incl. tax) . Kr 175
IRELAND (incl. tax) ... 45p
ISRAEL ..... IL 6.00
ITALY ..... Lit 700
LUXEMBOURG ..... F 45
NETHERLANDS ... Fl 3.00
NORWAY ..... Kr 5.00
PORTUGAL ..... Esc 30
SPAIN ..... Ptas 65
SWEDEN ..... Kr 5.00
SWITZERLAND ..... F 3.00
YUGOSLAVIA ..... ND 22
UNITED KINGDOM ... 45p
U.S. ARMED FORCES .. 90c

Parveen Babi en la portada de Time


sorrisi e canzoni
TV
UN GRANDE CONCORSO
A PREMI PER RAGAZZI
DISEGNATE
IL MONDO
DI SALGARI
LA FIDANZATA DI
SANDOKAN
L'attore indiano Kabir Bedi con la bellissima Praveen Babi

Parveen y Kabir

¡HOLA!
NUM. 1.897 • 5 MARZO 1977 • 30 PTAS.

RAFAGAS DE AMETRALLADORA AL HELICOPTERO DE SIRIKIT

RESULTO MUERTA LA PRINCESA VIPHAVADI RANHIT, DAMA DE HONOR DE LA REINA



La Reina Sirikit



DESPUES DE "SANDOKAN" "EL CORSARIO NEGRO"

KABIR BEDI, UN NUEVO HEROE ROMANTICO Y ATRACTIVO

(Reportaje a color en el interior)

a fotografía: Kabir Bedi
«El Corsario Negro»



Alia de Jordania poco antes de su tragedia:

"NO TEMO A LA MUERTE, AUNQUE SI A QUE ME COJA DESPREVENIDA"

FRANÇOISE Y PIERRE CLAUSTRE, UNA EXTRAORDINARIA HISTORIA DE AMOR

A COLOR

LORNA LUFT, HIJA DE JUDY GARLAND Y HERMANA DE LIZA MINNELLI

MASSIEL SE RETIRA ARTISTICAMENTE PARA ESPERAR A SU HIJO



Kabir como el Corsario Negro

Capítulo 3

DÍAS DE AMOR Y FAMA

Sandokán y Parveen Babi

Las estrellas de cine son objeto de un millón de fantasías, pero no son objetos: son personas con virtudes y debilidades como todos los seres humanos. A pesar de su fama, las estrellas de cine también sienten inseguridad; no lo manifiestan, pero temen perder su celebridad y ese temor les reconcome en el estreno de cada película con independencia de lo famosos que sean. La fama puede ser un momento bajo los focos o una vida entera de adulación; no hay manera de saber cuándo empieza ni cuándo se acabará del todo. He visto a muchas estrellas subir a lo más alto y caer en tres continentes. Cambian los nombres, pero el juego es el mismo en la industria cinematográfica de cualquier país. Es difícil estar en el candelero durante décadas; quizá unos pocos lo hayan conseguido pero la mayoría fracasan. Algunos se defenestran porque cambian los gustos, y otros se hunden por sus demonios interiores. Algunos llegan al cine buscando fama y honores, y otros tienen aspiraciones más sencillas. Parveen Babi llegó a Bollywood desde una pequeña ciudad de Gujarat para comprar «una casa y un coche» y se enamoró de su profesión. Se convirtió en la fantasía de millones de espectadores con una imagen que la diferenciaba radicalmente de las actrices de Bollywood en aquellos tiempos, pero al mismo tiempo su mente se fue fragmentando a cámara lenta.

«El papel que hizo Parveen en Deewar de Yash Chopra era secundario pero esencial —ahí se acuñó en buena medida su imagen de mujer occidental elegante y chic con una larga melena suelta flotando en el aire—, y representaba su deseo de librarse de las convenciones tanto en la película como en el mundo real», escribió Jitesh Pillai, que ahora es el editor de la revista Filmfare. En los años 70 Parveen tenía una imagen de chica desenvuelta y atrevida que la diferenciaba de actrices más tradicionales como Sharmila Tagore, Rekha, Jaya Bachchan, Hema Malini y Mumtaz. La única que había hecho un papel de mujer occidentalizada era Zeenat Aman, la protagonista de Haré Rama Haré Krishna. Es irónico que a Parveen la llamasen al principio «la Zeenat de los pobres», aunque pronto la eclipsó ampliamente.

Cuando me enamoré de ella, los mayores éxitos de Parveen aún estaban por llegar. Ella era una estrella en rápido ascenso después de saltar a la fama con películas como Majboor y Deewar, mientras que yo solo había hecho una película de éxito: Kuchche Dhaage, de Raj Khosla, pero entre nosotros surgió un amor tan intenso que todo lo demás se convirtió en música de fondo. Parveen tenía el corazón tierno y el alma sensible; yo admiraba su deseo de evolucionar. Hablábamos sobre Jiddu Krishnamurti, Osho y la filosofía india, compartíamos nuestro amor por la poesía y todas las formas de creatividad. No nos gustaban los cotilleos y preferíamos nuestra mutua compañía. A ella le encantaba dibujarme, tenía cuadernos llenos de bocetos, pero se quejaba entre risas de que mis labios nunca le salían «bien»; algunas veces me besaba «solo para colocarlos» y luego se reía como una niñita tímida. Jugábamos a ese juego con una alegría infantil. Ella fumaba cigarrillos Dunhill y bebía con moderación, yo tampoco he sido nunca un gran bebedor. Lo que más le gustaba era una buena comida al estilo de Gujarat acompañada de

una pequeña ración de cordero. A pesar de su imagen glamurosa, en el fondo era una chica gujarati tradicional, creía en la fidelidad de todo corazón y fue un bálsamo para mi alma herida cuando puse fin a mi «matrimonio abierto».

Dios mío, qué guapa era: los ojos oscuros y cautivadores, el rostro perfectamente ovalado, el pelo negro cayéndole sobre los hombros, los labios jugosos como un melocotón, la piel clara y sedosa. Un diente ligeramente desviado hacía más hechicera su sonrisa; su cuerpo era el sueño de cualquier hombre. Era ocho años más joven que yo, pero a sus veintidós años era mucho más juiciosa que la mayoría. Yo estaba tan enamorado que cuando me preguntaron por «mis cosas favoritas» en una entrevista para la revista Stardust mencioné a Parveen en relación con todas. En la entrevista les decía que «lo que ha ocurrido entre Parveen y yo es un caso de dos personas muy atractivas que se sienten muy solas y se encuentran en el momento oportuno de sus vidas».

La verdad es que lo pasábamos en grande: Bollywood era un sitio magnífico en los años 70. Era muy emocionante codearse con leyendas de la gran pantalla como Raj Kapoor, Dilip Kumar y Dev Anand, aunque los tres habían dejado atrás sus mejores años. Los actores que estaban en el candelero eran Dharmendra, Rajesh Khanna, Amitabh Bachchan, Jeetendra y Shashi Kapoor, seguidos de cerca por Vinod Khanna y Shatrughan Sinha. El cantante y actor Kishore Kumar estaba en la cúspide de su prestigio como vocalista, aunque volvía locos a los productores con sus cambios de humor. Parveen también tenía sus cambios de humor, como la mayoría de la gente, pero los que yo vi fueron tan radicales que me di cuenta de que sus problemas eran más serios. Aunque no tenía en mente esos problemas cuando despegamos rumbo a Italia el día que cumplí treinta años, el 16 de enero de 1976. Aquel fue el viaje de mi vida.

Parveen se estaba retocando el maquillaje cuando el avión de Bombay aterrizó en Fiumicino, el aeropuerto internacional de Roma. Yo tenía la esperanza de que la serie Sandokán —que se había estrenado en Italia diez días antes— me impulsara hacia la fama, pero no estaba seguro de si había tenido éxito. En realidad estaba bastante preocupado porque no me había llamado nadie de la productora italiana ni yo conseguía localizarlos. Mi agente, Emi de Sica, hija del legendario director Vittorio de Sica, tampoco me había llamado ni respondía a mis llamadas (luego me dijo que tenía una «crisis personal»). En los años 70 no era fácil hablar por teléfono con el extranjero, no había internet, ni correo electrónico ni teléfonos móviles. Para llamar a otro país había que solicitar una «conferencia» a través de las operadoras, y a veces pasaban horas hasta que se podía establecer la llamada. El teléfono del director, Sergio Sollima, siempre estaba comunicando y no conseguía dar con él. Elio Scardamaglia, el productor, tampoco me había llamado, ni él ni nadie de la RAI, la televisión pública italiana. Su silencio colectivo parecía presagiar malas noticias, aunque recibí una llamada de un periodista, Corrado Corradi, que fue como un rayo de esperanza. Tenía mi número de teléfono porque había estado en la India tres meses antes, haciendo un reportaje para promocionar el estreno en la revista más popular de Italia, Sorrissi e Canzoni. En las fotos que nos hizo su fotógrafo en el hotel Lake Palace de Udaipur, Parveen parecía una princesa india y yo un príncipe.

«Tu serie es gran éxito… Tienes que venir», me había dicho Corrado chapurreando inglés; la conexión telefónica no era buena, pero sus palabras me dieron suficiente ánimo y saqué los billetes de avión para ir a Roma. Cuando el avión se detuvo por completo vi la insinuación de una sonrisa en los labios de Parveen y eso me tranquilizó: yo confiaba en su instinto como actriz.

En cuanto pusimos un pie fuera del avión, una nube de destellos de flashes estalló al borde de la pista. Yo pensé que los paparazzi estarían ahí por alguna celebridad y me giré para ver quién venía detrás de nosotros. El codazo que Parveen me dio en las costillas me devolvió a la realidad.

—Sonríe —susurró—, están ahí por ti.

Fue uno de esos momentos que te cambian la vida. Al ver a tantos fotógrafos sentí una descarga de adrenalina: no me había imaginado que pudiera ser tan famoso en Italia. Parveen me guiaba mientras yo saludaba como un emperador recién coronado. Hacíamos una pareja de película: exóticos, jóvenes y glamurosos. Los fotógrafos se tropezaban unos con otros y se caían al suelo en su frenesí por captar nuestra llegada. En el aeropuerto encontramos una escena que se repitió cada vez que aparecía en público en Italia: cientos de personas mayores y jóvenes nos rodearon gritando «¡Sandokán! ¡Sandokán!» mientras atravesábamos la terminal camino del Mercedes que nos esperaba. La gente se arremolinaba a mi alrededor dándose empujones y codazos para pedirme un autógrafo. En aquellos días no había selfies. Las fans me estrechaban la mano, me besaban y me tiraban de la ropa: todas querían algo mío. Cuando íbamos a subir al coche apartaron a Parveen de un empellón; yo la rodeé con un brazo y me disculpé, pero ella estaba furiosa y me ignoró.

El frío silencio de Parveen aguó mi entrada triunfal en Roma a pesar del parloteo entusiasta del conductor. Yo aún estaba atónito por el despliegue de paparazzi, y también demasiado irritado para hablar. En mi vida estaba ocurriendo algo extraordinario, ¿y ella se enfurruñaba por unas cuantas fans exaltadas? Los actores de cine no son nadie sin sus admiradores; en la India ella tenía sus propios fans, ¿estaría resentida por mi éxito inesperado? Necesitaba sacarla de su mal humor para poder alegrarme.

Le cogí la mano y le fui señalando los lugares emblemáticos mientras nos adentrábamos en la Ciudad Eterna. Dejamos atrás el Coliseo, donde luchaban los gladiadores; pasamos junto al Foro, donde se celebraban las carreras de cuadrigas, y atravesamos la Piazza Venezia, donde Mussolini arengaba a la multitud. Le dije que César gobernaba desde allí el Imperio Romano; le conté que lo había estudiado en la universidad y que había interpretado a Marco Antonio en una obra en el colegio, pero Parveen se mantuvo inmutable; me imaginé que aún seguía dolida.

Cuando entramos en el hotel Excelsior de Via Veneto —la avenida más famosa de Roma—, los huéspedes que había en el vestíbulo se pusieron como locos, se arremolinaron a nuestro alrededor pidiendo autógrafos y empujándose unos a otros. Yo mantuve a Parveen junto a mí, rodeándola con un brazo para protegerla. Los elegantes conserjes, con uniforme color verde botella y gorras bordadas, tuvieron que batallar con los fans para guiarnos hasta los ascensores. Cuando se cerró la puerta, el conserje Carlo se giró hacia mí colocándose la gorra que le habían torcido de un manotazo.

—Un autógrafo, por favor —dijo aún sin aliento—. ¡Mi esposa está loca por usted!

El recibimiento en el hotel lo confirmaba: ¡me había hecho superfamoso en Italia! Era el mejor regalo de cumpleaños para un actor a quien le había costado mucho triunfar.

Nos condujeron a una gran suite decorada al estilo clásico italiano; tenía un salón con lujosos sofás y un escritorio antiguo, y el dormitorio era enorme, con la cama tamaño king-size. Había

pedido a Corrado —el periodista que me llamó para que fuese— que me buscase un hotel «bonito», y él había elegido el más caro de Roma. Yo no sabía cómo demonios lo iba a pagar: con Sandokán no había ganado una fortuna, ni tampoco con las películas que había hecho en Bollywood. Lo malo era que en aquellos tiempos apenas se podía sacar dinero de la India: había un límite muy reducido. Era raro saborear la fama preocupado por las facturas, pero las compensaciones llegarían en el futuro y las facturas en el presente. Entonces aún no existían las tarjetas de crédito y débito. Yo sabía que eso iba a ser un gran problema, pero lo aparté de mi mente para ocuparme de otro más acuciante.

El mal humor de Parveen me preocupaba, aunque podía entender sus razones, era una actriz muy famosa y le disgustaba que la dejasen al margen; en la India siempre era el centro de atención. Sabía que cuando no podía expresar sus sentimientos era como un volcán a punto de estallar, así que me propuse romper su silencio.

—Siento mucho que te hayan empujado de esa manera en el aeropuerto —me disculpé en voz baja.

—¿Cómo se lo has permitido? —exclamó mientras deshacía el equipaje.

—Perdóname, me he dejado llevar por todo el alboroto —respondí suspirando.

—Te has olvidado de mí, ¿a que sí?

—Escúchame, Jojo. —La llamaba así cariñosamente ella me llamaba a mí «Bobo»—. ¿Podemos olvidarnos de lo que ha pasado en el aeropuerto? Sandokán es un gran éxito en Italia. ¿No te alegras?

—Claro que me alegro —replicó irritada—. Pero me niego a que me traten a empujones. No soy una muñequita colgada de tu brazo.

Yo contuve una sonrisa; «muñequita» era como ella se describía a sí misma en sus películas de Bollywood. «Lo único que quieren los primeros actores es una muñequita colgando de su brazo, no quieren competencia», me dijo cuando empezamos a vivir juntos. Al igual que Marilyn Monroe, que se labró su camino hasta la fama haciendo de «rubia tonta», Parveen estaba dispuesta a hacer de «muñequita» para triunfar. Era muy buena actriz, había causado una gran sensación desde su debut en Charitra, de B. R. Ishara, un director famoso por inspirar magníficas interpretaciones en sus películas de bajo presupuesto. Él fue quien la descubrió cuando Parveen todavía estaba en la universidad de Ahmedabad, cerca de su ciudad natal. Luego trabajó en producciones más importantes y fue cuando adoptó su avatar de «muñequita», que enseguida la hizo famosa. Pero no quería que en Italia la viesen como una «muñeca», quería que la respetaran.

—Cariño mío, me voy a encargar de que todos sepan que eres una gran estrella en la India —le aseguré. Su sonrisa fue como un rayo de sol; el corazón me dio un brinco, la abracé con fuerza y la besé. Sus enfados siempre me llevaban a un torbellino de emociones.

El estreno de Sandokán en Italia fue tan inesperado como un vendaval; nadie sabía cuando se empezaría a emitir. Los costes de producción superaron el presupuesto y Titanus, el estudio que producía la serie, se enzarzó en una batalla legal contra la RAI, la cadena de televisión que la

había encargado. Los procesos judiciales en Italia, como ocurre en la India, pueden prolongarse durante décadas. En diciembre de 1975, unas dos semanas antes del estreno, un prudente juez romano decidió que la RAI depositase como fianza la cantidad en disputa (300 millones de liras) hasta que se celebrase el juicio y que Titanus entregase de inmediato la serie a la RAI. Temiendo que hubiera apelaciones y más retrasos, la emitieron en cuanto se la dieron, sin avisar y sorprendiendo a todos, incluyéndome a mí en la lejana India.

Sandokán triunfó en toda Europa con unos récords de audiencia que mantuvo durante décadas. La canción de Sandokán sonaba en todas las emisoras, la ponían a todo volumen en los bares, se bailaba en las discotecas y ocupaba los primeros puestos de las listas de éxitos. La gente la cantaba siempre que nos veían; pronto corrió la voz de dónde nos alojábamos y las fans rodearon el Excelsior chillando. La policía estuvo días conteniéndolas para evitar que cortasen el tráfico delante de nuestro hotel en Via Veneto. Irónicamente, antes del viaje también le había pedido a Corrado Corradi que hablase con algún relaciones públicas «para que me consiguiera entrevistas»; ya no parecía necesario pero resultó ser lo más acertado. Corrado había elegido al enorme Mario Natale y la delgadísima Simona Barabesi —cuando estaban juntos parecían «El Gordo y el Flaco»—, dos excelentes estrategas que sabían cómo sacar partido al éxito. Todas las cadenas de televisión y emisoras de radio, todas las revistas y periódicos de Italia querían entrevistarnos, grabarnos o fotografiarnos, y yo solo no habría sido capaz de organizarlo. Mario y Simona decidieron el orden de las entrevistas, los escenarios y nuestra imagen para las sesiones de fotos, la hora y el lugar de nuestras apariciones en público. A los periodistas se les daba media hora, ¡fue un auténtico desfile mediático!

La prensa italiana me dedicó una cantidad de elogios sin precedentes. Corriere della Sera, el periódico de mayor difusión, sacó un artículo en portada diciendo que yo había «devuelto a Italia la locura por las estrellas de cine» y que «nadie recordaba haber visto tanto alboroto de fans». Otros decían que yo era el «nuevo» Rodolfo Valentino, Tyrone Power o Errol Flynn. La revista Screen International dijo que la serie era «el mayor éxito en la historia de la televisión italiana». Veintisiete millones y medio de personas se pegaban al televisor cuando la emitían, y las calles del país se quedaban prácticamente vacías. Un grupo de adolescentes asaltaron los estudios de televisión gritando para ver en persona a su ídolo, que iba a dar una conferencia de prensa. La policía tuvo que intervenir para contenerlos.

El mercado italiano se llenó de artículos promocionales: desde muñecos de Sandokán hasta cómics y álbumes de cromos. La serie causaba furor, se bautizaron muchos barcos como Sandokán, y también hubo mucha gente que quiso llamar a su hijo «Kabir», aunque en el Registro Civil no se lo permitieron porque la letra «k» no existe en italiano. Un momento inolvidable fue cuando Parveen y yo conocimos a Liza Minelli en el set de una película dirigida por su padre Vincent, y nos dijo que éramos «la pareja más atractiva del mundo».

Los últimos días de nuestra estancia en Roma aparecíamos en casi todos los periódicos y revistas que había en el quiosco de prensa frente al hotel Excelsior. Kabir Bedi y Parveen Babi eran famosos en toda Italia. A Parveen le brillaban los ojos de alegría y a mí se me escapaba alguna lágrima: al chico de Delhi le había ido bien. Era el éxito con el que sueñan todos los actores y que pocas veces consiguen, y todo había ocurrido gracias a la visión de un solo hombre.

Sergio Sollima fue «el padre de Sandokán», yo siempre le llamaba así. Fue quien concibió la

novela de Emilio Salgari como una serie: escribió el guion con algunos colaboradores y peleó para que se hiciera. La popularidad de las aventuras originales de Sandokán no garantizaba el éxito de la serie. Las tres películas que se habían hecho tuvieron poca repercusión; una era de 1941, protagonizada por Luigi Pavese, y las otras eran de 1962, con el campeón del mundo de culturismo Steve Reeves como Sandokán. Gracias a la insistencia de Sergio en fichar a Nino Novarese, que ya tenía un Óscar como director artístico, y a Marcello Masciocchi como director de fotografía, la serie destaca por su espectacular elegancia visual. En cuanto a la música, la decisión de Sergio fue más singular porque no recurrió a su famosísimo colaborador habitual, Ennio Morricone, con quien ya había hecho cinco bandas sonoras, sino que tuvo el valor de apostar por la frescura y la creatividad de los jóvenes Guido y Maurizio de Angelis. Un golpe maestro fue elegir a Philippe Leroy para el papel de Yáñez, el compañero de Sandokán; y con el fichaje del veterano Adolfo Celi, que ya había hecho de villano en la película de James Bond Thunderball, Sergio elevó el nivel con un antagonista de fama internacional. Carole André fue la elección perfecta para Marianna: le dio a su personaje una delicadeza y una vulnerabilidad que hacían un contraste maravilloso con la fuerza y la masculinidad de Sandokán. Lo cierto es que la mayor osadía de Sergio con el casting fue decidirse por mí —un actor indio desconocido— como protagonista.

Sergio me había dicho que fuese a comer con él en cuanto llegase a Kuala Terengganu, una ciudad en la costa este de Malasia, donde íbamos a rodar la mayor parte de la serie. Tenía algo más de cincuenta años, una calva incipiente en la coronilla y algo de sobrepeso; llevaba un sombrero tipo safari, gafas oscuras y estaba muy bronceado. Era un tipo duro, con un sentido del humor burlón, y se había hecho famoso con westerns italianos como Consigna: Tánger 67, con Stewart Granger; Ciudad Violenta, con Charles Bronson; y Revólver, con Oliver Reed y Fabio Testi. A Sergio le encantaba estar en Asia; estaba comiendo nasi goreng, un guiso malayo de arroz frito, en el restaurante del hotel Pantai Inn con vistas a una playa enorme bordeada por palmeras. Yo pedí «Pollo frito malayo» para probar la cocina local.

—Sergio, no he leído los libros de Sandokán de Salgari —le confesé.

Lo había intentado, pero no los encontré traducidos al inglés. Había leído el guion muchas veces, y a todos los italianos que conocía les preguntaba qué significaba Sandokán para ellos. Era mi manera de entender el personaje.

—¡Perfecto! —dijo Sergio con una de sus súbitas carcajadas—. Está bien no saber, yo te diré lo que tienes que saber.

El maestro de armas y coordinador de los especialistas, Franco Fantasia, se unió a nosotros en la mesa. Era un hombre fuerte y curtido por el sol, y siempre llevaba perilla. Me iba a entrenar para las acrobacias y las escenas de acción. Después de presentarnos, Sergio le dijo que no tuviese piedad conmigo. Yo me alegré y se lo dije: me encantaba la acción.

—¿Qué necesito saber, Sergio? —le pregunté; necesitaba algo de inspiración.

—¡Claro! Te lo voy a contar —dijo Sergio—. Sandokán es un héroe, pero… no debes actuar como un héroe, porque los héroes son gente ordinaria que hace cosas extraordinarias y no se consideran héroes…

—Pero Sandokán era un príncipe antes de convertirse en pirata —señalé. Para mí era importante porque influía en mis modales.

Sergio se echó a reír.

—¡Pero era un príncipe corriente! Se entregó a la lucha cuando mataron a su familia, ahí fue cuando Sandokán entendió lo que significa el imperialismo. Luchó contra los británicos para salvar a su país, pero solo después de haber perdido a su familia.

—¿Y por qué se enamora de una chica inglesa? —le pregunté maliciosamente.

—¡Vaya! ¡Esa es la pregunta correcta! —exclamó Sergio exultante—. Esto es muy importante para ti como actor: Sandokán era un hombre que se guiaba por el corazón. No era… no era un intelectual. Él no pensaba, él actuaba. Cuando el corazón le decía algo, él lo hacía… Así que no pienses demasiado.

—El amor no tiene lógica —dijo Franco, que se echó a reír también.

El plato de pollo que había pedido llegó antes de lo que esperaba; tenía el mismo aspecto que cualquier pollo frito, simplemente dorado. Me pareció tan austero que le pregunté al camarero:

—¿Qué es lo típico malayo de este plato? Es solo pollo frito.

—Es un pollo nacido en Malasia, señor. Por eso lo llamamos «Pollo frito malayo».

—¡Cretino! —exclamó Franco con una carcajada al tiempo que los demás nos echábamos a reír.

Sergio me contó que James Brooke, el rajá blanco de Sarawak que interpretaba Adolfo Celi en la serie, era un inglés que realmente había gobernado Sarawak en el siglo diecinueve. Emilio Salgari, que escribió las novelas de Sandokán a finales de ese siglo, había oído hablar de él y lo incluyó en sus historias. Unos meses después conocí por casualidad a un descendiente de Brooke en el bar del hotel Raffles de Singapur; por su aspecto debilucho yo nunca lo habría adivinado, pero fue fascinante conocer a un pariente consanguíneo de mi legendario contrincante.

—¿Alguna otra perla de sabiduría? —pregunté a Sergio.

—No hay ninguna sabiduría —replicó; solía responder llevándote la contraria—, solo mi tontería personal. —Lo que me dijo fue profundo—: Tú has actuado en el teatro y has hecho películas indias, así que tienes que tener cuidado. No necesitas exagerar tus pensamientos y emociones, tienes un físico impactante. Con que tengas eso en cuenta es suficiente.

—¡Una tontería estupenda! —le dije agradecido.

Después de comer Sergio me sugirió que fuese a ver a Franco para empezar cuanto antes mi primera sesión.

—Otra tontería más —añadió mientras nos levantábamos de la mesa—, el personaje de Sandokán es una máquina. Se guía por el corazón, pero no deja de moverse.

En eso se basó mi interpretación. Sergio me guio a través de las emotivas escenas de amor, las peleas y los vals en los salones de baile británicos sin perder la paciencia ni una sola vez. Franco diseñó las complicadas coreografías de las luchas con espada que se desarrollaban en los barcos y montando a caballo con un sofocante calor tropical. Las largas jornadas de esfuerzo físico constante empezaron a pasarme factura poco a poco; yo seguía adelante con pasión, día tras día, pensando que todo iba bien hasta que de repente me quedé sin energía; no podía ni levantar un brazo. A veces me derrumbaba y me quedaba tumbado en el suelo exhausto por los largos planos secuencia de acción trepidante que hacía Sergio. Me intoxiqué con el humo al cruzar un pueblo en llamas, lloré de dolor cuando me torcí el tobillo al saltar de un caballo al galope y Sergio me confortó como lo haría un padre. Nunca perdía su buen humor y hacía que el equipo de rodaje se partiera de risa, incluso cuando los elefantes que llevaban a los actores los tiraron al suelo en mitad de la jungla. Fue él quien me enseñó cómo hacer profundamente humano a Sandokán. Con los años vi muchas veces a Sergio en Roma, y nunca dejé de agradecérselo. Cuando falleció, volé desde la India para asistir a su funeral y compartir la pena con sus hijos. Stefano Sollima, su hijo, es actualmente uno de los mejores directores de cine de Italia, y su hija Samanta es una fotógrafa extraordinaria. Ellos eran su mayor fuente de alegría.

Durante el rodaje en Malasia, el diseñador Nino Novarese me contó historias muy interesantes. Era un hombre corpulento que llevaba gafas con cristales de culo de vaso y una chaqueta de tweed siempre impecable. Había ganado un Óscar a la Mejor Dirección Artística por Cleopatra, protagonizada por Richard Burton y Elizabeth Taylor. Nino era una enciclopedia viviente de historia antigua, me encantó esto que me dijo: «En la antigua Roma los actores gozaban de grandes honores, la alta sociedad los trataba como a héroes, los aristócratas y senadores más ricos se los disputaban como huéspedes de sus banquetes, pero no se les permitía casarse ni testificar en los juicios. Tenían prohibido hacer cualquier cosa que implicase un juramento porque los romanos veían a los actores como mentirosos profesionales».

Yo no quería que mi interpretación fuese una mentira, quería que saliese del centro de mi ser. Se lo decía a mi familia en una carta que les escribí dos días antes de empezar el rodaje, el 31 de julio de 1974:

No estoy preocupado ni tenso, no hay nada que preparar. En espíritu soy Sandokán: libre, indómito, noble, un líder entre los hombres. Lo digo sin ego, sé que es así. También soy muchas otras cosas: menos noble, más egoísta… Pero no en mi espíritu. Todo lo que busco es la libertad de ser, y eso es todo lo que Sandokán buscaba. Por eso este personaje me sale directamente del corazón.

La preparación física también fue dura:

Una semana divina con la caricia del viento y el beso del sol, un homenaje a la salud y la juventud. Yoga por la mañana antes de desayunar, luego nadar y tomar el sol en la piscina. Almuerzos ligeros a base de proteínas, después esgrima en el gimnasio con Franco. Acabo la

sesión de esgrima empapado en sudor y voy a correr por la playa hasta que me quedo sin fuerzas y entonces me tumbo, me recupero y nado un rato en el mar. El agua está templada y es precioso. Para un cuerpo cansado, el mar es como un útero universal que lo abarca todo. Esto es apasionante y agotador.

Bauticé a Malasia como «el país de Juan Salvador Gaviota» por los pájaros que surcaban el magnífico azul del cielo sobre el mar infinito. Me había convertido en Sandokán y al llegar a Roma vi que había tenido un impacto explosivo.

El delirio de las fans y la prensa llegó a un punto abrumador. Los periodistas me pedían información más allá de mis elogios a Sergio; les sorprendió que en el rodaje se hablasen tantos idiomas. Carole André era francesa y hablaba inglés con acento americano; el francés Philippe Leroy, el amigo portugués de Sandokán, hablaba inglés que sonaba como francés; Hans Kaninenberg solo hablaba en alemán; Andrea Giordano decía sus frases en italiano; Iwao, quinto dan de kárate, solo sabía japonés, y los actores malayos y tamiles hablaban en su propio idioma. Los únicos que hablábamos «inglés internacional» éramos Adolfo Celi, que hacía de James Brooke, y yo. Esa babel de idiomas complicaba mi interpretación muchas veces pero al final no importó. Nos doblaron a todos al italiano, francés, alemán, holandés y español, a todos los idiomas europeos y sudamericanos. Pero lo que la prensa quería eran cotilleos calientes.

Me preguntaban por Carole André, querían saber si el amor de Sandokán por Marianna había surgido también entre nosotros. Intentaban sonsacarme de todas las formas posibles; yo entendía su curiosidad: el amor de Sandokán por Marianna era la esencia de su épica aventura. Todas las chicas de Italia querían ser Carole André; Sergio la había elegido bien, la conocía desde los catorce años, cuando hizo un papel en su película Cara a cara. Desde entonces Carole había perfeccionado su talento en papeles secundarios con grandes directores: Luchino Visconti, Duccio Tessari y Dino Risi. Nuestra química como Sandokán y Marianna en la pantalla era evidente y dejó prendados a millones de corazones, así que todo el mundo asumía que habíamos tenido un romance mientras rodábamos. Los periodistas se llevaron una gran decepción al saber que no había ocurrido nada entre nosotros. Yo estaba centrado en mi interpretación, y Carole sufrió una dolorosa tragedia personal porque su padre falleció durante el rodaje. Estaba profundamente afectada, pero aún así hizo una interpretación magnífica. Su profesionalidad fue esencial para convertir Sandokán en un éxito histórico.

Mi aventura con Sandokán empezó el día que conocí a «los italianos» en 1974. El productor Elio Scardamaglia, el diseñador Nino Novarese y Sergio estaban haciendo una gira por Asia para encontrar a un actor alto, atlético y preferiblemente con barba para el personaje de Sandokán. Bombay era la primera ciudad que visitaban y mi nombre surgió cuando preguntaron por ahí. Yo llevaba barba desde mi primer éxito en Bollywood, me la había dejado porque lo exigía el guion y luego todos los productores me pedían que no me afeitase. Mi barba se consideró un «talismán» y se convirtió en parte de mi imagen. Los productores de Bollywood son supersticiosos, todos los rodajes empiezan rompiendo un coco para recibir las bendiciones de los dioses. Pero mi barba no fue lo único que impresionó a los italianos. Cuando hice Tughlaq, dirigida por Alyque Padamsee, la obra comenzaba conmigo aparentemente desnudo dando la espalda al público. Era un efecto óptico que había funcionado de maravilla, porque en Bombay

todavía se hablaba de mi trasero.

Cuando «los italianos» oyeron hablar de mi barba y mi trasero me localizaron a través de Luciano Cattania, su audaz asistente de producción, y Didi Contractor, una amiga arquitecta que diseñaba exquisitas viviendas tradicionales indias. Me pidieron que fuese a verlos al Taj Mahal Palace, un hotel icónico construido en 1903 por Jamsetji Tata como réplica al Watsons, un lujoso hotel británico que no admitía huéspedes indios. Era un sitio perfecto para una reunión entre oriente y occidente, tiene un jardín rodeado por arcos sarracenos y allí me esperaban los italianos. Cuando me vieron se asombraron por otra coincidencia: me parecía al Sandokán de las ilustraciones de las novelas originales de Salgari. Me observaron atentamente mientras yo hablaba y luego se miraron entre ellos. Yo estaba en ascuas.

—Hemos encontrado a nuestro Sandokán —dijo Nino Novarese, y bebió un poco de su refresco adornado con una rodaja de naranja.

Yo estaba eufórico, convencido de que había conseguido el papel.

—Entonces, ya podemos volver todos a casa, ¿no? —dijo medio en broma el productor Scardamaglia frotándose las manos. Le gustaba ahorrar dinero, como a todos los buenos productores. Elio había hecho más de veinte películas y series de televisión, y dirigía la producción de Sandokán para el legendario Goffredo Lombardo de Titanus Film, la productora contratada por la RAI, que coproducía la serie con la ORTF francesa y la alemana Bavaria TV. Pero las esperanzas de Elio se truncaron.

—Calma, ragazzi —ordenó Sergio Sollima. Le gustaba mandar llamando niños a los demás, aunque fuesen mayores que él. Hablaba en italiano pero yo capté el sentido—: tenemos otras seis ciudades que visitar. Seis. A él le haremos una prueba en Roma. Hay que seguir con la gira.

Sergio estaba decidido a encontrar al mejor actor de Asia para Sandokán.

Scardamaglia se aclaró la garganta, me llevó aparte y me soltó el primer bombazo. Era un hombre con la frente despejada y aspecto amable, vestía un traje azul oscuro y camisa azul claro.

—¿Puedes venir a Roma para hacer una audición? Sería por tu cuenta.

Al principio mi ego se sublevó: «¿Cómo se atreve a decirme que tengo que pagarme yo el viaje a Roma? ¡No soy un actor desesperado por recibir ofertas!», pero mi alma me susurró: no pierdas esta oportunidad. Pensé que podía ser la solución a mi dilema; para triunfar en Bollywood había que destacar en los números musicales con baile y por desgracia yo no me sentía cómodo haciéndolos. Si quería triunfar como actor iba a tener que marcharme al extranjero, así que acepté la propuesta de Scardamaglia sin quejarme y fijamos las fechas de mi audición en Roma.

Las audiciones en Roma fueron mi primera experiencia en Italia. Sergio me llevó a distintos sitios de la ciudad para verme montar a caballo, practicar esgrima y nadar, interpretar escenas dramáticas y de amor y hacer pruebas de maquillaje y de fotografía. Vi la creatividad de Italia en la gente que trabajaba detrás de las cámaras; aquellos históricos palazzos con la pintura desconchada bullían de actividad: modistas cosiendo vestidos de época con hábiles puntadas, zapateros que hacían botas con las pieles más flexibles, fabricantes de pelucas con peinados de

todos los tiempos, artesanos de todos los oficios orgullosos de su habilidad. Vi cuánto valoran los italianos a sus diseñadores, tanto en las casas de alta costura y las marcas con estilos regionales exclusivos como en las sastrerías especializadas en vestuario para el cine. Por eso Italia siempre ha destacado en el mundo del diseño.

Nunca he olvidado la bondad de Nino Novarese durante mi audición. Al salir de Bombay no pensé que en Roma haría tanto frío y tampoco llevaba dinero para comprarme ropa: el gobierno de Indira Gandhi había limitado radicalmente la cantidad de moneda extranjera que los indios podían sacar del país. Al verme tiritando, Nino me invitó a tomar un café, pero en vez de ir a una cafetería me llevó a Cenci, una tienda muy elegante de ropa para hombre cerca del histórico Panteón de Roma.

—Cómprate lo que quieras —dijo señalando los percheros.

—Es que no tengo dinero, Nino —confesé avergonzado.

—Me lo devuelves cuando puedas —me dijo con ese guiño tan suyo—. Algún día tendrás un montón de dinero.

Elegí un abrigo grueso y él añadió una bufanda preciosa y unos guantes. Todavía se me humedecen los ojos al recordar su bondad. Cuando eres famoso el mundo se inclina ante ti, pero aquello fue dos años antes de que en Italia supieran de mi existencia. Siempre me acuerdo de Nino con cariño y gratitud.

Pero estábamos en mi siguiente visita a Roma; los medios eran insaciables con las entrevistas y las fotos. Parveen estaba deslumbrante en todas las entrevistas, algo que no es fácil para una actriz con una agenda sin descansos. En su equipaje llevaba solo pantalones vaqueros y blusas informales, algún vestido de etiqueta y poco más. Después de una semana de sonreír constantemente ante las cámaras empezó a acusar el esfuerzo. En Bombay siempre espaciaba sus interacciones con el mundo exterior, solo salía para los grandes eventos o pequeñas fiestas, y en su casa no recibía a mucha gente: era su santuario, su nido protector. Parveen era una persona muy reservada que se protegía a sí misma psicológicamente. En Roma su espacio estaba sometido al ávido escrutinio de los periodistas y eso la desestabilizaba. Pero era comprensible.

Para librarse de la prensa Parveen decidió salir a explorar la ciudad, se disfrazó y se escabulló del hotel para ver lo que yo había visto cuando estuve haciendo la audición. Volvió impresionada por la Fontana de Trevi, donde los turistas tiran monedas para pedir un deseo, por el esplendor de la plaza de San Pedro en el Vaticano y por la majestuosa sencillez del Panteón, que fue un templo romano antes de que el cristianismo llegase a Italia. Lo que más le había gustado era la Fuente de los Cuatro Ríos en Piazza Navona, que también es una de mis favoritas. En el centro tiene un obelisco egipcio rodeado por espectaculares esculturas de Bernini que representan a los dioses de los cuatro grandes ríos de cuatro continentes: el Nilo en África, el Danubio en Europa, el Ganges en Asia y el Río de la Plata en las Américas. El impulso creativo de Parveen siempre sacaba lo mejor de ella. Hacía bocetos impresionistas de todo lo que veía. Los dos teníamos una vena creativa, pero caracteres muy distintos; por eso nos enfadamos algunas veces.

Una mañana recibimos una llamada de Cecil De Mello, el director de Air India en Roma, para invitarnos a cenar en nombre de Gina Lollobrigida. Era un gran honor, me hizo mucha ilusión y

se lo agradecí calurosamente. A mediados de los años 70, Sophia Loren y Gina Lollobrigida eran las actrices italianas más famosas del mundo. Gina había ganado muchos premios importantes: varios David di Donatello, Nastro d'Argento, y Globos de Oro. La fama internacional le llegó trabajando junto a actores americanos legendarios: Humphrey Bogart en La burla del diablo, Errol Flynn en Espadas cruzadas, Burt Lancaster en Trapecio, Anthony Quinn en Nuestra Señora de París y Sean Connery en La mujer de paja.

En los tiempos de Sandokán, Gina era una diva reconocida mundialmente. Parveen y yo estábamos encantados de que nos invitase a cenar una actriz tan famosa. «Todos los caminos conducen a Roma», dice el refrán, y esa noche los caminos de Roma conducían a la lujosa villa de Gina en la Via Appia Antica, el camino más importante en la antigüedad. En su casa nos iba a presentar a unos amigos y luego iríamos a cenar a un exclusivo restaurante.

La velada con Gina empezó mal porque ignoró a Parveen desde el momento en que nos acompañó a un lujoso salón decorado con esculturas y cuadros orientales. Mientras nos llevaba de un grupo de amigos a otro, solo se dirigía a mí; yo intentaba incluir a Parveen, pero no resultó. Gina empezó a hablar de su amor por todo lo asiático con gran entusiasmo, decía que los paisajes de Malasia que aparecen en Sandokán le recordaban mucho a Filipinas, un país que adoraba. Yo notaba que Parveen se estaba enfadando cada vez más, pero no quería ser grosero con la legendaria Lollobrigida en su propia casa. Todos estaban hablando maravillas de mi Sandokán, así que acepté sus cumplidos mientras seguía pendiente de Parveen.

La cosa no mejoró. Después del cóctel en casa de Gina nos dirigimos a un restaurante en la ciudad acompañados por Cecil De Mello. No recuerdo el nombre, pero el local tenía una decoración elegante y pequeños reservados; había una pista de baile con la luz tenue y un grupo tocando. Nos llevaron hasta nuestra mesa y nos sentaron enfrente de Gina y Cecil. Los platos los sugirió Gina y el vino lo propuso el maître. Gina me sorprendió diciendo que la fotografía y la escultura eran sus auténticas pasiones; había retratado a Paul Newman, Salvador Dalí y Ella Fitzgerald. Pero yo quería hablar sobre su profesión.

—La gente siempre la compara con Sophia Loren, ¿verdad?

—¡Es como comparar a un buitre con una paloma! —exclamó Gina riéndose.

Cecil se echó a reír y me dijo:

—Tienes que ver el «salón indio» que tiene Gina en su casa.

Gina le dio la razón con una breve sonrisa.

—Podemos ir después de cenar.

Parveen me apretó el muslo por debajo de la mesa para que yo no respondiese.

Cecil insistió:

—Es la mejor publicidad para la India.

Yo sonreí enigmáticamente.

—¡Vamos a bailar! —dijo Gina, y al levantarse me agarró de la mano. La seguí hasta la pista mientras Parveen nos miraba contrariada desde la mesa. Bailamos un foxtrot lento y hablamos de sus películas americanas; le encantó que las hubiera visto todas. Yo estaba extasiado por tenerla entre los brazos, respirando su perfume y guiándola por la pista de baile. En mi interior había una voz gritando: «¡Estoy bailando con Gina Lollobrigida!». Notaba la calidez de su cuerpo pero no me acerqué mucho; daba la sensación de ser una mujer que amaba la vida y la disfrutaba, una mujer sin duda ambiciosa, pero que había sufrido mucho por el camino.

Miró hacia Parveen y dijo:

—Es bellísima.

Yo le sonreí agradeciéndoselo y en ese momento terminó la canción. Los músicos empezaron a tocar otra mientras volvíamos a nuestra mesa.

Gina se acomodó y luego se giró para hablar con Parveen.

—¡Y tú, querida! ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó con aires de reina—. ¿Persiguiendo a la estrella?

La sorpresa me impidió reaccionar. Era un ataque directo de una famosa actriz que yo admiraba contra la mujer a quien amaba. ¿Cómo tenía que responder? La legendaria Gina Lollobrigida me había invitado a cenar y había hecho enfadar a mi mujer.

Parveen replicó cortante como una cuchilla y rápida como una flecha antes de que a mí se me ocurriera algo:

—No, querida —le dijo con una mirada asesina—. Estoy con mi hombre… Porque tengo un hombre.

—¡Oh! —Gina jadeó por la sorpresa—. Es lista. Esta es muy lista.

Parveen se giró hacia mí con una mirada letal que yo ya conocía.

—Vamos a bailar —me dijo levantándose. Era una orden que no admitía réplica.

Estábamos solos en la pista; empezamos a bailar un foxtrot lento, yo notaba la tensión en el cuerpo de Parveen, que bailaba mecánicamente. Me pregunté qué podía hacer para apaciguar a las dos mujeres; eran dos grandes estrellas de cine y las dos tenían el ego sensible.

Intenté pegarme más a ella, confiaba en que la música la calmase, pero eso duró poco.

Parveen apoyó la cabeza en mí y dejó caer una bomba susurrándome al oído:

—Me voy.

—¿Te vas? —le pregunté, no sabía si la había oído bien—. ¿De la pista?

—No, me vuelvo al hotel.

Me aparté de ella y la miré incrédulo.

—No puedes hacer eso —protesté—. Si te vas, yo tengo que irme también. Eso lo sabes, ¿verdad?

—Tú haz lo que quieras. Yo me voy —dijo con firmeza.

Me estaba poniendo en una situación imposible y traté de convencerla.

—Oye, siento mucho que Gina haya sido desagradable contigo, no debería haberlo hecho, pero tú se la has devuelto. ¿Has visto la cara que ha puesto?

—Gina me importa una mierda. Me voy.

—¡No podemos marcharnos así de una cena con Gina Lollobrigida!

—Yo sí. Tú haz lo que te de la gana.

Estaba claro que había tomado una decisión, pero lo intenté por última vez con desesperación:

—Por favor, no me hagas esto —le supliqué—. Mira, Gina está celosa de ti porque eres joven y preciosa, quiere lo que tú tienes. Dale un poco de cancha, se siente amenazada, tómatelo como un cumplido…

—No vayas por ahí, baby —replicó Parveen con una leve sonrisa—. Puede que ella sea importante para tu carrera, pero no para la mía. Estoy harta, me voy.

Parveen se dirigió hacia la mesa y yo la seguí dudando qué hacer. Aunque me hubiera hecho famoso en Italia, no tenía claro quién movía los hilos del cine allí. Si me quedaba con Gina, me enteraría de más cosas sobre el mundo del cine italiano y quizá también sobre Hollywood. Pero estaba claro que había sido una grosera con Parveen y tomé la decisión de irme con mi mujer.

—¡Aaah! —exclamó efusiva Gina cuando volvimos a la mesa—. ¿Habéis disfrutado del baile?

Parveen fue a coger su bolso y yo me incliné hacia Gina para darle la noticia.

—Lo siento mucho Gina, tenemos que irnos.

—¿Pero por qué? —protestó levantando la voz—. Aún no hemos cenado.

Yo me disculpé educadamente mientras Parveen se alejaba.

—Perdóname, Gina. Tengo que irme. Espero que entiendas por qué.

—¡No, no! Esto no está bien —protestó enérgicamente—. La cena viene enseguida.

La gente de otras mesas empezó a mirar con interés. Cecil parecía consternado.

—Buenas noches, Gina —dije en tono de disculpa—. Gracias por tu hospitalidad.

Me marché siguiendo a Parveen mientras Gina seguía protestando.

Nuestra cena con la diva internacional tuvo un final inesperado y vergonzoso.

No hubo discusiones mientras volvíamos al Excelsior; por el camino no dijimos ni una palabra. Parveen estaba enfadada y no dejaba de dar vueltas en la cama sin poder dormir. Me preocupé porque ya había visto alguna vez su reacción al sentirse amenazada por otra mujer, no quería ni pensar en lo que haría si estuviera celosa, sería tremendo que despotricase contra Gina en las entrevistas. Estuve un buen rato teniendo pesadillas con los ojos abiertos.

Al día siguiente apareció Mario Natale con novedades que acabaron con mi mayor preocupación. Había convencido a la RAI, la cadena de televisión que emitía Sandokán, para que pagase mis facturas de hotel además de sus propios gastos. Yo solté un suspiro de alivio. Pero eso no era todo, porque también estaban dispuestos a financiar mi gira por varias ciudades del norte de Italia: Florencia, Bolonia, Milán y Turín. La prensa y los medios nacionales ya se habían saturado, y Mario pensaba que era el momento de continuar con la promoción a nivel local. «El Tigre de Malasia», como llamaban a Sandokán, debía seguir rugiendo por toda Italia.

Pero Parveen había decidido volver a la India. La puya de Gina le había afectado mucho. Quizá estaba harta de vivir a mi sombra. Por la razón que fuese, no quería seguir en Italia. Mario y Simona insistieron en que hiciese la gira. Yo estaba dividido entre lo que me convenía y lo que Parveen quería. Le dije a Mario que no tardaría en confirmárselo; yo sabía lo que le costaba a la cadena cada día de mi estancia en el hotel, y que él necesitaba una decisión rápida. Llevé a Parveen al dormitorio y le dije que quería quedarme. Ella todavía estaba echando humo por lo de la noche anterior y empezó a gritar enfadada:

—¡Tú solo quieres a todas esas italianas que babean por ti! Quizá también deseas a Gina. ¿Quién sabe lo que se te pasa por la cabeza? ¡No piensas más que en ti mismo!

Estaba siendo injusta, y eso me dolió. También levanté la voz.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —le grité—. ¿Por qué voy a volver a la India en mitad de mi mayor éxito? ¿Solo porque tú lo digas?

—¡No me grites! —me respondió gritando también—. A mí nadie me grita.

Aquello se estaba poniendo feo, yo no quería que escalase hasta ser incontrolable. Bajé la voz, tranquilicé a Parveen y le dije que hablaríamos después. Advertí a Mario que tenía que esperar otro día. Saqué el tema a la mañana siguiente mientras desayunábamos croissants y café. Ella debía haber reflexionado y respondió reposadamente. Me acompañaría a Milán donde yo quería presentarle a mi padre, el filósofo Baba Bedi, y luego volvería sola a la India. Era un compromiso satisfactorio; todo fueron risas y alegría en el exquisito almuerzo italiano que siguió. La Parveen que a mí me gustaba había vuelto y los días siguientes lo pasamos muy bien.

Un día nos invitó a salir Sheila, una princesa india casada con un empresario italiano. Nos llevó a Dal Bolognese, un famoso restaurante cerca de la Piazza del Popolo, donde cenamos en

compañía de varios hombres muy serios con trajes oscuros. Parveen enseguida los encandiló a todos con su simpatía. Cuando nos íbamos, el maître preguntó a Mario Natale: «¿Qué hace Sandokán con esos guappi (gánsteres)?». Luego me enteré de que eran de la Camorra, la mafia de Nápoles. Entonces yo no sabía que la Camorra tenía más poder y dinero que la mafia siciliana, pero me hizo una ilusión morbosa haber cenado con auténticos gánsteres.

Al salir del restaurante había tanta gente esperándonos en la calle que nuestro chófer no pudo acercarse a recogernos. De repente apareció un salvador inesperado entre el tumulto: Rino Barrilla, «el rey de los paparazzi», nos sacó rápidamente de allí en su pequeño coche. Parveen estaba encantada de que la hubiera rescatado un paparazzo. Desde ese momento me aseguré de que Rino consiguiera siempre las mejores fotos. Nunca olvido a la gente que me ayuda.

Siempre recordaré a Adolfo Celi por su amistad. Adolfo no se parecía en nada al villano que interpretaba en Sandokán. Era un hombre entrañable y generoso que siempre estaba pendiente de las novedades gastronómicas. Nos invitó a Parveen y a mí a cenas deliciosas en restaurantes toscanos y sicilianos donde bebimos vinos excelentes y disfrutamos escuchando sus historias. Me dijo que de joven había ido a Brasil para rodar una película italiana, se enamoró y decidió quedarse allí. Estuvo diecisiete años y se hizo muy famoso en el teatro brasileño. Regresó a Italia y volvió inesperadamente al cine internacional como «Emilio Largo», el villano de la película de James Bond Thunderball. Siempre estuvimos en contacto. A principios de los años 80 me topé con él una noche en medio de la plaza de San Marcos de Venecia, donde Adolfo estaba haciendo una obra de teatro. Nos abrazamos gritando «¡Brooke!» y «¡Sandokán!», y estuvimos hablando de lo bien que lo habíamos pasado juntos. Fue la última vez que lo vi antes de su fallecimiento en 1986. Sigo teniendo amistad con su hijo Leonardo y su hija Alessandra, que también trabajan en el cine. Estuve en Palermo para honrar su memoria cuando pusieron su nombre a una céntrica avenida de la ciudad.

Una de las cosas más alucinantes que ocurrieron en Roma cuando estuve allí con Parveen fue que quisiera conocernos Federico Fellini, uno de los mejores cineastas de todos los tiempos. Sentí una alegría indescriptible, yo era admirador suyo desde que había visto una copia pirata de La Dolce Vita cuando estudiaba en St. Stephen's. En Italia muchos dijeron que era «una película inmoral», pero batió todos los récords de taquilla. En la India la censura era muy estricta, pero las pocas películas que se salvaban de las tijeras de los censores se proyectaban en el Festival de Cine Internacional. Yo había hecho cola junto a la taquilla toda una noche para ver su película Fellini, ocho y medio (8½), así que recibir una invitación del gran director en persona fue un gran acontecimiento. Como es natural, nos preguntamos ilusionados si querría que participásemos en alguna de sus extraordinarias películas.

Fellini nos recibió en el vestíbulo barroco del Grand Hotel. Era un hombre atractivo, metido en carnes pero ágil, con la frente despejada y el pelo corto y castaño, canoso por las sienes. Se reía mucho, y enseguida nos hizo sentir cómodos. Giulietta Masina, su esposa y protagonista de algunas de sus mejores películas, tenía una delicadeza de porcelana. Todos nos deshicimos en cumplidos y luego fuimos a una cafetería tradicional donde comimos unos platos italianos exquisitos.

—¡Cómo has capturado la imaginación de Italia! —exclamó Fellini con su marcado acento italiano; estaba maravillado observando la reacción de los camareros y los clientes al verme.

Viniendo de un director por cuyas películas yo había estado haciendo cola, significaba muchísimo para mí. Se lo agradecí sonriendo y le dije:

—Algunas veces los actores también tienen buena suerte.

—La suerte es importante, por supuesto. Pero un éxito de esta magnitud… —Hizo un gesto con la mano indicando que hacía falta mucho más que tener suerte. Luego señaló a Parveen riéndose —. Aunque tienes suerte de que ella esté en tu vida.

Le conté que Parveen era una actriz de cine muy famosa en la India.

—No me extraña, tiene una mirada muy expresiva —afirmó con vehemencia. Se quedó mirándola fijamente y luego continuó—: Eres preciosa, desde luego, pero… Hay algo oculto… Siempre es interesante.

Parveen le dirigió una sonrisa deslumbrante.

Giulietta y Parveen estuvieron hablando de comida india mientras dábamos cuenta de la deliciosa comida italiana. Parveen les explicó que cada región de la India, de norte a sur y de este a oeste, tiene diferente gastronomía. Fellini estaba observándola atentamente, registrando sus expresiones, sus gestos, su «mirada expresiva». Ella lo sabía y aprovechó la ocasión para lucirse. Estoy seguro de que a mí también me estuvo estudiando.

Yo había oído algunas historias raras de los actores que habían trabajado en Amarcord, la obra maestra de Fellini. Se rumoreaba que les pedía que dijesen números en lugar de sus frases, y le pregunté si era verdad.

Él se echó a reír a carcajadas y respondió con cierto desdén:

—Eso no es importante… Si los actores me dan lo que yo quiero cuando hablan, ¿por qué no?

Yo insistí, le pregunté si cortaba a los actores en mitad de su parlamento y me respondió quitándole importancia con un gesto:

—Los directores terminan una toma cuando ellos quieren…

Luego le pregunté si era cierto que pedía a los actores que se imaginaran cosas que no tenían relación con las escenas.

Él se echó a reír.

—Todo lo que haga falta… Es mi trabajo.

Me dejé llevar por el entusiasmo de estar «entrevistando» a Fellini y me pasé de la raya:

—Algunos dicen que usted no es bueno para los actores…

Fellini me miró a los ojos con una sonrisa amable.

—¿Quién es esa gente con la que hablas?

Giulietta nos miraba divertida. De repente lamenté mucho mi estupidez: estaba hablando con una de las parejas de directores y actores más geniales de la historia del cine. Ella había ganado el Óscar a la Mejor Actriz por La Strada, una película icónica de Fellini, y el premio a la Mejor Interpretación del Festival de Cine de Cannes por otra película suya, Las noches de Cabiria, ¿y yo le decía a Fellini que no era bueno para los actores?

—Nadie importante —murmuré, y cambié de tema rápidamente—. ¿Puedo hacerle una pregunta más seria?

—¿Seria? —Fellini levantó las cejas fingiendo horrorizarse—. Pregúntame.

—Actualmente usted es un director famoso, sus películas tienen mucho éxito, y son totalmente distintas del resto. Usted puede hacer lo que quiera. ¿Pero cómo empezó su carrera? ¿Cómo consiguió dinero para hacer sus primeras películas?

—Verás, Kabir —respondió Fellini en tono serio—, en aquellos tiempos era más sencillo. El entusiasmo se palpaba en el aire, la gente quería ser más experimental. Los cineastas nos ayudábamos entre nosotros con ideas, había debates y reuniones. Entonces yo no tenía ningún problema pero en la actualidad nadie quiere correr riesgos. Dedico más tiempo a buscar financiación para mis películas que a hacerlas. Ese es mi mayor problema.

Yo estaba perplejo, ¡hasta al gran Fellini le costaba encontrar financiación para sus películas!

—Fueron tiempos maravillosos —dijo con un suspiro—. Pero el cine siempre continúa… incluso en esta época difícil. Porque los cineastas deben hacer películas… Todos tenemos sueños que cumplir.

Para mi sorpresa Fellini también estaba informado de la situación política en la India, y de que Indira Gandhi había declarado el Estado de Emergencia en el país.

—Italia también está en una situación política complicada —dijo mientras nos levantábamos de la mesa—. La India es un gran país, estoy seguro de que tiene un gran futuro.

Giulietta asintió dándole la razón. Luego nos acompañaron hasta nuestro coche y nos despidieron cariñosamente. Volvimos al hotel eufóricos por la gentileza que uno de los dioses del cine y su legendaria esposa nos habían demostrado. Fue una experiencia sublime. Después nos fuimos directos a Milán a visitar al hombre que yo más quería del mundo.

Mi padre, Baba Bedi, era filósofo, profesor y clarividente. Parecía un personaje bíblico con su chal tejido a mano, sus túnicas con el símbolo de un sol radiante en el pecho y la larga vara de madera en la que se apoyaba para andar. Mucha gente que había recurrido a él se había curado milagrosamente, y yo confiaba en que también pudiese ayudar a Parveen, que a veces se encerraba en su casa, corría las cortinas y lloraba desconsoladamente en la oscuridad; otras veces vivía en una burbuja de silencio melancólico más allá de mi comprensión. A pesar de todos mis esfuerzos, ella se negaba a ir al médico, los detestaba. Yo tenía la esperanza de que estuviera un poco más abierta al diagnóstico psíquico de mi padre.

Los seguidores de Baba creían firmemente en su poder de sanación y su filosofía visionaria. Se había trasladado a Italia en 1972, cuatro años antes de que Sandokán me hiciese famoso, a instancias de un grupo de italianos interesados en la espiritualidad que conoció en la India. Fueron ellos quienes empezaron a llamarle «Baba» (padre), un título otorgado a nuestra familia como descendientes directos de gurú Baba Nanak, el fundador de la religión sij. Él veía sus facultades psíquicas como «dones» para el bien de la humanidad, pero también era un hombre terrenal que disfrutaba del buen vino, masticaba sus pizcas de paan masala[8] y fumaba cigarrillos. Vivía con una mujer italiana, Antonia, que había acudido a él para curarse poco después de su llegada a Italia. A mí no me caía bien, pero siempre la traté con respeto.

A lo largo del tiempo mi padre había tratado a muchas personas con afecciones graves. Hay un caso que conozco personalmente, el de Paola Barbieri, que volvió a Italia desde San Francisco a principios de los años 70 cuando le diagnosticaron un linfoma de Hodgkin. El doctor Henry Kaplan, de la Stanford Medical School, un pionero en el tratamiento de este tipo de cáncer, le había dado entre dos y cinco años de vida incluso con quimioterapia. Paola pesaba solo 31 kilos cuando Baba empezó a curarla con «terapia vibracional» en Milán, y vivió otros cuarenta años: falleció en Roma en 2019. Paola contó su historia para un libro sobre oncología del doctor y profesor Maurizio Grandi. La remisión espontánea del cáncer fue definida una vez por Deepak Chopra como «un nuevo nivel de consciencia que prohíbe la existencia del cáncer». Conocí a muchas personas a quienes Baba había curado con su «don».

Una vez pregunté a mi padre por sus técnicas, tenía curiosidad por saber cómo curaba a la gente.

—Yo no curo a nadie —me respondió Baba con su característica picardía—. La gente se cura sola. Yo solo les pongo en contacto con la causa inicial de su enfermedad. Cuando la conocen, su propia consciencia les cura.

—¿Y cómo sabes la causa inicial?

—Se me ocurre cuando empiezan a hablar conmigo. En eso consiste mi don.

Lo que la gente tardaba años en descubrir a través del psicoanálisis, él parecía adivinarlo durante una conversación. Cuando yo tenía ocho años y vivíamos en Delhi, le vi atravesar un increíble proceso de «transformación espiritual» del que hablaré en otra historia. Entonces adquirió una inspiración y unas facultades psíquicas que transformaron su vida. Era un comunista revolucionario y se convirtió en maestro espiritual.

Por desgracia, el encuentro de Parveen con Baba en Milán no tuvo el resultado que yo esperaba. Los compromisos apalabrados por Mario apenas nos permitieron pasar un día con él. Insistí a Parveen para que se quedase más tiempo con mi padre, pero ella no tenía ningún interés. Se nos fue la mayor parte del día en saludar a sus amigos y seguidores, y atender a los fotógrafos que documentaban el encuentro. El tiempo que pasamos juntos Parveen estuvo a la defensiva: su rostro era una bonita máscara que no reflejaba ninguna emoción. Pensé que sería por temor a lo que Baba viera en ella o lo que pudiera decirle, pero él nunca decía nada si no le preguntaban. Me dio pena que no quisiera hablar con él; fue una lástima que desaprovechase la ocasión.

Los traumas de Parveen seguramente empezaron en su infancia. Veía espíritus en los monumentos Mughal que había cerca de la casa de sus padres, relacionados con la historia de sus

antepasados —el clan pastún de los Babi había estado al servicio del emperador Humayun—. De niña se sentía desconectada de su familia; en una carta que me escribió mientras yo estaba en Colombia decía:

«Kabir, mi infancia ha sido un viaje oscuro y aterrador. De pequeña era incapaz de conseguir o quizá de recibir el amor que necesitaba. Nunca me sentí en casa estando en casa, era incapaz de comunicarme con la gente que tenía alrededor, y los que estaban alrededor eran demasiado ignorantes para entender a una niña como yo. Me sentía insegura con cada paso que daba».

Esa inseguridad la atormentó toda la vida. Le estaba arruinando la existencia a pesar de su belleza, su talento y su fama. Quizá hubiera razones más profundas. Mi amigo Mahesh Bhatt, director de cine y miembro de la pandilla de Juhu, me contó lo que la madre de Parveen le había dicho una vez que se derrumbó: «Su padre también era así». Quizá hubiera una razón genética, aunque Mahesh me contó otra historia: durante las revueltas que hubo en Ahmedabad en 1969, la directora de St. Xavier's College (donde estudiaba Parveen) había escondido a las chicas musulmanas en una furgoneta y las había tapado con colchones. Parveen era una de esas adolescentes y tuvo su primer ataque de pánico. Yo sabía que necesitaba ponerse en tratamiento, pero no iba a ser en Milán.

Baba debió sentir mi decepción pero se mantuvo jovial, riéndose de sus propias bromas. Le encantaron los paralelismos que yo veía en la historia de Sandokán y la suya. Los dos habían luchado contra el imperio británico para liberar a su país y los dos se habían casado con chicas inglesas mientras luchaban por la independencia de su pueblo. También se echó a reír cuando le pregunté cuántas probabilidades había de que un filósofo indio y su hijo actor de Bollywood fuesen famosos en Italia al mismo tiempo.

—Una travesura divina —dijo entre risas, y se metió a la boca otra pizca de paan masala.

Parveen volvió a la India y yo seguí con la gira por Italia. La llamaba para contarle las escenas que iba viendo. Aún recuerdo a los obreros que me rodearon abandonando la cadena de montaje en la fábrica de Fiat en Turín, y las rotativas parándose en Bolonia mientras los trabajadores se acercaban a pedirme autógrafos. En la sede de Martini se estropearon los ascensores sobrecargados por la gente que quería subir a la conferencia de prensa que daba en la terraza. La locura por Sandokán alborotaba una ciudad tras otra: «el tigre de Malasia» rugía por toda Italia.

Mi experiencia más emotiva ocurrió en la casa de Emilio Salgari, el autor de las novelas de Sandokán y muchas otras novelas de aventuras en distintos lugares del mundo: el sur de Asia, Oriente Medio, Hispanoamérica, Rusia, México, China e incluso el Polo Norte, aunque nunca viajó más allá de las costas de Italia. Fue un escritor muy popular, condecorado por la reina de Italia, leído por todos los niños italianos y traducido a muchos idiomas. Los grandes escritores latinoamericanos —Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Jorge Luis Borges y Pablo Neruda — lo habían leído en español. Por desgracia Salgari vivió siempre en la pobreza, lo que le llevó a una depresión y al suicidio en 1911. Después de su trágica muerte encontraron una carta dirigida a sus editores:

«A vosotros, que os habéis enriquecido con el sudor de mi frente dejándonos en la miseria a mi familia y a mí, solo os pido que dediquéis parte de esos beneficios a pagar los gastos de mi funeral. Os saludo mientras rompo mi pluma. Emilio Salgari».

Me asomé a la ventana de su casa junto al río Po en Turín y saludé a las numerosas fans que se habían concentrado delante. Al pensar en Salgari se me humedecieron los ojos, ¡qué vida tan trágica tuvo ese hombre tan extraordinario! Mi éxito se basaba en el legendario Sandokán creado por él, y yo no tenía manera de agradecérselo. Me retiré hacia el interior de la habitación para recomponerme, incliné la cabeza en señal de gratitud y abracé a Salgari en mi corazón. Luego volví a la ventana y correspondí a los saludos de mis cariñosas fans. ¡Si supieran cuánto las quería yo también!

Después de la visita fui otra vez a ver a mi padre; cuando le pregunté qué pensaba de Parveen me miró dando un respingo, como si le hubiera pillado por sorpresa. La ceniza del cigarrillo que tenía entre los labios cayó sobre su túnica; la sacudió, apagó el cigarrillo, y reflexionó unos instantes antes de hablar.

—Hay mucha energía atrapada en su interior —dijo solemne—. Esperando para salir, casi a punto de estallar… Ella está muy delicada… Su energía la puede volver loca si no tiene cuidado.

—¿Cómo se puede curar? —le pregunté alarmado.

—Necesita una actividad creativa. ¿Qué se le da bien hacer?

—Escribe bien, pinta, interpreta…

—Pues que empiece a escribir o a pintar, pero que lo haga sin pensar demasiado. Debería hacer cualquier cosa que se le ocurra y tanto como sea posible…

—¿Tú qué crees que le pasa? —Su dolencia era una preocupación constante para mí.

—Las almas atormentadas tienen distintas maneras de expresar sus energías. Las etiquetas corrientes no sirven… Es difícil de saber sin estudiarlo a fondo. Necesita cuidar de sí misma o encontrar a alguien. De lo contrario va a tener muchos problemas.

Le conté que Parveen decía que no tenía ningún problema; yo pensaba que si no quería reconocerlo era por una especie de instinto de supervivencia, quizá temiera que la industria del cine la rechazase si se corría la voz; vivimos en un mundo en el que se juzga con crueldad. Pero yo sabía que ella tenía que afrontar su situación antes de que la desbordase. Mi padre compartía mi opinión.

Parveen y yo habíamos pasado unos días gloriosos en Roma, pero al volver allí sin ella surgieron situaciones comprometidas. Aunque en esa época yo no podía salir a la calle sin que me rodease

una multitud, una chica pidió que la fotografiasen conmigo durante un evento y luego manipuló las fotos para que se nos viera paseando solos en un parque. Las fotos manipuladas se publicaron junto a declaraciones de la chica sobre nuestro supuesto romance en Novella 2000, una revista del corazón muy popular. Por otro lado, el fabricante de muebles Rossetti se ofreció a regalarme todo lo necesario para amueblar una casa, oferta que yo decliné educadamente diciendo que no vivía en Roma. Eso no impidió a Rossetti publicar grandes anuncios en los periódicos afirmando que Sandokán había comprado su «dormitorio de Las Mil y Una Noches», así que le denuncié por publicidad engañosa. Gané el juicio contra Rossetti pero el proceso duró siete años y el juez estipuló una indemnización que no cubrió los honorarios de mis abogados. En Italia, como ocurre en la India, los tribunales son lentos, parsimoniosos y a veces injustos.

En Roma descubrí otros peligros. A mediados de los años 70 Italia vivía atemorizada por las Brigadas Rojas, un grupo guerrillero extremista y ferozmente anticapitalista que quería «asestar un gran golpe contra el corazón del Estado… ese conjunto de multinacionales imperialistas». En 1974, dos años antes de Sandokán, Renato Curcio y Alberto Franceschini, dos de los fundadores de las Brigadas Rojas fueron sentenciados a dieciocho años de prisión. Incluso con los cabecillas entre rejas, las Brigadas Rojas siguieron secuestrando a gente de alta posición. El miedo se había extendido entre los cineastas famosos después de un ataque al productor Carlo Ponti un año antes de mi visita. Yo me había reído cuando me aconsejaron que contratase guardaespaldas, estaba seguro de que los de las Brigadas Rojas también eran admiradores de Sandokán. Quizá estuviera en lo cierto —el Che Guevara dijo una vez que había leído sesenta y dos libros de Emilio Salgari —, pero después de una visita al famoso director Sergio Leone tuve que reconsiderar mi opinión. Sergio era muy conocido por su trilogía de spaghetti western: Por un puñado de dólares, La muerte tenía un precio y El bueno, el feo y el malo. Había convertido a Clint Eastwood en una estrella internacional; era importante llegar a conocerlo.

Sergio vivía en una villa que parecía una fortaleza. Delante de la entrada había un guardia con una ametralladora y otro guardia armado patrullaba por el interior del recinto. Sergio me elogió efusivamente durante nuestra conversación, y me aconsejó que contratase a los mejores agentes de prensa en España y Francia. Tenía razón: mi equipo de prensa en España era excelente, pero el de Francia no era tan bueno y el impacto de Sandokán fue muy diferente. Hicimos una pausa cuando sus hijos volvieron del colegio escoltados por otro guardia con ametralladora.

—Todos nosotros estamos en peligro —dijo Sergio al ver mi cara de asombro—. Italia está sumida en una gran crisis, hay gente que se ha ido del país.

Yo le pregunté si él pensaba marcharse de Italia.

—Jamás —respondió enérgicamente—. Pero tengo planes para una gran producción americana. Supongo que estaría hablando de su proyecto personal: Érase una vez en América. Estuvimos charlando un rato más sobre sus películas antes de irme. Salí de su fortaleza pensando en el temor que habían creado las Brigadas Rojas, pero decidí que no necesitaba guardaespaldas, no me iba a quedar mucho más tiempo en Italia.

Poco después me llamó Parveen desde Bombay con muy buenas noticias: mi última película, Nagin, era un superéxito. El reparto era extraordinario, estaban Sunil Dutt, Reena Roy, Jeetendra, Feroz Khan, Sanjay Khan, Vinod Mehra, Rekha y Mumtaz. Me dijo que yo estaba magnífico e

insistió en que volviese inmediatamente porque me estaba perdiendo toda la promoción y los demás no paraban de hacer entrevistas. Yo también quería sacarle partido al éxito de Nagin: tres de mis películas —incluyendo Daaku de Basu Bhattacharya— no habían triunfado, así que decidí terminar mi gira por Italia después de visitar Cerdeña, donde me habían invitado a una fiesta que daba el propietario de un yate. La invitación me había llegado a través de un amigo, el actor italiano Angelo Infanti, y no quería decepcionarle. Angelo fue el amigo italiano más cariñoso y divertido que he tenido, un hombre atractivo con pinta de duro que atraía como un imán a las mujeres.

La villa del propietario del yate tenía una playa privada con acceso en pendiente hasta el agua azul celeste. Bajo la suave luz del atardecer invernal, el paisaje parecía sacado de un sueño. Los invitados a la fiesta eran gente de la alta sociedad que no querían parecer obsequiosos y respetaron mi espacio. Fui paseando hasta el mirador para pensar; no había tenido mucho tiempo para reflexionar sobre todo lo que había ocurrido en Italia. Mientras estaba fumando un cigarrillo y mirando los barcos que pasaban, una mujer menuda se sentó a mi lado. ¡Era Audrey Hepburn!

Me quedé con la boca abierta, adoraba a Audrey desde que la había visto por primera vez en Desayuno con diamantes cuando aún estaba en el colegio. Su interpretación de Eliza Doolittle en My Fair Lady me había parecido impresionante y también me había fascinado haciendo de ciega en Sola en la oscuridad. Era una de las actrices míticas de la Edad Dorada de Hollywood, ganadora de premios Óscar, Tony, BAFTA y Globos de Oro. Y allí estaba, mirándome con sus famosos ojos de paloma, queriendo hablar conmigo. Empecé a hablar entusiasmado de sus películas y ella me sonrió como una gran actriz que ya ha oído todo eso antes, así que cambié de tema.

—¡Qué sorpresa encontrarla en Italia! —le dije maravillado.

—Ahora vivo aquí —me respondió—. Estoy casada con un italiano.

Yo no tenía ni idea.

—Pensé que estaba casada con Mel Ferrer.

—Ah, eso terminó hace años. Me casé con Andrea en 1968.

Me quedé pensando por qué habría sido.

—¿A qué se dedica él?

—Es psiquiatra… Vivimos en Roma.

—¿Y cómo se las arregla para vivir en Roma y trabajar en Hollywood?

—No pienso mucho en Hollywood últimamente.

Otra sorpresa; no me la podía imaginar como ama de casa viviendo en Roma.

—¿Y en qué piensa?

Audrey me miró para ver si se lo preguntaba en serio y luego me respondió.

—Pienso en el mundo —dijo con sentimiento—. Pienso en toda la gente que hay en el mundo que no tiene suficiente para comer, en los millones de niños desnutridos que no tienen culpa de nada. Podemos alimentarlos a todos, pero no lo hacemos.

—Lo sé —dije; me conmovió su humanidad—. En la India también hay muchos niños desnutridos.

—Lo siento mucho por los niños —dijo Audrey con un suspiro—. Me gustaría hacer algo por ellos.

Diez años después se convirtió en Embajadora de Buena Voluntad de UNICEF y ayudó a algunos de los países más pobres de África, Asia y Sudamérica. En 1992 recibió la Medalla Presidencial de la Libertad, el mayor reconocimiento civil norteamericano, por su labor humanitaria.

—¿Conoce a Rabindranath Tagore? —Su repentina pregunta me sorprendió.

—Pues no personalmente —le respondí divertido—. Pero estuve todo un año estudiando en el colegio que él fundó en Shantiniketan.

Ella sonrió y se le iluminaron los ojos; era la misma expresión que yo recordaba de Desayuno con diamantes.

—Tagore era un gran hombre. Me encantan sus poemas.

Me seducía la idea de preguntarle a Audrey sobre Tagore, pero en ese momento llegó Angelo con una actriz italiana a quien reconocí de inmediato: Monica Vitti, la musa de Michelangelo Antonioni, uno de los grandes directores italianos. Era la protagonista de La aventura, por la que había recibido muchos premios a la Mejor Actriz; yo la había visto en el Festival de Cine de la India cuando era adolescente. Sus rasgos angulosos se habían redondeado con los años pero seguía siendo igual de guapa. No hablaba inglés y yo hablaba poco italiano, así que Angelo hizo de intérprete. Me parecía increíble estar delante de dos de mis actrices favoritas, aunque no duró mucho. En cuanto empecé a hablar con Monica, Audrey se despidió de mí y se alejó.

Sentí que se marchase, nuestra conversación podría haberle interesado. Monica se quedó atónita cuando le conté que los actores en la India no trabajan sobre guiones escritos y que solo conocen el argumento por lo que les cuenta el guionista o el director de la película. No les dan sus frases escritas hasta poco antes de rodar las escenas, y aún así la India producía más películas que ningún otro país del mundo. Lo sigue haciendo.

Antes de marcharme de aquella fiesta en Cerdeña tuve una inquietante conversación con un director de cine italiano que tenía barba, lástima que no recuerde su nombre. Le pregunté algo que llevaba preocupándome unos días.

—Con todo el éxito que he tenido, ¿por qué no me llueven las ofertas de los productores y directores italianos?

—¡Tú eres Sandokán, Kabir! Nosotros no podemos verte de otra manera —me dijo muy serio—. Hacemos películas sobre temas sociales y políticos o las típicas comedias italianas. No podemos meter a Sandokán en nuestras historias, arruinaría la película.

Sus palabras me dejaron de piedra. Le agradecí su sinceridad y lo estuve pensando durante el viaje de vuelta a Roma. ¿Sería verdad que mi nueva carrera en Italia terminaba con mi éxito como Sandokán? ¿Estaría destinado a ser una estrella fugaz en el país donde había tenido más éxito? Me acordé de lo que Nino Novarese me había dicho en Malasia: que si era tan bueno haciendo de Sandokán habría que ver si el público me aceptaría en cualquier otro papel. Mientras hacía los preparativos para volver a la India estaba bastante descorazonado, pero una llamada inesperada me animó enseguida: uno de los grandes barones de los medios de comunicación italianos quería reunirse conmigo.

Andrea Rizzoli era el presidente del grupo editorial Rizzoli Publishing, que incluía una productora cinematográfica, Rizzoli Film. Dos años antes, en 1974, había ampliado su imperio con la adquisición del Corriere della Sera, uno de los periódicos más leídos de Italia. Yo tenía la esperanza de que el motivo de nuestro encuentro fuese algo más que la curiosidad por «conocer a Sandokán». Angelo Infanti, que me había hecho llegar la invitación, estaba seguro de que Andrea quería proponerme algo, así que me disculpé con Parveen y prolongué mi estancia en Italia.

Andrea Rizzoli nos llevó en su avión privado a la maravillosa casa que tenía en Cap-Ferrat, en la Riviera Francesa. Angelo vino con el divertidísimo Tony Renis, un cantante y compositor italiano famoso por su canción inmortal Quando, Quando, Quando. Andrea y Lyuba, su bella esposa eslava, nos agasajaron con champán antes de exponer su proyecto: la producción de El juramento del Corsario Negro, otra aventura de Emilio Salgari. La acción transcurre en el Caribe: es la historia de un noble italiano, Emilio Roccanera, y de su venganza por la muerte de sus hermanos a manos del duque Van Gould. ¡Me encantó! Al interpretar a un europeo ampliaría mi imagen más allá de Sandokán, y por fin ganaría dinero de verdad. Era el progreso que esperaba conseguir. Con eso ya estaba preparado para volver a casa. Fue el broche perfecto para terminar mi gira triunfal por Italia.

Parveen me recibió como a un heroico conquistador; no dejaba de hablarle de Sandokán a la gente de Bollywood. Un productor admirador colocó una felicitación en un gran cartel publicitario cerca de la playa de Juhu, ella se hizo fotos delante y las envió a toda la prensa. Nuestros amigos organizaron fiestas para celebrar mi éxito y pasamos muchas noches bailando hasta el amanecer. «¡¿Cómo vas, colega?!», me decía Parveen desde lejos; irradiaba luz y alegría por todos los poros, y yo la quería aún más.

Después de festejar mi éxito en Italia, Parveen y yo nos concentramos en el trabajo. Los dos estábamos haciendo Bullet, protagonizada por Dev Anand y dirigida por Vijay Anand. Ella era la heroína y yo el villano. Para mí era una decisión arriesgada: los actores que aspiraban a protagonistas en la India no hacían de villanos. En ese momento yo era un héroe en Italia y un villano en mi país; el resto de mis personajes de Bollywood fueron más positivos. La carrera de Parveen comenzó a estancarse por entonces. Bullet no tuvo éxito, como tampoco lo tuvieron sus tres películas junto a Randhir Kapoor ni la que hizo con Rishi Kapoor. Ella tenía todas sus esperanzas puestas en Amar Akbar Anthony, en la que aparecía junto a un gran reparto, pero no

se iba a estrenar hasta un año y medio después, algo que ocurría con frecuencia en Bollywood.

Parveen quería venir conmigo a Colombia para el rodaje de El juramento del Corsario Negro, que empezaba en junio de 1976, pero por desgracia sus compromisos le impidieron acompañarme. De camino a Sudamérica pasé por Francia para la promoción de Sandokán; me dieron el prestigioso premio 7 d'Or que anteriormente se había otorgado a artistas como John Travolta, Barbra Streisand y Tony Curtis. Aparecí varias veces en la televisión y pude sentir el calor de mis fans cuando me rodeó una multitud en Nugent-sur-Marne, cerca de París, pero la serie no tuvo la misma repercusión que en Italia. Sin embargo Sandokán fue un gran éxito en Alemania, Holanda, los países nórdicos, Europa del este y hasta en Sudamérica, donde iba a tener lugar mi siguiente aventura como pirata espadachín.

Cartagena de Indias, la ciudad colombiana con mayor riqueza histórica, era un escenario fantástico para El juramento del Corsario Negro. La película es una aventura por el mar al estilo de Piratas del Caribe, que se hizo muchos años después. A lo largo de los siglos Cartagena había sido saqueada por piratas, atacada por Francis Drake y habitada por mercaderes de esclavos. Allí está la mayor fortaleza construida por los españoles en sus colonias de Sudamérica: el Castillo de San Felipe de Barajas, que ofrece una bella vista panorámica de la ciudad. Sus murallas se llenaron de extras vestidos de piratas representando peleas bajo la dirección de Sergio Sollima. Volví a trabajar con Carole André como primera actriz y conocí a Mel Ferrer, el exmarido de Audrey Hepburn, que daba vida a mi enemigo el duque Van Gould. Mel y yo teníamos largas conversaciones cuando no estábamos batiéndonos en duelo. Angelo Infanti y Tony Renis, que tenían papeles importantes, nos entretenían a todos con chistes subidos de tono. Sin embargo, no todo fueron bromas y diversión. Sandokán era un personaje robusto y musculoso, pero Sergio quería que el Corsario Negro estuviera como un fideo y adelgacé dieciocho kilos a base de hacer ejercicio. Franco Fantasia me entrenó hasta que manejé la espada como un profesional; fue un trabajo magnífico y agotador. Cinco días después de empezar el rodaje recibí unas noticias sensacionales de Bollywood.

El 19 de julio de 1976, la revista Time sacó a Parveen en la portada de su edición para Asia. Era un reportaje sobre «el trepidante mundo del cine en Asia», pero la imagen era «la actriz india Parveen Babi». Estaba impresionante en la foto, con un vestido negro escotado adornado con hileras de perlas y su lustrosa melena negra cayéndole sobre los hombros desnudos. Me dijo lamentándose que las grandes actrices de Bollywood la estaban poniendo verde y querían sacarle los ojos. Incluso India Today, una revista seria y muy respetada, reaccionó con mezquindad y altanería: «Se presenta a Parveen Babi, una prometedora principiante si acaso, como si fuese una Marilyn Monroe de nuestro país». De cualquier manera era un logro fantástico y me sentí muy orgulloso de ella. También quería que ella estuviera orgullosa de mí, estaba deseando que me viera en acción como protagonista de una película italiana en aquel sitio tan bonito. Mi deseo se hizo realidad cuando se canceló el rodaje que tenía en Bombay.

El avión de British Airways que trajo a Parveen desde Londres aterrizó en Bogotá, la inmensa capital de Colombia, el 1 de agosto de 1976. Era un vuelo muy largo y estaba agotada, pero me saludó efusivamente y me halagó por lo que había adelgazado. Nuestro avión a Cartagena se retrasó y cuando llegamos Parveen llevaba cuarenta horas de viaje; se acostó temprano y al día siguiente se despertó a mediodía como una persona nueva. El dormitorio del chalet donde yo vivía tenía vistas al mar, lo veíamos brillar acurrucados en la cama. Parveen me colmó de amor y

ternura; la intensidad de nuestro amor era sublime. Nadábamos y retozábamos en el mar, riéndonos todo el tiempo, bromeando y hablando como niños pequeños. Bailábamos uno para otro, nos leíamos poemas, cenábamos en los mejores restaurantes de la ciudad y nos dábamos de comer mutuamente. Parveen resplandecía y mi mundo estaba lleno de luz. Fueron días mágicos en nuestra convivencia.

Para mayor alegría, mi madre llegó dos semanas después con sus hábitos de color granate. Era monja budista en un monasterio tibetano; su vida fue extraordinaria, pero hablaré de ella en otra historia. Yo le había enviado un billete de avión para que viniera a verme durante el viaje que estaba haciendo por Estados Unidos. Mi madre estaba muy encariñada con Parveen y tenían una relación muy estrecha. La semana que estuvo con nosotros fue una semana de risas y recuerdos. Se había llevado una gran alegría con mi éxito como Sandokán, y yo estaba encantado de que también me viera en los escenarios de una gran película italiana. Después de una semana de felicidad, me despedí de ella con lágrimas en los ojos.

Unos días después Parveen se encerró de repente en su caparazón. Al principio yo agradecí el respiro —el amor intenso puede ser agotador emocionalmente—, pero por la noche empezó a temblar llorando a gritos y se despertó con temores imaginarios. Cuando intenté tranquilizarla se volvió contra mí, acusándome enfurecida de haberla destrozado. Estuve abatido casi una semana, pero su humor cambió enseguida cuando me vi envuelto en un desastre colosal dos días antes de que ella se fuese, el 27 de agosto.

El barco del Corsario Negro naufragó en mar abierto con todos nosotros a bordo. El Conquistador no era un auténtico galeón sino un decorado colosal, una auténtica superestructura construida sobre el casco de un barco más pequeño; las velas no eran funcionales, lo movía un remolcador con potentes motores. Lamentablemente, el equipo de producción había contratado a un capitán inexperto que remolcó nuestro barco hacia una muralla submarina construida por los españoles para hundir los barcos piratas. Es una escollera invisible erigida en la entrada de la bahía, está reforzada con pilotes para partir el casco de los barcos atacantes. Era imposible que pasáramos. Cuando chocamos nuestro barco se estremeció crujiendo hasta detenerse encima de ella. Al escuchar el sonido del agua entrando en el barco nos dimos cuenta de que se iba a hundir; enviamos un mensaje de SOS a la Guardia Costera, pero no teníamos balsas ni chalecos salvavidas. Nos quitamos las botas y nos preparamos para nadar, aunque la costa parecía demasiado lejos a la mayoría. Yo temí por las vidas de todos los que estaban a bordo.

El barco se empezó a escorar cuando subió el nivel del agua y se fue inclinando lentamente hasta tumbarse de lado. El ambiente era de desaliento mientras nos agrupábamos en la parte que quedaba fuera del agua; pensábamos que se hundiría en cualquier momento, pero milagrosamente eso no ocurrió: la escollera que había rajado el barco también lo mantuvo a flote un rato. Después nos dimos cuenta de que había estado en un equilibrio muy precario; mientras la Guardia Costera nos llevaba hacia la costa, vimos desde lejos que el galeón terminaba de darse la vuelta y se sumergía silencioso entre el oleaje. Nos dijeron que incluso los mejores nadadores se habrían ahogado en el torbellino que generaba al hundirse. Yo no dejaba de dar gracias al universo por seguir vivos; la pena era que habíamos perdido todo el equipo, incluyendo las cámaras.

Parveen vio el barco hundiéndose desde la playa frente al chalet. El miedo a que yo me hubiera

ahogado le causó tal conmoción que cambió de humor radicalmente. Se mostró afectuosa, confortante y compasiva desde el momento en que volví. Cuando los náufragos nos juntamos en mi chalet para celebrar el milagroso final de nuestra experiencia cercana a la muerte, Parveen estuvo encantadora y cariñosa con todos como anfitriona, los demás también necesitaban que les confortaran. El accidente del barco salió en un gran reportaje de la revista india Stardust.

Antes de que Parveen volviese a la India le dije que estaba contentísimo de verla feliz otra vez. Fue un gran alivio que pareciese ella misma otra vez cuando nos despedimos el 29 de agosto. Y me dio una gran alegría cuando me escribió desde donde estaba rodando Chalta Purza:

«Te quiero hombre mío, me has ayudado a descubrir una vida de alegría. Me haces vivir en un estado sublime a través de tu amor».

Todo parecía ir bien en nuestro mundo, lo que no iba bien era El juramento del Corsario Negro: estuvimos varios meses más en Colombia mientras construían otro galeón. Era demasiado caro mandarnos a todos a Italia y volvernos a llevar a Sudamérica. Durante el tiempo que no estuvimos rodando leí una montaña de libros, escribí varios ensayos y estuve reflexionando sobre los misterios del universo. Uno de los actores, Nicolo Piccolomini, miembro de una familia en la que habían nacido dos papas, se casó con una chica colombiana emparentada con Salvatore Basile «Salvo», nuestro magnífico coordinador colombiano. Disfruté mucho en Cartagena, pero estaba preocupado por lo que ocurría en Bombay.

Protima y Parveen estaban en guerra. Protima utilizaba a los niños como peones en sus juegos de provocación: cada vez que Parveen salía con ellos, su madre tomaba represalias. Escribí a Protima para pedirle que dejase sus jueguecitos y le envié una copia a Parveen, que me respondió el 13 de septiembre:

«Estoy orgullosa de que hayas tenido la atención de informarme y satisfecha con saber que te preocupan mis sentimientos… Solo quiero que sepas una cosa, después de vivir con ella tanto tiempo no conoces ni la mitad de sus caras. Yo las he visto y, si confías en mi percepción solo un poco, créete lo que siempre te he dicho sobre ella, y trata de mantenerla fuera de tu vida».

Parveen estaba convencida de que Protima la espiaba y le lanzaba hechizos destinados a obligarme a volver, y me lo decía aún sabiendo que yo no quería que se tomase las cosas así. Me quedé muy preocupado por su estado mental; la desesperación, la angustia y la impotencia que noté en su carta del 18 de septiembre me inquietaron muchísimo:

«¿Qué estoy haciendo? Hago películas como Chalta Purza, me relaciono con gente como Rajesh

Khanna, voy a fiestas en casa de Parmeshwar, llevo un estilo de vida que estoy empezando a detestar, eso es justo lo que estoy haciendo».

La mayoría de la gente no se habría quejado de esas cosas: Rajesh Khanna seguía siendo superfamoso y Parmeshwar Godrej daba las mejores fiestas de la ciudad; ella y su marido, el industrial Adi Godrej, eran buenos amigos míos.

«En estos momentos siento un tremendo impulso de rechazo hacia todo eso de lo que formaba parte. Todo el mundo del cine con su gente enferma, toda la vida social con su inmensa falsedad, fumar, beber. Sé perfectamente que ese ya no es mi sitio. He cambiado, y de una manera tan drástica que me da miedo el cambio. Intentaría dejar mis antiguas costumbres pero tengo miedo de estar volviéndome loca y me aferro con saña a mi antiguo yo… Estoy pasando por la etapa más difícil de mi vida, no sé si estoy teniendo una especie de experiencia espiritual o es que estoy enferma, físicamente y mentalmente. Te necesito más que nunca y más de lo que te volveré a necesitar. Estoy desesperada… Duermo con tus cartas y tus fotos. Quiero abrazarte y acurrucarme a tu lado. A veces lloro en la cama porque no te puedo tocar. Buenas noches».

Sentí su miedo y su confusión, habría cogido un avión para ir a consolarla pero los compromisos del rodaje no me lo permitieron. Pedí a mi mánager, Harbance Kumar (ahora Mickey Nivelli), que estuviera pendiente de ella, que mantuviese a raya a Protima y que tuviera contentos a los niños. Lo hizo de manera magistral. Mi hermana Guli, con quien Parveen tenía confianza, era un gran consuelo. Es la hermana más maravillosa que yo podría tener. La siguiente carta de Parveen me levantó mucho el ánimo; parecía feliz y entusiasmada, y para mí fue un gran alivio.

«¡Buenos días, Bobo! Parece que las mañanas tienen una energía más positiva que las noches… Tus Buba, Bubina, Jojo, Jojina y Jojinette se han estado portando bien, no han hecho ni un ruido desde que vine aquí. ¡No sé por qué estarían todas tan alteradas en Cartagena! Hazar Kishas ("miles de besos") y miles de te quiero».

Parveen había puesto nombre a sus distintos estados de ánimo: Jojo, Jojina y Jojinette eran variantes de «Jojo», como yo la llamaba, y Buba y Bubina venían de «Bobo», como ella me llamaba a mí.

Las cartas de Parveen me metían en un carrusel de altibajos emocionales: felicidad y ansiedad, euforia y desaliento. Me alegré de que por fin estuviera enfrentándose a sus demonios y hablándome de ellos. No había solución si no admitía el problema; solo así podríamos afrontarlo juntos. Lo triste fue que sus problemas volvieron a manifestarse unos días después. Me escribió el 22 de septiembre desde el hotel Oberoi Palace de Cachemira:

«Me parece que me estoy volviendo loca de verdad porque me he vuelto ultrasensible. No puedo soportar ningún ruido. Me vienen a la mente tantos millones de pensamientos que no sé donde estoy. Pero hay una cosa de la que estoy segura: mi percepción se ha vuelto mucho más precisa y profunda que nunca. Cuando miro esa parte de mí, siento que estoy evolucionando, creciendo, expandiéndome y que no estoy loca».

Luego añadía algo alarmante:

«He leído el libro de Pandit Gopi Krishna sobre kundalini, y dice que si el flujo de energía entra en el canal incorrecto de tu sistema puede provocar locura».

Era lo que mi padre me había dicho en Milán; me dejó hundido, pero me recuperé con la carta que me envió al día siguiente:

«Ahora tengo la cabeza despejada por el desplazamiento a otra zona de mi columna vertebral. Los días anteriores fueron una tortura, mi mente era un caos. A veces escuchaba claramente ruidos en mi cabeza, y no lo digo en sentido metafísico, eran ruidos raros y los oía de verdad. Ya no tengo la sensación de estar volviéndome loca».

Yo le escribía montones de cartas. Adelante y atrás, arriba y abajo: el vaivén de sus estados emocionales fue mi preocupación constante hasta que nos fuimos de Colombia.

Cuando acabó el rodaje Sergio Sollima estaba encantado con las tomas que había hecho Alberto Spagnoli durante los asaltos; luego sirvieron de inspiración para la música de Guido y Maurizio de Angelis. Yo felicité a mi maquillador, Mario Van Riel, y a mi peluquera, Iolanda Conti, veteranos de Sandokán, por darme una imagen totalmente distinta. Todos esperábamos que la película fuese un éxito arrollador. Cada unidad de rodaje se convierte en una familia y, aunque al terminar la película nos unimos a otras familias cinematográficas, se forjan vínculos para toda la vida y nos despedimos diciendo Arrivederci, hasta la vista.

Mientras me preparaba para el viaje, aconsejé a mi magnífico asistente, Babu Subramaniam, que aprovechase estar tan cerca y explorase Estados Unidos antes de volver a la India. Estuvo en Nueva York y luego se trasladó a California, donde hizo una gran carrera como primer asistente de dirección en Hollywood y hasta dirigió algunos episodios de Urgencias, la longeva serie que hizo famoso a George Clooney en todo el mundo. Una sugerencia casual, incluso un comentario oído en la parada del autobús, te puede cambiar la vida si lo tienes en cuenta.

Me voy a detener en algo gracioso que ocurrió cuando por fin me reuní con Parveen en Londres, el 15 de noviembre de 1976. Eran los tiempos del Concorde, el avión de pasajeros más rápido que ha existido: más del doble de la velocidad del sonido, iba de Washington a Londres en cuatro horas en lugar de ocho. «¡Qué demonios! —pensé—. ¿Para qué sirve el dinero sino para volar en el Concorde? ¡Será una experiencia inolvidable!». Y así fue, aunque no como me imaginaba. El Concorde era más pequeño de lo que parecía, llevaba solo cien pasajeros en asientos de gran lujo. El ruido que hizo al romper la barrera del sonido fue muy emocionante pero, cuando faltaba poco para llegar, el piloto nos dijo que teníamos que aterrizar en Manchester por el mal tiempo. Enviaron allí a todos los aviones que iban a Londres, y el aeropuerto estaba lleno de pasajeros furiosos procedentes de todo el mundo. Los del Concorde pasamos de que nos tratasen como a reyes, con champán y obsequios en el avión, a que nos metieran apiñados en autobuses y luego en trenes abarrotados donde nos tiraron a la cara unos sándwiches resecos para cenar. Tardé dieciséis horas en vez de cuatro en llegar a Londres agotado y crispado en un vuelo que costaba cuatro veces más. Fue el precio de mi vanidad. Pero, oye, ¡volé en el Concorde!

En Londres fue maravilloso encontrar a Parveen alegre y optimista, parecía haber hecho las paces consigo misma. Pasamos unos días en Roma antes de ir a España, donde se estrenaba Sandokán una semana después. Yo quería conocer a Bernardo Bertolucci, el director italiano que se había hecho famoso en todo el mundo con El último tango en París y sus impactantes escenas de sexo explícito. Era una de las mejores películas que había visto. Bertolucci accedió a que nos viésemos los tres en unos estudios de posproducción donde estaba trabajando en su siguiente película, Novecento (1900). Ese día por la mañana Parveen estaba de mal humor, se encerró en su silencio y se negó a salir a pesar de mis ruegos, así que fui yo solo.

Bertolucci era un hombre alto y atractivo al estilo clásico italiano: el pelo negro y corto, la frente ancha, hoyuelos seductores en sus mejillas y un mentón fuerte. Me habló de lo mucho que le había gustado Sandokán a su familia; yo le conté cuánto me había gustado El último tango en París y le pregunté por Marlon Brando, uno de mis ídolos.

Él sonrió con aire nostálgico.

—Qué gran actor —dijo entornando los ojos.

Yo tenía una gran duda:

—¿Es verdad que Brando no podía recordar sus frases y las escribió en las paredes? —Lo habían dicho en muchos periódicos.

Bertolucci respiró hondo y suspiró.

—Es verdad, pero no por lo que te imaginas. En este momento de su vida, Brando piensa que tener que recordar sus frases interfiere con su actuación. A mí no me importaba, me dio una interpretación grandiosa.

—¡Estuvo fenomenal! —le dije—. ¿De qué trata su nueva película?

—Sobre el fascismo y el comunismo en Italia.

—¡Qué gran idea! Debe ser fascinante —exclamé entusiasmado.

—Mucho trabajo —dijo haciendo una mueca antes de cambiar de tema—. A mí me fascina la India, espero hacer una película sobre Buda algún día. Pero… algo diferente.

—Eso es magnífico —le dije encantado—, mi madre es monja budista.

—¿La madre de Sandokán es monja budista? —Se sorprendió.

—Mi familia es una caja de sorpresas —respondí—. Mi padre es filósofo y vive en Milán.

—¿En serio? —dijo sorprendido, enarcando las cejas. Hablamos un rato y luego se despidió con un cálido apretón de manos—. Ha tenido un gran éxito en mí país, ¡complimenti!

Viniendo de Bertolucci, eso me emocionó.

Parveen se puso contentísima cuando el famoso productor Carlo Ponti, el marido de Sophia Loren, se puso en contacto con ella a través de mi agente, Carol Levi. Lástima que no saliera nada de aquella entrevista. Recuerdo que estaba deslumbrante cuando fuimos a cenar con Franco Zeffirelli, el legendario director de Romeo y Julieta y La mujer indomable, protagonizadas por Richard Burton y Elisabeth Taylor. Nos invitó a su imponente villa romana y fue un magnífico anfitrión; nos recibió muy elegante, con chaqueta y corbata de un gusto exquisito, y se deshizo en halagos con Parveen. A mí me sorprendió la cantidad de atractivos jóvenes indios que trabajaban en su casa y Zeffirelli se quedó impresionado por lo popular que yo era entre ellos, que me conocían bien antes de hacer Sandokán. Cuando pusimos rumbo a España todavía seguíamos entusiasmados por haber cenado con el gran director.

España me recibió como a un héroe. Parveen y yo fuimos portada de las principales revistas del país: Hola, Semana y Lecturas. Los periódicos se llenaron de nuestras fotos, y los programas de televisión y radio hacían cola para invitarnos: era como al principio de la fiebre de Sandokán en Italia. Enrique Herreros, «Quique», un veterano publicista de cine, decía que nunca había visto algo semejante. Había conquistado otro país. Esta vez Parveen disfrutó con la atención de los periodistas y nos divertimos con los esplendores de la celebridad. Uno de los eventos fue escalofriante, pero afortunadamente ella no estaba.

El Corte Inglés, que entonces eran los mayores grandes almacenes de Madrid, me había invitado a firmar los libros de fotografías de Sandokán y El Corsario Negro publicados por Rizzoli. Solo era una promoción de ventas, pero acabó muy mal. Cuando llegué, las diez plantas del edificio estaban ocupadas por miles de fans. Los organizadores me llevaron a la última planta, y los guardias de seguridad tuvieron que abrirse paso entre el gentío a fuerza de músculo para llevarme hasta la mesa donde tenía que firmar los libros. En cuanto firmé el primero y se lo di a una admiradora extasiada, el director me pidió que lo dejase.

—Márchese, por favor. Se va a derrumbar el edificio —me dijo aterrado.

Yo me reí pensando que era una broma.

—No, no —insistió—. No está diseñado para tanta gente.

Le miré perplejo. No me lo podía creer.

—Tiene que marcharse —repitió con desesperación—. Se va a derrumbar el edificio y va a morir gente.

Lo decía en serio y no tuve otra elección. Pero salir de allí también entrañaba riesgos. Entre forcejeos y empujones, los guardias de seguridad me llevaron hasta los ascensores mientras el director se dirigía a la gente pidiendo que desalojasen. Escuché un largo lamento de decepción cuando iba a entrar al ascensor y después a unas fans que se metieron chillando y echaron fuera a los guardias de seguridad antes de que se cerrasen las puertas. Llevaban libros para que los firmase y me abrazaron y me besaron hasta que llegamos abajo. Al salir estaba solo y me costó mucho llegar hasta la calle; las fans que esperaban fuera empezaron a gritar al verme aparecer y se abalanzaron hacia mí como un tsunami. La gente se caía y se pisoteaban; la situación estaba fuera de control y me di cuenta de que podían aplastarme. Los coches paraban para no atropellar a las fans que cruzaban a lo loco y la calle se atascó. El tumulto a mi alrededor ya era peligroso y salté sobre el capó de un coche; oí el grito del conductor pero las fans trataban de agarrarme las piernas y me subí al techo. Al ver hasta dónde llegaba el caos pensé que tenía que salir de allí enseguida y fui saltando sobre los coches hasta el final de la calle; hice señas a un coche que pasaba, les supliqué que me sacasen de allí y me llevaron al hotel a cambio de unos autógrafos. La anécdota apareció incluso en la revista Variety, la biblia del mundo del cine en Hollywood, y a Parveen le encantó cuando se lo conté.

La historia no acabó ahí: poco después me llamó el jefe de policía de la ciudad bastante agitado por todas las denuncias que habían puesto los conductores de los coches abollados. Cuando fui a la comisaría me exigieron una indemnización de malas maneras. Los representantes de El Corte Inglés que me acompañaron llamaron a sus jefes para pedir instrucciones, y la empresa tuvo la gentileza de hacerse cargo de todas las reclamaciones. Antes de salir del país hubo otro momento memorable entre una gran avalancha de fans, cuando una chica me gritó: «¡Quiero un hijo tuyo!». La sugerente frase tuvo un gran eco en toda España y se repitió como un mantra durante años en los medios de comunicación.

El péndulo de la vida de un actor puede oscilar rápidamente de un extremo a otro. Cuando volví a Italia para el estreno de El juramento del Corsario Negro no vi ni un solo cartel de la película en el trayecto desde el aeropuerto de Fiumicino hasta Roma, y me di cuenta de que algo no iba bien. Al llegar al hotel tampoco encontré ningún anuncio en los periódicos y fueron muy pocos periodistas a entrevistarme. Me dijeron que la película no se iba a estrenar en Roma, sino en Sicilia, y que estaba invitada la flor y nata de Palermo, aunque el día del estreno yo jamás lo habría adivinado porque la mayoría de los asistentes iban mal vestidos.

—La élite no suele acudir a los actos públicos —me dijeron los organizadores disculpándose—. Tienen miedo de que les secuestren, así que envían a sus sirvientes.

Algunos de los que iban bien vestidos asistieron a la recepción que había después de la proyección. Como había leído algunas novelas sobre la mafia pregunté si había algún capo entre los invitados, y me aseguraron que había varios aunque nadie quiso decirme quiénes eran. Por cierto, aunque esto fue mucho después, al líder más poderoso de la Camorra italiana en los años 90, Francesco Schiavone, le llamaban «Sandokán» por su parecido conmigo. Le condenaron a

cadena perpetua en 2008; su familia sigue siendo una de las más ricas de Italia.

El juramento del Corsario Negro no tuvo un éxito inmediato. El hundimiento del barco disparó los costes de producción muy por encima de lo que se recuperó en la taquilla. Eso me dolió; era una película preciosa y sigue siendo una de mis favoritas. Su fracaso era inexplicable; era mi primera película después del éxito sin precedentes de Sandokán. ¿Por qué habían hecho tan poca publicidad y promoción? ¿Por qué se estrenaba en Palermo? Angelo Infanti pensaba que los jefazos de Rizzoli Film estaban disgustados porque Andrea Rizzoli había dado luz verde a la película sin su aprobación, y era su manera de demostrárselo. Cualquiera que fuese la razón, para mí fue una decepción muy dolorosa. Sin embargo, con los años, El juramento del Corsario Negro se convirtió en una de las películas más vistas en televisión y compensó a Rizzoli con muchos cofres de tesoros. A principios de 2021, Amazon/Koch Media publicó una versión remasterizada en DVD en italiano y alemán.

Al volver a la India nos esperaba una agenda repleta de rodajes. Mis productores me habían organizado un calendario agotador porque les había dicho que quería terminar mis películas en tres meses, para marzo de 1977. Después pensaba explorar nuevas fronteras como actor fuera de la India; era el momento de aprovechar al máximo el éxito que tenía en occidente. Y lo mejor de todo es que Parveen quería venir conmigo, también le gustaba la idea de hacer películas extranjeras, y creó un magnífico book inspirándose en fotografías que vio en Vogue. Hacía tiempo que me había pedido que «presionara» a mis agentes para encontrarle trabajo, y de hecho Carol Levi le consiguió una oferta estupenda mientras yo estaba en Colombia. Parveen me escribió en octubre de 1976:

«He recibido mi primera gran oferta en firme desde Hollywood, ¡una oferta para trabajar con Burt Lancaster en un proyecto de tres millones de dólares! Es un papel de chica sudamericana».

Parveen se llevó un gran disgusto cuando aquello no cuajó; al final fue lo que más influyó para que se marchase de la India. Rizzoli Film tenía previsto hacer una secuela de Sandokán, y el rodaje era a finales de verano. Carole André no podía participar porque su personaje de Marianna había muerto en la serie original; estaban buscando a una nueva actriz y cuando se lo pedí, Sergio Sollima accedió a que Parveen fuese la heroína de la serie El Tigre vive todavía: Sandokán al rescate. Ella estaba exultante, ¡era su primera película internacional! Trabajamos sin parar para poder marcharnos de la India a finales de marzo de 1977.

Aquellos tres meses fueron terriblemente estresantes para mí; entre los constantes cambios de humor de Parveen, los largos días de rodaje y las ganas de ver a mis hijos, estaba destrozado. Parveen se puso frenética porque Protima iba diciendo que yo era un regalo que ella había hecho a Parveen. Además, Protima afirmaba que sabía de nuestra relación antes de ir a Odisha e incluso que ella la había alentado. Eso no era verdad, mi relación con Parveen empezó en septiembre de 1975, un mes después de que Protima se marchase a Odisha. Lo que contó entonces a la prensa y después en su libro no era más que fanfarronería. Yo entendía lo furiosa que estaba Parveen, las declaraciones de Protima le dolieron profundamente, pero no estaba preparado para lo que me

encontré un día al volver del rodaje.

Parveen estaba sentada en la alfombra del salón rodeada por lo que quedaba de mis álbumes de fotos con unas tijeras en la mano. Todas las fotos de Protima estaban cortadas en trocitos, todas las fotografías que había de nuestra relación, de los niños y las vacaciones destrozadas para siempre: testimonios insustituibles de mi vida hechos confetti por su ataque de celos. Fue la primera vez que su paranoia me afectó tanto; aquello dio lugar a una gran pelea. No tenía derecho a destrozar los recuerdos de mi vida. Ella me aporreó con los puños diciendo que yo todavía amaba a Protima; yo aguanté su asalto en silencio, pero estaba muy alterado. Me acordé de que estaba tratando con una mente irracional que necesitaba ayuda y compasión; me di cuenta de que Parveen necesitaba ponerse en tratamiento cuando nos trasladásemos al extranjero o su dolencia acabaría con nuestra felicidad.

Trasladarme al extranjero fue emocionalmente desgarrador por tener que despedirme de mis hijos. Les aseguré que podían contar conmigo aunque estuviera en el otro lado del mundo. Igual que cuando me fui de Delhi, me daba pena alejarme de todo a lo que tenía apego en la India: jugar con mis hijos en la playa, los grandes amigos que había hecho en la ciudad, las ruidosas fiestas de la pandilla de Juhu, el bullicio de los bazares, las repentinas lluvias del monzón y los platos de bhelpuri[9] en los puestos de la calle. Sentía auténtica pasión por la India; mis padres habían dedicado sus mejores años a luchar por su independencia, yo había estudiado su glorioso pasado en la universidad, creía en su brillante futuro y me habría gustado contribuir a los debates que configuraban el país. No es que me faltasen oportunidades: podía seguir trabajando en Bollywood o hacer cortos publicitarios, pero occidente me estaba tentando con cantos de sirenas que me ofrecían la fama. El cambio siempre es doloroso por mucho que nos guste el objetivo, pero llega un momento en el que tienes que decidir entre quedarte en territorio conocido o abrir nuevos caminos. Cuando tomé la decisión de marcharme de la India sabía que iba a volver, no pensaba vivir en el extranjero para siempre.

Justo antes de marcharnos recibí la noticia más triste de mi vida: mi madre había fallecido en Delhi. Fue el 26 de marzo, la víspera de la Conferencia Mundial Budista en la que iba a participar. Nos habíamos visto la semana anterior; había venido a Bombay para asistir al parto de mi hermana Guli y se había dado cuenta de que algo iba mal. La niña nació con tres vueltas del cordón umbilical alrededor del cuello, fue un milagro que sobreviviese. Mi madre nos bendijo a todos antes de marcharse a Delhi, y falleció allí repentinamente. Su pérdida fue como un terremoto para mí; me quedé aturdido y desolado, y todavía estaba de duelo cuando Parveen y yo nos marchamos de la India en busca de mayor fama internacional.

Vivir en occidente fue una experiencia transformadora. Nos instalamos en la calle Cheyne Walk de Londres, en el histórico edificio Carlyle Mansions, donde también habían vivido los escritores Ian Fleming, T. S. Eliot y Somerset Maugham. Tenía la mejor vista del Támesis de todo el barrio de Chelsea, entre el puente de Albert y el de Battersea. El apartamento era fabuloso pero estaba vacío: cuando nos instalamos solo teníamos un gran colchón en el suelo del dormitorio principal y un par de mantas. La cocina estaba equipada y había un teléfono en el suelo del enorme salón. Era un sitio perfecto para convertirlo en nuestro hogar, o eso pensaba yo.

Un mes después de llegar a Londres, en abril de 1977, recibimos noticias de Bombay que alegraron mucho a Parveen: los peces gordos de Bollywood estaban entusiasmados con su

película Amar Akbar Anthony, que habían visto en pases privados antes del estreno. Entre el reparto había grandes estrellas del cine indio: Amitabh Bachchan, Vinod Khanna y Rishi Kapoor, y ella tenía el mejor personaje femenino; todo el mundo decía que iba a ser un éxito arrollador. Su mánager, Ved Sharma, le suplicó que volviese porque estaba recibiendo importantes ofertas para ella, pero Parveen se había comprometido para hacer la secuela de Sandokán, no podía empezar otras películas y se sumió en una profunda depresión. Daba igual lo que yo hiciera o le dijera, no servía para nada. Yo iba a la compra y llevaba la ropa a la lavandería, intentaba facilitarle la vida sin los sirvientes que teníamos en la India, pero no había manera de animarla. Siguió llorando o encerrándose en un silencio taciturno; siempre que hablábamos empezaba a discutir o se enfadaba conmigo.

Se animó un par de semanas después, cuando fuimos a Yugoslavia (ahora diríamos que estuvimos en Serbia, Croacia y Eslovenia) invitados por el Estado. Sus gobernantes comunistas consideraban que Sandokán era una serie anticolonialista y nos recibieron con una alfombra roja. Nos escoltaron desde el aeropuerto entre coches con luces de emergencia, altos dignatarios brindaron por nosotros alrededor de una mesa enorme en el comedor de la sede del gobierno, y cenamos con una serenata de violines en la mejor taberna de Belgrado. Parveen devolvía los saludos de la gente y dejaba hipnotizados a los fotógrafos, pero su buen humor se empezó a esfumar otra vez sin ninguna explicación. Nos llevaron a conocer el casco antiguo de Dubrovnik y a visitar Liubliana, y cuando nos despidieron con reverencias en la ciudad italiana de Trieste, ella estaba huraña otra vez. Para entonces yo ya estaba harto.

—Por favor, dime qué es lo que pasa —le dije irritado—. ¿Por qué estás de mal humor?

—Quiero ir a Venecia —me dijo tranquilamente; yo no entendía nada.

—¡Venecia! ¿Qué tiene que ver Venecia? —protesté.

—Quiero ir a Venecia —repitió—. Siempre he querido ir a Venecia.

«Si con ir a Venecia se le pasa el mal humor, pues vámonos a Venecia», pensé yo.

Se tardaba dos horas en llegar en coche por la costa del Adriático, y por el camino hablamos de temas triviales. Se animó cuando entramos en la plaza de San Marcos protegidos por guardaespaldas; fue divertido ver la alegría y la sorpresa de las fans. A Parveen le encantó el estilo bizantino de la basílica y también los canapés de los bares de la plaza. Paseamos por las pintorescas calles de la ciudad y ella posó para la gente que nos seguía en pandillas o nos cantaba la canción de Sandokán. Yo estaba más contento con cada paso que dábamos: Venecia parecía haber sido un buen remedio.

Pero el efecto no le duró mucho, porque empezó a ensimismarse otra vez y a bostezar mientras nuestra góndola se deslizaba entre los bellos palacios de los canales. «Menudo paseo romántico», pensé mosqueado. Cuando la góndola atracó, Parveen se quedó sin energía y se desplomó entre mis brazos; la sostuve hasta que llegamos al hotel. Esa noche tuvo pesadillas y gritaba llamándome atemorizada. Era obvio que tenía un problema grave, pero ella no quería hablar. Cuando nos despertamos al día siguiente insistió en volver a Londres inmediatamente. Yo pensaba visitar a mi padre antes de regresar y perdí la paciencia.

—Si vivir en occidente te deprime tanto, ¿por qué demonios estás aquí? —le dije enfadado.

Me miró con los ojos despavoridos, como si hubiera visto un fantasma; se levantó despacio y fue a ducharse mientras yo terminaba de hacer las maletas. No quiso desayunar conmigo. Cuando pagué la cuenta al salir del hotel vi que había llamado a alguien en la India mientras yo me duchaba. Durante el vuelo a Milán —porque yo insistí en ir antes de volver a Londres—, todavía seguíamos tensos. Sabe Dios lo que ella tendría en mente, pero yo solo pensaba en que había que hacer algo para averiguarlo cuanto antes. En esa segunda visita a Milán tampoco hubo ningún progreso, pero a mí me dio mucha alegría ver a mi padre. Parveen se mostró jovial pero en su interior seguía enfadada.

Un par de semanas después, Parveen se animó otra vez cuando le dije que Steve Kenis, mi agente de la agencia William Morris de Londres, le había organizado una entrevista con Dino de Laurentis, un importante productor. De las películas de Dino me habían gustado mucho Serpico, con Al Pacino, y El vengador anónimo, con Charles Bronson. También produjo La Strada, la película que hizo famoso a Fellini en todo el mundo. Yo estaba muy contento por Parveen, ¡conocer a Dino podía abrirle muchas puertas! Fue a la entrevista vestida con falda larga y chaqueta de color negro sobre una camisa también negra abotonada casi hasta el cuello. Al ver mi sorpresa sonrió.

—Él pensará que voy a aparecer con un vestido sexy —me explicó cuando se marchó envuelta en una nube de perfume. Sin embargo, volvió echando pestes.

—Todos quieren lo mismo, colega —gruñó de mal humor al volver esa noche.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté alarmado—. ¿Se ha propasado contigo?

Ella movió la cabeza negando.

—¿Te ha tocado?

Siguió negando con la cabeza.

—¿Te ha hecho proposiciones?

—No, no lo ha hecho —dijo lentamente—. Pero yo sé lo que quieren. Todos quieren lo mismo.

Parveen creía tener una percepción altamente desarrollada, y en cierto sentido así era, pero no siempre le servía de ayuda. La paranoia se estaba convirtiendo en un rasgo de su personalidad; tenía que ponerse en tratamiento cuanto antes, no podía seguir retrasándolo. Yo sabía que era meterse en terreno pantanoso, pero ella se estaba hundiendo y necesitaba ayuda.

No me imaginaba que sería tan difícil cuando saqué el tema durante el desayuno una semana después. Yo había preparado dos tortillas estupendas, té Earl Grey y crujientes tostadas con mantequilla y mermelada; comíamos en la cocina sentados en taburetes altos. Me considero un experto cocinando huevos y Parveen no dejaba de hacer ruiditos de satisfacción mientras masticaba mi deliciosa tortilla.

—¿Podemos hablar? —le pregunté con cautela.

—Claro —dijo distraída, llevándose otro trozo de tortilla a la boca.

—Mira, Jojo —le dije cariñosamente—. Yo te amo. Estamos empezando una nueva vida aquí, tenemos una casa preciosa, tenemos lo mejor de occidente y recursos para todo lo que necesitemos.

Parveen me miró entornando los ojos con un parpadeo temeroso y decidí ir al grano.

—Jojo, tú y yo sabemos que tienes problemas…

Me interrumpió al instante con los ojos brillantes de furia:

—¡¿Crees que estoy LOCA?!

—No, no estás loca —le respondí con firmeza—. Pero tienes problemas, tú también lo sabes. Yo te amo Jojo, quiero que te pongas bien. Puedo encontrar a los mejores médicos para ti… psicoanalistas… lo que haga falta.

—¡El único problema que tengo eres TÚ! —gritó con una rabia descontrolada—. ¡TÚ eres mi problema!

—¿Por qué soy yo tu problema? —Se lo pregunté despacio, intentando parecer tranquilo, aunque estaba alterado.

—¡Porque me vas a DEJAR! —Se bajó del taburete y empujó su plato—. Sé que me vas a dejar, la fama te ha cambiado. Miras a las chicas de otra manera.

—¡Eso es absurdo! Yo te quiero, Jojo —le dije suplicante.

—¡Me vas a dejar! —gritó a pleno pulmón—. Sé que lo harás.

Le respondí levantando la voz para acallar la suya:

—Siéntate Jojo, y deja de gritar. No me conviertas a mí en el problema. Vamos a afrontar tus problemas y a solucionarlos entre los dos. Hay médicos que pueden…

Parveen no quería ni oír hablar de médicos y me lanzó un golpe bajo.

—¿Por qué no me has pedido que me case contigo? —gritó.

Me quedé patidifuso.

Al principio de nuestra relación Parveen me había contado entre lágrimas que no se podía casar porque ya estaba casada. Su familia la había obligado a contraer matrimonio con un hombre que había emigrado a Pakistán, y ella tenía miedo de que él volviera y arruinase su carrera si se casaba otra vez.

—Oye, pero si tú me dijiste que no podías —le dije.

—¿Me lo has pedido alguna vez? —replicó gritando.

—¿Cómo te lo iba a pedir si me habías dicho que no podías? —protesté.

Además, la sentencia de mi divorcio aún no había salido. Si hubiera podido me habría casado con ella sin pensarlo, pero en aquel momento decisivo estaba indignado por su manera de evadir el tema echándome la culpa.

—Escucha Jojo, tenemos que hablar, de verdad —le dije sosegadamente—. No estás bien.

—¡Eres un cabrón! —gritó; su voz resonaba por toda la casa, quizá por todo el edificio—. ¡¿Crees que estoy loca, verdad?! ¡No estoy loca, cabrón! ¡No… estoy… loca!

De repente blandió el brazo sobre la encimera y tiró los platos del desayuno, que cayeron al suelo con gran estrépito mientras ella se iba rabiosa; se cambió de ropa y se marchó a la calle. No tenía sentido salir detrás de ella, no atendía a razones cuando se ponía así. Mientras limpiaba aquel desastre no dejaba de pensar en el futuro que nos esperaba y lo veía muy oscuro.

Habrá quien se sorprenda al saber que Parveen ya estaba casada; era lo que ella me había dicho, pero quise asegurarme antes de mencionarlo aquí. Pensé que quizá lo sabría Mahesh Bhatt porque tuvo una relación con ella después de mí, y hace poco le pregunté si le había hablado de su matrimonio concertado.

—Sí —me dijo haciendo memoria—. Me enseñó una foto del pasaporte del marido, era un tipo flaco.

A ninguno de los dos nos había dado detalles sobre su casamiento, pero Mahesh me contó que en el Festival de Literatura de Lahore en 2003 fue a buscarle Hameed Haroon —el actual director de Dawn, el periódico más prestigioso de Pakistán— para darle un recado: «Hay un hombre que quiere conocerte. Dice que es el marido de Parveen Babi».

Entre el trajín del festival y toda la gente que quería hablar con él, Mahesh no tuvo ocasión de conocer a ese hombre, pero lo que me dijo es prueba suficiente de que estuvo casada.

Parveen volvió esa noche a Carlyle Mansions cargada de bolsas de las mejores tiendas de Londres. Me intrigó de dónde habría sacado el dinero; yo le daba para los gastos y lo que me pedía cuando necesitaba más. Pero no era el momento de cuestionarla, parecía mucho más feliz.

—Quiero hablar contigo —me dijo en tono amable—. Vámonos a cenar por ahí.

Qué alivio y qué alegría. A veces entraba en razón cuando se le pasaba el calentón de la discusión. La llevé a un restaurante italiano al otro lado del puente de Battersea, un sitio perfecto para los enamorados. Mientras cenábamos pasta y vino tinto, yo esperaba que avanzásemos sobre el tema de su tratamiento, pero ella tenía otras intenciones.

—Voy a volver a Bombay para comprar algunas telas y colchas —dijo observando mi reacción

—. Me han enviado un billete de avión. Tengo que irme mañana.

Yo sabía que el rodaje de algunas de sus películas aún no había terminado, pero lo repentino de su decisión me inquietó. Pensé si me estaría dejando aunque deseché ese pensamiento, no me la podía imaginar abandonándome, abandonando nuestra casa y sobre todo su papel de protagonista en la secuela de Sandokán. Después de ver el éxito que había tenido la serie en Europa, Parveen daba saltos de alegría cuando la contrataron como primera actriz. Me tranquilicé pensando que volvería pronto.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —le pregunté para tantearla.

—Te lo digo cuando llegue, ya sabes como son los rodajes —respondió quitándole importancia, y se rio como si fuese una broma entre nosotros, pero a mí no me hizo gracia.

Esa noche hizo una larga llamada a la India. Tiempo después me enteré de que había hablado con Danny, su exnovio, y le había pedido que la alojase. Estaba cansada y no quiso que durmiéramos abrazados. Al despedirme de ella en Heathrow sentí una punzada de temor. Parveen tenía los ojos llorosos, pero no lloró. Por el camino de vuelta a Carlyle Mansions me asaltaron las dudas otra vez y me acordé de las palabras de Bob Dylan: Something is happening here, but you don't know what it is. Do you, Mr. Jones?[10] Pero decidí que era imposible y lo aparté de mi mente.

Parveen me llamó diciendo que tardaría varias semanas en volver, pero no me escribió cartas como cuando estuve en Cartagena, ni me llamó con palabras de amor, solo con excusas para quedarse más tiempo. Fue prolongando su estancia semana por semana hasta que se confirmó el rotundo superéxito de Amar Akbar Anthony. Al final, con la frialdad de un médico, me dijo que no iba a volver y luego colgó. Para entonces yo ya me lo esperaba y lo acepté con serenidad, pero aún así me dolió. Decía que yo la iba a dejar y me había dejado ella a mí. No sé si se habría quedado si yo no hubiera insistido en lo del tratamiento, porque odiaba a los médicos con toda su alma. Pero creo que el motivo principal fue otro: eligió un éxito garantizado en Bollywood en lugar de arriesgarse en el extranjero bajo mi sombra. Perdí a una mujer con la que quería estar para siempre, una mujer a quien quería curar. Lo único que quedó fue mi doloroso vacío en una casa igualmente vacía.

Parveen rescindió el contrato de la secuela de Sandokán veinte días antes de empezar el rodaje. Las consecuencias fueron desastrosas, tanto para mi carrera profesional como para Sandokán al rescate. No había actrices famosas disponibles con tan poca antelación y Sergio tuvo que decidirse por una protagonista menos conocida, Teresa Ann Savoy. Yo me sentía fatal, sabía que era por mi culpa: Sergio había elegido a Parveen porque yo se lo había pedido y él confiaba en mí.

La nueva serie no la producía la RAI, como la original, sino Rizzoli Film. Yo desconfiaba de ellos desde el estreno de El juramento del Corsario Negro. El 1 de septiembre de 1977, durante el rodaje de la serie en Malasia, escribí a Andrea Rizzoli advirtiéndole de los riesgos que yo veía:

Si queremos evitar uno de los errores que hubo con El juramento del Corsario Negro, sería buena idea que hicieras saber a quien corresponda que tú tienes un interés personal en la publicidad y la

promoción de la película. (…) Puede que ya hayas notado la preocupante ausencia de noticias sobre este proyecto en la prensa. (…) Sé que tú conoces mejor que yo a quienes manejan los hilos.

Por el motivo que fuese, Rizzoli Film no la promocionó bien. La ausencia de Parveen también afectó, pero a pesar de todo la serie tuvo un éxito razonable. Parveen hizo lo que consideró mejor para su carrera, y en ese momento quizá acertó. Amar Akbar Anthony se convirtió en una de las películas más taquilleras de Bollywood, y a ella le llovieron las ofertas para grandes producciones.

Durante aquellos días en soledad pensé en todo lo que habíamos compartido y recordé nuestro amor y nuestra pasión. Me daba pena su trastorno mental, pero también afloró el resentimiento que llevaba reprimiendo tanto tiempo y lamenté las sombras que Parveen había arrojado sobre mis años más gozosos. Pero yo sabía que no era culpa suya y pensé que quizá yo era igualmente responsable, que quizá debería haberla dejado hacía mucho tiempo. Aunque no podía: ella me había necesitado con desesperación y yo había asumido el papel de protector. En ese momento sentía un profundo agotamiento mental y emocional; había pasado de una mujer emocionalmente agotadora a otra sin un descanso entre ambas, sin tomarme un tiempo para mí mismo. Habrá quien piense que soy un tipo con suerte por estar con una bella mujer tras otra, pero nadie se imagina el precio que tuve que pagar por mi impulsividad emocional.

Las separaciones siempre son dolorosas, da igual cuál sea el motivo. Parveen volvió a Bollywood y yo puse mis miras en Hollywood, era el momento de conquistar el mundo. Tenía libertad, dinero y prestigio en Europa; para entrar en Hollywood necesitaba hacer una película en Estados Unidos, pero en los años 70 no hacían papeles para indios. Aprovechando que mis rasgos no son típicamente indios, pedí a mi agente de William Morris que buscase a fondo: estaba dispuesto a interpretar cualquier personaje de nacionalidad «extranjera» a ojos de Hollywood. No tardaron en llamarme para Las aventuras del ladrón de Bagdad, una película para la NBC con Roddy McDowall en el papel de ladrón y conmigo haciendo de príncipe. Irónicamente yo ya había hecho el mismo papel en la India con Shatrughan Sinha como ladrón. Shatru es una de las personas más carismáticas que conozco, siempre le he admirado inmensamente.

Después de ese comienzo me trasladé de Londres a Beverly Hills y me compré un Mercedes 280 SE que no impresionó a nadie entre los que importaban en el sector. Contraté a la agencia Rogers y Cowan, la más influyente y posiblemente la más cara, que consiguió que me mencionasen una vez y media en la prensa: como «Soltero del mes» en la revista Cosmo y en alguna columna de cotilleo, pero seguí siendo un «don nadie» en la meca del cine. Hollywood es el sitio más cerrado del mundo, está casi a cinco mil kilómetros de Nueva York, la ciudad más cercana que consideran importante. Es una fortaleza que los ejecutivos de los estudios protegen con barreras infranqueables. Tiene un rígido sistema de castas para reunirse, para cenar y socializar; los aspirantes a actores están en lo más bajo del último escalón. Excepto las grandes estrellas, los actores tienen que hacer una audición para cada papel con independencia de lo buenas que sean sus interpretaciones anteriores. Hollywood me ofrecía migajas cuando en Italia era un rey. Por suerte, conseguí actuar en una película estadounidense importante a través de un productor suizo

que había visto mi éxito en Europa.

En 1978 trabajé junto a Michael Caine en Ashanti (Ébano), que tenía un magnífico reparto internacional: Peter Ustinov, Omar Sharif, Rex Harrison, William Holden y Beverly Johnson, pero el argumento lo desarrollábamos Michael, Beverly y yo. La película podía haberme hecho famoso en Hollywood, pero apenas tuvo promoción por la discusión entre su temperamental productor, Georges-Alain Vuille, y la distribuidora Warner. Las consecuencias fueron terribles: se estrenó en tan pocos cines de Estados Unidos que no ganó dinero. Para mí fue un revés tremendo, aunque la película consiguió buenos resultados en el resto del mundo. Por desgracia en Hollywood no se valoró, que era lo importante.

Después de regresar a Bollywood, Parveen empezó una relación con mi amigo Mahesh Bhatt, el mejor hombre que podía haber elegido. Le interesaba mucho la filosofía y la psicología, había sido seguidor del gurú Osho, que enseñaba meditación dinámica y hablaba de despertar los centros energéticos del cuerpo, y luego avanzó hasta U. G. Krishnamurti, un gurú con ideas nihilistas y gran agudeza mental a quien él adoraba. Mahesh entendía la dolencia de Parveen mejor que todos los que la rodeaban y estaba con ella cuando sufrió el peor ataque de todos. A mediados de 1979 Parveen había firmado contratos para más de treinta películas y sus problemas se fueron agravando mientras las rodaba. La escritora Karishma Upadhayay decía en su biografía Parveen Babi que «Stardust fue una de las primeras revistas en escribir sobre la enfermedad mental de Parveen». En su sección La noticia del mes de la edición de diciembre de 1979 la revista decía: «Parveen Babi se ha desmoronado». El artículo contaba que nuestra ruptura había «dejado a Parveen en un vacío abrumador. Era como un objeto vagando sin rumbo por el espacio». El mundo de Parveen se había derrumbado y a mí me pintaban como un desalmado. Karishma lo describió bien: «La historia que difundía la revista presentaba a Parveen como "una chica con el corazón roto" y respaldaba la idea de que su "infortunio en el amor" le había hecho perder la cordura. De hecho, eso es lo que sigue creyendo la mayoría de la gente en Bollywood».

Se escribieron cosas horribles sobre mí partiendo de una impresión injusta. La verdad es que ella fue quien me dejó y no consintió que la ayudara. En aquel momento decidí guardar silencio, lo que dijeran las revistas indias no me afectaba, estaba viviendo en el extranjero y sabía que Parveen necesitaba compasión mientras reconstruía su carrera en Bollywood. No dije nada hasta cinco años después, en una entrevista con Uma Keni para Stardust en 1982. Declaré lo mismo que estoy diciendo aquí: que yo no abandoné a Parveen ni provoqué su colapso nervioso, y que me alegraba de que hubiera revitalizado su carrera.

Lo triste es que Parveen estaba totalmente sola en la cumbre de su fama como actriz. Los productores se alarmaron porque cancelaba los rodajes o abandonaba de repente los platós. Hubo que sacarla de Bombay porque no ya podía más: Mahesh la llevó a conocer a U. G. Krishnamurti en Bangalore. Su gurú le aconsejó que dejase a Parveen.

—Ella necesita alejarse del mundo del cine —le dijo— y tú representas ese mundo.

Mahesh dejó a Parveen en compañía del maestro en que confiaba. Ella escuchó a U. G. y finalmente acudió al mejor médico de Bangalore, incluso se puso en tratamiento. Después hizo una serie de viajes con U. G. y su compañera Valentine, que la llevaron a Kodaikanal y allí se recuperó. Estuvo bien algún tiempo, pero tuvo una intensa recaída y luego toda una serie de

recuperaciones y crisis.

Seis meses después, en una etapa de claridad, volvió a Bombay y retomó los rodajes en Bollywood. Fue en diciembre de 1979. Mahesh empezó a verla en secreto, pero al final Parveen le pidió que eligiese: su gurú o ella. Con eso se acabó la relación: él sabía que no podía hacer nada más.

Supongo que yo la llamaría después de su ruptura con Mahesh, la verdad es que no me acuerdo, pero Parveen me escribió el 25 de noviembre de 1980 diciendo:

«Después de un largo silencio fue agradable escuchar una voz conmovedora. Lo peor ha pasado, vuelve a reinar la claridad. Se han sumado tantas cosas a eso que soy yo, y de una manera tan natural, que los temores y las inseguridades parecen haber desaparecido. (…) Quizá te guste saber que en mi interior sigue latiendo la alegría de vivir».

Me puse muy contento porque parecía estar normal otra vez, aunque sabía que su situación era inestable. Yo solo quería que fuese feliz.

La felicidad volvió a mi vida cuando me encontré con Persis Khambatta en Hollywood; la había conocido cuando trabajábamos en publicidad en Bombay, era una modelo de una belleza extraordinaria: con solo dieciséis años había ganado el concurso Miss India de la revista Femina. Había hecho dos pequeños papeles en películas inglesas y después se había trasladado a Hollywood. Cuando nos encontramos allí un par de meses antes de Ashanti, ella estaba rodando su largometraje más famoso, Star Trek: la película, interpretando a la teniente Ilia, un papel para el que tuvo que raparse el pelo como un monje budista. Estar calva no mermaba su belleza, al contrario, la favorecía de una manera espectacular. Intimamos como dos indios en Hollywood, reconfortados por la familiaridad de ser compatriotas lejos de casa aunque éramos muy diferentes. Cuando me siento atraído por una mujer solo veo lo bueno en ella; siempre hay señales de advertencia sobre lo que al final termina con la relación, pero yo nunca las veo. Persis era una chica dulce y amable pero enseguida me di cuenta de que no estábamos hechos el uno para el otro. Nuestra relación terminó cuando yo volví del rodaje de Ashanti, pero nos mantuvimos en contacto. Dos décadas después asistí a su funeral en una torre del silencio parsi en Bombay cuando falleció repentinamente con cincuenta años.

Sin aprender de mi pasado, volví a avivar la llama del amor sobre los rescoldos de la relación anterior. El día que terminé con Persis conocí a la mujer que se convirtió en mi siguiente esposa: Ixchel Leigh, a quien entonces llamaban Susan. Yo estaba harto de divas y ella era una atractiva chica americana sin pretensiones, con el pelo castaño y ondulado y ojos azules que se le achicaban al sonreír. La curiosidad espiritual de Ixchel fue aumentando con el tiempo, y después de estudiar con los mejores maestros se convirtió en una autoridad en aceites esenciales y aromaterapia. Actualmente vende sus mejores creaciones en www.artisanparfums.com. Las revistas del corazón indias dijeron que me había casado con ella para conseguir el permiso de residencia en Estados Unidos, pero no era verdad, fue un rumor que difundieron algunos envidiosos. Si yo fuese un hombre que planifica sus matrimonios me habría buscado una mujer

rica. Ixchel no era una sofisticada chica de Hollywood: era hija de un policía. Nos casamos en 1979 con una ceremonia que diseñamos nosotros mismos, junto a un lago repleto de flores de loto en el santuario Self Realisation Fellowship fundado por el yogui indio Paramhansa Yogananda en Sunset Boulevard. En 1981 nació nuestro hijo Adam, con la tez tan blanca como su madre, el mismo pelo castaño y ondulado, y los ojos tan azules que la gente nos paraba por la calle. Yo estaba loco por él. Ixchel era una gran madre y yo la quería aún más por eso; también era maravillosa con Pooja y Siddhartha cuando venían de vacaciones. Pero estar casada con un actor no debía ser fácil para ella, el mundo del cine es muy diferente a los demás: es duro sobrellevar la inseguridad.

Hollywood acabó por darme un papel de indio en la película de James Bond Octopussy: el personaje del villano que estaba toda la película luchando contra Roger Moore. Era la primera vez que se elegía a un actor indio para un papel importante en una película de James Bond. Las películas de Bond son la saga más antigua del cine y una de las más taquilleras. Su elegante combinación de armas, chicas, glamour y artefactos tiene miles de millones de admiradores en todo el mundo. El productor Cubby Broccoli, su hija Barbara y su yerno Michael Wilson, no repararon en gastos para que Bond siguiera volando alto: mi escena del final con Roger Moore encima de un avión se filmó en tres continentes. El despegue se rodó en Udaipur, nuestra pelea sobre el aparato se grabó en un estudio de Londres y el salto cuando yo me tiraba del avión lo hizo un paracaidista en Estados Unidos. Por eso las películas de James Bond son siempre tan sofisticadas.

Entre otros privilegios por actuar en una película de Bond, en 1983 conocí al príncipe Carlos y a la princesa Diana durante el estreno de Octopussy en Londres. Estábamos todos los actores alineados en el vestíbulo para recibir a los príncipes; se me escapa una sonrisa irónica al acordarme de aquel encuentro. El príncipe Carlos me estrechó la mano y yo le dije que era de la India.

—¡La India! —dijo sorprendido—. Tengo muy buenos recuerdos de Jaipur…

No escuché lo que decía después porque noté que la princesa Diana me agarraba la mano izquierda y al mirarla me deslumbró con su sonrisa. Fue un momento de apuro; no sabía si debía escuchar al príncipe e ignorar a la princesa o hablar con la princesa y dejar al príncipe con la palabra en la boca. El príncipe Carlos notó mi confusión, miró fijamente a Diana y siguió andando enseguida, obligándola a avanzar para mantenerse a su lado. Después coincidí con el príncipe Carlos en otras dos ocasiones, pero no volví a ver a la legendaria Diana. Siempre he admirado a Carlos, aunque nunca olvidaré la luminosidad que irradiaba Diana.

Otro dato interesante: los actores de las películas de Bond tienen que hacer promoción en distintos continentes. Roger Moore y Maud Adams salieron de gira por Estados Unidos y Europa, y a mí me enviaron a Sudamérica con dos de las chicas Bond. En Río de Janeiro conocí a Ronnie Biggs, famoso por el asalto al tren correo de Glasgow en 1963, conocido como «el robo del siglo». Se había fugado de la cárcel en Inglaterra y llevaba casi veinte años viviendo en Brasil. Ronnie me enseñó una camiseta de recuerdo que decía «Río: ¡un sitio fantástico para escaparse!», sacó un rotulador, y con una sonrisa pícara escribió: «¡Incluso para el Ladrón de Bagdad!», mi primer personaje en Hollywood. Luego la firmó con una enorme rúbrica: «Ronnie Biggs». He guardado la camiseta cuidadosamente desde 1983.

Ese año me llegaron noticias muy inquietantes de Parveen: al llegar a Nueva York había armado un escándalo en la aduana, la habían detenido y recluido en un sanatorio mental. Me han dicho que le diagnosticaron un trastorno maniaco depresivo. En esa época U. G. Krishnamurti estaba viviendo en Estados Unidos y Mahesh le pidió que la rescatase. Mahesh siempre ayudó a Parveen cuando tuvo problemas en el extranjero. Parveen le había apoyado cuando su carrera en la India se vino abajo y él le estaba muy agradecido. U. G. consiguió que la dejaran salir y, según he sabido después, Parveen pasó muchos años con él y Valentine en Houston. En aquel momento me pregunté cómo le iría en Estados Unidos con su delicado estado mental temiendo que fuese una experiencia dura para ella.

Sin embargo tampoco eran momentos fáciles para mí. A pesar de la fama por haber peleado con Bond encima de un avión, desde 1984 mi carrera no remontó el vuelo durante años. Hice un papel tras otro como artista invitado en once series de televisión como Dinastía con Joan Collins, El coche fantástico con David Hasselhoff, y Se ha escrito un crimen con Angela Lansbury. En algunas tenía papeles importantes, como en la telenovela Una vida para vivir, en la miniserie Irán: Vida o Muerte (En alas de las águilas), protagonizada por Burt Lancaster, y en la divertida Los días y las noches de Molly Dodd, aunque en conjunto fue muy poca cosa comparado con lo que me había imaginado.

Cuando llegó 1988, mi relación con Ixchel ya había terminado; ella tenía muchas virtudes maravillosas, pero ya no había química ni comunicación entre nosotros, ya no éramos felices como pareja. Además yo fui infiel, pero contaré esa historia en otra ocasión. En resumen: nos divorciamos, y para mí fue otra vez un proceso penoso. Llegamos a un acuerdo sobre su pensión y los gastos de manutención de Adam, y yo busqué la compañía de otras mujeres. Una era demasiado absorbente, otra demasiado dependiente; una de ellas era profundamente espiritual y seguimos siendo amigos. A pesar de los momentos felices, nada llenaba mi vacío interior ni acababa con mi temor al fracaso. Mi vida personal era un desastre y mi vida profesional también. Pedí al universo que me mostrase el camino.

La respuesta no tardó en llegar. En febrero de 1988, cuando estaba en Hawái rodando la serie Magnum P. I. con Tom Selleck, me sorprendió escuchar el teléfono en mi habitación del hotel. En Honolulu se estaba poniendo el sol y el mar desprendía reflejos dorados cuando respondí. Era Rakesh Roshan, Guddu, que me llamaba desde la India. Desde que habíamos trabajado juntos en Seema se había hecho muy famoso como director y productor. Después de los saludos y las bromas fue al grano:

—Quiero que seas el protagonista de mi próxima película —anunció en tono solemne.

—¿Por qué yo, Guddu? —le pregunté sorprendido—. ¿Hay huelga de galanes en Bollywood?

Él soltó una carcajada.

—Te lo voy a explicar, Kabir. En mi película el galán resulta ser el villano, así que no hay ningún galán que quiera hacerlo. Si elijo a uno de los villanos habituales no habrá ninguna sorpresa. Tú eres perfecto. Nadie sospechará de ti, puedes hacer cualquier papel.

—¿Y quién es la primera actriz? —le pregunté; siempre es un factor importante.

—Rekha —dijo, y me dejó patidifuso. Era una actriz mítica, inolvidable en Umrao Jaan (La cortesana), de Muzzafar Ali. ¿Qué más se podía pedir? Agradecí mucho a Rakesh Roshan que me eligiera para su película y todavía lo sigo haciendo.

Su película Khoon Bhari Maang se convirtió en mi mayor éxito en Bollywood. Rekha estuvo maravillosa interpretando a una esposa siempre comprensiva que se transforma en un ángel vengador. Yo conocía a Rekha desde los años 70 porque ella también vivía en Beach House. A pesar de su éxito inicial con Sawan Bhadon, en Bollywood la veían como a un patito feo, una actriz regordeta con la tez oscura típica del sur de la India. Pero Rekha hizo que se tragaran sus palabras: película por película se transformó en un cisne. Cuando trabajé con ella en 1988, Rekha era una de las reinas de Bollywood, ganadora de un premio Filmfare y otros premios nacionales. Con Khoon Bhari Maang recibió su segundo premio Filmfare. En el rodaje se mostraba tímida y prefería estar sola; yo intenté hacer de mediador entre ella y Shatrughan Sinha, que también actuaba en la película, para que hicieran las paces sobre un viejo desacuerdo, pero fracasé miserablemente. Ella se negó a hablar con él, aunque él estaba más que dispuesto. Rekha parecía una Greta Garbo ermitaña.

Una pequeña digresión: Bollywood ha perfeccionado el arte de intercalar canciones en los guiones, ya sean tragedias, comedias, películas de terror o de acción, y tengo una buena anécdota sobre la industria del cine indio. Después del éxito de Khoon Bhari Maang, una de las películas que hice fue Kurbaan; cuenta el conflicto entre dos hombres importantes de un pueblo, dos amigos que se enemistan sobre el trasfondo de la historia de dos jóvenes enamorados. Los productores me dijeron que era «un duelo de gigantes» entre Sunil Dutt y yo. Fue muy emocionante trabajar junto a Sunil, uno de mis ídolos de siempre. Le adoraba desde los once años, cuando le vi en Madre India; recuerdo su grandeza de espíritu. Los productores me pidieron que les sugiriese a «debutantes» para interpretar a los jóvenes y pensé en Salman Khan, que acababa de protagonizar sus primeras películas. Mientras el rodaje de Kurbaan progresaba lentamente «por entregas», las primeras cuatro películas de Salman tuvieron mucho éxito, y de repente se prepararon nuevas escenas y más canciones para los jóvenes amantes de nuestra película, hasta el punto de que Sunil Dutt y yo nos convertimos en comparsas. Salman no tuvo nada que ver en todo eso, los productores intentan maximizar los beneficios, es parte de su trabajo. Salman dio el campanazo en la taquilla y se convirtió en el actor más popular de Bollywood. Entre los galanes indios más famosos, Salman Khan destaca por su gran corazón. Siempre le he querido mucho.

En occidente a la gente le parecía raro que en la India los actores hicieran varias películas al mismo tiempo; así es como funcionaba entonces. Las distribuidoras que financiaban las películas daban el dinero a plazos a los productores para ver qué habían filmado antes de darles más, por eso la mayoría de los rodajes duraban años. Para cubrir los huecos todos los profesionales trabajaban en otras películas, desde los actores hasta los cámaras y los directores. El mayor problema de cualquier productor era sincronizar las agendas de todos para programar los rodajes.

Un día de 1989, en el plató de una película de Bollywood, escuché que alguien comentaba: «Parveen Babi ha vuelto a la India». Me alegré al oírlo porque llevaba seis años «desaparecida», pero cuando leí la prensa me preocupé mucho. Parveen había acusado al actor Amitabh Bachchan —con quien había hecho doce películas— de ser agente de la CIA, traficante de drogas y mafioso internacional. La prensa la ridiculizó y, aunque el mundo del cine se

compadeció de ella, se quedó totalmente sola. Pensé en ir a verla pero, como tantas cosas en la vida, nuestro encuentro se produjo accidentalmente.

Coincidí con Parveen en el hotel Holiday Inn de la playa de Juhu, la vi tomando el sol junto a la piscina. Había cambiado tanto que costaba reconocerla; sus ojos oscuros seguían preciosos, tenía la melena lustrosa y la piel inmaculada pero su cuerpo no parecía el mismo: había engordado mucho y tenía la cara casi redonda. Me dio un vuelco el corazón, me dolió verla tan cambiada. Me parecía increíble que fuese la misma mujer a la que había amado tan profundamente algo más de diez años antes.

—Hola, Kabir —dijo sonriendo sorprendida cuando la saludé; parecía contenta de volver a verme.

Se incorporó trabajosamente en la tumbona y se tapó con una toalla. Me di cuenta de que estaba abochornada y tuve la sensación de que lo había pasado mal, las burlas de la prensa deben haberle dolido.

—¿Cómo estás? —le pregunté de corazón.

—Todos piensan que estoy loca —respondió con amargura.

Yo no supe qué decir y le respondí con cautela, no quería que se enfadase:

—La gente no acierta siempre, y cada uno tiene su opinión.

Ella se giró hacia mí con un relumbrón en sus ojos negros, una mirada que yo conocía bien.

—Tú también crees que estoy loca, ¿verdad? —bufó, pero no levantó la voz—. Eres igual que los demás —añadió cogiendo aliento—. Eres uno de ellos, lo sé. No quiero volver a hablar contigo nunca más. Déjame en paz… Vete.

—Parveen… —empecé a decir apenado, sin saber cómo continuar.

—No te molestes, Kabir —replicó cortante—. Puedo cuidarme sola.

Era lo mismo que me había dicho muchos años antes, el día que empezó nuestro romance.

A través de amigos del mundo del cine me enteré de que trabajaba como diseñadora de interiores y le iba bien con sus clientes. Me alegré de que estuviera haciendo carrera en otra cosa; sabía que tenía un apartamento en Juhu y que su mánager, Ved Sharma, todavía trabajaba para ella, así que me imaginé que no tenía problemas económicos. Me importaba que se sintiera segura aunque nuestra relación hubiera terminado tiempo atrás.

El amor volvió a mi vida un año después, y lo hizo en forma de amor prohibido. En 1990, Nikki fue mi Desdémona cuando hice Otelo de Shakespeare dirigido por Alyque Padamsee. Ella era perfecta para el papel: con los ojos azules, el pelo rubio y la tez blanca; parecía tan inglesa como su madre, Jean. Su padre, Arvind, era indio, hijo de Sumant Moolgaoker, el brillante ingeniero que creó Tata Motors. La pasión entre Otelo y Desdémona en el escenario se trasladó enseguida

a nuestras vidas, pero ella estaba casada y mientras lo estuvo nos esforzamos por ocultar nuestros sentimientos delante de los demás. Alyque gritaba pidiendo más pasión en los ensayos mientras nosotros fingíamos que no la había. La magnífica interpretación de Vijay Crishna en el papel del malvado Yago también fue muy aplaudida. Al final, el amor siempre se abre camino: nos casamos tres años después en Bombay, el 7 de enero de 1993, en una ceremonia oficiada por mi padre, Baba Bedi, junto al estanque Banganga, rodeados por templos milenarios y la luz parpadeante de mil lámparas de arcilla. Ese mismo día hubo graves disturbios en Bombay con consecuencias de las que hablo en otra historia.

Nikki y yo nos atraíamos como imanes. Era una chica inteligente, elocuente y muy culta; aunque adoraba sus raíces indias, era inglesa hasta la médula. Puede que mi sangre inglesa tuviera algo que ver con la atracción. Qué divertida era y qué buena química teníamos; sus carcajadas se oían por toda la calle, y el introvertido que hay en mí amaba a la extrovertida que había en ella. También éramos polos opuestos en otros sentidos: yo era alto y más bien reservado, ella era menuda y muy comunicativa. Socialmente formábamos un gran equipo, y a los dos nos encantaba trabajar en el mundo del espectáculo.

Los primeros años de la década de los 90 fueron una época de renovación profesional. Al igual que Parveen encontró una nueva vocación en el diseño, mi vida también se transformó. En 1991 los italianos volvieron pisando fuerte, y Paola Bonelli, mi célebre agente italiana, me dio una alegría tras otra. Hice de guerrero indio en Los misterios de la Jungla Negra, una serie de aventuras ambientada en tiempos de las colonias británicas, y luego hice de marroquí en la película Más allá de la justicia, protagonizada por Rutger Hauer, donde volví a ver a mi amigo Omar Sharif —a quien conocía desde Ashanti. Al año siguiente nos encontramos otra vez en la miniserie El valle de los leones, basada en una novela de Ken Follet y protagonizada por Timothy Dalton.

Omar Sharif y yo nos hicimos buenos amigos durante los rodajes de las tres películas en las que coincidimos. Fue el primer actor asiático que se hizo famoso en Hollywood y para mí era una inspiración, aunque tenía sus rarezas. Cuando estaba rodando, todos los días organizaba una cena para diez personas, invitaba a los que le caían bien y si la conversación le aburría empezaba una discusión. Omar era un hombre muy inteligente, un extraordinario jugador de bridge que no soportaba a los idiotas y casi todas las noches había una bronca que terminaba con alguien llorando o con Omar marchándose furioso. Una vez se metió conmigo y se fue bufando, pero no volvió a ocurrir: me invitó a muchas cenas más y compartimos muchas risas cuando estábamos rodando. Para mí siempre será un icono.

En 1993 recibí más ofertas para trabajar en la India. Hice una interpretación antológica de Abraham en la serie Bible ki Kahaniyan (Historias de la Biblia) producida por Door Darshan, la cadena de televisión nacional, donde había comenzado mi carrera. Sin embargo, el gobierno del Partido del Congreso suspendió su emisión debido a las presiones de un grupo musulmán que rechazaba la visión cristiana de la historia de Abraham, que también es uno de los profetas del islam. Los políticos siempre protegen sus canteras de votos. Por suerte me esperaban grandes satisfacciones.

En la India hice una miniserie italiana, La hija del maharajá, junto a Hunter Tylo, una de las actrices más famosas de Belleza y poder, una serie de la CBS. La revista People la había

clasificado en dos ocasiones entre las cincuenta mujeres más atractivas de Estados Unidos, y su talento estaba a la altura de su belleza. La prensa india pensó que teníamos un romance, aunque no era cierto: ella estaba embelesada con el especialista indio que la había salvado de la mordedura de una serpiente mientras rodaban. El hombre la siguió hasta Hollywood y le pidió que se casara con él, pero ella le rechazó sensatamente. Mi interpretación en La hija del maharajá le gustó mucho a Brad Bell, el dinámico productor de la CBS, y me llamó para trabajar con Hunter en Belleza y poder. Era una de las series con mayor audiencia del mundo, en aquella época solo la superaba Los vigilantes de la playa. Durante casi un año, más de 350 millones de personas me vieron como el príncipe marroquí Omar. Fue otro hito en mi carrera: las cartas de mis fans no cabían en el buzón, mi fama se extendió por todo el mundo y Hollywood me tentó de nuevo. Me quedé en Los Ángeles para ver qué podía ofrecer la meca del cine a un actor con prestigio internacional.

Sin embargo, como dijo mi ídolo John Lennon: «La vida es eso que pasa mientras tú estás haciendo otros planes». En 1995 me preocupé mucho otra vez cuando me contaron las cosas raras que hacía Parveen, pero debería haberme preocupado por mí mismo: ese año empecé a sufrir una serie de desastres profesionales, económicos y emocionales que acabaron con mis expectativas en Hollywood. Fueron experiencias traumáticas que me dejaron arruinado y hecho polvo, así que me marché de Estados Unidos y reconstruí mi carrera desde las cenizas de mis increíbles calamidades; lo cuento todo en la última historia. Mientras me recuperaba de mis descalabros en Hollywood, Italia y Bollywood volvieron a recurrir a mí. Entre las siguientes películas que hice destaca mi interpretación del legendario emperador Shah Jahan en Taj Mahal: una historia de amor eterna, del director Akbar Khan.

Las leyendas se forjan con el paso del tiempo. A Marilyn Monroe no se la recuerda por su talento como actriz ni por batir récords de taquilla, pero tenía esa sutil aura de misterio que rodea a los actores míticos. Lo mismo ocurrió con Parveen, quien creó una imagen de mujer sexy radicalmente distinta de la que tenían entonces las actrices famosas en la India. Eran tiempos de cambios y eso le vino bien. Cuando empezamos nuestra relación en los años 70, las películas de Bollywood duraban muy poco en la cartelera y enseguida pasaban a la historia aunque tuvieran mucho éxito. Pero eso cambió con la llegada de la era digital: entre los años 90 y los comienzos del nuevo milenio, los viejos éxitos se repusieron en la televisión, se editaron en DVD y se difundieron a través de internet. Cuando las nuevas generaciones la descubrieron, Parveen Babi se convirtió en un símbolo imperecedero.

Sandokán fue una leyenda desde el principio, se repuso muchas veces en la televisión italiana y se mejoró remasterizándolo con las nuevas tecnologías. Su legado se amplificó con varias secuelas: Sandokán al rescate, El retorno de Sandokán y El hijo de Sandokán. Los mayores rememoraron la serie y los jóvenes la descubrieron: desde las abuelas hasta los nietos, en Italia todos conocen y adoran a Sandokán.

Mientras rodaba una película de Bollywood en enero de 2005 recibí una noticia que fue como una descarga eléctrica: Parveen había fallecido. La pena todavía me abruma al pensar en aquel momento. Recordé nuestros días de amor y fama en Europa, lo muchísimo que nos quisimos y sus desesperados esfuerzos por mantener la cordura; recordé a la estrella que había iluminado la gran pantalla y había sido portada de Time. El emperador Shah Jahan construyó el Taj Mahal para inmortalizar su amor durante siglos, pero el nuestro no había soportado las tormentas de

unos cuantos años turbulentos. Sin embargo no fue por falta de empeño. He conservado sus cartas todos estos años. Quisimos amarnos para siempre pero los vientos fueron más fuertes que nuestras alas.

Después me enteré de cómo había muerto Parveen. Estaba en su apartamento de Juhu; llevaba cuatro días muerta cuando encontraron su cadáver, tenía una pierna podrida por la gangrena y junto a la cama había una silla de ruedas. Un final trágico y solitario para una actriz que había sido la fantasía de millones de personas. Tres hombres que la habíamos conocido y amado —Mahesh, Danny y yo— fuimos a su entierro en el cementerio musulmán de Juhu. Fue una ceremonia solemne con todos los ritos funerarios islámicos, y llevamos su cuerpo hasta la tumba acompañados de sus familiares. Sentí una profunda congoja por todo lo que había sufrido. Nosotros la habíamos conocido de maneras que pocos se imaginaban, y los tres la habíamos amado como solo cada uno sabía.

OLÈ: KABIR BED
HA CONQUISTATO MILAN



IL BASTONE DI PAPÀ Milano, ore 14: Kabir Bedi e la fidanzata Parveen Bebi sono accolti all'aeroporto dal padre dell'attore. Ammalato alle gambe, Baba Bedi cammina col bastone. Non vedeva il figlio da un anno.



SUBITO UN PREMIO Sesto San Giovanni, ore 21 Bedi riceve il primo pre « eroe del mondo dello spettacolo ». Glielo hanno conseg signora Ljuba Rosa Rizzoli e il sindaco di Sesto, Liberc



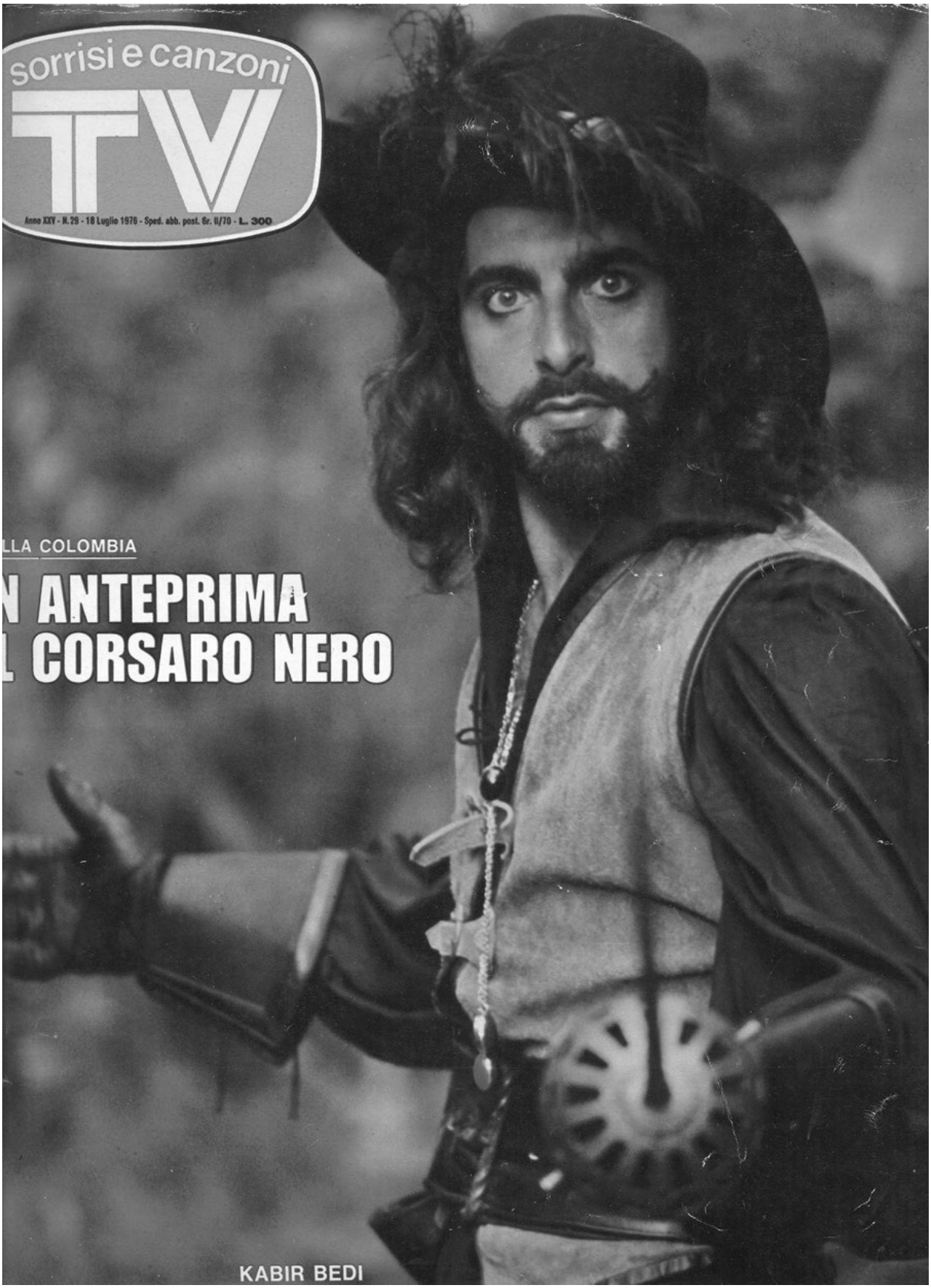


Kabir y Parveen en Italia



Con fans en España

sorrisi e canzoni
TV
Anno XXV - N. 29 - 18 Luglio 1976 - Sped. abb. post. Gr. II/70 - L. 300



LLA COLOMBIA

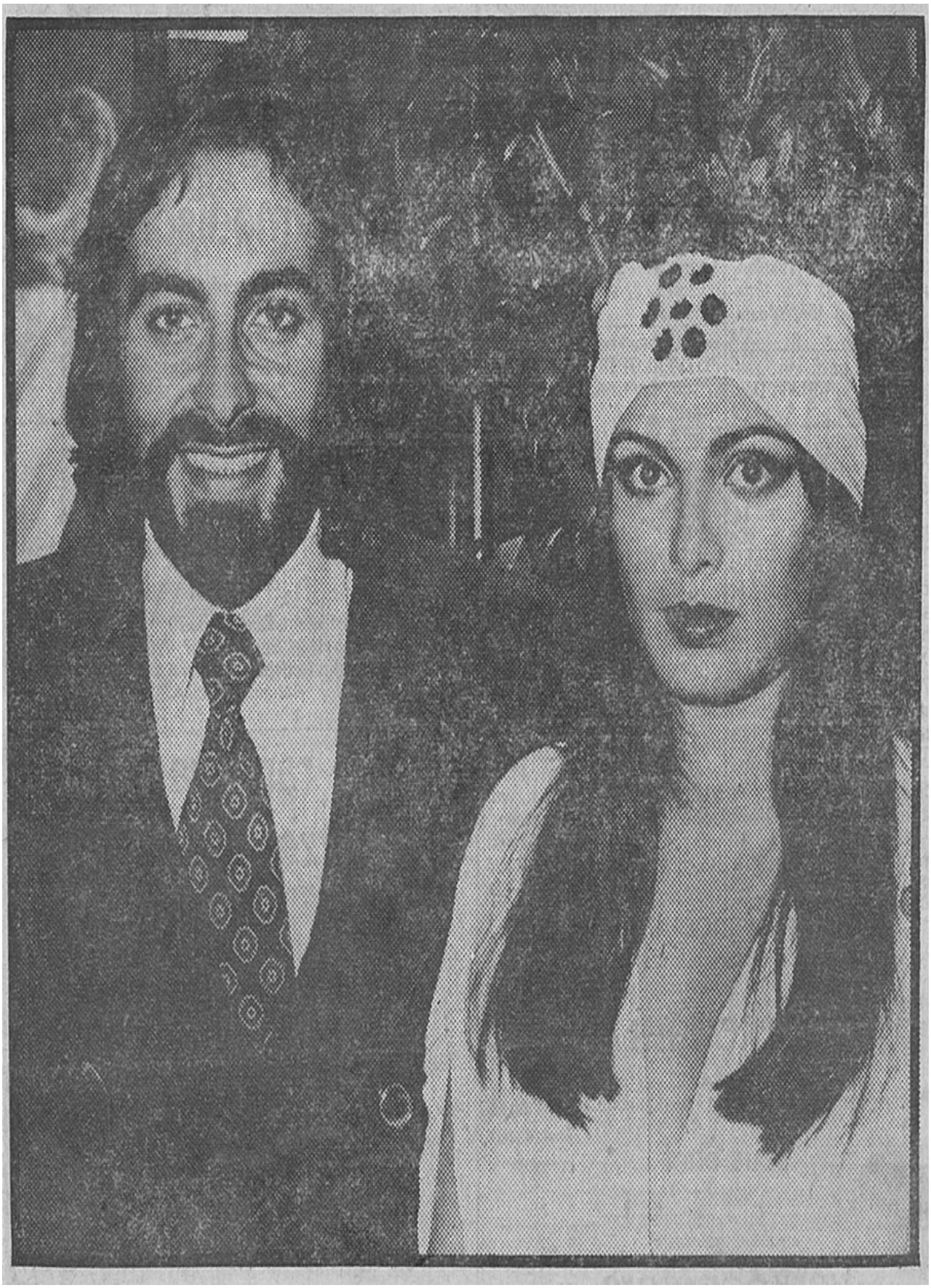
N ANTEPRIMA
L CORSARO NERO

KABIR BEDI

En el papel del Corsario Negro


SANDOKAN
TV
il Giornale
LA NAZIONE
TEMPO
GENTE
Radiocorriere
DAILY AMERICAN

Kabir en la prensa



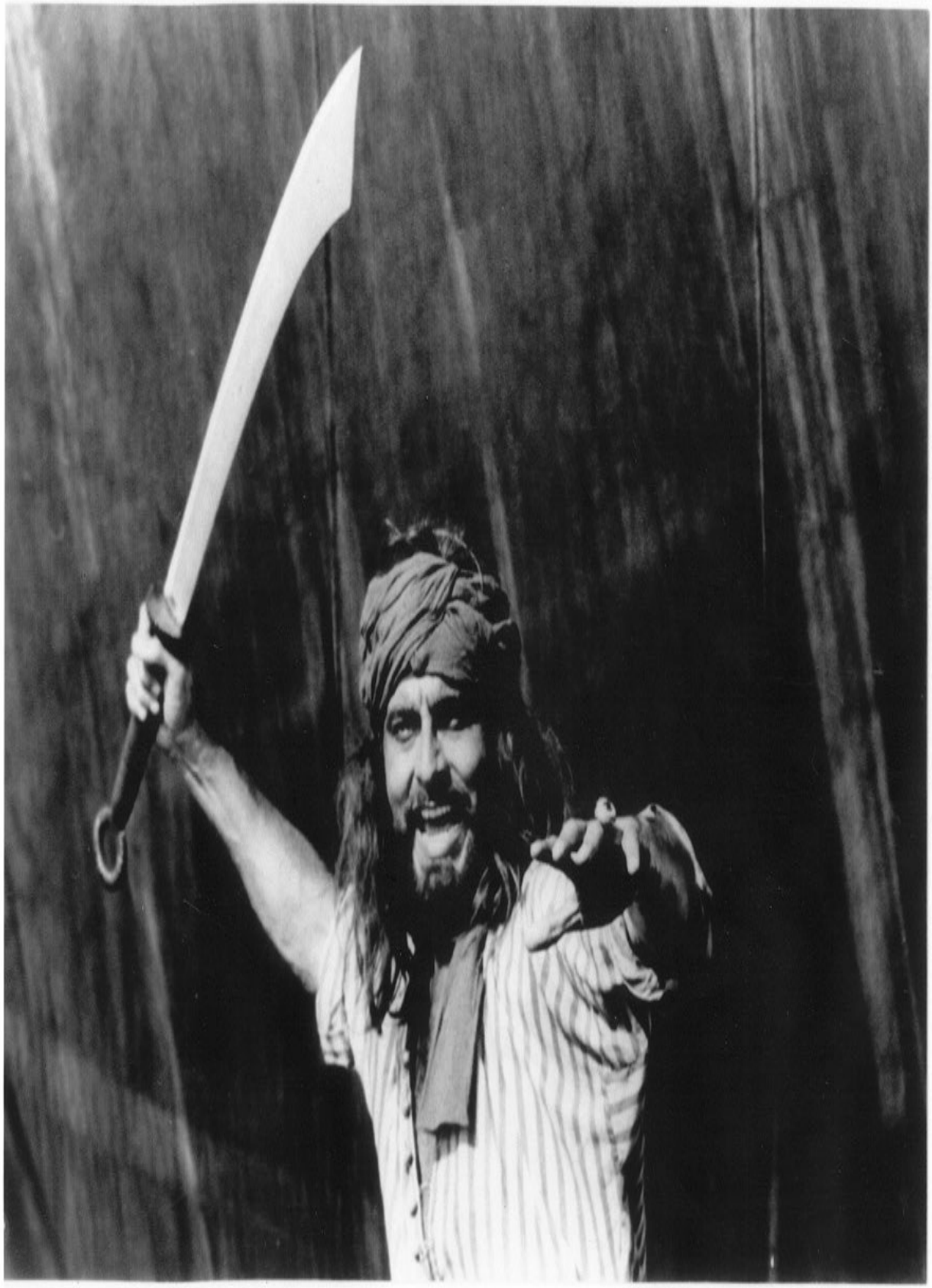
Kabir y Parveen en Europa



El director Sergio Sollima durante el rodaje de Sandokán



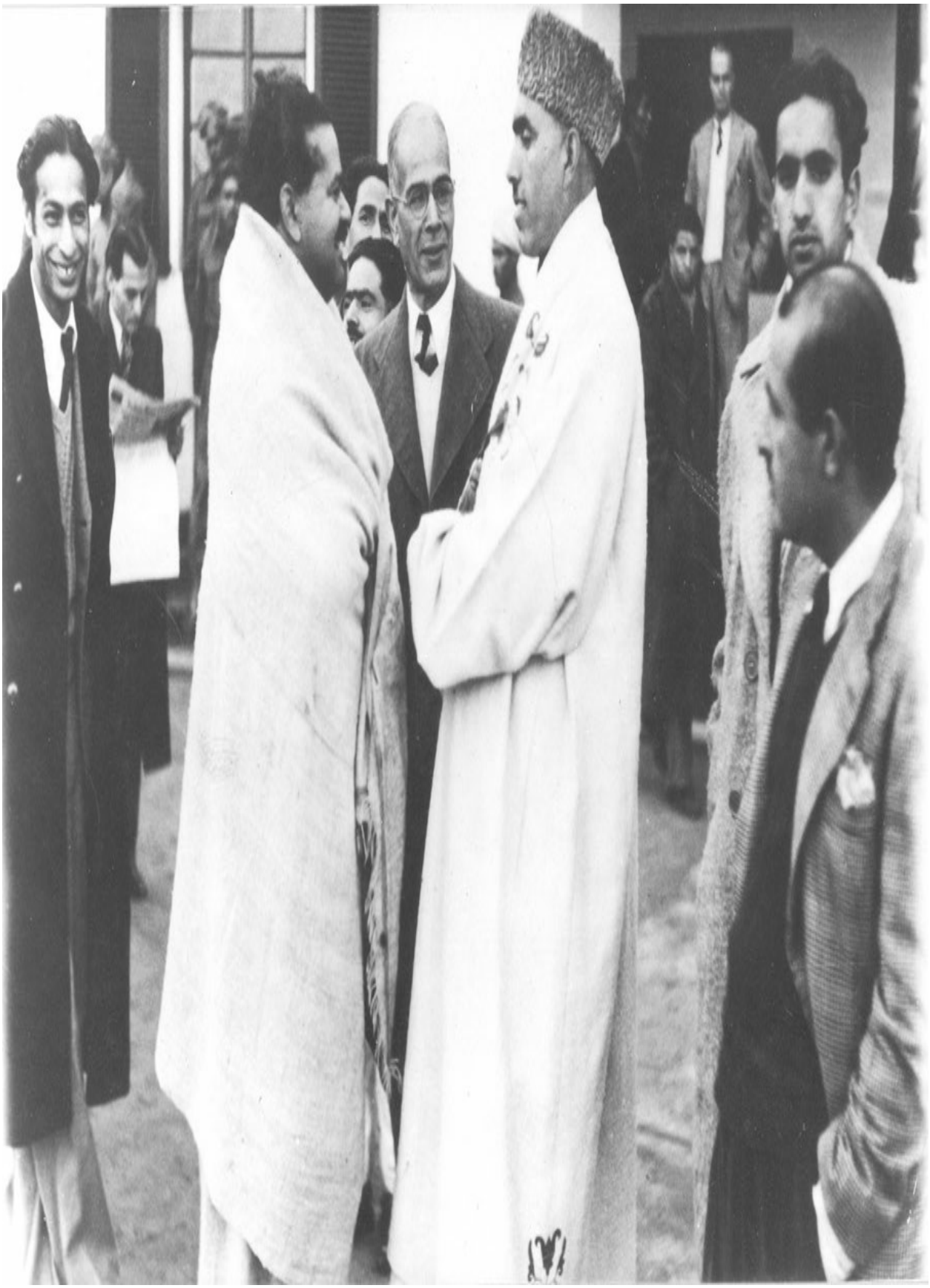
Kabir y Carole André



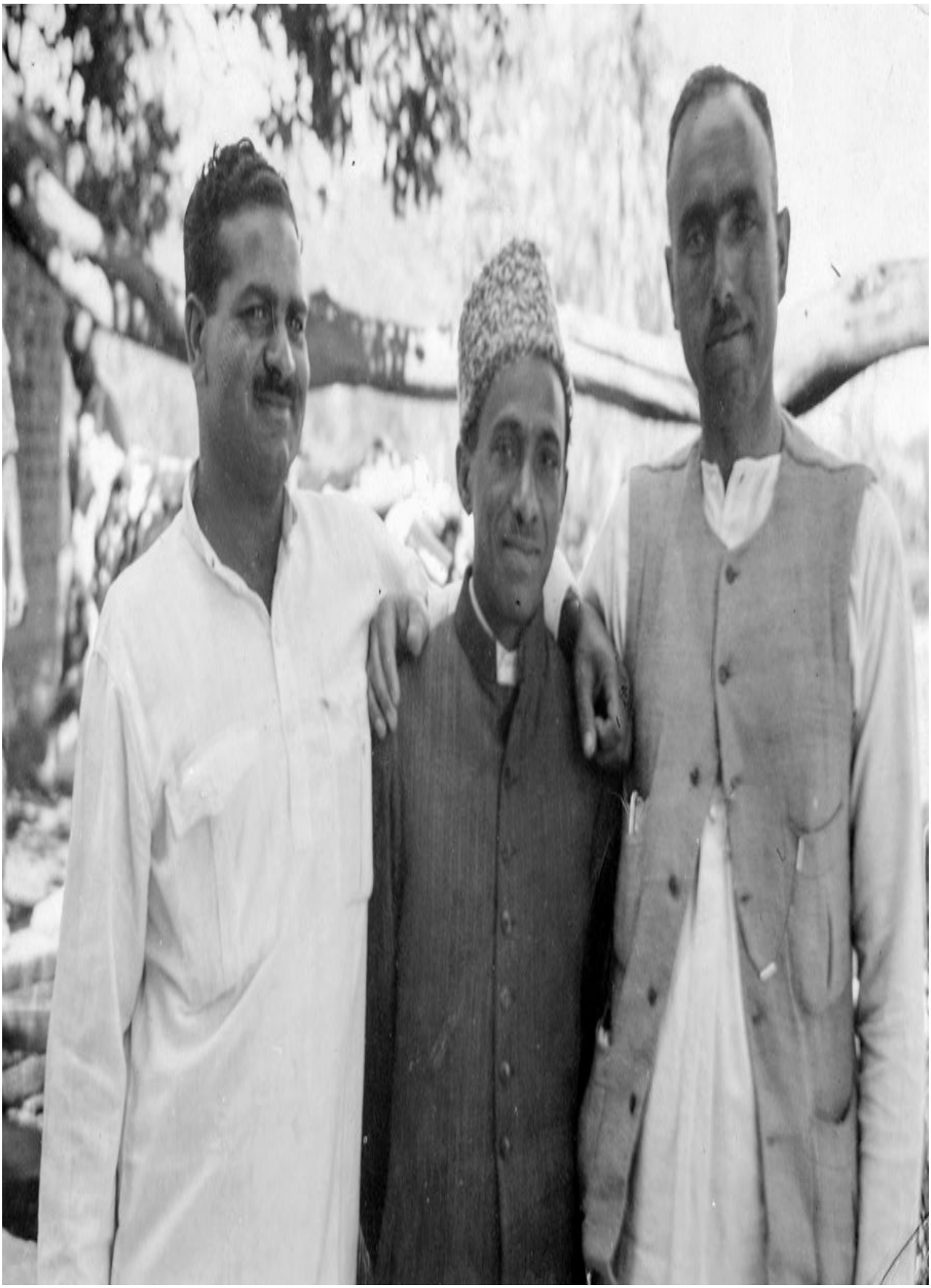
Kabir en el papel de Sandokán



Freda y Baba Bedi en Cachemira



Baba y Sheikh Abdullah



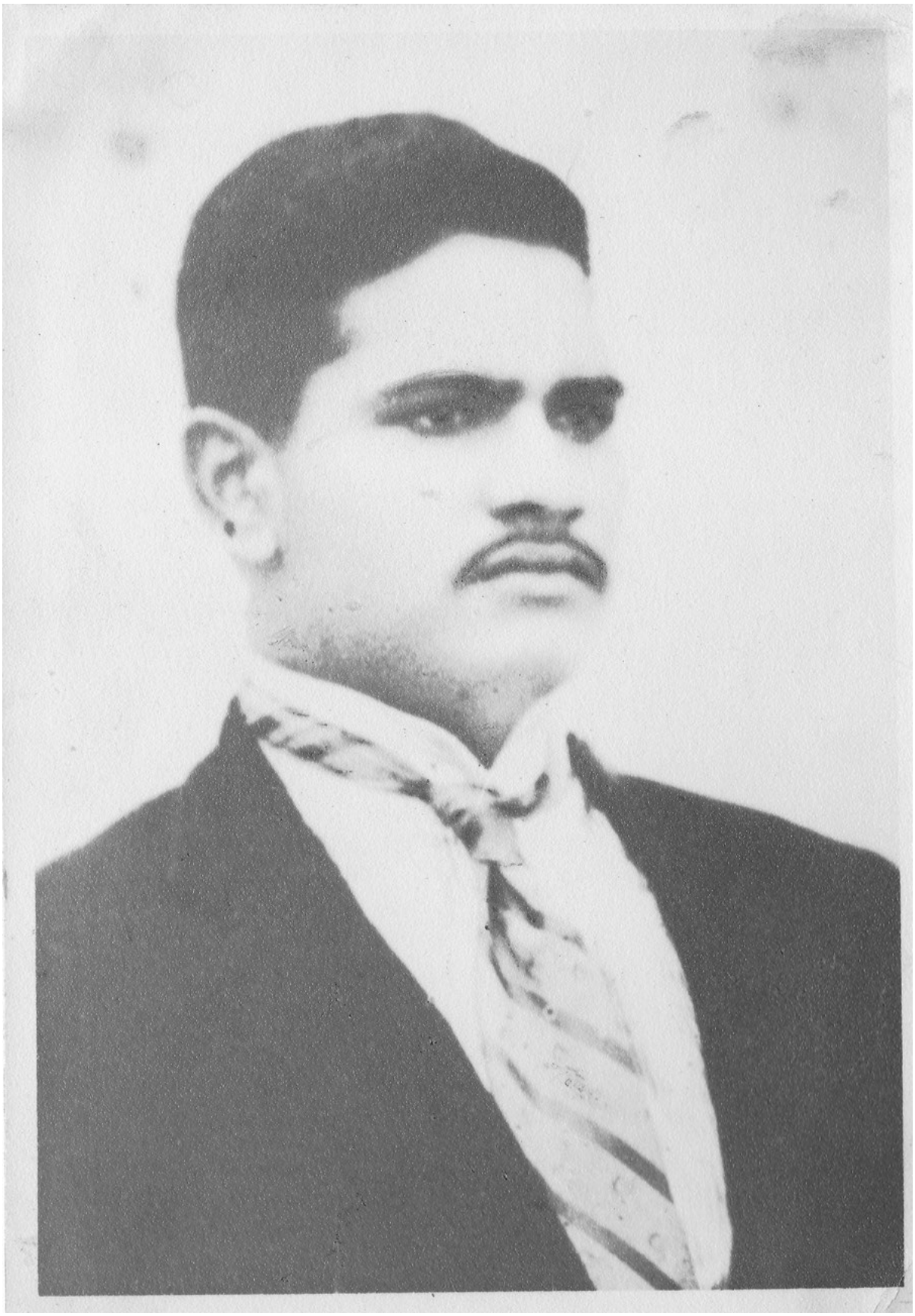
Baba con Hafeez Jalandhari y Sheikh Abdullah en Lahore



Freda Bedi en los años 30



Kabir y su hermana Guli



Baba Bedi en Oxford en 1933



Freda y Kabir

Capítulo 4

DE LA REVOLUCIÓN A LA RELIGIÓN

Baba y Freda

Los recuerdos que muchos guardamos con más cariño son los de nuestros padres y los lugares donde crecimos, las vivencias que jalonan los años en que somos más impresionables, los acontecimientos que nos convierten en quienes somos: aquel joven que salió a ver el mundo con setecientas rupias en el bolsillo. Recordamos esos momentos con alegría y tristeza, risas y lamentos, ensoñaciones y remordimientos.

Tengo recuerdos muy emotivos de Cachemira, el paraíso terrenal de los emperadores mogoles que gobernaban la India hace siglos. Los mogoles se enamoraron de las montañas nevadas y los fértiles valles de Cachemira y construyeron grandes jardines de recreo alrededor del fabuloso lago Dal. Cuando yo era pequeño y vivíamos en Srinagar, la capital, mi shangri-la personal era nuestra casa, que se llamaba Darul Aman, «la morada de la paz»; era una casa grande con tejado a dos aguas que el gobierno había cedido a mis padres. Recuerdo un camino de entrada con nieve amontonada a los lados, y lo que a mí me parecía un jardín infinito de plátanos orientales, con grandes hojas de cinco puntas y las ramas entrelazadas formando un dosel verde que me protegía del sol. Muchas tardes me acurrucaba somnoliento en la hendidura de un tronco y entraba en el mundo de mis sueños, volaba sobre montañas y nubes hasta lugares mágicos en lejanos países, y mi imaginación seguía volando incluso después de despertar. Nuestro cocinero Budh Singh, que era muy charlatán, me decía que yo era el comandante en jefe del ejército indio, y me lo creía porque cuando me llevaba al colegio rodeando el lago Dal yo iba saludando a todos los soldados que nos cruzábamos y ellos me devolvían el saludo. Por las mañanas me sentaba en el váter mirando al cielo y saludaba a todos los aviones que pasaban, totalmente convencido de que ellos también me saludaban. A veces trepaba por la colina Shankaracharya y cuando llegaba a la cima jadeante y sofocado, con las piernas regordetas doloridas por el esfuerzo, me quedaba mirando las casas flotantes del lago con el viento y el sol dándome en la cara, y me sentía el rey del mundo allí arriba. No tenía ni idea de que mis fantasías de soberanía estuvieran basadas en la turbulenta situación política de Cachemira.

Mis padres se trasladaron a Cachemira en noviembre de 1947, cuando Sheikh Abdullah se convirtió en primer ministro después de derrocar al maharajá que gobernaba. Mi padre, Baba Bedi, era uno de los consejeros de confianza de Sheikh Abdullah y llegó a Srinagar con toda la familia. Los Bedi debían formar una caravana muy singular: Baba imponente, corpulento como una montaña, con un largo chal sobre los hombros y un holgado salwar-kameez[11] estilo afgano; Freda, mi madre inglesa, con la tez blanca y el pelo castaño, muy elegante con su sari de algodón con remates bordados; Ranga, mi hermano de trece años, con grandes hoyuelos en las mejillas; Budh Singh, nuestro musculoso cocinero, con sus cuatro pelos despeinados; mi abuela Bhabo-ji, que siempre vivió con nosotros, casi paralítica y redonda como una bola; Rufus, nuestro gran danés babeante, que era tan alto como un pony pequeño y barría todo lo que había en las mesas bajas cuando movía la cola; y yo, un niño introvertido de apenas dos años con los ojos color miel

y el pelo castaño. Recuerdo la sensación de una brisa deliciosa cuando me aventuraba tambaleante por el jardín a la sombra de los plátanos.

Yo no lo sabía, claro, pero desde finales de los años 30, una década antes de mi nacimiento, mis padres estaban colaborando con los antimonárquicos de Sheikh Abdullah para acabar con el régimen feudal del maharajá en Cachemira. Cuando vivían en Lahore construyeron una cabaña junto a nuestra casa para alojar a Sheikh Abdullah y a sus colaboradores: Bakshi Ghulam Mohammed, G. M. Sadiq y Maulana Masoodi, que venían con frecuencia y se quedaban unos días. En aquellos tiempos mis padres estaban comprometidos en la lucha política por la libertad y por la independencia de la India. Mi padre era un ferviente comunista y un gran orador, y mi madre había sido elegida personalmente por Mahatma Gandhi para la campaña de satyagraha, la resistencia no violenta. En 1946, un año antes de la independencia de la India, Sheikh Abdullah pidió a mi madre que fuese a Cachemira, quizá en una misión antimonárquica, y se citaron en las montañas de Haji Brar. Yo solo tenía nueve meses y me llevó con ella. Me lo contó en una carta que me escribió cuando cumplí diecinueve años:

«Siempre estuviste pegado a mí, arropado en tu pequeño moisés. No me separé de ti ni un minuto, íbamos juntos a todas partes».

Justo en esas fechas Sheikh Abdullah convocó otra acción del movimiento «Fuera de Cachemira» contra el maharajá Hari Singh y, según decía mi madre, estalló la tormenta:

«Enseguida encarcelaron a Sheikh junto a todos sus seguidores. Yo sentía la necesidad de hacer algo, pero no sabía qué. Decidí bajar hasta Srinagar. Es difícil encontrar palabras para describir aquel penoso verano. La policía quería que saliera de Cachemira porque sabía que papá y yo éramos amigos de los rebeldes, así que me enviaron una notificación para que me marchase. Respondí escribiendo por detrás del papel, diciendo que no aceptaba la notificación porque no reconocía la autoridad de quienes la emitían».

Fue un acto de valentía extraordinario para una mujer sola con un bebé en Cachemira. No tenía manera de saber cómo la trataría la policía si la arrestaban; podrían haber sido brutales con ella como habían sido con muchos de sus conocidos. Lo irónico es que quizá se salvara por ser inglesa: en Cachemira todos los asuntos los supervisaba el delegado del gobierno británico y no era partidario de arrestar a una mujer inglesa, habría sido muy mala publicidad. La policía estatal no dejó de seguirla a todas partes, aunque eso no la frenó en absoluto.

Yo participé en la resistencia en brazos de mi madre, oculto bajo el burka completo que se ponía. Freda llevaba mensajes a los miembros de la resistencia nacionalista cachemir escabulléndose por la puerta trasera de las casas que visitaba. Su carta terminaba con estas palabras:

«Aquel verano tú y yo estuvimos tan unidos como solo pueden estar una madre y su hijo (…). En octubre la policía ya se había dado cuenta de que no me iba a dejar avasallar, así que dejaron de molestarme. Entonces Sheikh me escribió desde la cárcel diciéndome que volviese a Lahore y dándome las gracias por todo lo que había hecho».

Fue un milagro que volviera sana y salva a Lahore conmigo en brazos sin que los esbirros del maharajá le tocaran ni un pelo. Sheikh Abdullah le derrocó un año después.

La lucha acabó en victoria, pero fue encarnizada hasta el final. Cuando los británicos dividieron el territorio indio en dos estados, India y Pakistán, al maharajá hindú de Cachemira le dieron la opción de unirse a uno u otro, pero el gobierno de Pakistán no esperó a conocer su decisión: consideraba que Cachemira era un estado musulmán y comenzó una ofensiva mal encubierta con un supuesto levantamiento de grupos tribales para hacerse con el país. El maharajá Hari Singh huyó a Jammu, la capital de invierno de Cachemira, y rápidamente firmó el Tratado de Adhesión con la India. Ese fue su último decreto como monarca porque mientras estaba en Jammu, Sheikh Abdullah inició un levantamiento ciudadano imparable en las calles de Srinagar que acabó con la autocracia del maharajá. El historiador Andrew Whitehead cita un titular del periódico Times of India: «La bandera roja del partido de la Conferencia Nacional ondea en todos los edificios públicos de la ciudad». Sheikh Abdullah fue nombrado primer ministro de Cachemira por Jawaharlal Nehru, el primer jefe de gobierno de la India independiente.

Cuando mi familia llegó a Cachemira, la India y Pakistán seguían su guerra salvaje. Las violaciones, el pillaje y los destrozos de los supuestos grupos tribales pakistaníes provocaron el éxodo de miles de personas a medida que la invasión avanzaba. Mi madre estuvo atendiendo a 17 000 refugiados de la guerra en campamentos improvisados. En su motivadora biografía de mi madre, The Spiritual Odyssey of Freda Bedi, Naomi Levine cuenta que: «Los sacerdotes y las monjas de Baramulla, la iglesia católica más antigua de Cachemira, fueron asesinados y arrojados a un pozo. Freda y un grupo de voluntarios estuvieron limpiando la iglesia profanada y los restos mutilados de las imágenes sagradas». A pesar de haber sido pacifista toda su vida, mi madre aprendió a manejar un rifle en la milicia femenina, que entrenaba a las mujeres para que pudieran defenderse solas de los invasores. La recuerdo sentada por las noches corrigiendo las calificaciones que ponían los maestros en prácticas cuando ella era profesora de inglés en la universidad estatal para mujeres de Srinagar. Siempre fue una madre cariñosa a pesar de todo el trabajo que tenía.

Cuando nos instalamos en la nueva casa frente al lago Dal, el ejército indio empezaba a hacer retroceder a los paquistanís, aunque esa operación no se completó porque Nehru acabó por ceder ante las presiones internacionales y declaró un alto el fuego el 1 de enero de 1949. Cachemira sigue siendo un país dividido, con dos tercios del territorio controlados por la India. Con el alto el fuego llegó la paz al país: era el momento de crear un estado progresista. Además de escribir para contrarrestar la propaganda paquistaní sobre la brutal invasión, Baba redactó una constitución para la nueva Cachemira, una constitución que Sheikh Abdullah calificó de «revolucionaria». Entre sus numerosos artículos de inspiración socialista incluía el reparto de las

tierras de los señores feudales entre los desposeídos. El historiador Andrew Whitehead afirma que la constitución escrita por Baba es «una de las medidas más radicales e igualitarias que se introdujeron en la India independiente». (Tengo que dar las gracias a Andrew, que es un experto en Cachemira, por las referencias y la documentación que aporta en su biografía de mi madre, The Lives of Freda Bedi). Es sorprendente que el Partido Comunista de la India, al que Baba estaba afiliado, lo expulsara por redactar esa constitución. Para el partido, la manera de conseguir sus ideales era la revolución violenta como había hecho en Telangana, en el sur de la India, y no mediante reformas legislativas como Baba había hecho en Cachemira. En una entrevista grabada, mi padre recordaba lo que les dijo: «Nunca he visto un enfoque tan estúpido como ese…». Su expulsión del partido debió de dolerle, pero él eligió seguir trabajando como consejero independiente con su amigo Sheikh Abdullah.

El 15 de septiembre de 1949 mi madre dio a luz a mi hermana Gulhima; su nombre significa «rosa de las nieves». Teníamos una niñera con la nariz ganchuda, Faiz Didi, que nos cantaba nanas en cachemir. Mi hermana Guli era un bebé adorable, de pequeño yo la describía como «la cara de la luna llena con un gorrito»: era creativo incluso entonces. Pero me daba miedo lo desconocido y me negué a ir al colegio Tyndale Biscoe cuando llegó el momento de empezar; tuvieron que pasearme en un pony por los alrededores durante una semana hasta que accedí a ir a clase. Así nació el gran amor que siempre he sentido por los caballos y ha sido tan útil en mi carrera.

En Cachemira fue donde tuve mi primer contacto con lo que se convertiría en mi profesión. La primera obra de teatro que vi fue Pathan (Pastún), yo tenía seis años y estaba maravillado con los actores; me impresionó sobre todo la interpretación de Prithviraj Kapoor. Luego se pasó a las películas de Bollywood donde hizo papeles inolvidables, como el del emperador mogol Akbar en Mughal-e-Azam, y dio origen a una estirpe de actores famosos: sus hijos Raj Kapoor, Shashi Kapoor y Shammi Kapoor, su nieto Rishi Kapoor, su bisnieto Ranbir Kapoor y sus bisnietas Kareena y Karishma Kapoor. Pero en aquellos tiempos se ganaba muy poco en el teatro y la vida de los actores era dura: cuando terminó la obra y salí con mis padres al vestíbulo vimos a Prithviraj Kapoor inmóvil en el centro, cerrando fuerte los ojos y con las manos extendidas pidiendo donativos vestido todavía con el chal y el salwar-kameez de los aldeanos pastunes. La gente le ponía dinero en las manos y se inclinaba ante él. Esa imagen de Prithviraj Kapoor pidiendo donativos con los ojos cerrados se me grabó para siempre en la memoria.

Mientras soñaba con países lejanos recostado en los árboles del jardín nunca imaginé que mi paraíso pudiera desaparecer como un espejismo, pero así ocurrió poco después de mi séptimo cumpleaños, cuando Baba puso fin a su relación con Sheikh Abdullah por su ambición política. En contra de los consejos de Baba, Sheikh Abdullah empezó a planear la independencia de Cachemira en 1952, y aunque Baba le advirtió que la India no aceptaría y que lo perdería todo, él no cambió de opinión. Mi padre no quería participar en nada que dividiese otra vez a la India y después de tantos años de estrecha colaboración se alejó de su amigo. Como Baba había previsto, a Sheikh Abdullah le arrestaron en 1953 y fue sustituido por el diputado de su partido Bakshi Ghulam Mohammad, que apoyaba la adhesión a la India. Para entonces mi familia ya se había marchado del país mágico de mi infancia para empezar una nueva vida, una vida más dura en Delhi, la gigantesca capital de la India.

Cuando nací, siete años antes de mudarnos a Delhi, en la India soplaban vientos de libertad. El

movimiento nacionalista indio cada vez era más fuerte, la sangrienta victoria de Inglaterra en la segunda guerra mundial había acabado con sus ganas de pelear en tierras lejanas. Churchill había salido victorioso de la guerra, pero se negó a «presidir el declive del imperio británico» y perdió inesperadamente las siguientes elecciones. La independencia de la India parecía inminente. Pero Mohammed Ali Jinnah, el líder del partido de la Liga Musulmana de la India, quería un país independiente diseñado para musulmanes, mientras que Mahatma Gandhi y Jawaharlal Nehru, los líderes del Partido del Congreso, querían mantener unido al país. Las tensiones entre hindús y musulmanes alcanzaron su punto crítico cuando yo vine al mundo el 16 de enero de 1946 en Lahore, la capital del Punyab antes de su división.

Mis padres me llamaron Kabir como símbolo de nuevos tiempos; mientras decidían mi nombre llegó a sus manos un libro de poemas de San Kabir traducido al inglés por Rabindranath Tagore, el primer asiático que fue Premio Nobel de Literatura. Kabir Das fue un santo musulmán del siglo quince venerado también por los hindús y considerado por unos y otros como el «hijo de Alá y de Rama a la vez». Sus sencillos versos mezclan el bhakti hindú (una doctrina de devoción a Dios) con el Ihsaan del misticismo sufí (amor a Dios y bondad), y el santo representaba la armonía social en la que creían mis padres, por eso me llamaron Kabir. Diez años antes de que yo naciera habían elegido el nombre de Tilak para su segundo hijo en honor al líder nacionalista Bal Gangadhar Tilak. Por desgracia murió antes de cumplir un año durante una epidemia de diarrea estival. Según decía mi madre en una carta:

«…fue uno de los puntos de inflexión en nuestra vida (…). En esa vida a la que nos habíamos entregado no era justo tener niños si no podíamos dedicarles toda nuestra atención».

A mí me trajeron al mundo cuando la libertad parecía garantizada.

Nuestra casa en las afueras de Lahore se llamaba «Las cabañas» y el nombre no era simbólico. Mi familia vivía en tres construcciones rústicas con techo de paja y paredes de adobe, sin electricidad ni agua corriente. Estaban mis padres, mi hermano mayor, Ranga, mi querida abuela Bhabo-ji y su hijo adoptivo Binder. También había dos perros pastores, Pug y Snug, y una simpática búfala, Miss Chambeli Clarabelle Cutty, que estaba atada por los alrededores para ordeñarla. Cuando nací, me dieron la bienvenida «con guirnaldas de flores y un tikka en la frente» en la puerta de una cabaña.

Justo después de mi primer cumpleaños, seis meses antes de la independencia en 1947, Jawaharlal Nehru escribió una carta a mi madre dirigida a «Las cabañas, Ciudad Modelo, Lahore». Nuestra casa en las afueras se había convertido en un símbolo; reflejaba el poco dinero que tenían mis padres pero también su solidaridad con los pobres de la India. Era un lugar de reunión, un adda donde se organizaban los luchadores por la libertad, los izquierdistas y comunistas. La policía los tenía vigilados, los atosigaban y a veces les daban una paliza. Después de la independencia muchos llegaron a ser políticos famosos, como el presidente de la India Giani Zail Singh, el primer ministro Inder Kumar Gujral, «el león de Cachemira» Sheikh Abdullah, el líder comunista Harkrishan Singh Surjit, y Pran Chopra, que fue el primer editor

indio del periódico Statesman. Otros se hicieron famosos por su talento creativo: el artista Satish Gujral, el actor Balraj Sahni, el prestigioso poeta paquistaní Hafeez Jullandhari, el escritor e historiador Khushwant Singh, el pintor B. C. Sanyal y su esposa Sneh, una apasionada izquierdista que me dio mi primer papel en una obra de teatro años después. Muchos de ellos, como mis padres, tomaron parte en el movimiento por la libertad sin esperar grandes recompensas. Todos tuvieron una vida interesante, pero la historia del controvertido amor de Baba y Freda, su boda en Oxford y los sacrificios que hicieron por la independencia de la India es de las más fascinantes que he oído. Y lo que yo presencié siendo niño, su impresionante transformación desde la revolución hasta la religión, también fue de lo más radical que he visto.

Treinta años antes de que yo naciera, Baba Bedi se casó con mi madre, la inglesa Freda Marie Houlston, en el Registro Civil de Oxford, y el secretario del registro se negó a estrecharles la mano: el racismo imperaba en Oxford en 1933. Fuera de las casas de huéspedes había carteles que advertían: «No se admiten perros, judíos, ni gente de color». Muchos estudiantes ingleses estaban indignados porque un indio se llevase a una de las chicas más guapas: Freda era una auténtica belleza inglesa de ojos azules y pelo castaño con una inteligencia excepcional que le permitía estudiar en Oxford con una beca. Los ingleses que intentaron acorralar a mi padre acabaron lamentándolo, no tenían mucho que hacer frente a un robusto atleta punyabí, campeón de lanzamiento de martillo de la India, con el encanto de Omar Sharif y un bigote parecido. También había aprendido lucha libre con Gama, que fue campeón del mundo. Los envidiosos menos violentos le demostraban su irritación con miradas despectivas, comentarios maliciosos y chistes racistas, pero él no se inmutaba por sus puyas ni su altanería. Como descendiente de gurú Nanak, el fundador del sijismo, Baba Bedi tenía su propia filosofía con el pedigrí de dieciséis generaciones.

Las historias de amor entre orientales y occidentales pasan por crisis previsibles. Mis padres tuvieron una seria discusión durante una merienda campestre en Oxford. Baba le pidió a Freda que pelase unas naranjas para él y ella se negó porque no quería mostrarse servil ante un hombre. Para Baba, que era punyabí hasta la médula, pedir eso a su novia era algo de lo más natural. Aquellas naranjas casi acabaron con su cariñosa relación. Por suerte para nosotros, sus hijos, llegaron a un compromiso: ella pelaría las naranjas si él no se las comía hasta que hubiera terminado. Se las comieron juntos y siguieron juntos durante décadas.

Mi padre tenía muchos encantos, pero su propuesta de matrimonio no fue de las más tentadoras: «No tengo nada que ofrecerte más que amor y este compañerismo que creo que ambos sentimos. Soy miembro del movimiento nacionalista de la India… Quizá pases años esperando a que yo salga de la cárcel durante nuestro matrimonio, pero te amo con todo mi corazón… ¿Querrías casarte conmigo?».

Freda había resuelto su conflicto de lealtades durante los meses anteriores: amaba Inglaterra, pero «odiaba el colonialismo», y le respondió sin vacilar: «Sí, da igual lo que traiga el futuro, lo asumiremos juntos». Esas sencillas palabras sellaron su compromiso y la adhesión de mi madre a la lucha por la libertad de la India.

El compromiso de Baba y Freda disgustó mucho a la familia Bedi. Baba y su hermano mayor, «T. D.» Bedi, parecían personajes de una película de Bollywood: unidos como hermanos pero en distinto lado de la ley. T. D. era magistrado y esperaba que Baba siguiera sus pasos y se hiciera

funcionario de la administración pública colonial, así que no le hacía ninguna gracia que Baba volviera a la India convertido en un revolucionario nacionalista y además casado con una inglesa, «¡qué vergüenza!». Baba recibió una carta suya rogándole encarecidamente que no se casara con Freda; esa carta se ha perdido pero el hijo de T. D., Inder Bedi, encontró la respuesta de Freda, que lo cuenta todo. Me parece increíble que mi madre tuviera solo veintiún años cuando la escribió. Aquí cito lo más importante:

Querido hermano,

Me imagino cómo te sientes al saber que tu queridísimo hermano ha decidido casarse con alguien que no es de vuestro país ni de vuestra raza, una extranjera a quien vuestra familia no conoce.

Tú quieres a tu hermano Baba tanto como le quiero yo, pero tú eres un hombre y yo una mujer, y aunque el gran amor que sentimos por él sea lo mismo en el fondo, para mí tiene además otro matiz: veo en Baba al padre de mis hijos, y me estremezco de ternura y pasión cuando pienso que algún día un hijo suyo mamará de mi pecho. Con el espíritu que nos une y la plenitud de nuestros cuerpos, los hijos que engendremos serán de los mejores.

No puedo convertirme en una mujer india y no puedo darle hijos de pura raza. ¿Tendrás prejuicios contra ellos solo por eso? Baba y yo somos del mismo país en espíritu, el color de la piel no tiene nada que ver. Cuando me enamoré de Baba supe que no era la primera vez. Nos hemos encontrado a pesar de las distancias, nos hemos amado antes, y después de esto nos amaremos de nuevo.

No me he criado entre comodidades y tampoco es comodidad lo que le pido al futuro, quiero servir, y servir de la mejor manera que puede hacerlo una mujer: junto a su marido y sus hijos.

Como te decía, no puedo transformarme en una auténtica mujer india, y sé muy bien que Baba sería un marido perfecto para algunas mujeres de allí, pero mi espíritu está con la India y no con Inglaterra, con Baba y no con un hombre de mi país. Mis hijos crearán un vínculo aún más sólido. ¿Me vas a negar tu comprensión por algo que no puedo evitar? Mi alma ya no está en mi país sino en otro.

Tu hermana,

Freda

Su carta conmovió a la familia Bedi y les dieron su bendición. Se casaron en el registro civil el 21 de junio de 1933, un día lluvioso. Fue el primer matrimonio entre estudiantes indios e ingleses que se celebró en Oxford. Freda era una belleza de veintidós años que parecía de porcelana y Baba un atractivo grandullón de veinticuatro, los dos estudiaban con becas y ninguno podía permitirse «ni un gran convite ni alboroto». Solo invitaron a tres personas: la madre y el padrastro de Freda, Nellie y Frank Swan, y el primo de Baba, Kuldeep Bedi. Años después Kuldeep también se casó con una chica inglesa, Anne, y su hijo Rahul Bedi es hoy un conocido periodista. En una vieja foto de periódico se ve a mi padre a la salida del Registro Civil sujetando caballerosamente un paraguas sobre mi madre, que llevaba un largo vestido blanco adornado con encaje de flores hasta el talle. Fue la última vez que mi madre usó ropa occidental, y rememora aquel día en Behind the Mud Walls (Tras las paredes de adobe), un libro que escribió en la India:

«Cuando salimos caía una cortina de agua; yo estaba disgustada porque no hacía sol el día de mi boda. “¡No te preocupes, la lluvia es un buen presagio en una boda india!”, dijo mi marido, y así fue, porque era un matrimonio condenado al fracaso por las leyes y los cánones sociales. Dos estudiantes enamorados que se negaban a reconocer las barreras de la raza y el color, unidos en su amor por la justicia y la libertad para los más desfavorecidos. A ojos del mundo, ese matrimonio era una locura sin ningún respaldo económico, social o religioso, pero el único matrimonio que ambos podíamos imaginar era un matrimonio basado en todo lo bueno que había en nosotros».

Durante los años que mis padres pasaron en Oxford, la lucha por la independencia de la India aparecía en los titulares de los periódicos. La ocupación de los ingleses ya duraba casi dos siglos, y la Conferencia de la Mesa Redonda de Londres trataba de ponerle fin. Mahatma Gandhi asistió a la segunda convocatoria y se entrevistó con el rey Jorge V vestido con sus sencillas ropas de aldeano. Winston Churchill se refirió a él llamándole «faquir medio desnudo» y Gandhi respondió que «el rey ya llevaba suficiente ropa para los dos». Ironías aparte, las tres Conferencias de Londres que hubo en los años 30 fueron un fracaso, pero la influencia de Gandhi siguió aumentando.

Baba conoció a Gandhi cuando habló ante el majlis de Oxford —una asociación de estudiantes indios de izquierdas— el 24 de octubre de 1931. Mi padre lo contó así en una entrevista:

«Me sentí tan desbordado por el amor y la devoción que simplemente me abrí paso entre la gente, me incliné y le toqué los pies. Esa demostración por parte de un estudiante indio, y además comunista, escandalizó a todos los asistentes. Aunque nuestros caminos fuesen distintos, nuestra ideología no era un obstáculo para que yo le adorase».

Años después Baba descartó la estrategia de desobediencia civil impulsada por Gandhi y se unió al Partido Comunista de la India. Pero el pacifismo de Mahatma Gandhi siempre fue una

inspiración para Freda. Cuando vivía en Sudáfrica y le echaron de un vagón de tren «solo para blancos», Gandhi tuvo una revelación que dio origen a su filosofía de satyagraha, la resistencia no violenta contra todos los opresores. En los años cuarenta, mi madre fue una de los satyagrahis que eligió para personalizar actos de rebeldía de carácter pacífico. Andrew Whitehead escribió que «como defensora de la justicia social, Freda estaba indignada por la manera en que se reprimía el nacionalismo indio, y como persona espiritual sentía una gran curiosidad por la cultura y la filosofía de la India».

Mi madre se quedó fascinada cuando vio a Rabindranath Tagore en Oxford. Fue un momento mágico para ella y lo recordaba en un artículo que descubrió Whitehead en el Tribune punyabí. Lo escribió cuando murió Tagore en 1941:

«Le vi por primera vez en Oxford dando una conferencia sobre alta filosofía ante algunos de los sabios y filósofos más respetados de occidente. Estaba sentado en una tarima baja, la luz dorada del ocaso le iluminaba el rostro formando una aureola alrededor de su pelo blanco. Me conmovió profundamente su entendimiento, su dignidad, la manera en que parecía destilar la esencia de la India y con ello la esencia de todo lo excelso y universal que hay en el ser humano. Creo que Tagore ha conseguido entender y explicar en occidente los anhelos del mundo oriental mejor que ningún otro indio. (…) Lo que irradiaba de su presencia era más convincente que las palabras de los conferenciantes famosos. La India antigua y la que estaba renaciendo latían al unísono en el corazón de Tagore».

Freda también se conmovió con las «clases magistrales de filosofía oriental» de Sarvepalli Radhakrishnan, que luego fue presidente de la India. En el fondo, la vida de mi madre fue una indagación espiritual.

Antes de trasladarse a la India, mis padres se arriesgaron a ir a Berlín. Le echaron mucho valor porque Hitler ya era canciller, el fascismo cada vez tenía más fuerza y Alemania empezaba a ser un sitio peligroso para una pareja de comunistas con distinto color de piel. Pero Baba tenía una beca de la universidad Humboldt y trataron de vivir sin destacar, aunque allí se encontraron inesperadamente con Netaji Subhash Chandra Bose, uno de los grandes luchadores por la libertad de la India. «Llegamos a conocer muy bien a Bose, y surgió una profunda amistad», recordaba Baba. Debió ser una amistad complicada para unos izquierdistas como mis padres, porque Bose admiraba a Hitler y esperaba su apoyo contra los ingleses, el enemigo común. En aquellos tiempos Hitler todavía no era el hombre que recordamos hoy: aún faltaban años para los horrores de la Segunda Guerra Mundial, los campos de concentración para los judíos y las cámaras de gas de Auschwitz, pero de todas formas los comunistas no lo pasaban bien en Alemania.

Su mayor alegría fue el nacimiento de mi hermano mayor, Ranga Trilochan Bedi el 13 de mayo de 1934. Le llamaron Ranga en honor al periodista Rangaswami Iyengar, un antiguo editor del diario The Hindu, y Trilochan, que significa «el que tiene el tercer ojo», porque era el primer nombre de T. D., el querido hermano de Baba. Sin embargo la alegría les duró poco porque el 2

de agosto de 1934 murió Hindenburg, el presidente de Alemania, y Hitler se proclamó jefe de estado y Führer. Baba enseguida se dio cuenta de que todos los izquierdistas corrían peligro de muerte, y mis padres huyeron de Berlín para unirse a la lucha por la libertad en la India.

Baba llevó a su esposa inglesa al Punyab para que conociera a los Bedi. Su padre había muerto cuando él era niño y la familia la dirigía mi indómita abuela, Mata Phool Kaur a quien llamábamos Bhabo-ji. Mi abuela era nieta del famoso Diwan Ramjas, que había sido «director del consejo privado», una especie de primer ministro del maharajá de Kapurthala. Para demostrar sus convicciones sobre la igualdad social, el Diwan había casado a su única nieta con el hijo de una antigua familia sij de Dera Baba Nanak. Bhabo-ji pasó de crecer en una familia de gobernantes a vivir en un pueblo, pero recibió a mi madre como a una reina. Freda se ganó a todos cuando tocó respetuosamente los pies de Bhabo-ji.

Mi abuela fue una suegra cariñosa y tenía sus motivos para serlo. Según la leyenda familiar, su propia suegra era una mujer terriblemente dominante y, en un enfrentamiento que fue decisivo, Bhabo-ji le había quitado de la mano las llaves de la casa familiar para asumir el control de su hogar. Ella quería ser diferente y siempre trató a Freda con respeto.

Sin embargo, la vida en el seno de una «familia extensa» tenía algunos inconvenientes, como descubrió mi madre y contaba en sus memorias:

«Cuando me fui de Inglaterra ya me vestía con saris y solo me llevé un vestido occidental, mi vestido de novia. Lo tuve seis meses metido en la maleta, era una preciosidad de encaje blanco, y de repente un día lo eché de menos. Lo habían robado.

Entonces vivíamos como una «familia extensa» con sirvientes que iban y venían por todas partes: cocineros, limpiadores, barredores, jardinero y enfermera. Sospechábamos de uno de ellos, pero no podíamos demostrarlo. Seguramente vendería el vestido por unas pocas rupias en el bazar de los ladrones sin darle mayor importancia. Me enfadé porque era mi vestido de boda, formaba parte de mí y de mi felicidad, y que lo hubieran robado era una especie de mal presagio. Pero luego se me ocurrió algo que me consoló: ¿qué habría pasado si el vestido hubiera seguido ahí, entre la ropa vieja? Coger polvo seguramente, y quizá amarillear. Ya no lo vería deteriorarse como se deterioran las cosas perecederas, en mi recuerdo seguiría como nuevo, siempre blanco como la nieve virgen del Nanga Parbat, delicado como las flores de un almendro».

En 1935, once años antes de que yo naciera, mis padres se trasladaron a Lahore, que era el centro del movimiento independentista en el Punyab. Allí habían ahorcado en 1931 a Bhagat Singh, el revolucionario más famoso de la India, aunque mis padres todavía estaban en Oxford. La arquitectura de Lahore tenía la huella de todos sus gobernantes: dinastías hindús y musulmanas, el imperio mogol, los sijs y finalmente los ingleses. No era el mejor sitio para luchadores por la libertad sin dinero. Quizá mi padre fuese un comunista demasiado idealista, pero el caso es que renunció a su parte de lo que rentaban las tierras de la familia. Dijo a su hermano T. D.: «Como marido y mujer, hemos tomado la decisión de vivir únicamente con lo que ganemos nosotros mismos».

Para ganarse la vida, mi madre se hizo profesora de inglés en la universidad para mujeres Fateh Chand de Lahore. Allí se hizo amiga de Teji Bachchan, Suri, una compañera alegre y atractiva que decidió casarse con un poeta hindú arruinado, Harivansh Rai Bachchan, dejando de lado a un atractivo comandante del ejército, Suresh Pandit, que la había estado cortejando apasionadamente. Su marido, que siempre vestía kurta y pantalón ancho, se convirtió en un gigante de la literatura en hindi y con el tiempo tuvieron un hijo, Amitabh Bachchan, que es el actor más famoso de la India.

Baba fundó una revista trimestral, Contemporary India, en la que publicaba artículos de diversos intelectuales, como su amigo de Berlín Netaji Subhash Chandra. Mis padres triunfaron como editores. Whitehead afirma que la revista mostró «los aspectos más fructíferos y satisfactorios de la colaboración intelectual entre marido y mujer». Lo malo es que apenas se ganaba dinero. Mi madre hablaba sobre las revistas progresistas en un artículo diciendo que «el periodismo en la India es una lucha trágica contra los anunciantes y las agencias de noticias que no pagan las facturas».

Mi padre no se desmoralizó, y en 1938 empezó a editar un semanario nacionalista, Monday Morning, con una pequeña imprenta manual. Como los lunes no había periódicos porque los ingleses libraban los domingos, él decidió cubrir ese nicho. Antes de ser famoso como actor, Balraj Sahni intentó unirse a él pero Baba le disuadió:

«Mira, querido Balraj, esto va de política. Si fuese una revista literaria me encantaría que participases, pero editar un semanario político sin tener dinero es un trabajo de perros. Nosotros somos perros, salimos para que nos apaleen porque así lo hemos elegido. Tú eres un artista».

Balraj Sahni se marchó a los tres meses; fue uno de los primeros en darme la bienvenida cuando empecé mi carrera de actor en Bollywood, y es el padre del actor Parikshit Sahni, que también es un buen amigo. Monday Morning tuvo que cerrar dieciocho meses después, cuando los grandes periódicos se empezaron a publicar también los lunes. Baba no se amilanó y siguió luchando contra los ingleses con discursos, escritos agitadores y convocatorias de huelga.

La independencia de la India estaba prevista para 1948, tres años después del final de la Segunda Guerra Mundial. Baba aconsejó a Freda que visitase a su madre cuanto antes, hacía catorce años que no la veía, desde que se fueron de Inglaterra. «Puede que haya problemas durante la transferencia de poderes —le advirtió mi padre— y deberíamos estar juntos. Mejor vete ahora». Yo tenía un año y hoyuelos en las mejillas cuando mi madre me llevó a Inglaterra, pero para ella fue una visita agridulce.

Después de haber sacrificado tantas cosas para conseguirla, a mi madre debió de sentarle muy mal no estar en la India el Día de la Independencia, el 15 de agosto de 1947. Pero la independencia llegó antes de lo que todos esperaban, y lo irónico es que su ausencia quizá le salvara la vida. Cuando los ingleses anunciaron la liberación de la India también dividieron el territorio para crear Pakistán e incluyeron Lahore. La ciudad se vio envuelta en una oleada de

disturbios y ataques de musulmanes contra hindús y sijs. La partición de la India y Pakistán provocó la mayor y más sangrienta migración de la historia moderna. Solo en el Punyab, más de doce millones de personas tuvieron que abandonar su hogar en ambos lados de la nueva frontera, y hubo masacres brutales que dejaron más de dos millones de muertos. Las consecuencias también fueron catastróficas en Bengala, en el otro extremo del país. Nuestra casa en Lahore se quemó y Baba tuvo que instalarse en la India. Luego demostró una valentía increíble viajando de la India a Pakistán en mitad de las revueltas para poner a salvo a Anela, la esposa de su amigo el poeta Hafeez Jullandhari. Pero esa es una historia para otra ocasión.

Freda nunca volvió a ver sus queridas cabañas de Lahore. La ciudad de mis antepasados, Dera Baba Nanak, quedó afortunadamente en el lado de la India aunque fue por poco. Siete años antes de la independencia allí tuvo lugar el acto más conocido de mi madre como luchadora por la libertad. Es mi anécdota favorita de la fascinante historia de nuestra familia.

En 1941, la estrategia de Gandhi era que unos pocos realizasen acciones de desobediencia civil en representación de la mayoría, y mi madre fue una de las personas (la número cincuenta y siete) que Gandhi seleccionó para el satyagraha individual. Cuando una mujer inglesa vestida con un sari tejido a mano anunció que iba a encabezar una manifestación no violenta en Dera Baba Nanak, los ingleses decidieron arrestarla y enviaron desde Amritsar al inspector Price, un irlandés bajito con bigote de morsa. La noticia había aparecido en la portada del Tribune, el principal periódico punyabí: «La señora Freda Bedi ha ido a Dera Baba Nanak para ofrecer satyagraha el día 21 de febrero». Los ingleses se habían propuesto pararle los pies a mi madre, la policía vigilaba su casa y ella les hizo llegar té y galletas.

Cuando se fue a dormir la noche antes de la acción, mi madre se sentía vulnerable. Mi padre no podía confortarla, le habían detenido otra vez los ingleses por agitador. Bhabo-ji, Binder y Ranga —que entonces tenían nueve y siete años— estaban durmiendo a su lado, pero la habitación estaba oscura, iluminada solo por la llama vacilante de una lamparilla de aceite, y Freda se sintió desamparada:

«De repente me sentí sola, angustiosamente sola, tan sola que me daban ganas de llorar. Quería hablar con Bedi, escuchar su voz animosa junto a mí. (…). Supongo que en todas las crisis de nuestra vida nos asalta esa sensación de aislamiento, como si camináramos hacia el futuro totalmente solos a pesar de todo el amor que nos rodea. (…). Y en los márgenes de esa soledad, de ese sentimiento de pequeñez frente a la inmensidad de lo desconocido, aparece otro sentimiento (…) de recibir la fortaleza para continuar, de no estar sola ya, de ser parte de algo más grande que el simple cuerpo humano».

Al día siguiente hubo momentos dramáticos durante el arresto de mi madre según cuenta Vicki Mackenzie en su biografía The Revolutionary Life of Freda Bedi. El inspector Price fue a su casa a las cuatro de la mañana para arrestarla antes de que pudiera empezar su satyagraha, pero Freda ya no estaba. Price la buscó por todas partes: en las casas de todos los Bedi, en las estancias de los templos sij, en las granjas de la zona… No la encontró y debió sentarle muy mal: los ingleses

le habían enviado expresamente con esa misión porque no querían que la policía india arrestase a una mujer inglesa. Estaba previsto que Freda se dirigiese a la multitud desde un pequeño escenario improvisado entre los cultivos de mostaza, así que Price distribuyó a sus hombres alrededor para detenerla antes de que llegase. Por la mañana, entre el rugido de bienvenida de 40 000 personas, Freda apareció sobre el escenario como por arte de magia: se había escondido debajo aprovechando la oscuridad de la noche y se dirigió a la multitud antes de que Price pudiera llegar hasta ella. Les pidió que no tratasen de impedir su arresto para no perjudicar su causa y que no respondieran con violencia cualquiera que fuese la provocación. Luego se retiró y dio un fuerte abrazo a mi hermano Ranga.

El inspector Price se acercó a ella con un policía indio que habló en su nombre: «Lamento que sea mi deber, pero tengo que arrestarla». A mi madre le hizo gracia ver aparecer a aquel irlandés tan bajito con tupé y bigote de morsa, y le respondió conteniendo una risita: «Ya estoy preparada, lléveme con usted».

Debió ser una verbena. La policía tardó por lo menos media hora en atravesar el tumulto de gente que gritaba: «¡Libertad para la India! ¡Viva Gandhi! ¡Viva Jawaharlal Nehru!». Subieron a Freda a un coche y la llevaron a la comisaría avanzando despacio por las estrechas callejas de la ciudad. Mi madre recordaba vívidamente la escena en el diario que escribió en la cárcel:

«Los tenderos salían a la puerta de sus tiendas saludando respetuosamente con las manos juntas. Muchas mujeres habían subido a las azoteas para vernos pasar y otras nos miraban suspirando desde los zaguanes».

La India estaba bajo la ley marcial y los juicios se podían hacer rápido, sin formalidades legales. A Freda la juzgó un joven inglés con la cara roja que «tenía aspecto de haber estudiado en Oxford».

—Para mí esto es tan penoso como para usted —le dijo abochornado.

—No se preocupe —respondió mi madre—. No lo estoy pasando mal en absoluto. Tráteme como a una mujer india, con eso me conformo.

El juicio terminó en quince minutos y la sentenciaron a seis meses de prisión sin fianza. La agencia de noticias Reuters difundió la historia de «la primera mujer inglesa que se une al movimiento de resistencia pasiva de Gandhi», y apareció en grandes titulares en los periódicos de su ciudad natal: «Sentenciada la mujer de Derby casada con un indio» para consternación de su madre, Nellie.

Freda fue la reclusa número 3 613 en la «Cárcel femenina de Lahore», un lugar que le pareció repugnante y abarrotado aunque tuvo momentos agradables. El hedor de las letrinas le daba náuseas, se sentía agobiada por la constante presencia de las demás, pero disfrutó trabajando en los jardines:

«Es una delicia con las hojas nuevas y el olor de las flores de los naranjos, con el arrullo de las palomas, los chillidos de los loros, el ulular de un búho madrugador».

También se llevó una gran alegría cuando Teji Bachchan fue a visitarla con Ranga. Afortunadamente le redujeron la condena: un juez indio dictaminó que «la intención de cometer un delito no constituye un delito». Además, como a mi madre la habían arrestado antes de empezar la marcha, los ingleses tuvieron que liberarla tres meses después el 24 de mayo de 1941. Antes de marcharse persuadió a sus carceleros para que cambiasen el nombre de la Cárcel Femenina de Lahore por el de «Cárcel para mujeres de Lahore», insistiendo en que las cárceles no tenían género.

Cuando la liberaron Freda fue a visitar a Baba, que estaba recluido en el espantoso campo de internamiento de Deoli, junto al desierto de Thar en Rajastán. Era la tercera vez que le encarcelaban los ingleses. La primera fue por agitar a los aldeanos con sus encendidas arengas en las asambleas, la segunda por instigar a los sindicatos a levantarse contra los ingleses y la tercera por convocar una huelga de trenes en todo el país en protesta por el reclutamiento forzoso de soldados indios para luchar en la Segunda Guerra Mundial. Baba compartía celda con Rajni Patel, un graduado de Cambridge que luego fue un influyente líder político en Bombay. Como mi padre había estudiado en Oxford, tenían unas cortinillas con los colores de sus universidades rivales: azul claro y azul oscuro. Freda llegó cuando mi padre llevaba diez días en huelga de hambre; ese día había dislocado un hombro al guardia que intentó forzarle a comer. El comandante del campo dijo a mi madre que Baba estaba «en aislamiento», y que solo podría verle si terminaba su huelga de hambre. Fue una oferta que mi padre no pudo rechazar. La lucha por la libertad podía esperar: en mitad de las solitarias batallas de ambos era más urgente el reencuentro con su amada. En el fondo siempre fue un romántico. En palabras de Whitehead, la relación de mis padres «se consolidó en torno a la lucha por causas comunes y la colaboración intelectual, pero su vida fue sobre todo una historia de amor».

Cuando nuestra familia se trasladó a Delhi desde Cachemira en 1953, la historia de amor de Baba y Freda estaba a punto de dar un giro radical. Los dos cambiaron, cada uno de una manera que yo nunca me habría imaginado. Después de veinte años de matrimonio, compañerismo y lucha política, las cuestiones espirituales entraron en sus vidas y los llevaron por caminos diferentes, aunque siguieron unidos desafiando cualquier lógica convencional. Su respectiva transformación espiritual fue portentosa y para la familia implicó grandes cambios. Yo tenía siete años cuando empezó todo.

Empezó cuando Freda estuvo en Birmania (ahora Myanmar) en 1953, el año que llegamos a Delhi. Mientras caminaba por las calles de Akyab, una pequeña ciudad costera en el norte, mi madre tuvo una iluminación espiritual que describió en una grabación para la familia:

«De repente sentí el primer flash de auténtico conocimiento (…) la interconexión de todo lo que me había cambiado la vida (…). Vi el fluir de las cosas, el significado, la conexión».

Mi madre me dijo que fue «como si la tierra estuviera iluminada desde el interior». Su biógrafa Norma Levine cita a mi madre describiéndolo como «una experiencia de intensidad mística». Estaba jubilosa y le duró varias horas. Aquella experiencia le cambió la vida.

¿Cómo ocurrió? Mi madre había estado meditando desde que llegó a Birmania con una comisión de las Naciones Unidas para organizar los Servicios Sociales. Al llegar a Rangún (ahora Yangón), la antigua capital de Birmania, había conocido al rector de la majestuosa pagoda de Shwedagon, U Thittila, y le había pedido que le enseñase meditación vipassana. No fue una petición impulsiva porque Freda llevaba toda la vida meditando a su manera. Su madre había rechazado el cristianismo cuando su padre, Frank Houlston, murió en Francia durante la Primera Guerra Mundial, pero la joven Freda entraba en las silenciosas iglesias de Derby y se sentaba a cavilar sobre el sentido de la vida y la muerte. Eso se convirtió en parte de su naturaleza. Años más tarde escribió:

«Yo era activista política y social, pero interiormente siempre estaba en meditación. Si no lo hubiera hecho, no creo que hubiera podido soportar aquellos años, con todas esas dificultades y tantas tensiones».

En la India había leído el Bhagavad Gita, el Corán, a Vivekananda y a gurú Nanak. Pero el budismo casi se había extinguido en el país donde surgió. Whitehead dice que en Birmania «Freda encontró un maestro, una fe, una forma de meditación; y tuvo un momento de despertar espiritual que marcó un punto de inflexión personal».

El impacto de su experiencia mística le provocó una crisis nerviosa. Mi padre fue a buscarla a Birmania y la llevó a un hospital de Delhi. Cuando fui a verla, mi madre no me reconoció. Comía mecánicamente y no hablaba con nadie. Estuvo varias semanas así; su estado nos daba miedo a todos menos a Baba, que entendió intuitivamente lo que ocurría. «Todo va a salir bien —nos aseguraba—. Todo va como debería ser».

Mi madre volvió a casa seis semanas después, pero ya nada volvió a ser igual para la familia. Freda informó a Baba de dos grandes cambios; yo escuché el primero: se había hecho budista. El segundo no lo escuché, pero era su decisión de vivir en celibato. Muchos años después me lo explicó: «Había llegado a un punto en mi vida en el que sencillamente no podía jugar con mi cuerpo». Cualquiera que fuesen sus motivos, Baba pareció aceptarlo con elegancia.

Un año más tarde, después de trasladarnos a Nizamuddin en 1954, Baba tuvo su propia crisis espiritual. Estuvo horas sentado sin moverse, balbuceando cosas en idiomas que no conocíamos. Subió a la azotea y se quedó allí mucho tiempo con los brazos extendidos. Vinieron unos médicos y trataron de sedarle. «Lo que me está pasando os supera —les dijo—, no me vais a encontrar el pulso». Uno de ellos lo comprobó, movió la cabeza negando y se marcharon. Fue el turno de mi madre para confortarnos diciéndonos que mi padre se iba a poner bien. Yo tenía

ocho años y recuerdo mi perplejidad al ver todo aquello, pero no me daba miedo. Mi padre parecía saber lo que estaba haciendo. Se acercaba al santuario de Hazrat Nizamuddin Aulia para escuchar los cantos de los devotos sufís y me llevaba de paseo entre tumbas musulmanas sin nombre contándome quiénes eran los difuntos. Para mí era un mundo macabro y fascinante que me hacía pensar en la vida, la muerte y lo que está más allá. Toda mi vida he seguido pensando en ello.

La vida de mi padre entró en otra dimensión cuando empezó con la «escritura automática»: conectaba con fuerzas que para mí eran inconcebibles y llenaba resmas de papel con los pensamientos que le venían. Al oír hablar de sus dones la gente empezó a acudir a él, que se lanzaba a escribir sobre los problemas que tenían con todo detalle antes de que le dijeran ni una palabra. La gente se marchaba haciendo reverencias, a veces con lágrimas de gratitud. Él no cobraba nada y cada vez venía más gente. En algún momento dejó de escribir y empezó a hablar; por la voz que tenía y las frases que usaba al principio, me di cuenta de que estaba «canalizando», aunque no tardó mucho en recuperar su propia voz y sus expresiones. La transformación de mi padre me fascinaba, ¿qué demonios estaba pasando?

La transformación espiritual de Baba le convirtió en un gurú reacio: no quería que le pusieran un halo o esperasen de él una actitud piadosa. Aunque con la túnica larga que llevaba, la verdad es que parecía Moisés. Años más tarde completó la caracterización con una vara para apoyarse al andar; le ayudaba con la lesión de espalda que le habían dejado las brutales palizas en las cárceles inglesas. Era un guía espiritual con métodos poco ortodoxos. Cuando vivíamos en Moti Bagh, un día fue a verle un funcionario preocupado porque su esposa no conseguía concebir, y Baba le dijo que le regalase una rosa cada día durante seis meses. El hombre volvió el día señalado diciendo que no había ocurrido nada, pero mi padre le dijo que el día aún no había terminado. Al día siguiente el hombre apareció diciendo que su esposa se había despertado con náuseas. Son cosas que desafían cualquier lógica, pero las vi con mis propios ojos.

Los problemas que yo tenía eran mucho más terrenales. Nos habíamos mudado desde nuestra maravillosa casa en Cachemira a un apartamento cutre de dos dormitorios con suelo de hormigón en Delhi, en la zona de Karol Bagh, que entonces era una barriada de refugiados punyabís desplazados por la partición de la India. Había niños agresivos que rondaban por las calles en pandillas y se burlaban de mi nombre. Fue un aterrizaje demoledor para mí. Más tarde, con los ingresos del trabajo de mi madre en Birmania, nos mudamos a la casa de Nizamuddin donde mi padre tuvo su epifanía. La casa de Nizamuddin era mucho más bonita, estaba cerca de la tumba de Humayun, y tengo muy buenos recuerdos de allí. Uno de nuestros antiguos cocineros trabajaba en un restaurante con servicio de catering, Kwality, y nos avisaba de todas las bodas que había en la zona. Guli y yo nos poníamos la ropa más elegante que teníamos, nos colábamos y nos dábamos un atracón de dulces; a los niños nadie les pregunta. Mi hermana y yo éramos socios de pequeños y hemos seguido unidos toda la vida.

Kwality también tenía un «hombre de los helados» que todos los días pasaba delante de nuestra casa con su triciclo. Una vez le colé una moneda falsa para comprarme un helado de chocolate, Guli tenía cinco años, y cuando el hombre me dio el helado exclamó asombrada: «¡Hermano! Se ha quedado con el dinero malo». El hombre me dio un bofetón mientras me quitaba el helado y yo me enfurecí, di una bofetada a Guli y la dejé llorando en la calle. Desde entonces nunca he vuelto a pegar a una mujer.

Se suponía que nuestra casa de Nizamuddin era un alojamiento provisional, mientras le daban un piso de protección oficial a mi madre como editora de Social Welfare, una revista del gobierno. Pero los asuntos de palacio van despacio y no había más dinero para pagar el alquiler, así que en 1955 mi familia tuvo que trasladarse de nuevo, esta vez a Mehrauli, en el sur de Delhi. Allí nos alojamos en tiendas instaladas en un antiguo jardín de recreo mogol, no muy lejos del gigantesco minarete Qutab Minar. Pero no eran simples tiendas de campaña, sino los fabulosos pabellones de caza que usaban los reyes de Patiala y que nos prestaba una amiga de mi madre, la maharaní Mohinder Kaurji. Su hijo Amrinder Singh es el actual primer ministro del Punyab, y su hermano, el olímpico Randhir Singh, es amigo mío desde la universidad. Las tiendas tenían un espacioso salón comedor, dormitorios en ambos lados, cuartos de baño y hasta cocina. Yo estaba feliz allí.

En aquellos terrenos también se encontraba Ashok Vihar, uno de los pocos templos budistas que hay en Delhi, por eso fue a verlo el primer ministro de Birmania, U Nu, que se alegró al saber que mi madre era budista y tenía conocidos en su país. U Nu la invitó a Rangún para que siguiera aprendiendo vipassana con el mayor santo viviente, Mahasi Sayadaw, y se ofreció a apadrinarme a mí también. Así empezó la etapa de mi propia transformación a los nueve años.

Como decimos en el cine, CORTE A: las calles de Rangún a la luz del amanecer. Voy vestido con el hábito dorado de los monjes novicios, tengo la cabeza afeitada y llevo en la mano un cuenco limosnero lacado de color negro. Camino detrás de una fila de monjes que ya están recibiendo las ofrendas de comida de la gente que nos espera desde el alba. El más viejo va delante, y hasta que su cuenco no está lleno el siguiente monje no recibe nada. Al ser el último, yo pensaba que mi cuenco se quedaría vacío, pero al final rebosaba. Es curioso, pero de algún modo es lo que me ha pasado toda la vida.

En Birmania no hacía falta que me hiciera monje, fue una decisión mía. Los birmanos veneran a la sangha, la comunidad monástica que difundió las palabras de Buda. Cuando llegué con mi madre al centro de meditación Thathana Yeikta de Rangún me dijeron que los chicos birmanos suelen pasar un verano como monjes, y yo lo solicité de inmediato. Tenía curiosidad y, lo más importante, sabía que eso haría feliz a mi madre. Guardo como un tesoro una fotografía de entonces: mi madre vestida con un sari ofreciéndome comida para mi cuenco limosnero. No era una vida fácil: levantarse a las cinco, pedir limosna a las seis, rezar, aprender la doctrina (dharma), meditar y comer antes de las doce; luego no comíamos nada más en todo el día, solo tomábamos té con un poco de azúcar moreno. Después de comer volvía a meditar, a las cinco me reunía con mi madre y luego meditaba otra vez antes de acostarme a las nueve. Mahasi Sayadaw era el mejor maestro de vipassana que había; un alumno suyo, Goenka-ji, fue quien popularizó la técnica en la India y otros países. La meditación me enseñó más sobre mí mismo que cualquier otra cosa.

La meditación vipassana es una manera de ampliar el conocimiento de uno mismo, te hace ser más consciente. Con los ojos entornados como Buda, te concentras en la respiración, en las sensaciones de inhalar y exhalar el aire; cuando lo haces tus pensamientos te interrumpen, pero tú no los alejas, al notar que estás pensando te dices a ti mismo tres veces lo que estás haciendo: «pensar, pensar, pensar», y vuelves a centrarte en las sensaciones de inhalar y exhalar. Luego te pica la cara, pero tú no te rascas y tratas el «picor» de la misma manera. Después ladra un perro, tomas nota de ese «oír» y vuelves a la respiración. Así te das cuenta del poco control que tienes sobre tu mente. Poco a poco va aumentando el intervalo entre tus pensamientos o sensaciones, y

ese es el estado meditativo que aspiras a prolongar. Más adelante te dicen que para meditar no necesitas sentarte en el suelo con las piernas cruzadas, también puedes estar tumbado o andando, pero tienes que ser consciente de todo lo que haces, sientes o piensas. Después meditas con compasión por el sufrimiento de todos los seres vivos. Es algo sublime, engrandecedor y energizante.

Una tarde me quedé dormido y me desperté pensando que era por la mañana, así que toqué la campana que nos avisaba al amanecer. Todos salieron de sus habitaciones extrañados de que la campana sonase por la tarde; eran meditadores expertos y se morían de risa cuando se enteraron de mi error. Yo estaba abochornado, me ardía la cara de vergüenza.

Poco después de hacerme budista formalmente conocí al budista más importante del mundo: el decimocuarto Dalai Lama, que entonces era el líder espiritual y el dirigente titular del Tíbet. Tenía veintiún años cuando visitó la India por primera vez en 1956, invitado por las autoridades a los actos con motivo del 2 500 aniversario de Buda. Sin embargo el gobierno tibetano estaba en manos de China, que en 1951 había ocupado con su ejército la capital, Lhasa, y se había anexionado el Tíbet. Tiempo después me enteré de que el Dalai Lama quería quedarse en la India, pero Nehru le convenció para que volviese. Mi madre fue la encargada de mostrarle el templo budista de Ashok Vihar.

Yo entonces tenía diez años y me impresionó mucho conocer a Su Santidad. Whitehead comenta en su biografía que entre los reportajes sobre la visita hay un vídeo donde se nos ve a mí y a Guli —que tenía siete años— «asomando nerviosos por detrás del sari de su madre junto al Dalai Lama cargado de guirnaldas». Era el segundo lama que mi madre veía porque el primero lo había visto en un sueño que tuvo justo antes de que yo naciera. Soñó con un lama tibetano que le ofrecía un niño de corta edad diciéndole: «Llévatelo, cuida de él» y luego se desvanecía en el aire. ¿Sería yo tibetano en otra vida?

La vida de Baba en Delhi se amplió con una nueva relación. Estaba viendo a Raj Narindra, una agradable mujer punyabí de mediana edad que tenía adoptada a la hija de unos parientes, Seerat. Raj había sido la compañera sentimental extramarital de su querido hermano T. D., que había fallecido prematuramente en 1951 y en su lecho de muerte pidió a Baba que cuidase de ella. Al ser una refugiada de Lahore, Raj tenía derecho a una compensación del gobierno indio y con el dinero que recibió Baba la ayudó a construir una casita muy agradable en Jangpura, al sureste de Delhi. Con el tiempo fueron estrechando su relación y él iba a verla mientras vivía en casa con nosotros. Mi madre estaba al corriente de su relación con Raj y nunca organizó una escena; aceptaba lo que mi padre decidiera hacer mientras ella seguía su camino de celibato.

Mi mundo volvió a cambiar en 1957, cuando tenía once años. CORTE A: Estoy sentado bajo una pérgola en un jardín con un grupo de gente cantando canciones de Rabindranath Tagore. Soy alumno de Pathashala, el colegio que fundó en la universidad de Shantiniketan. Cantar las canciones de Tagore, Rabindra Sangeet, para empezar el día era un ritual voluntario en un jardín rodeado de árboles. Los otros colegios a los que había ido—Tyndale Biscoe en Srinagar, el colegio de Elisabeth Gauba y la Escuela Pública de Delhi— tenían sistemas de enseñanza occidentales y mis padres querían nutrir mis raíces indias. Tagore era uno de sus ídolos desde sus tiempos en Oxford, aunque había una razón de más peso para enviarme a su colegio.

Mi madre había dejado parte de su corazón en Bengala desde que estuvo allí como corresponsal del Tribune punyabí para informar de la gran hambruna que asoló la región en 1943. Fue el mayor desastre humanitario de la historia de la India: entre dos y tres millones de personas murieron de hambre, malnutrición y epidemias por la pérdida de cosechas, los daños de un ciclón y la indiferencia inhumana de los británicos. Freda decía que sus crónicas para el Tribune «más que un grito de dolor, eran una llamada a la compasión, la visión de otro maremoto de lágrimas en el océano de la miseria humana». Siempre fue una persona profundamente compasiva.

Pero los niños del colegio de Bengala la tomaron conmigo, para ellos yo era un intruso. Me ensuciaban la ropa que dejaba en la taquilla, emborronaban mis libros y no me pasaban la pelota cuando jugábamos al fútbol. Los únicos que eran amables conmigo eran Didi, la gobernanta de los dormitorios, y Babla, un bedel diminuto con el pelo de punta que se encargaba del mantenimiento y siempre se ponía de mi parte. Una noche me metí en la cama y no podía estirar las piernas; me habían hecho la petaca: la sábana de abajo estaba doblada por la mitad y la manta bien colocada y remetida de modo que la cama parecía normal. Es una antigua novatada de internado. Cuando salté de la cama furioso los chicos me atacaron; quizá debería haberme acobardado porque eran muchos, pero lancé un puñetazo a la cara burlona que tenía más cerca. Entonces se lanzaron sobre mí y me aporrearon en el suelo; yo me defendí mordiendo con todas mis fuerzas los brazos y piernas que conseguía agarrar. Los aullidos de dolor por los mordiscos resonaban en las paredes hasta que Didi entró corriendo con Babla jadeando a su lado, vio al instante lo que estaba pasando y dispersó a los matones como una Kali enfurecida. Me secó las lágrimas entre sus brazos y se dio cuenta de que yo no podía seguir viviendo así. Entonces me trasladaron a casa de Eta-di Ghosh, el viejo bibliotecario húngaro de Shantiniketan, y fue cuando me enamoré de aquel lugar.

Shantiniketan tenía muchas facetas: había un colegio, una universidad, una escuela de música y danza, incluso un instituto de estudios chinos, pero era una institución genuinamente india. Las entradas estaban decoradas con dibujos tradicionales hechos con tiza, los estudiantes vestían con orgullo dhotis 12 y kurtas y comían en bandejas metálicas sentados en el suelo con las piernas cruzadas. Los caminos eran de tierra, las clases se daban al aire libre a la sombra de los árboles y con pizarras portátiles para los maestros. Por la fragilidad de los tubos de ensayo, las pipetas y los quemadores Bunsen, la química era la única asignatura que se enseñaba dentro del colegio. La mayoría de los alumnos no llevaban zapatos y, para horror de mi familia, yo volví a Delhi descalzo y con los pies negros después de dos días de viaje y varios cambios de tren.

Cuando tenía doce años, en 1958, falleció mi abuela Bhabo-ji; esa fue mi primera experiencia emocional de la muerte. Para entonces a mi madre por fin le habían concedido un apartamento de dos dormitorios con jardín en Moti Bagh. La presencia de Bhabo-ji había acompañado toda mi niñez, me enseñó punyabí pidiéndome que tradujese los periódicos porque ella no veía bien. Me mimaba con golosinas y me contaba historias de la familia. Cuando supo que se iba a morir convocó a la familia junto a su cama después del amanecer y pidió a Baba y a Binder que la bajasen al suelo sobre la sábana: quería estar cerca de la tierra. Mi madre nos despertó suavemente a Guli y a mí y nos mandó al jardín a coger flores de jazmín. Bhabo-ji le pidió a Baba que le pusiera las aromáticas flores en la frente, la señal de su santa aceptación de la muerte. Los ojos se me llenaron de lágrimas cuando me di cuenta de lo que significaba. Binder

empezó a llorar y mi abuela le consoló con una leve caricia, extendió la mano buscando la de mi padre y se la agarró; luego suspiró musitando una plegaria y se fue. Yo estaba sobrecogido por la tranquilidad y la sencillez de su muerte. El aire olía a jazmín, entraba la luz dorada del amanecer y las lágrimas a mi alrededor eran tan copiosas como las gotas de rocío en nuestro jardín.

Aunque con trece años ya tenía conciencia política, nunca imaginé que una revuelta en el techo del mundo pudiera alterar otra vez la vida de mi familia. Los chinos llevaban gobernando indirectamente el Tíbet desde 1951 y terminaron de hacerse con el poder el 17 de marzo de 1959, cuando la artillería china atacó las terrazas del palacio de Norbulingka, la residencia de verano del Dalai Lama, que está a menor altitud que el fabuloso palacio de Potala en el norte de Lhasa. El Dalai Lama escapó disfrazado con ayuda de los tibetanos que rodearon el edificio para protegerle, y tras dos semanas de suspense apareció en la ciudad de Tezpur, en el estado indio de Assam, la patria de Buda. De los miles de personas que intentaron huir del Tíbet siguiendo al Dalai Lama, la mayoría murió entre las nieves perpetuas de la cordillera del Himalaya, que tiene los picos más altos del mundo y hace frontera entre el Tíbet y la India. Los chinos vigilaban todos los pasos de alta montaña además de las rutas más transitadas, y solo cien mil personas consiguieron sobrevivir a aquel viaje mortal: antiguos aristócratas tibetanos, lamas, aldeanos, soldados y sus familias. Llegaron destrozados, congelados, famélicos, algunos ya moribundos, sin posesiones materiales. En Buxa y Misamari se levantaron campamentos provisionales para alojar a los refugiados, lugares «insalubres, abarrotados y mal organizados», recordaba mi madre. En octubre de 1959, Jawaharlal Nehru envió a Freda para hacerse cargo de la situación; ya había trabajado con refugiados en Cachemira y, además, era budista.

Así fue como mi madre conoció el mahayana, la rama tibetana del budismo. Lo contaba en una carta a Olive Shapley, una amiga de Oxford que entonces era una famosa locutora de radio: «Entre los 5 000 lamas que hemos heredado están algunos de los monjes y maestros más avanzados espiritualmente que he tenido el privilegio de conocer».

A mi madre le atrajo la perspectiva más amplia del budismo mahayana. Los budistas tibetanos creen que Buda fue más que un humano iluminado, para ellos representa todo un universo de dioses y energías divinas. Incluso los que alcanzan la iluminación eligen volver a nacer por el bien de otros. Pero mientras trabajaba en los campos de refugiados, Freda tenía que ocuparse de problemas más mundanos.

Guli y yo nos quedamos atónitos por lo que vimos en Misamari. Era un campamento de cientos de cabañas de bambú. Mi madre vivía en una cabaña pequeña sin electricidad, y desde que amanecía los refugiados acudían a ella para que les ayudase con infinitos problemas: reunía a las familias separadas al azar por los funcionarios en distintos alojamientos, se aseguraba de que no se reclutase a los monjes ancianos para construir carreteras, y organizó el suministro de glucosa y cebada para salvar a los bebés cuyas madres se habían quedado sin leche. Todos me oían llamarla Mummy, y empezaron a llamarla Mummy-la (mi mami), así que Freda se convirtió en madre de toda una generación de tibetanos en la India. Incluso el Dalai Lama se refiere a ella como Mummy-la. Entre todo aquel sufrimiento también había una gran belleza. Mi madre escribió en una carta:

«Cada mañana y cada noche el aire vibraba con las plegarias rítmicas e increíblemente confortantes que entonaban los lamas. Cada grupo de hogares tenía su propio altar, y se encendían lámparas de mantequilla aunque hubiera que renunciar a ella para alimentarse».

Durante meses se convirtió en una Florence Nightingale para los tibetanos, y el esfuerzo continuado le provocó otra crisis nerviosa. La situación me recordó a su precipitada vuelta de Birmania: la trasladaron en avión a Delhi y la ingresaron en el hospital Willingdon. Su estado era lo bastante grave como para hacer venir a Guli desde All Saints, su maravilloso internado en las montañas de Nainital. Mi madre no se recuperó hasta que nos vio junto a su cama. Baba estuvo a su lado con la fortaleza de una roca; profetizó que se recuperaría para lograr mayores hazañas y así fue.

Cuando volvió a los campamentos para ayudar a los tibetanos, Freda descubrió a su gurú y emprendió una travesía que la llevaría mucho más lejos. Ella nunca había oído hablar de su santidad Karmapa XVI, que no estaba entre los refugiados porque había tenido la precaución de abandonar el Tíbet dos semanas antes del levantamiento de 1959, cuando se cerraron todas las rutas. El Karmapa era la decimosexta encarnación de un linaje espiritual que se remonta hasta Milarepa, uno de los maestros más reverenciados del Tíbet. Los tibetanos parecen haber perfeccionado el arte de encontrar reencarnaciones.

Apasaheb Pant, que entonces era el delegado del gobierno indio en Sikkim, insistió en que mi madre tenía que conocer al Karmapa. Él vivía en el monasterio de Rumtek, eran treinta y cuatro kilómetros a caballo desde Gangtok, la capital de Sikkim, pero mi madre no se arredró. Su odisea empezó justo cuando el nuevo gobierno de Birmania cerró las fronteras y perdió el contacto con sus anteriores maestros. Durante esos días con el Karmapa mi madre experimentó algo extraordinario. En su cariñosa biografía, Norma Levine cita sus palabras: «La parte más fascinante de toda la visita fue no poder depender en absoluto del lenguaje, y aún así entendernos uno a otro. La explicación es que la transferencia de la doctrina y las ideas ocurría en el plano trascendental, anuttara, más allá de donde llegan las palabras. Fue una experiencia demasiado profunda para describirla, pero tan natural como la luz del sol».

En algún momento de 1960, dos lamas vestidos con hábitos de color granate llamaron a la puerta de nuestro apartamento de Moti Bagh. Trungpa Rinpoche y Akong Rinpoche eran las reencarnaciones de dos grandes maestros tibetanos; huyeron del Tíbet con un grupo de trescientas personas de las que solo sobrevivieron quince, y habían estado en el campo de refugiados de Misamari. Mi madre se había ofrecido a enseñarles inglés y les había invitado a quedarse con nosotros en Delhi. La verdad es que en el apartamento no había mucho espacio, estábamos mis padres y yo, mi hermana cuando venía a Delhi en las vacaciones, y Binder también vivía con nosotros. Yo quería muchísimo a Binder, que siempre tuvo aspecto de profesor distraído y en esa época ya era conocido como analista político (alias Dewan Berindranath) y como escritor en urdu con el seudónimo de Zafar Payami. El caso es que Baba se arremangó y construyó una cabaña en el jardín para alojar a los reencarnados; también les compró pantalones cortos y camisetas para que se paseasen por ahí sin llamar la atención. Binder y yo nos unimos a la tarea de enseñar inglés a Trungpa y Akong. Yo no tenía ni idea de que nuestros esfuerzos pudieran tener consecuencias de tanto alcance, pero aquello dio origen a un

logro espectacular de mi madre.

Freda se dio cuenta de que el inglés era esencial para que los maestros tibetanos pudieran comunicarse en el mundo moderno, y en otoño de 1961 alquiló una mansión colonial en las montañas de Dalhousie para enseñar inglés a los lamas. La Escuela Hogar para Lamas Jóvenes se convirtió en la plataforma de difusión del budismo en occidente. Para perfeccionar su inglés, Freda envió a Trungpa a Oxford con una beca Spaulding; Akong también fue, y más tarde fundaría Samyeling en Escocia, el monasterio tibetano más maravilloso de Europa, donde su legado sigue vivo con el brillante Lama Yeshe, un hombre genial. Trungpa se marchó a Estados Unidos y fundó comunidades en Colorado y Vermont que difundieron el budismo por todo el país; escribió Más allá del materialismo espiritual, una brillante exposición del budismo tibetano en un lenguaje claro y moderno que se convirtió en un bestseller internacional. En la escuela estuvieron otros grandes lamas que dieron a conocer el budismo por todo el mundo: Lama Zopa, Ringu Tulku, Gelek Rinpoche, Chime Rinpoche, Tharthang Tulku, Ato Rinpoche… son muchos para nombrarlos a todos. Otros grandes maestros reencarnados, como Situ Rinpoche y Ayang Rinpoche, se quedaron en la India. Todos son grandes estrellas del mundo budista.

En 1962 empecé a ver otro tipo de estrellas porque me puse enfermo mientras estaba enseñando inglés a los lamas. Había terminado mis estudios en Sherwood y quería matricularme en la universidad St. Stephen's de Delhi, la más prestigiosa de la India, pero no tenía ni idea de cómo lo iba a pagar. Mi madre había dimitido como editora de Social Welfare y ya no teníamos su sueldo ni el apartamento de Moti Bagh. Baba tampoco tenía dinero y se fue a vivir con «la tía Raj»; solo aceptaba regalos simbólicos de sus devotos. Baba era un idealista que luchaba por las causas en las que creía pero eso no le reportaba ingresos. Escribió Prophet of the Full Moon (Profeta de la luna llena) sobre su antepasado gurú Nanak, el fundador de la religión sij, pero apenas ganó dinero, y lo mismo ocurrió con su traducción del persa al urdu de Zafar Nama, la epístola del gurú Gobind Singh al emperador Aurangzeb. Tampoco tuvo éxito con sus ensayos sobre Hazrat Nizamuddin Aulia, pero hizo algunos trabajos por encargo como Harvest from the Desert (Cosecha del desierto), la singular historia de sir Ganga Ram, y esos sí que le dieron buenos ingresos que derrochó con nosotros. Mi madre estaba manteniendo un hogar de lamas con los donativos que recibían de vez en cuando, así que el dinero era un auténtico problema. A pesar de todo, me puse contentísimo cuando me llamaron de St. Stephen's para una entrevista; era el último paso antes de la admisión, pero estaba tan débil por mi enfermedad que no podía ir. Entonces se me ocurrió llamar al director de mi internado de Sherwood: el reverendo Llewelyn era mi única esperanza. Yo sabía que le caía bien, me habían dado el Premio Spitz a la integridad y había sacado un sobresaliente en los exámenes finales. Él era un galés devoto con alma cristiana y le pedí que intercediera por mí confiando en que le escucharían.

Mi enfermedad se agravó mientras esperaba noticias de la universidad, los médicos de Dalhousie venían y se marchaban y yo cada día estaba más enfermo y más débil. Veía a mi madre cada vez más preocupada, quizá se acordaba de mi hermano Tilak, que murió siendo bebé por una infección durante la lucha por la independencia. Se pasaba todo el día sentada a mi lado, ayudándome a levantarme, rezando en tibetano y meditando. Ya no era la esbelta mujer de pelo castaño que llegó a Delhi desde Cachemira: tenía el pelo gris, recogido en un moño flojo, los brazos bastante más gruesos y llevaba saris en tonos granate. Un día interrumpió sus plegarias dando un respingo y me miró alarmada.

—¡Es tifus! —gritó mientras se levantaba para llamar al médico.

Era tifus. Ninguno de los médicos lo había diagnosticado. Con el tratamiento adecuado empecé a revivir. No sé si sería su intuición o lo que había visto en los campamentos de refugiados, pero la perspicacia de mi madre me salvó la vida. Para mayor alegría, la recomendación de Llewelyn había sido mágica: St. Stephen's aceptaba admitirme sin hacer la entrevista. Para pagar la matrícula y el primer año de manutención pedí veinte mil rupias al Chogyal (rey) de Sikkim, que había estado ayudando a financiar el trabajo de mi madre con los tibetanos y tuvo la gentileza de acceder. Luego trabajé en la radio y la televisión, ya lo he contado en mi primera historia. Al reverendo Llewelyn se lo volví a agradecer casi cincuenta años después en Inglaterra, cuando ya llevaba mucho tiempo jubilado. Le saqué de su habitación espartana en una abadía de Norfolk para que me viese actuar en Pabellones lejanos en el West End de Londres. Vinieron alumnos de Sherwood de todas partes para homenajearle en el banquete que hubo a continuación. Llewelyn personificaba las enseñanzas de Cristo con su manera de vivir. Siempre le estaré agradecido por el papel trascendental que desempeñó en mi vida.

En agosto de 1966 sufrí una gran conmoción al enterarme de que mi madre había completado su ordenación como monja budista. Se levantó cuando entré, llevaba la cabeza afeitada y un hábito granate, y se quedó delante de mí observando mi reacción con un destello de aprensión en sus ojos azules. Binder me había citado en su casa de Nizamuddin para reunirnos los tres, y yo fui desde la universidad alegrándome de antemano por ver a mi madre, pero al verla con el hábito me sentí traicionado. ¿Cómo podía hacerme eso? ¿Por qué no me lo había contado antes? Habíamos hablado mucho sobre el budismo durante los largos viajes en tren por la India, y tumbados en hamacas bajo las estrellas durante los veranos en Delhi. Nos habíamos mirado muchas veces a los ojos sonriendo con comprensión. ¿Acaso no teníamos una relación de confianza? Yo había participado en su viaje hacia el budismo más que nadie de la familia. ¿Cómo podía hacer algo así sin decírmelo? ¿Cómo podía haber sido tan increíblemente egoísta? ¿No se daba cuenta de cómo le iba a afectar a Guli?

—¿Por qué no has esperado a que Guli crezca? ¿Por qué ahora? —le pregunté de mala manera. Me di cuenta de lo que le dolió.

—Era el momento —dijo ella con voz suave mientras acariciaba un rosario de cuentas de madera —. ¿Quién decide cuándo cae una manzana del árbol?

Yo no pude decir nada más, sabía que tenía razón. Nos sentamos mirándonos largo rato en una comunión silenciosa, todas las preguntas que yo tenía en la mente recibieron respuesta. Me di cuenta de que si me lo hubiera dicho antes se habría sentido obligada a decírselo también a Ranga y a Guli; mi madre sabía que la noticia desencadenaría una tormenta que no quería afrontar, pero había llegado el momento.

—Solo se lo había dicho a Baba-ji —añadió.

Baba había llorado, pero la apoyaba con todo su corazón. Guli se llevó un gran disgusto, creía que había perdido a su madre y me dio mucha pena. Pero mi madre no consideraba que la familia y la fe fuesen opciones excluyentes, ambas eran inmensamente valiosas para ella.

Me escribió una carta en respuesta al enfado que yo había mostrado:

«Me he sentido profundamente dolida al sentir tu dolor y el de Guli. Pensé que, con esa comprensión especial que tenemos unos por otros, este nacimiento podría ser indoloro, pero no me había dado cuenta de que cortar el cordón umbilical tiene que causar dolor. Eso se cura. El vínculo entre la madre y el bebé no tiene fin: continúa. Nada tiene fin. En cierto sentido, esta vez yo soy el bebé y necesito todo vuestro amor y vuestra protección (…). Hacer los votos en un linaje espiritual que se remonta hasta Buda es algo tan sagrado que no se puede expresar (…). Llevo a Guli conmigo, profundamente arraigada en mi interior; cuando era pequeña la protegí todo lo que pude y ahora la estoy protegiendo desde el plano espiritual, pero siempre está conmigo (…). Me necesitabais entonces, me necesitáis ahora, y yo sigo aquí. Si papá me necesita en algún momento cuando sea más mayor, también estaré allí (…). Los dos estáis tan cerca de mí como la sangre de mis venas. Con amor, mami».

Su carta me derritió el corazón y lloré, entendí por qué había dado el salto de fe definitivo. La manzana estaba madura y no podía seguir en el árbol. Su hogar ya era un monasterio en Sikkim.

Seis años después, en 1972, el camino espiritual de Baba le llevó a otro terreno. En los años 60 había fundado el Instituto para la Indagación de lo Desconocido, se llamaba a sí mismo «Maestro del Círculo Oculto de la India», y tenía una gran congregación de creyentes. Luego le descubrieron los hippies que estaban en «el sendero del dharma» y acudían en tropel a casa de Tía Raj. Ella era una mujer amable que cuidaba bien de Baba, pero se quejaba de que los hippies dejaban sucio el cuarto de baño. Su hija Seerat quería a Baba como a un padre, pero en la India le trataban como a un adivino y él ya estaba harto. Mi padre quería hablar de las dimensiones cósmicas de nuestra existencia, del poder de la terapia vibracional, de la evolución psíquica de la gente y de la consciencia como dinámica para el bienestar humano. Sus seguidores compartían sus inquietudes y entre ellos había un grupo de italianos que le convencieron para que se trasladase a Italia. Empezó colaborando con el centro de psicología de Paola Pacific, en la bulliciosa ciudad de Milán, y más tarde fundó su propio «Centro de Filosofía Acuariana» con el objetivo de exponer una nueva filosofía para la Era de Acuario. Sus ideas filosóficas calaron hondo en muchas almas y sus facultades psíquicas sanaron muchos cuerpos.

Baba creía que todo tenía consciencia —tanto los seres humanos como las plantas, incluso las rocas y las partículas de polvo que flotan en el aire— y que toda consciencia se manifiesta a través de las vibraciones y energías del universo. Aseguraba que todo tiene una vibración que nos afecta, y describía con detalle los efectos que tienen sobre nosotros el sol y los planetas, el viento y la lluvia, los sonidos y los colores. Decía que todos somos almas creativas buscando expresarnos y que la creatividad sin expresión provoca enfermedades. Quería acabar con los bloqueos inconscientes que impiden a las personas convertirse en la mejor versión de sí mismas. Ayudaba a la gente a comprender su potencial psíquico, hablaba del inmenso poder de nuestra consciencia como fuerza para el cambio, y se refería a ella como «el ojo del alma». Resumió su filosofía en un libro en italiano, L'Uomo Totale (El hombre total), y la difundió en cientos de conferencias y seminarios. Cuando iba a verle durante los retiros que hacía en verano en la Toscana me maravillaban los cambios que notaba en los asistentes a medida que se expresaban a

través de la pintura o la escultura, la danza, la música y otras formas de creatividad. Las técnicas de desarrollo psíquico que enseñaba mi padre abrían nuevos caminos en la vida de aquellas personas.

En 1972, el año que Baba se fue a vivir a Italia, Freda emprendió un viaje pionero hacia su destino más singular: una ordenación extraordinaria que hizo historia en el budismo tibetano. El Karmapa quería que Freda se ordenase bhikshuni, el mayor grado de ordenación para las monjas budistas, y así fue como se convirtió en la hermana Palmo. Pero el Karmapa no estaba facultado para ordenarla él mismo: la ordenación de bhikshuni solo se podía otorgar en un linaje espiritual ininterrumpido desde Buda, y en la India esas comunidades habían desaparecido en el siglo viii. Sin embargo el Karmapa averiguó que la tradición se mantenía en un monasterio chino en las montañas de Hong Kong, y envió a Freda para la ceremonia, que duró dos días. Según su biógrafa Vicki Mackenzie, que además es experta en budismo, el venerable Ming Chi y el venerable Sek Sai Chung ordenaron bhikshuni a mi madre en julio de 1972 con un nuevo nombre: Gelongma Palmo.

«El efecto de la ceremonia es algo que las palabras no pueden expresar —dijo mi madre—. La ligereza y la luz cuando te das cuenta de que el linaje de trasmisión de las enseñanzas no se ha interrumpido desde Buda, como si fuera un torrente de historia». Andrew Whitehead comenta la importancia que tuvo su ordenación: «La hermana Palmo fue la primera monja budista de origen occidental que recibió la ordenación de bhikshuni, y seguramente fue la primera monja de la tradición tibetana a quien se otorgaba esa ordenación completa».

También hubo un pequeño milagro durante la ceremonia. Lo cuenta Vicki Mackenzie: «El punto culminante de la ordenación era un insólito ritual datado en los tiempos de la dinastía Song: se colocan pequeños conos de incienso sobre la cabeza afeitada del aspirante, se encienden y se dejan arder por completo hasta quemar la piel». A mi madre siempre le había dado miedo el fuego, pero durante ese ritual entró en un estado de meditación profunda y no sintió nada. La quemadura tardó más de diez días en curarse. En cuanto a mí, no podía estar más orgulloso de mi madre. Se había alzado sobre las barreras de la raza con su matrimonio, sobre el nacionalismo al abandonar su país y acababa de conseguir un estatus de igualdad para las mujeres de su religión. Después fundó el primer monasterio de la India para monjas tibetanas, Karma Drubgyu Dhargay Ling, en Trilokpur, cerca de la residencia del Dalai Lama en Dharamsala.

Los planes de Freda incluían difundir el mensaje de Buda por todo el mundo, y dos años después de su ordenación consiguió convencer al reacio Karmapa, su gurú, para ir a occidente. Whitehead dice: «Su primera visita a occidente se convirtió en una gira mundial de una magnitud más propia de los grupos de rock que de los líderes religiosos: estuvo en doce países de Norteamérica y Europa y duró más de cuatro meses y medio». Cuando empezó la gira, el 15 de septiembre de 1974, Freda citaba en una carta una profecía del siglo VIII: «Las escrituras tibetanas predijeron que las enseñanzas de Buda llegarían a la tierra de la gente de cara roja cuando apareciese el pájaro de hierro».

La gira tuvo un éxito espectacular; la financiaron el famoso Namgyal Rinpoche del Dharma Centre of Canada, y Trungpa Rinpoche, el lama reencarnado que había sido protegido de mi madre y se había convertido en un gran gurú en Estados Unidos. En su biografía, Norma Levine cuenta que Trungpa llevó a los famosos poetas de la generación Beat —Allen Ginsberg,

Lawrence Ferlinghetti y Michael McClure— a conocer al Karmapa en California, y Ginsberg le preguntó si el LSD podía iluminarles. «El uso de drogas crea una sensación artificial de mayor consciencia —respondió el Karmapa—. La iluminación solo se puede lograr con la mente en su estado natural, una completa apertura, y la práctica de la meditación mahamudra».

Freda animó a Pema Chodron, una figura inspiradora en el budismo actual, para que hiciese los votos de monja. Al final de su gira, en febrero de 1975, Freda organizó una entrevista entre el Karmapa y el papa Pablo VI en el Vaticano. En palabras de Anderson Bakewell, ella fue «la arquitecta del budismo en occidente». Ese fue el mayor de los logros de mi madre.

En aquellos tiempos fue cuando Protima descubrió la danza odissi con la que se hizo tan famosa, cuando nuestra relación abierta acabó hecha añicos y cuando me enamoré de Parveen. Sandokán me lanzó a la fama en Europa a principios de 1976. Baba, además de ser un gurú, se convirtió en «el padre de Sandokán» y en la fuente de las fotografías con mi autógrafo, pero nunca dejó de ser un gran filósofo. En 1981 presidió el Congreso Internacional sobre reencarnación en Asís, la ciudad natal de san Francisco de Asís, a quien él veneraba. Y también pasé unos días maravillosos con mi madre en 1976, cuando vino a verme en Colombia mientras rodaba El juramento del Corsario Negro.

Lo que más siento es no haber compartido las enseñanzas espirituales de mis padres. Desde el momento de la ordenación de mi madre como bhikshuni en Hong Kong hasta los primeros años que Baba pasó en Italia, yo estaba muy ocupado ganándome la vida, primero en publicidad y en el cine en Bombay, y luego cosechando el triunfo de Sandokán en el extranjero. Cuando me reunía con mis padres, la alegría de verlos superaba mi curiosidad filosófica. Mi padre tenía un apartamento alquilado y, cuando empezó a vivir con Antonia, ella no permitía que me quedase en su casa, ni siquiera cuando se compró el apartamento contiguo mientras Baba seguía viviendo en el suyo. El único hotel bueno que había cerca de ellos, el Milano 2, era caro y agobiante, así que mis visitas tenían que ser cortas. Tampoco era fácil hablar con él por teléfono porque solo podía llamarle a las horas que ella había establecido.

Ver a mi madre significaba ir hasta el otro lado del mundo; ella vivía en el monasterio del Karmapa en Rumtek, y viajaba constantemente para dar conferencias en el extranjero. Estuvo en Singapur, Malasia y Tailandia, y también hizo una visita con gran repercusión a Sudáfrica. A pesar de las dificultades, me gustaría haber sacado más tiempo y haberme esforzado más para aprender de las profundas enseñanzas de mis padres. Sin embargo, fueron ellos quienes me formaron con su sabiduría durante los años que más importaban.

Si me preguntan qué aprendí de unos padres tan diferentes —un filósofo singular y una monja budista— diría que tolerancia, compasión y amabilidad. Por Navidad siempre poníamos un árbol, y mi madre hacía un trifle inglés para el postre. Desde que estuvimos en Cachemira también celebrábamos Eid, la fiesta del final del Ramadán. Los colegios a los que fui eran cristianos, solo Shantiniketan tenía una filosofía hindú. Siempre encendíamos lamparillas de arcilla para Diwali, el Año Nuevo hindú, y nos tirábamos polvo de colores unos a otros durante la fiesta de Holi. En el aniversario del nacimiento de Buda (Buddha Jayanti), la iluminación significaba oraciones con lamparillas y dulces, y en Gurpurab, el aniversario de los gurús sijs, íbamos a visitar los santuarios. Más allá de respetar todas las religiones, me enseñaron a pensar siempre en los menos afortunados y me enseñaron a ser amable. Como decía Helen Keller: «La

amabilidad es un lenguaje que los ciegos pueden ver y los sordos pueden oír».

La última vez que vi a mi madre fue en la primavera de 1977, cuando vino a Bombay para el nacimiento de la hija de Guli. Mi madre intuyó que podía haber dificultades, informaron a los médicos y ella estuvo meditando fuera del paritorio. Brinda tenía tres vueltas del cordón umbilical alrededor del cuello, fue un milagro que sobreviviese. Mi madre la cogió en brazos y le dio su bendición en cuanto nació. Nos dijo que Brinda había nacido en el momento más oportuno, porque quería asistir a la Conferencia Mundial Budista en Delhi. Allí es donde murió de un ataque al corazón la noche del 26 de marzo de 1977, a los sesenta y seis años. Pero no fue una muerte normal.

Mi madre falleció de una manera insólita; estaba alojada en el hotel Oberoi Intercontinental, invitada por su amiga Goodie Oberoi, cuya familia dirigía el hotel, y antes de dormir pidió a su asistente tibetana, Anila Pema Zangmo, que pusiera una grabación del Karmapa entonando la invocación al maestro perfecto, Lama Chenno. Anila se despertó sobre las diez, cuando mi madre la llamó porque sentía un dolor en el pecho; Anila corrió a buscar ayuda y volvió con dos huéspedes del hotel. Encontraron a Freda sentada en la cama en la posición del loto, tenía la cara resplandeciente, pero no respiraba.

Anila se dio cuenta de que Freda había entrado en un tipo especial de samadhi, un estado meditativo de «luz clara» para finalizar su tránsito desde el mundo, y despidió a los confusos huéspedes diciéndoles que no se podía tocar el cuerpo. A las diez y media llegó un médico y confirmó que Freda había fallecido.

Parveen y yo cogimos un avión desde Bombay, y Ranga desde Calcuta; Guli no estaba en condiciones de viajar. Velamos el cuerpo de mi madre en casa de Binder; estaba vestida con los hábitos de una Gelongma, adornada con guirnaldas de flores amarillas y refrigerada con hielo. En la habitación había un fulgor dorado.

La pena me abrumó con un dolor que nacía en lo más profundo de mi interior mientras la contemplaba allí tumbada. No podía creer que se hubiera ido así, de repente. Pero no tenía tiempo para llorar, había muchas cosas que hacer, como informar de su fallecimiento a los organizadores de la conferencia budista. Su funeral se celebró en Oberoi Farm y acudieron budistas de los cinco continentes. El mundo budista había perdido a una de sus personalidades más extraordinarias, y yo había perdido a la madre que me había dado el amor más puro que existe.

Cuando era niño no me daba cuenta de lo absolutamente excepcional que era mi madre; luego me quedé maravillado por todo lo que había hecho. Siempre sentí su amor, incluso cuando ella estaba en otro lugar, y todavía lo siento. Sus bendiciones me ayudaron a superar los peores momentos y me acompañaron en los mejores. Me enseñó compasión con sus infinitos actos de bondad, y nunca dejó de cuidarme maternalmente aunque estuviera cuidando de miles de personas. Gelongma Palmo siempre será Mummy para mí.

A Baba le vi por última vez cuando vino a Bombay para casarnos a Nikki y a mí el 7 de enero de 1993. Nos habíamos conocido haciendo Otelo en el teatro. Toda la troupe se llevó una gran sorpresa cuando supieron que Otelo y Desdémona se habían casado en la vida real. El actor

norteamericano James Earl Jones hizo lo mismo, pero dos veces. Hay gente que no aprende. Cuando mi padre nos casó, llevaba una de sus túnicas con el emblema del sol radiante y estaba sentado en una silla de ruedas. Las lesiones de columna por las palizas que sufrió en las cárceles inglesas eran irreversibles y habían empeorado. Baba bendijo nuestra unión junto al estanque Banganga, frente a los templos iluminados por mil lámparas de arcilla.

Lo triste fue que ese día estallaron otra vez los enfrentamientos que se habían producido un mes antes entre hindús y musulmanes. Baba iba camino de Delhi, pero las revueltas interrumpieron su viaje. Sería demasiado largo contar cómo lo hicimos, pero al final conseguimos llevarle desde el hotel Taj Mahal hasta el aeropuerto en el otro extremo de la ciudad. Me ayudaron dos queridos amigos, los productores Vinay Sinha y Johny Bakshi. Después de nuestra odisea, aunque parezca increíble, el avión de Baba tuvo que volver a Bombay porque en Delhi se había estrellado otro avión. Se cancelaron los demás vuelos, y Vinay y Johny le buscaron alojamiento cerca del aeropuerto. Nikki y yo tratamos de llegar hasta allí, pero tuvimos que dar la vuelta al ver las hordas enfurecidas que iban arrasándolo todo por el camino. Mis queridos Vinay y Johny arriesgaron sus vidas en medio de los disturbios para meter a Baba en un tren que, gracias a ellos, realizó una parada imprevista. Ese tipo de amistad desinteresada es muy poco común, y les estaré eternamente agradecido por lo que hicieron. Baba tenía que estar cuanto antes en Delhi para reunirse con sus amigos de Lahore —el presidente Giani Zail Singh, Khushwant Singh y otros— antes de volver a Italia. Llegó bien y pudieron celebrar su reencuentro.

Baba falleció en Italia el 31 de marzo de 1993, dos meses después de casarnos a Nikki y a mí. Llevaba más de veinte años viviendo allí, y en sus últimos tiempos yo no le veía. La noticia no me pilló desprevenido; para entonces yo ya había vuelto a Los Ángeles y los amigos con los que estaba mi padre en Turín me habían estado llamando porque se negaba a comer. A pesar de todas las veces que yo le había llamado suplicando, él no cambió de opinión. Baba decidió poner fin a su viaje por este mundo cuando le pareció conveniente: a los ochenta y cuatro años. Nikki y yo volamos desde Los Ángeles con una escala en Boston para recoger a Guli. Seerat vino lo antes que pudo desde la India pero llegó tarde para la cremación; Baba había sido un padre cariñoso para ella y la había mantenido mientras estudiaba en la universidad en Italia. Su esposa Antonia le había abandonado hacía tiempo, pero yo la invité a su funeral porque sabía que a Baba le habría gustado que estuviera. Luego ella no tuvo la misma consideración y reclamó la coautoría de las enseñanzas de Baba en Italia. Los tribunales italianos desestimaron su demanda después de una larga batalla. Cinco años más tarde, el 4 de enero de 1998, las cenizas de Baba se vertieron en las aguas del Ganges. En Cittadella, cerca de Venecia, el Istituto di Pedagogia Acquariana todavía mantiene encendida la antorcha de sus enseñanzas.

Volví a descubrir la grandeza de mi padre cuando ellos me enviaron un cargamento con sus libros y sus enseñanzas. Cuanto más leía sobre su filosofía, más me identificaba con ella. Baba no veía ninguna contradicción entre su antigua identidad de comunista y la de persona espiritual, decía que ambas eran en beneficio de los demás. Su rebeldía instintiva contra las normas me dio valor para ser diferente. Él nunca se preocupaba por el dinero cuando no tenía y nos daba todos los caprichos cuando lo tenía. Mi padre solía hacerme un guiño cuando me saltaba las clases, mi madre era quien imponía disciplina. Él se mantenía jovial en los peores momentos, me dio seguridad en los años inciertos de mi niñez, y nunca cuestionó mi decisión de marcharme a Bombay con setecientas rupias en el bolsillo.

Baba y Freda se amaban de una manera profundamente espiritual. Durante décadas, él tuvo una gran fotografía de ella en el salón de su casa en Milán, enfrente de su sillón favorito. Mi madre siempre le visitaba cuando iba a Europa y a veces se quedaba en su casa. Ella siempre le llamaba Baba-ji, una expresión de respeto y cariño. «El amor significa otras cosas además del amor de quienes dan origen a la vida». Pero mi padre en el fondo era un romántico, me di cuenta cuando leí sus Tres deseos, una nota que escribió cuatro años después de la ordenación de mi madre como bhikshuni:

«Tres deseos se irán conmigo cuando cruce la frontera con el Más Allá. Cuando llegué a Roma en 1972, fui a un jardín y vi a una pareja de ancianos paseando agarrados del brazo. Me dolió que Freda se hubiera hecho monja, no poder caminar con ella agarrados del brazo en esta vida.

El segundo episodio también ocurrió en Roma. A principios de 1975 fui otra vez a un jardín, y frente a la entrada vi a una mujer muy vieja que detenía a su marido igualmente viejo, sacaba un peine del bolso y le peinaba antes de entrar en el jardín. Esa escena me conmovió profundamente, otra vez me acordé de Freda y pensé que esa alegría de que alguien me cuide no era mi destino en esta vida.

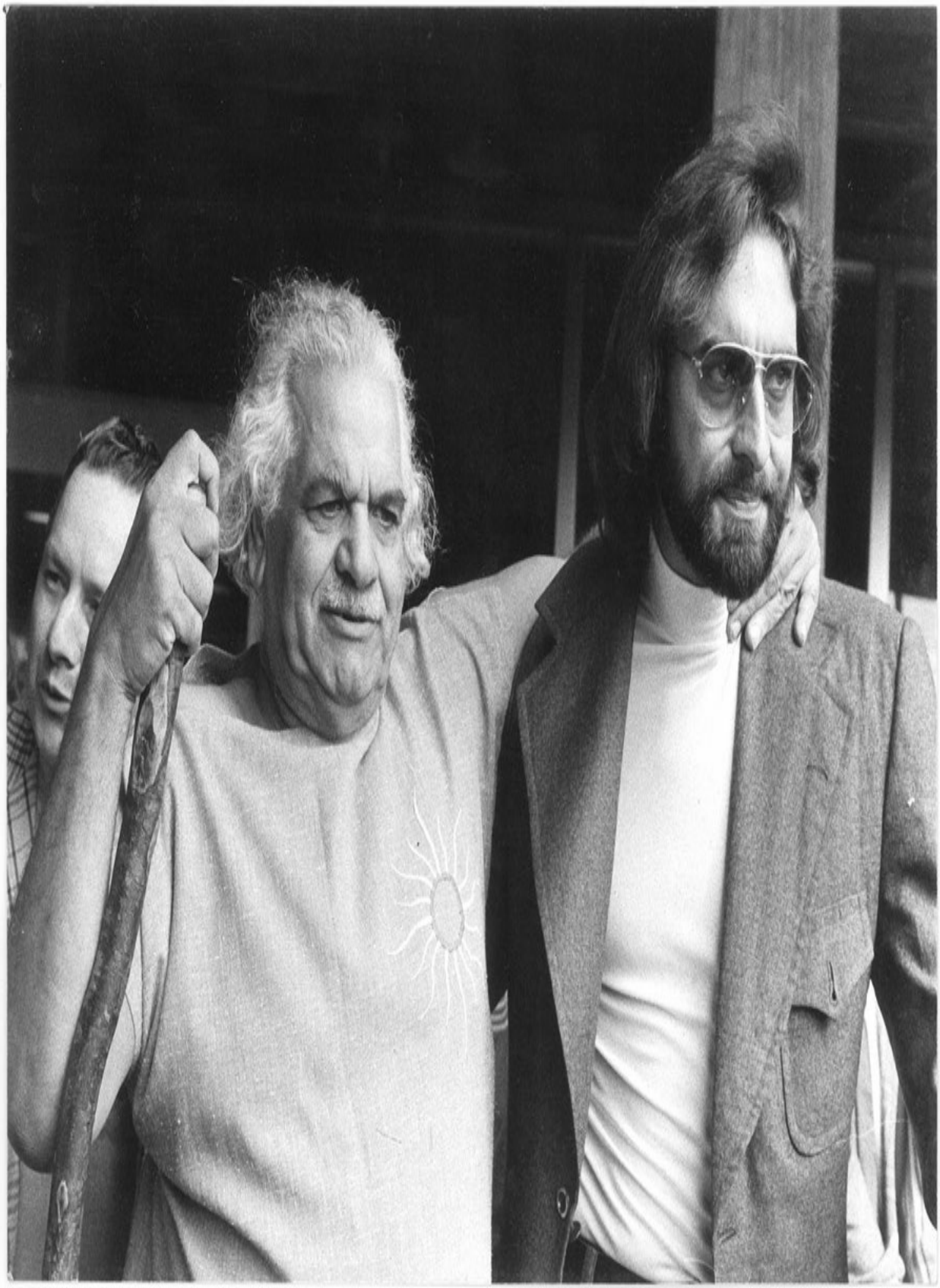
El tercer y más intenso deseo que he tenido en esta vida es que mi cabeza repose en la rodilla de mi amada cuando exhale mi último aliento y que cuando cierre los ojos al morir ella me bese la frente donde siempre hacía que mi felicidad se convirtiera en éxtasis. Pero eso tampoco sucederá, y me iré al otro mundo con la frente ardiendo de deseo por el beso de mi amada».

Me recordó a lo que mi madre había escrito en su carta al hermano de Baba antes de casarse en Oxford:

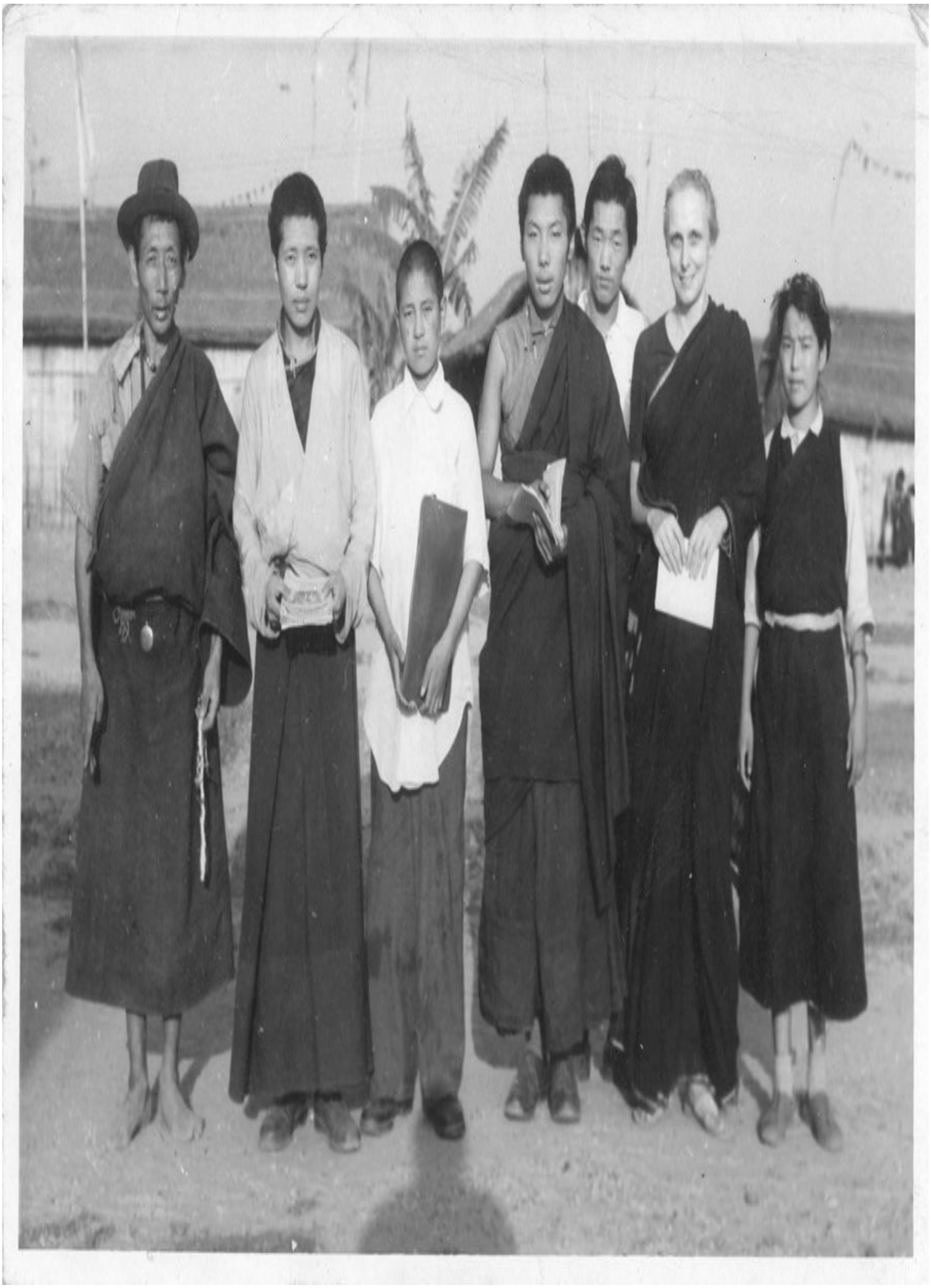
«Cuando me enamoré de Baba supe que no era la primera vez. Nos hemos reunido a pesar de la distancia: nos hemos amado antes, y después de esto nos amaremos de nuevo».

¿Quién sabe qué forma adoptará su amor la próxima vez? Se amaron hasta el final cada uno a su manera. Fueron extraordinarios, tanto el uno como el otro.

La vida de mis padres es una historia de compañerismo imperecedero aunque estuvieran separados por continentes. Se realizaron de distintas maneras y siempre se apoyaron de forma incondicional. Más allá de los deseos de su juventud, de las luchas por sus causas e incluso de la divergencia de sus trayectorias espirituales, Baba y Freda fueron compañeros del alma hasta el final de sus asombrosas vidas.



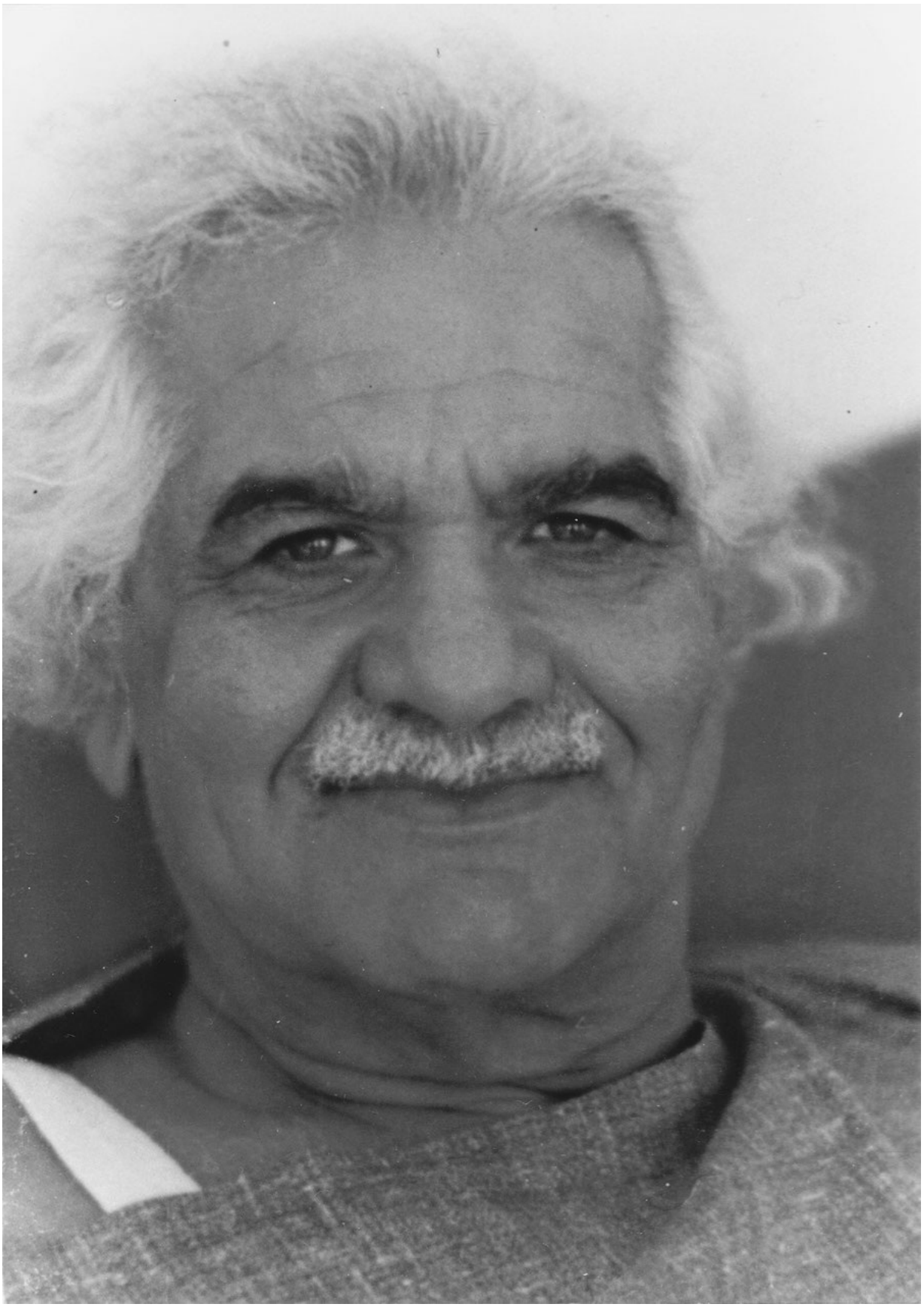
Kabir y Baba Bedi en Milán



Un documento histórico: Freda con Akong Rinpoche, Trungpa Rinpoche y el futuro lama Yeshe Losal Rinpoche (delante con camisa blanca) en el campo de refugiados de Misamari en 1959



Freda en meditación



Baba



Freda



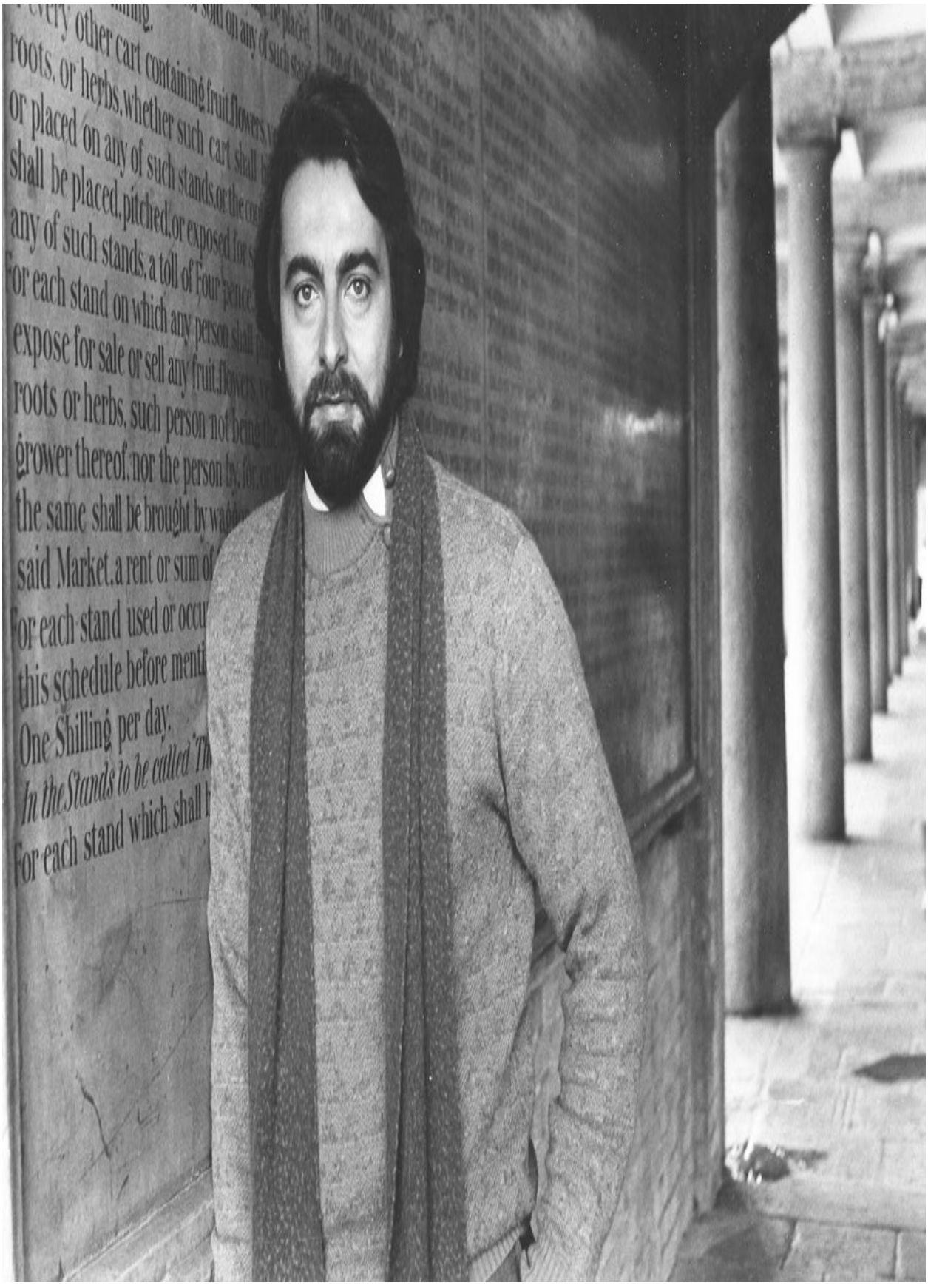
Kabir cuando fue monje en Birmania



Kabir de monje con Freda



Gelongma Palmo (Freda Bedi después de ordenarse bhikshuni)


every other cart containing fruit flowers
roots, or herbs, whether such cart shall
or placed on any of such stands or the
shall be placed, pitched, or exposed for
any of such stands, a toll of Four pence
For each stand on which any person shall
expose for sale or sell any fruit flowers
roots or herbs, such person not being
grower thereof, nor the person by, for
the same shall be brought by wa
said Market, a rent or sum of
For each stand used or occu
this schedule before menti
One Shilling per day.
In the Stands to be called 'Th
For each stand which shall

Kabir en los años 1990



Su hijo Adam



Su hija Pooja



Su hijo Siddhartha

Capítulo 5

REFLEXIONES EN LA PLAYA

Playas y convicciones

Reflexiones en la playa es un relato que escribí sobre un paseo por la playa de Juhu cuando era un idealista de veintinueve años. Apareció en el volumen 1 de una compilación de relatos breves, Khushwant Singh Selects Best Indian Short Stories. Muchas de mis convicciones han cambiado desde entonces. También hablaré de eso luego, antes quiero contar lo que escribí:

El mar se ha retirado mucho hoy. La playa está más ancha y más plana, más vacía y más limpia. En la distancia veo niños con uniformes marrones haciendo varias filas. Tres profesores se afanan entre las filas para alinear a los niños, la mayoría tienen cinco o seis años, algunos son más mayores. Todos se ríen y hablan con el entusiasmo propio de los niños.

Sigo caminando hacia ellos. Tres profesores, dos mujeres y un hombre, están terminado de colocar a los niños.

Me acerco al hombre.

—¿Para qué estáis poniendo a los niños en fila? —le pregunto.

—Vamos a hacer una competición —me explica.

—Y cuando termine la competición, ¿les dejáis corretear por ahí?

Me mira sorprendido.

—Sí —dice con tono de impaciencia.

Me disculpo con una sonrisa y sigo andando.

Cuando vuelvo un poco más tarde están haciendo carreras por parejas. Me paro cerca de la meta y observo a las niñas que van a correr. Preparadas, listas, ¡ya! Las niñas salen braceando y gana la más fuerte, naturalmente. Los niños aplauden y vitorean, los profesores sonríen con aprobación. La niña que ha ganado se ríe alegremente y vuelve corriendo triunfante.

Miro a la niña que ha perdido y en sus ojos veo vergüenza, veo temor, veo desolación. Vergüenza por no ser capaz de ganar, temor por lo que piensan los demás, desolación por no saber qué hacer a continuación. Veo la cara de una criatura a la que han herido y humillado. Veo un alma a la que se está magullando y maltratando lentamente con la comparación, con la obligación de competir en el patio del colegio o en la playa contra los que son físicamente más fuertes. En las aulas seguirá el mismo juego, la compararán con el más inteligente, con los que

tengan mejor memoria y los que escriban más rápido que ella.

La niña sigue confusa y nerviosa; levanta la mirada hacia el cielo con expresión muy triste. Me gustaría decirle que es guapa y delicada, que esa competición no importa, que solo es un método absurdo inventado por los adultos en su propio interés. Me gustaría hacer algo para que se sienta mejor.

Llevo una naranja en la mano, me inclino impulsivamente hacia la niña y se la doy.

—Toma esto —le digo, y le pongo la naranja en la mano—, es por llegar la segunda.

Me doy cuenta al instante de que ha sido un error. Veo su expresión de sorpresa, luego incredulidad y más humillación. Ella coge la naranja, vuelve corriendo con los demás niños y desaparece entre ellos.

Puede que yo no haya elegido las palabras adecuadas, o quizá ella se haya asustado por lo repentino de mi gesto, pero aunque yo no hubiera pasado por ahí, la niña habría estado deseando ser otra más en una fila de niños en lugar de ser objeto de ridículo y quedarse sola, apartada de todos.

Las carreras continúan… Me voy.

El mar sigue retirándose y las olas hacen poca espuma; un perro les ladra como loco desde la orilla. Voy hacia Versova, el apacible extremo norte de la playa, más allá de las pintorescas cabañas de Juhu.

Veo a un hombre y una mujer que van buscando un lugar apartado; caminan cohibidos agarrados de la mano, incómodos con toda la ropa y los zapatos que se les hunden en la arena.

Acabarán por encontrar un buen sitio entre las palmeras. Podrán hablar, besarse, abrazarse y compartir unos momentos de amor, pero siempre con miedo: miedo a que les estén observando, a que les interrumpan o les agredan, miedo a que les vean los familiares o los padres, los amigos o los enemigos; miedo de haber hecho algo malo.

Quiero acercarme a ellos, ponerles la mano en los hombros agobiados, revolverles el pelo. Quiero decirles: quitaos los zapatos, sentid la arena bajo los pies, sentid la caricia del sol, olvidaos de la gente. Este momento os pertenece a vosotros y a nadie más. Lo que sentís es sagrado, no es un pecado.

Pero no digo nada; sería inoportuno, y no lo entenderían. Pero esa es la tragedia emocional de la juventud india. Nuestras propias mentes nos impiden amar sin sentir culpabilidad, nuestra gente no puede soportar ver a unos jóvenes enamorados, y en nuestras ciudades no hay lugar donde estén en paz.

En todas partes veo generaciones que crecen con temor a la autoridad, que viven con temor a la sociedad, que mueren con temor a lo desconocido, y me pregunto qué sentido tiene vivir siempre con miedo.

Dentro de una hora el sol se hundirá en el mar tras el horizonte con un fabuloso resplandor naranja y rojo. Los lejanos veleros de los pescadores ya han puesto proa hacia la costa. Me detengo un instante y doy la vuelta; camino dejando un nuevo rastro de pisadas. La marea también ha empezado a subir y más tarde borrará cualquier evidencia de mi paso por esta playa. Una bandada de correlimos se posa en la orilla y observo el caminar errático de los pájaros que buscan alimento picoteando la arena cuando se retira el agua.

Los niños del colegio se han marchado al terminar la competición, pero la playa empieza a llenarse de gente. Parejas de ancianos paseando a sus perros, disfrutando del ocaso de sus vidas. Chicas en pandilla, pavoneándose protegidas por el grupo. Hombres andando con paso atlético, chicos paseando sin rumbo, mirando a las chicas desde lejos.

Veo a mi hija y mi hijo, Pooja y Siddhartha, jugando en la arena seca. Al verme corren hacia mí dejando las palas, los rastrillos y los cubos rojos de plástico. Los cojo en brazos y los beso con el mismo entusiasmo. Quieren que juegue con ellos y empezamos a hacer castillos de arena.

Los observo mientras juegan: sus caras al reírse, las manos inquietas apretando la arena para colocarla. Y quiero decir tantas cosas…

Pooja, mi niña, eres preciosa, has sacado lo mejor de cada uno de nosotros: de mí el pelo y la piel, y de Protima los ojos, la nariz y la boca, su alegría de vivir y su vivacidad; en ti no hay rastro de mi melancolía. Hemos sido muy felices viéndote crecer, con tus juegos y tus caprichos hemos vuelto a descubrir nuestra infancia.

Cuando naciste tuve muchas visiones, muchos sueños, y pensaba: «esta es mi hija, tiene que ser un espíritu libre». Pooja, querida mía, eso es lo que hemos intentado. Solo te hemos dicho «no» cuando era cuestión de supervivencia. Hemos dejado que descubrieras tú misma hasta dónde te podías adentrar con tus pasitos en el mar, o lo rápido que podías correr por toda la casa sin chocar con los muebles. Hemos dejado que eligieras el vestido que querías ponerte cada día. Hemos tratado de que florecieses descubriendo el mundo a tu manera.

Ya eres una señorita de tres años y medio, tienes tus propios amigos y tus propias opiniones tozudas, eso es estupendo, pero estoy triste porque ahora me dices que el Buddhi mai quiere cogerte, que hay fantasmas en la oscuridad, que no te metes al agua porque te ahogas y que te dan miedo muchas cosas más.

Mi niña querida, antes te encantaba la oscuridad, disfrutabas en el mar y hablabas con la gente. Ahora te apartas de la gente por si el Buddhi mai se ha disfrazado, lloras en la oscuridad y te da miedo este mar espléndido.

¿Quién te ha metido esas sandeces en la cabecita, señorita? Aunque no debería preguntar porque conozco la respuesta: son los otros niños, tus amigos, los que te cuentan esas cosas. ¿Cómo me voy a enfadar con ellos? Solo me puedo enfadar con las mentes retorcidas de los adultos que meten esos miedos en las mentes impresionables de los niños para hacer que se «comporten». A ti ya te han herido y las cicatrices tardarán tiempo, mucho tiempo, en desaparecer.

También estoy triste porque con los años te van a seguir hiriendo; los colegios donde vayas usarán el miedo para hacer que te «comportes»: el miedo al ridículo y a la humillación. Pero tu

buen comportamiento no les importa, lo que quieren es que te amoldes, y poco a poco irán eliminando lo que te distingue de los demás, esas diferencias que te hacen una niña tan especial.

Te dirán que… los niños buenos van al cielo. Los niños buenos son los que piensan como otros niños buenos. Y claro, los mejores niños de todos son los que ganan las competiciones y son los primeros de la clase. Intenta ser como ellos. Si cuestionas sus estupideces, te expulsarán.

Me da pena no poder hacer nada para evitarlo, al menos de momento, porque tú aún no lo puedes entender. No puedo aislarte, hija mía, tienes que vivir en el mundo y el mundo es así. Tu cabecita está llena de miedos y eso me entristece; tendré que renunciar a mis sueños.

Siddhartha, mi niño bonito, todavía eres puro como el agua de lluvia, enternecedor como las puestas de sol que tanto te gusta contemplar, intenso como la música que haces jugando y quieres que oigamos. Solo tienes dos años, hijo mío, pero el Buddhi mai también va a por ti. Eres muy sensible, tú eres quien lo va a pasar peor. Pooja es más atlética, mas vivaracha, más traviesa, y quizá eso la ayude a sobrevivir en el sistema, espero que sí. Pero contigo, mi niño, no sé qué hacer, quizá educarte en casa o enviarte a un monasterio. No sé si en este país habrá alguna manera de preservarte tal como eres.

Siddhartha, cada vez que te miro me acuerdo de algo que leí hace mucho:

«Los niños son maestros del Zen,

tienen curiosidad por todo.

Los adultos son serios y aburridos,

¿qué ha ocurrido?».

Yo sé lo que ha ocurrido, todos sabemos lo que ha ocurrido. Pero no quiero que te pase a ti, hijo mío.

El castillo de arena ya está terminado. Clavamos una ramita encima, ¡es la bandera!

A nuestro alrededor empieza a juntarse gente. Han reconocido a Kabir Bedi, el actor de cine, jugando con sus hijos. Me pregunto si realmente me miran a mí o están mirando la imagen de mí que tienen en la mente. La gente se acerca más, los niños se inquietan, están tensos, es hora de irse.

Puede que yo vuelva más tarde, por la noche, cuando la playa esté tranquila y vibre con su energía oscura. Ahora tengo que volver a casa con Pooja y Siddhartha, alejarlos de la multitud. En mi interior también hay temores… Me da miedo que un día empiece a mirar a esa multitud como una masa homogénea de gente en lugar de como a individuos que afrontan la crueldad y la comedia de la vida con esperanzas, temores, deseos, lágrimas, risas y amor.

Llega más gente a la playa mientras nos alejamos. Unos van solos, otros en parejas, tríos o grupos de cuatro. Observo sus caras y veo expectación, exploración. Caras buscando otras caras. En su interior bulle el espíritu humano que busca diversión, belleza, novedad, aventura… Pero la mente está llena de barreras.

Mientras el espíritu luche por ser libre habrá esperanza, si no para nosotros, al menos para nuestros hijos, porque el espíritu siempre aspira a conseguir una mente sin barreras: abierta, aireada, tranquila… Como las playas que nos invitan a pasear.

Quizá mis reflexiones en aquella playa resulten ingenuas; desde entonces he paseado por muchas playas y he pensado más sobre la vida. Yo quería que Siddhartha se mantuviese «puro como el agua de lluvia» y que Pooja fuese más confiada. Pero el mundo no siempre funciona así, no siempre es sensato fiarse de todos. A mí me ha traicionado la gente en quien más confiaba. La traición más dolorosa fue la de mi hermano Ranga. No me enteré de lo que había pasado hasta que un día recibí una carta certificada. Al final acabé denunciándole por fraude en 2016 ante los tribunales de Nelamangala, cerca de Bengaluru. Es una de las cosas más penosas que he tenido que hacer en la vida porque yo le idolatraba. Pero esa historia la contaré en otro momento. La confianza es un bien perecedero, solo tiene valor si perdura.

Antes de seguir hablando sobre la evolución de mis convicciones, quiero decir unas palabras sobre mi familia. Adam, mi guapísimo hijo, ha plantado la bandera de los Bedi en Hollywood. Es un ser humano cariñoso y atento, y estoy muy orgulloso de él; es experto en efectos especiales físicos, incluso ha trabajado en Matrix 4. Melissa, su bella esposa, es una magnífica artista del maquillaje que realza las facciones de las estrellas de cine como hizo con mi esposa Parveen Dusanj el día de nuestra boda. De ella hablo más adelante en otra historia. Guli, mi querida hermana, se ha jubilado como profesora en Estados Unidos después de brindar una nueva vida a varias generaciones de niños con dificultades de aprendizaje en New Hampshire. Su marido, Sam Scales, se parece a Tony Bennett. Mi prima favorita, Mala, es una gran experta en arte, tiene dos hijos muy bien situados, Michael y Raoul, y vive en Londres con su marido Alec Lever.

Pooja es una mujer dinámica, vibrante y combativa; una vez incluso empezó una discusión conmigo en público, algo que me dolió mucho. Pero eso es agua pasada, y otra vez somos un padre y una hija que se quieren. Le va muy bien, tiene dos casas preciosas en Bombay y Goa. Da charlas sobre bienestar mental y físico, y comercializa productos ecológicos a través de www.happysoul.com y tiendas franquiciadas en toda la India. Estoy entusiasmado con sus logros. Vive con su alma gemela, Maneck Contractor, un hombre encantador, constructor de barcos. Mi nieto, Omar, es un chico muy reflexivo, estudia en la Universidad del Sur de California (USC) y está entusiasmado explorando la posibilidad de hacerse actor. Alaya, mi preciosa nieta, es la joven actriz más prometedora de Bollywood. Estudió arte dramático en la India y Estados Unidos con auténtica pasión, lleva camino de convertirse en una gran estrella de cine, y estuvo magnífica en su debut, Jawaani Jaaneman, que protagonizó junto al carismático Saif Ali Khan. Mi hijo Siddhartha tiene su propia historia. Fin del informe sobre mi familia.

¿Qué nos ocurre con el paso del tiempo? Todas las personas a las que quiero han evolucionado de diferentes maneras. Yo también. Han cambiado muchas cosas desde aquel paseo por la playa de Juhu, sobre todo mis convicciones espirituales. Como decía Lewis Carroll en La morsa y el carpintero, es hora de hablar de muchas cosas:

«Ha llegado el momento de hablar de muchas cosas —dijo la morsa—:

de botas y botes y betún, de repollos y reyes,

de por qué está hirviendo el mar, y de si los cerdos tienen alas».

Voy a hablar de lo que yo creo en la actualidad. Nuestras convicciones determinan la manera en que vemos el mundo. Las absorbemos a través de la familia, la religión y la nación, somos tribales por naturaleza. La religión evoca lo espiritual que hay en nosotros, nos da dioses y seres iluminados a los que venerar, bonitas ceremonias para los ritos de iniciación, bendiciones en el nacimiento, el matrimonio y la muerte, y festividades para celebrar juntos. Nos reconforta en momentos dolorosos, recibe nuestro agradecimiento cuando nos va bien y escucha cuando nos quejamos. Rogamos a nuestros dioses para que nuestros sueños y deseos se realicen. Algunos no necesitan más.

Pero hay otros que, como yo, no se conforman con eso, que lo cuestionan todo, que buscan respuestas más profundas, que quieren conocer «la verdad». La gente que se plantea cómo pueden ser ciertas a la vez las enseñanzas de Cristo, Buda, Mahoma y Krishna. Todas las religiones transmiten grandes valores humanos y sin embargo dicen cosas muy diferentes. Algunas creen en la reencarnación y en el karma, otras dicen que después de esta vida te mueres y vas al cielo o al infierno. Unas creen en el destino y otras en el libre albedrío, unas creen en un dios y otras en muchos dioses. ¿Quién lo sabrá mejor? ¿Cuál de ellas tiene razón? ¿Quién nos cuenta «la verdad»?

Supongo que mi curiosidad espiritual procede de mis padres: una madre inglesa que encontró sus respuestas en el budismo en la India y un padre indio que expuso su filosofía en Europa. Ambos se realizaron espiritualmente. Sin embargo, las preguntas que yo me planteaba siguieron sin respuesta incluso cuando aprendí sobre sus creencias. Yo quería profundizar; las mieles de los logros materiales —dinero, éxito, fama y bellas mujeres— tampoco me ofrecían respuestas, y esas preguntas me seguían rondando mientras viajaba por el mundo. ¿Cuál es la auténtica verdad? ¿De dónde vienen nuestras creencias? ¿Por qué son malvados los seres humanos si los animales no lo son? ¿Quién o qué creó el universo? ¿Cómo empezó todo?

«Sé una luz para ti mismo —dijo Buda—. Busca tu salvación con diligencia». Pero, ¿cuál de las ramas del budismo muestra el camino? Los monjes theravada del sudeste asiático, reconocibles por su hábito amarillo, no creen en Dios, mientras que los lamas mahayana, con hábito granate, veneran a muchos dioses. ¿O será el budismo vajrayana —el vehículo de diamante— el camino más rápido hasta la verdad? ¿Estará la clave en el budismo? Yo vi el aura del Dalai Lama cuando le conocí en Dharamshala, y también la del gurú de mi madre, el Karmapa; me parecieron seres

iluminados. El budismo es la religión que más enfatiza la compasión y la meditación. Las técnicas de vipassana que aprendí cuando fui monje de pequeño me han aportado esclarecimiento toda la vida. Pero mi problema con el budismo era su principio básico de que la vida es sufrimiento, yo no quería convertir eso en el centro de mis creencias, pensaba que las creencias configuran nuestra realidad. Pero Buda era muchísimo más sabio que yo, porque he sufrido mucho en la vida. El budismo me dio muchas respuestas pero no todas las que yo buscaba.

Nunca he cuestionado la grandeza de Cristo. Casi todos mis colegios fueron cristianos; yo iba a la iglesia y cantaba himnos. Sentí la imponente presencia del papa Juan Pablo II cuando le visité en el Vaticano en 1999. Noté fuertes vibraciones al estrecharle la mano, incluso besé su anillo con gratitud. Honro al profeta Mahoma por crear una religión que siguen casi dos mil millones de personas y tengo afinidad con su tradición sufí. Me encanta la visión global del mundo de Dara Shikoh y adoro la música mística de Nusrat Fateh Ali Khan. Sobre el judaísmo no sé mucho, pero admiro los logros de los judíos. Cuando interpreté al patriarca Abraham sentí su dolor por la petición de sacrificar a su hijo, sentí su sabiduría ancestral. Puede que mis orígenes sijs y budistas se interpusieran en mi interés por las religiones abrahámicas: el islam, el cristianismo y el judaísmo, pero tuve una experiencia espiritual muy conmovedora en Jerusalén, una ciudad sagrada para las tres.

Durante el rodaje de Ashanti me alojé en el famoso hotel King David, en una habitación con vistas a la Ciudad Vieja. Una noche soñé que iba andando por un campo y el cielo era de color rosa y verde. Iba mirando al cielo, tropezaba y me caía. Me desperté y al abrir los ojos vi dos volutas de color rosa y verde que revoloteaban sobre mí dejando una estela; no eran más largas que un pañuelo de papel. Se persiguieron una a otra sobre la cama con dosel como niños jugando en un parque mientras yo las contemplaba maravillado.

—Hola —dije en voz baja—, espero que os estéis divirtiendo.

Empezaron a moverse hacia el fondo de la habitación oscilando y cruzándose, iban hacia la ventana. Me levanté y las seguí en silencio; desaparecieron detrás de las cortinas y lo que vi al descorrerlas me sobrecogió. La luz fría del alba se reflejaba en una niebla baja que ocultaba todo rastro del siglo veinte: los coches, los cables y las farolas. Era Jerusalén como Cristo la habría visto: un paisaje de viejos tejados que sobresalían entre la niebla. Me dieron escalofríos; sentí la intensa presencia de la ciudad. Junté las manos e incliné la cabeza ante ella. Estuve contemplando aquella prodigiosa visión hasta que se desvaneció con la luz del sol. Me convenció de que los espíritus existen, mis amigos de color rosa y verde eran la prueba; habían venido a enseñarme su ciudad y me dejaron con una respuesta.

También busqué respuestas cuando vivía en Hollywood. En la California de los años 90 estaba floreciendo el movimiento del potencial humano (HPM en inglés) que se originó durante la rebelión contracultural de los años 60. De ahí venían las técnicas EST (Erhard Training Seminars), que yo descubrí en unos seminarios donde se aplicaban al arte dramático. Los instructores convertían las sesiones en una especie de psicoterapia de transformación personal; hurgaban en tus vulnerabilidades, exponían con detalle tus emociones y te hacían usarlas para la interpretación. Aquello me hizo más consciente de mí mismo. También exploré El grito primal para exorcizar traumas de la infancia mediante gritos y rabietas catárticas, aunque no llegué tan

lejos. Estuve en ceremonias rituales de los indios americanos, sentado en el suelo alrededor del fuego con un grupo de gente desnuda dentro de un tipi. Veneran las turquesas porque los diversos colores representan los matices de la tierra. Pero nada de aquello respondió a mis preguntas.

Roy Patrao, mi mejor amigo en Los Ángeles, fue quien me habló sobre El material de Seth. Seth es una entidad inmortal que se comunicó a través de Jane Roberts, la médium que canalizaba sus pensamientos mientras su marido los iba escribiendo. Es una historia fascinante, pero demasiado larga para contarla aquí. Su afirmación principal —que cada individuo crea la realidad a través de su imaginación, sus convicciones y expectativas—, se convirtió en el himno de muchos gurús de la Nueva Era. Roy cree plenamente en sus enseñanzas. Seth afirma que toda realidad es subjetiva; la realidad que tú has creado es la única realidad, no existe una «realidad objetiva». Esto último me pareció difícil de aceptar: el mundo no acaba conmigo. Pero ahora, algunos expertos en física cuántica han «demostrado» que toda realidad es subjetiva. Massimiliano Proietti, de la universidad Heriot-Watt de Edimburgo, es el principal impulsor de esta teoría. En cualquier caso, es impresionante la sabiduría, la coherencia y la claridad que hay en los pensamientos que Seth dictó durante veinte largos años. Es una visión revolucionaria que todos los «buscadores» deberían explorar; sus «verdades» radicales suscitan profundas reflexiones.

Según Jiddu Krishnamurti, el gurú antigurús, «La verdad es un país sin caminos, y no puedes aproximarte por ningún camino, ninguna religión o secta. Yo estoy empeñado en una sola cosa esencial: liberar al ser humano; quiero liberarlo de todas las jaulas, de todos los temores».

Krishnamurti rechazaba la filiación a cualquier casta, religión o filosofía. Su misión era purgar las viejas creencias de la gente para que pudieran encontrar «la verdad» por sí mismos. Yo aún estaba estudiando en Delhi cuando le escuché por primera vez en el Club de la Constitución; después asistí a una conferencia que dio en la Universidad de Bellas Artes de Bombay, y también le escuché en privado, en casa de mi amigo Asit Chandmal. Sus enseñanzas hicieron que me cuestionara mis creencias siendo muy joven.

Volví a ver a Jiddu Krishnamurti en California, a principios de los años 80, cuando me invitó a comer a su casa de Ojai, a ciento sesenta kilómetros de Los Ángeles. Me comentó que había sido allí, debajo de un árbol del jardín, donde tuvo una «iluminación» en 1922. La historia de su vida es realmente extraordinaria. Estuvimos hablando de la necesidad de documentar su vida de maneras que no fuesen molestas para él; no podía soportar la luz de los focos en la cara. Después de comer fuimos en mi coche hasta un campo donde estaba construyendo un colegio donde sus ideas se aplicarían a la enseñanza. En sus propias palabras: «Un colegio es un lugar donde uno aprende sobre la totalidad, sobre la integridad de la vida (…). No solo sobre el mundo exterior, el mundo del conocimiento, sino también sobre su propio pensamiento, su propio comportamiento». Para él, los niños eran la única esperanza porque los adultos ya estaban «corrompidos».

El colegio Oak Grove tenía en el centro un espacio circular cubierto rodeado de flores silvestres y hierba. Krishnamurti ya había construido seis colegios en la India, incluyendo la fundación Rishi Valley, y el colegio Brockwood Park en Inglaterra. Mientras paseábamos entre las flores le hice una pregunta trascendental:

—Con todos los colegios que has fundado y toda la gente con la que has hablado, ¿has creado otro Krishnamurti?

Él dirigió la mirada hacia la hierba y sopesó la pregunta.

—Sí, hay algunos —respondió en voz baja.

Vi que no quería añadir nada más y yo tampoco quise insistir; sabía que Krishnamurti había transformado la manera de pensar de muchas personas en todo el mundo. Siempre me he sentido muy afortunado de haber estado con él antes de que falleciera en 1986, aunque nunca me dio las respuestas que yo buscaba, no era su estilo. Él te dejaba la mente como una pizarra vacía y te decía que escribieras tú mismo. Entre sus muchos libros, su trilogía El despertar de la inteligencia es fundamental para los buscadores.

Deepak Chopra estaba causando una gran sensación en el circuito espiritual cuando yo vivía en California en los años 90. Su libro Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo se convirtió en un bestseller después de la entrevista que le hizo Oprah Winfrey en julio de 1993. A los dos los conocí diez años después en Bombay, en una fiesta de mi amiga Parmeshwar Godrej, que está casada con Adi Godrej, uno de los mayores industriales de la India. Cuando vivía en Hollywood no llegué a cruzarme con Deepak Chopra, pero sus ideas me impresionaron ya entonces, y lo siguen haciendo. Hace poco ha publicado un libro en colaboración con el físico Menas Kafatos donde habla sobre la consciencia: «Decir que el universo es consciente no es lo bastante preciso. El universo es la consciencia en sí misma».

Maharishi Mahesh Yogi, el gurú que le inspiró, también hablaba de la importancia esencial de la consciencia; él fue quien dio a los Beatles mantras individuales para practicar la «meditación transcendental». Pero Deepak Chopra era excepcional, combinó la tradición ayurvédica de la India con la medicina moderna y estableció una nueva definición del bienestar mental y físico en Estados Unidos. Los famosos acudían a él en masa. Yo estaba ocupado con otros asuntos y no llegué a visitar el centro que fundó en California; aprendí mucho leyendo sus libros, aunque suscitaban otras preguntas. En 1999 la revista Time incluyó a Deepak entre los cien «héroes e iconos del siglo veinte».

Osho fue otro gran maestro. Antes había sido profesor de filosofía y en conocimientos nadie le ganaba. Rechazaba los sistemas de creencias estáticos y la ortodoxia religiosa. Osho era un rompepelotas espiritual que escandalizó a muchos tradicionalistas. No le conocí en los años 70 porque no me gustaba que me dijeran cómo debía vestir si quería ir a verle. Lamento que mi ego me hiciera perder esa fabulosa oportunidad. Pero leí sus libros y escuché grabaciones de sus conferencias; su filosofía era extraordinaria. Muchos de mis amigos de Bollywood —Mahesh Bhatt, Vinod Khanna, Ketan y Vijay Anand— fueron discípulos suyos. Mahesh luego le abandonó, pero Vinod Khanna incluso renunció a Bollywood por él, y en los 80 estuvo varios años viviendo en su ashram en Estados Unidos. Osho se instaló allí cuando en la India empezaron a acosarle por haber llamado «bebedor de pis» al primer ministro Morarji Desai. El ashram estaba en Oregón y Vinod solía venir a verme a Los Ángeles mientras vivía allí. La mánager de Osho, Ma Anand Sheela, estuvo relacionada con varios escándalos que se relatan en un documental de Netflix. Aunque Osho tampoco era infalible: predijo que el mundo moriría de sida en quince años. En sus escritos encontré ideas de gran sabiduría, aunque al final no saciaron

mi sed de conocimiento espiritual.

Siempre he pensado que uno debe centrarse en lo que más le importe y olvidarse del resto, que la atención es una linterna que diriges hacia donde quieres dejando lo demás en la oscuridad. Por eso me pareció muy interesante la «experiencia cercana a la muerte» de Anita Moorjani, un trance que curó su cáncer terminal. Es una historia fascinante. Ella utiliza la misma metáfora que yo para describir lo que percibió mientras se encontraba en ese estado. «Imagínate que estás en un almacén totalmente a oscuras —decía Anita—, y que solo tienes una pequeña linterna para alumbrar tu camino en la oscuridad». Tu realidad es lo que ves con esa luz. «Luego imagínate que se encienden las luces del techo y de repente ves infinidad de productos en el almacén». Eso es lo que realmente existe a tu alrededor. La linterna de nuestra atención crea el mundo que vemos. Por eso conviene iluminar con nuestra linterna solo aquello que queremos en la vida e ignorar tenazmente lo demás.

Hay cosas que no me puedo explicar. ¿Por qué en Jerusalén vinieron aquellos espíritus a enseñarme su ciudad? En la India, en Coonoor, el yogui Vinod Kumar me guio durante una meditación contemplativa; me pidió que mirase una vela encendida manteniendo los ojos abiertos y estuve mirándola ocho minutos sin pestañear. No entiendo cómo pude hacerlo. En Bombay saqué fotos del gurú Sri Sri Ravi Shankar con mi iPhone desde el centro del auditorio de Worli, todas desde el mismo ángulo. Sin embargo, en la fotografía que hice después de la meditación aparecía envuelto en un resplandor que apenas dejaba ver su silueta. ¿Cómo ocurrió eso? Desafía a la lógica, pero todavía tengo la foto. Este tipo de historias abundan en el mundo espiritual.

En 2011 tuve una experiencia profundamente espiritual en el Templo Dorado de Amritsar, el santuario más sagrado para los sijs. Yo pertenezco a la decimoséptima generación de descendientes de gurú Nanak, el fundador del sijismo. Estaba sentado cerca del gurú Granth Sahib, el libro sagrado, junto a mi esposa Vee. En el sijismo no hay sacerdotes; en los templos cualquiera puede cantar los himnos del libro sagrado, y aquel día había un joven sij de Canadá cantando con una voz tan pura y sublime que me llegó al alma. Sentí una intensa afinidad con todo lo que me rodeaba, sentí que había vuelto a casa. Las lágrimas me corrían por las mejillas mientras oraba. Sentí la unidad de todo; eso era lo que proclamaba gurú Nanak. Me incliné con veneración sin poder evitar nuevas lágrimas. Vee me agarró la mano para confortarme. Gurú Nanak predicaba el servicio altruista a los demás, y yo lo veía en el joven que había volado desde Canadá para cantar, en los asistentes que ayudaban a los ancianos y en las comidas gratuitas que se servían en el langar. Las experiencias espirituales, más allá de la parte intelectual, también suelen ser experiencias emocionales.

El hinduismo es más que una religión y más que una manera de vivir: es un océano de pensamiento y filosofía. Para encontrar grandes respuestas hay que profundizar mucho, y es difícil leer los cuatro Vedas, los Puranas, los Upanishads y las enseñanzas de todos los sabios. También se tarda mucho tiempo en entender el Bhagavad Gita, el libro más sagrado para los hindús. El Mahabharata y el Ramayana son las historias épicas de la India, como La Odisea y La Iliada en Europa. Pero el hinduismo es mucho más que una colección de escrituras, sus dioses representan todo lo que existe en la vida: la creación, la preservación y la destrucción; la educación, la prosperidad y la creatividad; la tierra, el viento, el fuego y muchísimas cosas más. Treinta y tres millones de dioses según cuenta la leyenda. Por lo que yo sé, el hinduismo es la

única religión de la historia cuyas escalas de tiempo y teorías astronómicas se corresponden con la cosmología moderna. Los antiguos sabios no tenían medios para calcular la edad del universo, solo tenían los conocimientos intuitivos que habían alcanzado con la meditación y que se han transmitido a través de los siglos. El hinduismo tiene un sistema ancestral de castas que no me gusta, pero en su filosofía encontré algunas respuestas con las que me identifiqué plenamente.

Mis creencias actuales son una macedonia de ideas y argumentos de distintas religiones y filosofías. Lo que he descubierto al final de mi búsqueda lo cuento con los brazos abiertos, dispuesto a que me crucifiquen o me abracen. Tanto si me equivoco como si tengo razón, es como yo lo veo.

Creo en la reencarnación; los hindús también, el budismo tibetano depende de ella y hay muchos casos documentados en todo el mundo. Un ejemplo fascinante es el del Dalai Lama, a quien encontraron en una remota aldea del Tíbet. Incluso San Francisco de Asís creía en la reencarnación. Sin embargo, quizá no suceda con todas las personas porque en la actualidad hay mucha más gente en el planeta que todos los que murieron en el pasado. Aún así, yo siento que la esencia de todos los seres vivos —su «alma», por decirlo así—, permanece en el universo de alguna forma, ya sean espíritus en la oscuridad, guías personales o energías etéreas… como las que vi en Jerusalén.

En cuanto al karma, no estoy seguro. Sé que todo lo que hacemos tiene consecuencias, pero eso no explica todo el sufrimiento que hay en el mundo, ni por qué el uno por ciento tiene más riquezas que la mitad de la humanidad junta. Yo creo en la bondad y la compasión, es lo que me enseñaron mis padres, pero no dudo en matar a un mosquito. Detesto a los chupasangres, sean insectos o personas.

No creo en el destino, creo en el libre albedrío. Se puede decir que Vincent van Gogh «estaba destinado» a ser pintor, pero en realidad lo único que él quería hacer era pintar. La mayoría de nosotros podemos elegir. También creo que las personas con facultades psíquicas pueden sentir y predecir el futuro cercano. Hay quienes canalizan ese don a través de la astrología, el tarot, la numerología, etc. El mensaje depende del mensajero. No creo en el cielo ni en el infierno, ni en un viejo barbudo sentado entre las nubes, pero voy responder a la pregunta de si creo en Dios.

Los ateos son los únicos que no creen en Dios, los demás tenemos distintas impresiones cuando pensamos en «Dios». Mi idea de Dios procede del origen del universo y necesito un pequeño preámbulo para explicarlo. Los científicos nos dicen que hace 13 800 millones de años, un único punto «muy caliente y muy pequeño» estalló creando un universo tan grande que el número de granos de arena de todas las playas del mundo es pequeño en comparación con los 200 000 millones de soles que hay en la Vía Láctea, nuestra galaxia, que es una de los dos billones de galaxias que hay en el universo. Una explosión de una magnitud inconcebible que creó la increíble inmensidad del universo que conocemos a partir de un puntito minúsculo que algunos científicos llaman «el átomo primitivo». ¿Cómo surgió? ¿Qué lo hizo explotar con esa fuerza tan increíble? ¿Qué había antes de eso? De nada no puede salir algo. ¿De dónde salió?

Yo creo que siempre ha existido una Conciencia Cósmica ajena al espacio, el tiempo y la forma. En el más antiguo de los cuatro Vedas también se habla de ello: «Solo Lo Uno respiraba, sin aire, por su propia esencia. Aparte de eso no existía nada». (Rig Veda X.129.2). Pero, ¿cómo se

convirtió en materia sólida esa conciencia consciente de sus infinitas posibilidades, realidades y formas de existencia? Einstein decía que «nada ocurre a menos que algo se mueva». Yo creo que la infinita interacción dinámica de todas sus posibilidades dio a «Lo Uno» la inmensurable energía necesaria para crear «el átomo primitivo», que explotó con un gigantesco estallido cósmico cuando esa energía se hizo incontenible. Según Einstein, «la energía y la materia son manifestaciones de la misma cosa».

En mi opinión, así es como la conciencia se convirtió en materia y rompió la barrera del «no ser» creando el universo que conocemos. Para mí, Dios es esa Conciencia Cósmica. Los hindús lo llaman Brahman, la conciencia universal suprema, más sutil que el átomo, mayor que la inmensidad. Gurú Nanak también tuvo una epifanía de «Lo Uno» de donde proceden todas las cosas. Puede que los cristianos también digan que eso es Dios y que los musulmanes lo llamen Alá, pero mi Dios no es un dios crítico, el mío es más como la Naturaleza, está en todo lo que nos rodea. Es lo que decía Carl Jung en Recuerdos, sueños, pensamientos: «Como cualquier otro ser, yo soy un fragmento de la deidad suprema». Yo pienso que todas las cosas creadas son las infinitas manifestaciones de la Conciencia Cósmica: iluminados e ignorantes, salud y enfermedad, poder y pobreza, honor y codicia, compasión y crueldad, dioses y espíritus, animales y plantas, peces y aves, y todo lo que existe en el universo. Es la danza tandav de Shiva, el baile primigenio de la existencia. Todos somos fragmentos de «la Verdad» en un universo de infinitas posibilidades; todos somos experimentos en la conciencia.



Kabir y su santidad el Dalai Lama en Dharamsala



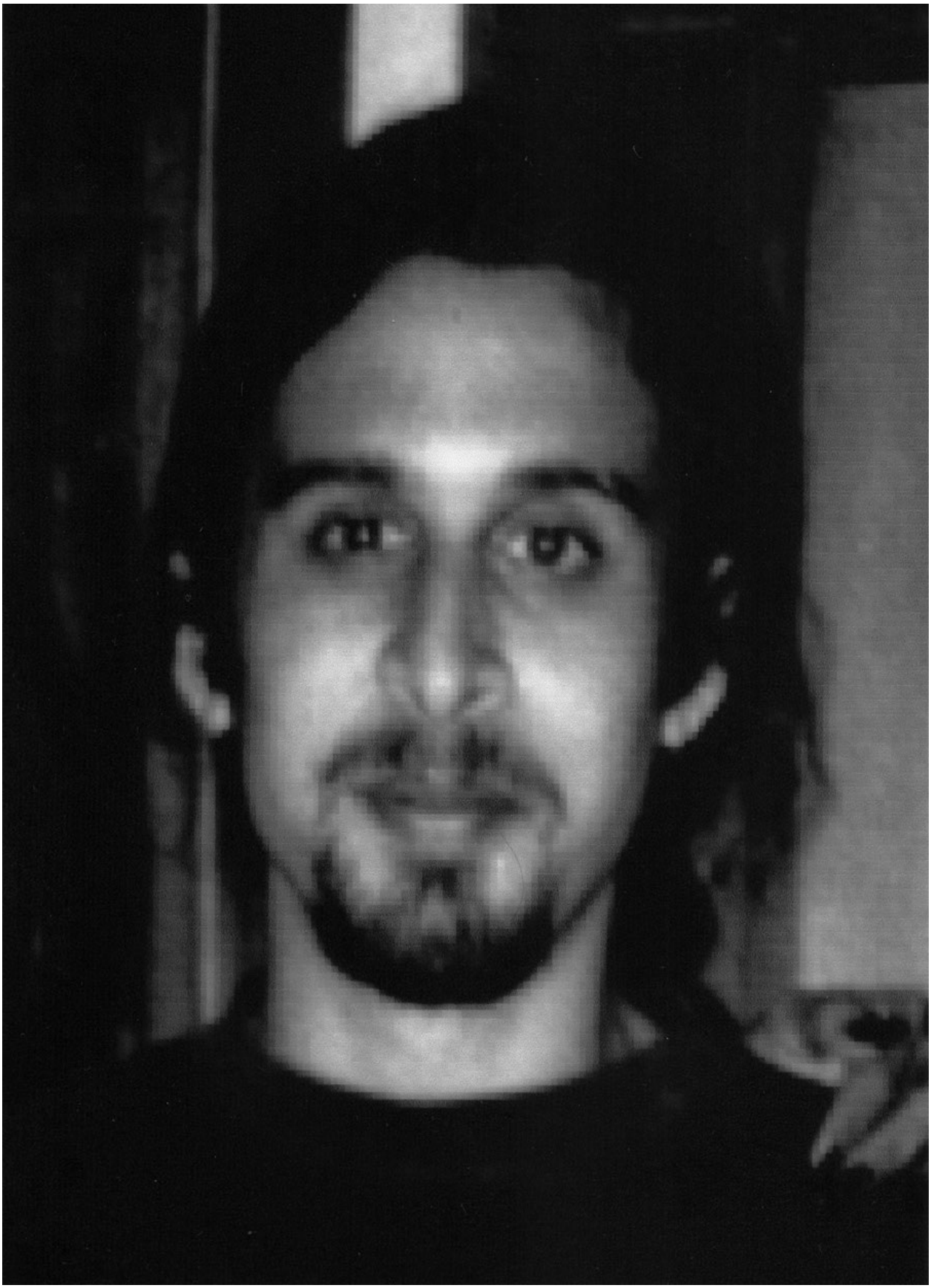
Gurú Baba Nanak



Parveen Dusanj y Kabir en el Templo Dorado



Kabir y su santidad el papa Juan Pablo II



Siddhartha Bedi

Capítulo 6

SALVAR A MI HIJO

El alma herida

La alarma sonó por primera vez cuando mi hijo mencionó el suicidio durante un paseo al atardecer por la playa de Santa Mónica. Siddhartha era un joven atractivo, fibroso y bronceado, con el pelo negro recogido en una coleta y una incipiente perilla; parecía un joven Che Guevara indio. Había entrado en la Era de la Información como graduado de la universidad Carnegie Mellon, la meca de la tecnología informática. Estaba en la élite tecnológica del mañana, los más brillantes del nuevo milenio, y le esperaba una vida muy emocionante en el mundo digital hasta el día en que «simplemente no podía pensar». Algo empezó a distorsionar su mente atenazándola como los anillos de una pitón; eso le cambió de una manera traumática para él. Pasamos tres años intentando curarle, pero luchábamos contra fantasmas desconocidos.

Tres meses antes, en la primavera de 1997, por fin nos habíamos enterado de lo que le pasaba. La policía de Montreal le había encontrado subido a la verja de la fábrica de cervezas Molson, y le había llevado al pabellón de emergencias psiquiátricas Albert Revaux del hospital Sacre Coeur. Los doctores Garant, Fillion y Dumont me dieron la demoledora noticia: Siddhartha era esquizofrénico.

Después de eso había venido a vivir conmigo a la casa victoriana que tenía alquilada cerca de la playa. Le estaban tratando los mejores médicos de la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), y tenía mucho mejor aspecto que cuando había llegado. Yo pensaba que estábamos ganando la batalla. ¿Por qué me hablaba del suicidio?

Siddhartha estaba sombrío desde que habíamos salido de paseo; llevaba puestos los auriculares del walkman, no parecía querer hablar, así que caminé junto a él en silencio. Los coches surcaban la autopista Pacific Coast por encima del talud de tierra a nuestra derecha, íbamos hacia el muelle de Santa Mónica, conocido por sus atracciones de feria y la noria de cestas rojas y amarillas que gira sobre el mar. Dejamos atrás los tejados de color verde y rosa del hotel Loews y seguimos andando silenciosos entre deportistas, patinadores y ciclistas más allá de la aglomeración nocturna y las luces de neón de los bares y restaurantes. Al llegar a los espacios abiertos del otro lado del muelle recordé su fascinación cuando le llevé allí de pequeño a ver el Circo del Sol. De regreso, mientras nos acercábamos al enorme hotel Shutters on the Beach, Siddhartha se quitó los auriculares y se paró.

—¿Qué voy a hacer todo el día? —exclamó de repente.

Yo le miré preocupado, noté que estaba respirando más fuerte de lo habitual y normalmente no hablaba con esa brusquedad. Su tono de voz era suave por naturaleza.

—¿Qué quieres decir, Shonu?

Así era cómo le llamábamos mi exmujer Protima y yo. Nos habíamos separado antes de que yo me marchase de la India, hacía veinte años, cuando él tenía cinco.

—No puedo pensar. No puedo trabajar. No puedo leer —dijo Siddhartha en tono agitado—. A veces intento hacer algo en el ordenador y… —Movió la cabeza negando—. No consigo concentrarme… en nada. ¿A qué me dedico todo el día?

A veces entraba en una zona donde no sentía motivación, ni capacidad, ni deseo.

—¿Por qué no haces algo físico? Haz ejercicio.

—Eso no va conmigo. Es muy… artificial —replicó irritado.

—¿Artificial? —repetí sorprendido.

Siddhartha empezó a andar otra vez.

—No sabes lo que es esto, papá —dijo desdeñosamente.

¿Cómo lo podía saber?

—Cuéntamelo —le apremié.

—No es que no sepa qué decir o qué hacer —dijo mientras seguíamos avanzando—. Es que nada tiene sentido para mí. Solo hay un vacío.

Traté de imaginarme esa sensación; un espacio en el que nada importa, el vacío. Ya se había quejado de haber perdido el gusto y el olfato, incluso de que la televisión le parecía en blanco y negro. Era difícil darle una respuesta.

—No puedo sentir nada —continuó, mirando a lo lejos—. No estoy aquí.

Sentí su frustración. Aquello no había sido fácil para él.

—Intento dormir… —dijo con un suspiro—. ¿Pero cuántas horas puedo dormir?

—¿Y ver la tele? —le sugerí—. ¿O películas?

Él hizo un gesto desdeñoso.

—Alguna de acción de vez en cuando —dijo, y añadió con una risita—: o dibujos animados.

—¿Y salir más por la Promenade?

En el centro de Santa Mónica, la zona peatonal conocida como Third Street Promenade era un festival de tiendas, cines, cafés literarios y restaurantes.

Estaba a poca distancia de nuestra casa, y había un restaurante indio donde íbamos a recordar nuestras raíces. Siddhartha movió la cabeza negando otra vez.

—No puedo soportar que haya mucha gente a mi alrededor…

—¿De qué tienes miedo?

—No puedo… hablar con la gente. No puedo mantener una conversación. No me puedo comunicar.

—No tienes que hacerlo —le tranquilicé—. No hace falta que les hables.

—Tú no lo entiendes —protestó—. Me miran y… yo no puedo…

Tenía que hacerle razonar; mi hijo estaba atrapado en una telaraña mental que tejía él mismo.

—Escúchame, Shonu, puedes comunicarte, puedes pensar. Conmigo tienes conversaciones perfectamente articuladas, incluso encuentras los fallos de mis argumentos.

Él movió la cabeza negando empecinado.

—No puedo… No puedo… Es que no puedo…

Había que sacarle de su negatividad, de su parálisis mental, y le dije:

—Repite mentalmente: «No puedo pensar de cierta manera sobre ciertas cosas». No te subestimes. Te estás convenciendo a ti mismo de cosas que no son verdad.

—Las medicinas no me están ayudando, papá —se quejó—. La que estoy tomando ahora es horrible, me encuentro fatal.

Le habían tratado dos veces con Risperdal, pero otra vez le habían prescrito Olanzapina, la que le parecía horrible. Dicen que los medicamentos actuales son mucho más eficaces, pero los suyos no parecían hacerle efecto.

—¿Quieres probar otro tratamiento? —le pregunté.

—Hay otro, pero te mata los glóbulos blancos. Lo he investigado. No va muy bien.

—Podemos hablarlo con la doctora Leiter —le dije; no quería anticiparme a sus médicos—. Quizá haya cosas mejores.

Tenía noticias de un nuevo tratamiento a través de mi esposa, Nikki, con quien llevaba casado siete años y que estaba esos días en Londres para asistir a la boda de su hermana. Una amiga suya, la doctora Cathy Price —neurocientífica del Instituto de Neurología del University College de Londres—, le había hablado de los buenos resultados de la terapia electroconvulsiva (TEC). Cuando me lo contó, lo primero que me vino a la mente fueron imágenes horrendas de Alguien voló sobre el nido del cuco. «Eso ya no es así, tonto —me aseguró Nikki—. Ahora saben mucho más sobre el cerebro. No duele absolutamente nada». Pero la doctora Fredda Leiter, que trataba a Siddhartha en el centro de salud mental Edelman, había dicho que la TEC sería «el último recurso», que era «demasiado pronto» para pensar en ello. Siddhartha solo llevaba dos meses en tratamiento.

Seguimos andando en silencio hasta que llegamos a la avenida Wadsworth, la calle que llevaba a nuestra casa de dos pisos. Él se paró en la esquina y me miró a los ojos.

—Si no puedo tener cierta calidad de vida, no estoy interesado —me dijo.

Me quede perplejo. ¿Que no estaba interesado en la vida? ¿Era eso lo que quería decir?

—¿Qué tipo de calidad, Shonu?

—Normal —dijo simplemente—. Solo quiero ser normal.

—Ya lo serás, no tengas prisa —le dije sonriendo, intentando animarle.

Soltó una risita cohibida.

—Oye, que no pienso saltar desde un edificio ni nada parecido. Eso me da mucho miedo.

En ese momento se me paró el corazón al darme cuenta de que mi hijo estaba hablando de suicidio.

—Shonu… —Intenté captar su atención, pero él estaba mirando al suelo, sumido en sus pensamientos—. Eso ni lo pienses. Esto lo vamos a superar.

Él me miró de repente.

—¿Crees en el derecho de las personas a morir?

No era una pregunta fácil de responder en esas circunstancias. Yo creo que las personas tienen derecho a morir con dignidad en el momento y el lugar que decidan cuando sus razones están justificadas. Las suyas no lo estaban y yo no quería alentar esa idea. Pero tampoco podía mentirle.

—Solo en casos extremos y cuando la decisión se ha tomado con lucidez —le dije—. Tú no tienes esa lucidez en este momento, y lo sabes… Por favor, deja de pensar en eso.

Había que sacarle de ese estado tan siniestro, conseguir que se riera como fuese.

—¿Quieres ir a ver una comedia conmigo y con Adam?

Siddhartha me miró dudando. Tenía mucho cariño a su hermanastro de quince años, Adam, el hijo de Ixchel, mi exmujer americana. Nos habíamos casado veinte años antes, cuando llegué a Hollywood después de mi éxito en Europa. Adam vivía con Ixchel en Colorado pero pasaba conmigo las vacaciones. Era delgado y dinámico, con el pelo marrón muy corto y la tez blanca, aunque se había puesto rojo haciendo surf como todos los veranos.

—No sé —murmuró Siddhartha sin decidirse—. ¿Qué película?

—Habíamos pensado ver Hombres de negro. Hay mucha acción, ¡venga!

—Vale —dijo, y de repente parecía tan interesado que me sorprendió—. Os acompaño a ver Hombres de negro.

Esa noche estuvo tan callado que resultaba inquietante. No se rio conmigo y con Adam ni sola una vez durante la película, y tampoco se unió a nuestra charla trivial mientras cenábamos algo a medianoche en Van Go's Ear, un local cutre-chic en Venice que solían frecuentar los jóvenes actores de la Brat Pack de Hollywood. Siddhartha estuvo escuchando el murmullo de las conversaciones, observando las interacciones entre la gente y adivinando la relación que tenían. Sus cordiales ojos marrones se iban deteniendo en unos y otros, parejas en sus citas y pequeños grupos bulliciosos apiñados en torno a las mesas dispares del restaurante.

—Por aquí están pasando muchas cosas —me dijo con una sonrisa triste—. Es increíble todo lo que está ocurriendo.

Lo dijo como si fuera un objetivo que quisiera alcanzar. Ojalá sea verdad, pensé. Mientras volvíamos intenté alegrarle bromeando con Adam, pero no funcionó. Sin embargo me sonrió cuando le di las buenas noches con un abrazo, y eso me animó un poco. Confiaba en que sus sombríos pensamientos fuesen algo pasajero. Pero no fue así.

Al día siguiente, Siddhartha bajó de su habitación a media mañana y nos dijo que había decidido dejar de comer hasta morir, y que tardaría treinta días. Adam se lo tomó a broma; ya estaba acostumbrado a las ideas peregrinas de su hermano. Yo me quedé patidifuso, pero tampoco le creí, sabía que cambiaría de opinión. Cualquiera que haya vivido con un esquizofrénico puede confirmar que de repente se les ocurren extravagancias de las que se olvidan igual de rápido. Lo mejor era hacer tiempo. Dijo que quería «comer por última vez» en Omelette Parlour, el salón de las tortillas de Santa Mónica, y me pidió que le llevase. Yo estaba seguro de que cambiaría de idea.

Con los esquizofrénicos, la persona que estás viendo no es la persona que conocías. En lo más profundo de su ser, algo se ha transformado y les ha convertido en impredecibles, poco fiables, desconocidos. Yo había visto bastantes veces sus cambios de humor, sabía que el tiempo jugaba a mi favor, así que le llevé a que tomara su «última comida». Él pidió tortitas con fresas y nata, Adam sus gofres con arándanos y yo mi tortilla favorita. No hubo indirectas lúgubres en nuestra charla mientras comíamos. Por la tarde Adam le convenció para bajar al mar. Antes le gustaba hacer bodysurfing en la rompiente azul y blanca de las olas, pero ese día Siddhartha se limitó a nadar lentamente.

Por la noche le entró hambre otra vez, y decidí esperar para ver cómo lo gestionaba. Empezó a preguntarse en voz alta si su medicación tendría otros efectos por dejar de comer. No llevó mucho tiempo convencerle de que la inanición no le iba a servir de nada. Fue el primero en reírse de sí mismo cuando empezó a engullir a puñados su aperitivo favorito, Honey Nut Clusters. Yo estaba contentísimo de que hubiese abandonado la idea y estuve contándole anécdotas sobre el gran apetito de mi padre, aunque sabía que el peligro aún acechaba. La esperanza es un arma de doble filo.

Un par de semanas después, Siddhartha bajó a mi estudio mientras yo trasteaba con el ordenador. Se quedó de pie a mi lado, enmarcado por la luz que entraba por las ventanas victorianas; tenía

un aire tan desvalido como un niño pequeño. Noté el miedo en su voz cuando consiguió hablar.

—Las medicinas no me hacen nada, papá.

Su evidente desesperación me conmovió; su postura era la de un hombre derrotado. Se había esforzado mucho en razonar para poder salir del laberinto fragmentado de su mente, pero le tenía atrapado. Aunque se mostraba dócil por el atontamiento que le provocaba la medicación, por dentro estaba rabioso. Había soportado los efectos del tratamiento mientras esperaba algún progreso, y en ese momento estaba perdiendo la esperanza otra vez.

Me levanté y le abracé; me di cuenta de su desconcierto y le abracé más estrechamente.

—Shonu, siento mucho, muchísimo que tengas esta enfermedad. —Podía sentir su dolor y se me quebró la voz—. Ojalá hubiera algo que yo pudiera hacer para acabar con ella. Me gustaría saber qué hacer, pero no lo sé. Los médicos sí lo saben. Por favor, confía en ellos.

Su respiración era irregular; noté que se crispaba. No quería desmoronarse.

—Tardó mucho en desarrollarse, Shonu. Va a tardar un tiempo en desaparecer —le dije en voz baja.

Estaba convencido de que Siddhartha se curaría. Sus médicos me habían hablado de pacientes que habían recuperado sus habilidades matemáticas e incluso tenían trabajos normales.

Sentí como se estremecía haciendo esfuerzos para no llorar.

—Estás mejorando, Shonu. —Tenía que conseguir que lo creyera.

Volvió a temblar.

—No sé qué hacer —gimió mientras apretaba la cara contra mi mejilla. Yo seguí abrazándole en silencio un buen rato.

—Dale tiempo, como dice la doctora —le tranquilicé—. Pronto te pondrás bien. Solo tienes que darle algo más de tiempo.

Se apartó de mí un poco incómodo, como si ya hubiera tenido suficiente. No quería mostrarse tan vulnerable. Sin decir ni una palabra se dio la vuelta, salió por la puerta de atrás y subió lentamente las escaleras hasta su habitación. Mientras escuchaba sus pasos en la terraza yo solo me preguntaba cuánto tiempo más duraría su tormento.

Hacía casi cuatro meses que había llegado de Montreal con aspecto de animal acorralado; estaba pálido y desgreñado, con la barba crecida, mirando recelosamente de un lado a otro al bajar del avión. Me había impresionado mucho verle en ese estado tan deplorable; pensé que debía haberlo pasado fatal. Aún me dolía el mazazo de saber que su brillante cerebro estaba dañado, pero me puse muy contento de abrazarle otra vez. Desde algún lugar de su mente caótica él quería estar conmigo; había vuelto a casa buscando refugio. Su descenso al infierno de la esquizofrenia había sido lento, pero implacable.

Todo empezó cuando tenía veintidós años, fue el año de su graduación en la universidad Carnegie Mellon. El primer diagnóstico fue depresión y, aunque los médicos le prescribieron medicación, él lo consideró como un problema a resolver. Investigó a fondo el tema y hasta creó una página web sobre la depresión donde puso una foto de Salvador Dalí. Pero todavía tenía suficiente lucidez para graduarse con honores. En aquel tiempo él ya estaba pensando en la inteligencia artificial: sabía que era el futuro. Luego empezó un máster en la universidad de Carolina del Norte, en Chapel Hill, y allí los médicos le prescribieron psicoterapia. Aún estaba lo bastante bien para dar clases como profesor adjunto; empezó a practicar taichí siguiendo el consejo de un naturópata y eso le alivió un poco. Una vez me dijo: «Cambia mi manera de andar, mi manera de bailar… los movimientos involuntarios se incorporan de algún modo a tu consciencia (…). He empezado a pintar otra vez… Estoy en plena era del Renacimiento». Por desgracia su mente se volvió a nublar; él sabía que tenía problemas y nos dijo que quería volver a Bombay y hacer psicoterapia allí. Yo acepté porque sabía que Pooja cuidaría bien de él.

De pequeños, Pooja y Siddhartha eran inseparables; habían estado juntos hasta sus últimos años de instituto en Los Ángeles cuando vivían conmigo. Booie, como Siddhartha llamaba a su hermana, había vuelto después a Bombay para actuar en películas de Bollywood. Tuvo mucho éxito con Jo Jeeta Wahi Sikander, que protagonizó junto a Aamir Khan, y más tarde se casó con Farhan Furniturewalla, un atractivo empresario. Vivían en Versova y Pooja instaló a Siddhartha en el apartamento de Beach House donde ambos habían crecido. Pero el tratamiento no le ayudó; según me dijo después Siddhartha, la terapeuta que él mismo había elegido le había «abandonado». No quiso decirme quién era; la paranoia ya se estaba manifestando. Buscó la cura en métodos tradicionales y decidió ir a un centro de yoga en Kerala. Allí empezó a tener alucinaciones: «vívidas imágenes de civilizaciones, culturas y gente que se transformaban unos en otros», y su propio cuerpo irradiaba «ondas de luz azul». Los gurús se alarmaron por las visiones que describía y pidieron a su madre que se lo llevase. Nos dimos cuenta de que su problema era mucho más grave que la depresión: necesitaba que le tratasen los mejores especialistas.

Protima vivía en Nrityagram, la escuela de danza tradicional que había creado en Bangalore. Allí estaba el Instituto Nacional de Salud Mental, el mejor de la India, pero Siddhartha se negó rotundamente a ir; su mente estaba llena de extraños temores. Quería ir a Montreal para estar con su mejor amigo, Arman Mirchandani, a quien llamaba Chotu. La idea de perderle la pista en Canadá nos aterrorizaba y entre toda la familia le convencimos (yo se lo pedí encarecidamente desde Los Ángeles) para que fuese a Italia, al Istituto di Pedagogia Acquariana (Instituto de Pedagogía Acuariana), un prestigioso centro de sanación cerca de Venecia. Estaba basado en las enseñanzas de mi padre, Baba Bedi xvi, un sanador y filósofo que vivió muchos años en Italia. Marilisa Marchiorello era quien llevaba entonces la antorcha de su legado.

—Estoy loco —le dijo Siddhartha al llegar—, necesito ayuda.

Todo empezó bien, pero recayó poco después y se volvió insultante, agresivo e irracional. Huyó de allí a las tres semanas, en marzo de 1997, pensando que le iban a matar. Perdimos su rastro durante una semana; todos los días me despertaba con la angustia de no saber dónde había ido, ni si estaba vivo o muerto. Sabíamos que había salido de Italia, pero no estaba en la India y no conseguíamos dar con él en Canadá. Sin embargo, allí fue donde explotó todo una semana después.

Lo que ocurrió en Montreal fue mucho peor de lo que vio la policía. Siddhartha se había marchado muy agitado de casa de su amigo Arman. Nos contó que los mástiles de las banderas del parque La Fontaine «empezaron a emitir frecuencias… envenenando a todo el mundo». Creía que la ciudad «iba a por él» y pensó que en Estados Unidos estaría a salvo, así que cogió su pasaporte, dinero y el walkman y echó a correr «hacia América». No se paró hasta que se quedó sin aliento frente a la sede del Circo del Sol y, aunque su espectáculo Allegria nos había fascinado cuando lo vimos en Santa Mónica, a él le parecieron «entes malvados que dominaban el mundo» y siguió corriendo desesperado hasta que se topó con la verja de la fábrica de cervezas Molson y escuchó unas voces en su interior, «el alto mando», ordenándole trepar por los barrotes. Hicieron falta ocho agentes de policía para separarle de la verja. Fue entonces cuando los médicos de Montreal le diagnosticaron la esquizofrenia y le traje conmigo. Aunque fue una noticia devastadora, sobre todo sentí un gran alivio de que hubiera aparecido. Busqué a los mejores especialistas de UCLA, y estaba en tratamiento desde el día que había llegado a Los Ángeles.

Sin embargo, se estaba desesperando otra vez con la medicación y yo no sabía qué hacer para darle ánimos. Una semana después me llevé una sorpresa: bajó a verme con una sonrisa y parecía más contento que nunca desde su regreso. Yo le había preparado un amplio estudio sobre el garaje de la casa para que tuviera su propio espacio; se accedía por una escalera exterior, y él bajaba para las comidas o para charlar y se iba cuando le apetecía. Le hice un gesto para que se sentase en un mullido sofá frente a la chimenea, pero no tenía ganas de sentarse, estaba desbordante de alegría.

—Me he despertado en mitad de la noche y me sentía fenomenal —dijo atropelladamente—. Por primera vez en mucho tiempo me he sentido… —se interrumpió buscando la palabra— normal. Ha sido muy agradable.

—¡Magnífico! —Yo me sumé a su alegría—. ¡Es fantástico! ¡Por fin está funcionando el tratamiento!

Su expresión cambió un instante con un parpadeo de duda; respiró hondo y dijo:

—Hace tres días que no tomo la medicación y me siento mejor que nunca.

Se me puso el pelo de punta; yo sabía que eso podía ocurrir y me habían informado de los riesgos de que abandonase el tratamiento. No lo podía consentir ni aprobar de ninguna manera, me invadió el miedo y repliqué más enfadado de lo que pretendía.

—Eso es exactamente lo que me dijeron tus médicos —le dije levantando la voz—. Vas a deshacer todo lo que has conseguido. Tendrás otro ataque y ya sabes como va esto: una recaída y vuelves al hospital. No creo que te guste el Harbor General. Olvídate de probar tus nuevas teorías, ni lo pienses siquiera. Aún no has superado la enfermedad, haz de una puñetera vez lo que te dicen los médicos.

Le hablé con aspereza y le dolió más de lo que pensé. Había venido a compartir la alegría de sentirse «normal», pero yo no podía apoyarle: oficialmente estaba bajo mi custodia y tenía que asegurarme de que tomase la medicación. La alegría de Siddhartha se convirtió de repente en rabia y arremetió enfurecido contra mí.

—¡A ti yo no te importo! —gritó—. ¡Tú no sabes lo que pienso ni cómo me siento! Esos médicos no saben una mierda. Me están convirtiendo en un robot que no puede funcionar. Y tú también. Solo haces lo que ellos te dicen. ¡Nunca me escuchas! Nunca te has preocupado por mí. Eres cruel. ¡Te odio!

Me sentó muy mal. ¿Cómo se atrevía a decir que no me importaba? Había hecho por él todo lo que había podido. ¿No se acordaba de que le había llevado de un lado al otro del mundo buscando una cura? ¿De las horas que había pasado llamando a médicos, consejeros y especialistas preocupándome por él? Incluso llevaba un registro detallado de sus cambios de humor para sus médicos. ¿No veía que yo había dejado a un lado mi vida para apoyarle y afrontar su enfermedad? ¿No sabía lo que había costado su educación universitaria? ¿Cómo podía ser tan desagradecido? Entonces me di cuenta de que no se trataba de mí. Yo tenía que mantenerle en el buen camino, aunque fuese penoso.

—A partir de mañana —le dije en tono firme—, te vas a tomar la medicación delante de mí.

Siddhartha se marchó furioso a su habitación y yo me quedé muy angustiado.

Era la peor discusión que habíamos tenido desde que había llegado de Montreal, pero marcó un punto de inflexión porque al día siguiente empezó a tomar otra vez la medicación. Yo seguí animándole, necesitaba creer en sus médicos, el doctor Klompus del hospital Harbor General de UCLA y la doctora Leiter del centro de salud mental Edelman. Yo quería que viera las posibilidades que ofrece la vida, pero no era tan fácil: Siddhartha había investigado en internet sobre la esquizofrenia y conocía el pronóstico.

La esquizofrenia es una enfermedad crónica sin causa conocida, no se puede prevenir y no hay cura, solo hay «tratamientos para controlarla». Los médicos la comparan con la diabetes: es incurable pero se puede tratar. Siddhartha se quejaba de que la medicación era «como si te pegaran con una piedra en la cabeza»: le paralizaba parte del cerebro y le dejaba aturdido e incapacitado; las alucinaciones que originaban los ataques psicóticos se controlaban a fuerza de deshumanizarle. Notaba el cuerpo como si tuviera un caparazón anestesiado, incapaz de sentir la realidad a su alrededor: podía verse a sí mismo «ahí sin estar ahí». Aunque haya estados místicos parecidos, en su existencia no había ningún gozo. Todo le parecía anodino. La comida no tenía sabor. Se sentía vacío. Y a pesar de todo yo creía que encontraríamos la manera de que se recuperase. Vivíamos en una nueva era, cada día se descubrían nuevas curas. Un chico tan inteligente como él no debería tener que vivir con la mente herida. Su vida había consistido siempre en pensar.

La lucidez de Siddhartha se apreciaba en las cartas que escribió desde Carnegie Mellon.

No quiero verme a los treinta trabajando por mucho dinero en una gran empresa en Estados Unidos y preguntándome qué estoy haciendo con mi vida, si soy realmente feliz, si todo el esfuerzo ha merecido la pena (…) Es como lo que decía Walt Whitman: «Dejadme vivir la vida para que cuando muera no me pregunte si he vivido».

Nunca perdía el humor, ni siquiera cuando vio que no podía concentrarse estando en Chapel Hill.

No me gusta hablar sobre terapias, cuando lo hago me siento como el típico personaje de Woody Allen. ¡Maldito sea Woody Allen por provocar ese bloqueo! Si ese pequeño roedor está confuso y es escéptico sobre la terapia, ¿por qué hacer que todos se rían de ello? Parece un hombre desorientado y desastrado. Lo que le reconcome son todos esos puntos de vista de los cientos de terapeutas. Solo tendría que encontrar el suyo propio.

También tenía premoniciones de los traumas que se avecinaban.

A veces entro en unas realidades tan distintas de las normales que si me quedase atascado en ellas no sé qué pasaría. Lo único que puedo hacer es tener fe.

En ese momento Siddhartha estaba atrapado en esas realidades que temía. Estaba perdiendo la fe en poder superar su dolencia y empezó a hablar otra vez de suicidio. Yo pensé con amargura que sería otra recaída, pero él estaba haciendo algo más que dar vueltas a la idea. Unos días después escribió a su amigo Arman, el de Montreal, y le dijo que iba a «renunciar». Estaba bastante claro a qué se refería. Arman se debatió entre la lealtad y el deseo de que su amigo siguiera viviendo. Se temió lo peor y me contó lo que le había dicho Siddhartha. No fue una traición, fue un acto de amor: quería que yo le detuviese antes de que se quitase la vida. Me angustié y llamé a Nikki a Londres. Era hija de un médico, había cuidado de Siddhartha y había estado leyendo montones de estudios médicos sobre la enfermedad. Ella era mi ancla emocional, necesitaba su lucidez y escuchar su voz reconfortante. Seguí su consejo y llamé al Equipo de Prevención de Suicidios del condado de Los Ángeles a primera hora de la tarde.

Vinieron a casa enseguida. Siddhartha se quedó consternado; al verlos exclamó: «¡Oh, no!», pero accedió a hablar con ellos «en privado». Una hora después bajaron de su habitación y la consejera Rene Reali me tranquilizó diciéndome que había «negociado un acuerdo». Ya no tenía por qué preocuparme: Siddhartha prometió seguir tomando la medicación y hacer lo que habíamos acordado. El miedo que me enturbiaba la mente se disipó como una nube y sentí un gran alivio. Habíamos ganado más tiempo para que actuase el tratamiento, más tiempo para que se recuperase, más tiempo para otras opciones. Yo subía a verle con frecuencia para comprobar que estaba cumpliendo su palabra. Parecía que habíamos recuperado la «normalidad». Una semana después, Adam fue a llamarle para la cena que habíamos pedido al restaurante indio, pero Siddhartha dijo que no le apetecía. A veces prefería cenar unos aperitivos en su habitación, pero siempre bajaba por la mañana para comerse la buena ración de «sobras» que le guardábamos.

Al día siguiente Adam y yo nos levantamos temprano para ir a jugar al Paintball, ese juego de equipos que se disparan con pintura de colores y tratan de capturar la bandera enemiga. A Adam le apasionaba y se lo había propuesto a Siddhartha unos días antes, pero él no había querido acompañarnos. Volvimos cubiertos de polvo a última hora de la tarde y fuimos a lavarnos. Vi que la comida que le habíamos dejado la noche anterior seguía en la nevera, pero no me quise alarmar porque Siddhartha tenía sus propios horarios. Yo había quedado con unos amigos esa noche y fui a verle antes de salir. Adam se iba a quedar en casa para hacerle compañía.

Subí a su habitación para darle las buenas noches cuando empezaba a oscurecer. Supe que estaba muerto en cuanto le vi. Estaba recostado en un sofá en la esquina de la habitación y tenía la cabeza cubierta por una bolsa de plástico gris ajustada a cuello con una gruesa banda de goma. Corrí a su lado, pero ya era demasiado tarde, no tenía pulso. Sus manos finas reposaban sobre su regazo en actitud casi meditativa, con las puntas de los dedos apenas rozándose. Su postura sugería relajación; estaba tranquilo en el momento de su liberación y también había dignidad en su manera de morir. Debió sentir frío al final; la colcha floreada que le tapaba parcialmente parecía un detalle improvisado, un último gesto buscando confort en un oroo, como llamaba de pequeño a la mantita que siempre llevaba arrastrando. Una sensación de aturdimiento bloqueó mi dolor como un mazazo silencioso en la cabeza

—¿Qué has hecho, Shonu? —susurré, y lo repetí con desesperación como un mantra, tratando de pensar en sus razones.

Cuando intenté levantarme las rodillas no me respondieron. Mientras recuperaba el equilibrio noté un movimiento al otro lado de la puerta. Adam estaba a medio camino en la escalera, observándome a través de la barandilla de la terraza. Lo entendió en cuanto le miré; vi el temor en sus ojos azules desorbitados buscando confirmación. Yo asentí, aguantándome las lágrimas. Adam se agarró fuerte a la barandilla. Yo necesitaba despedirme de Siddhartha antes de que el mundo cayese sobre mí, antes de tener que tratar con los policías, paramédicos y forenses, y la familia, los amigos y parientes. Quería estar un rato en silencio y a solas con él.

—Enseguida bajo —dije a Adam haciéndole un gesto desde la puerta. Cuando me di la vuelta hacia el interior todo estaba misteriosamente diferente.

No sé si fue la luz del ocaso y el viento del océano o mi propia sensación de irrealidad, pero en la habitación flotaba un sentimiento de paz y sentí una extraña serenidad. No quise mover su cuerpo; sabía que la policía querría verlo todo como estaba y que su muerte se investigaría como homicidio. Cogí un extremo de la colcha intentando sentir lo que él había tocado en sus últimos momentos. Vi los envases de somníferos de parafarmacia en la papelera junto a su escritorio, pero no me afectó. ¿Cómo podía sentir tanta paz cuando mi hijo acababa de morir? ¿Estaría intentando decirme algo desde el más allá? Busqué alguna señal, alguna explicación, una confirmación prodigiosa. Una racha de viento susurró a través de las persianas venecianas. ¿Seguiría su consciencia allí, a mi alrededor? ¿Era una ilusión que yo estaba creando para confortarme? ¿O simplemente no lo estaba aceptando?

—Espero que seas feliz, dondequiera que estés. Te quiero, Shonu, hijo. Me gustaría que no lo hubieras hecho —susurré cuando le di un beso al despedirme. Tenía que bajar ya.

Adam estaba llorando en el sofá del salón y fui a consolarle.

—No ha sido Siddhartha, la enfermedad ha podido con él —le dije; no quería que juzgase mal a su hermano—. Hemos perdido. Ha ganado «la bestia» —añadí susurrando mientras él asentía entre lágrimas; así llamábamos a veces a su enfermedad.

Oí coches aparcando delante de la casa, eran los amigos que venían a recogerme para salir a cenar. Eran Roy Patrao, mi mejor amigo, Daniela Scaramuzza, una fotógrafa italiana, y Kevin, un diseñador norteamericano. Los tres se pusieron a ayudar rápidamente: Roy se aseguró de que yo podía funcionar, Daniela se hizo cargo de Adam, y Kevin llamó a emergencias y a la policía. Había que avisar enseguida a la familia y los amigos.

Nikki se quedó horrorizada al enterarse del suicidio de Siddhartha. Quería que la pusiera al corriente de todo: cómo había sido, cómo estaba yo, quién estaba conmigo, cómo estaba Adam… Me recordó que yo aún estaba conmocionado, y me dijo que pospusiera todas las decisiones hasta que ella volviese. Teníamos que organizar el funeral.

La pena por el hijo que había perdido tan repentinamente me asoló en oleadas cuando colgué el teléfono, pero mi duelo tenía que esperar hasta que hiciera la llamada más importante de todas para contárselo a su madre y a su hermana. Protima estaba con Pooja en Bombay. Mi hija estaba en el quinto mes de embarazo; ya había tenido un aborto espontáneo y estaba en tratamiento para prevenir otro. Me preocupaba lo que le pudiera pasar al enterarse, pero no había manera de evitarlo.

¿Qué le iba a decir a Protima? Me la imaginé en casa, mirando al mar con sus ojos oscuros perfilados con kohl, risueña como siempre, con la elegante melena corta que estaba dejando crecer después de haberse afeitado la cabeza. Siddhartha la amaba casi siempre: cuando estaba trastornado a veces la odiaba, pero el amor que ella sentía por él era infinito. En el fondo él lo sabía y lo sentía. Hablaban muy cariñosamente desde que él había llegado Los Ángeles. ¿Cómo reaccionaría?

Protima cogió el teléfono a la tercera señal. Yo me armé de valor.

—¿Kish? —dije suavemente; era el mote cariñoso que yo le había puesto.

—¡Shonu! —gritó ella entusiasmada, confundiendo mi tono suave con el de Siddhartha.

Eso me desencajó; de repente no me salía la voz.

—¡¿Shonu?! —gritó otra vez, esperando su respuesta.

—Soy yo, Kabir… —Se me hizo un nudo en la garganta y las lágrimas me nublaron la vista. Continué con la voz ronca—. Se ha ido… Nos ha dejado…

—¡¿Qué estás diciendo?! —exclamó con un tono agudo de alarma.

Mi cerebro dejó de funcionar. No encontraba las palabras que había pensado decir.

—Suicidio… —musité desolado.

El gemido de una madre que pierde a su hijo es el sonido más desgarrador que existe en la naturaleza, un aullido de dolor primitivo. Lo escuché durante una eternidad hasta que el teléfono se le cayó de las manos. Seguí escuchando sus lamentos en la distancia, llorando yo también, incapaz de confortarla desde otro continente.

Farhan, el marido de Pooja, cogió después el teléfono. Estaba consternado y también angustiado, temía que la noticia de la muerte de Siddhartha pusiera en peligro el embarazo de Pooja. Le rogué que encontrase la mejor manera de decírselo, pero al final no tuvimos que preocuparnos por eso. Pooja se despertó esa mañana con un presentimiento de la muerte de Siddhartha. Adivinó lo que había ocurrido antes de que Farhan pudiera decírselo. Su vínculo con Siddhartha era más profundo que el de la sangre.

La noticia dejó muy trastornado a Arman, que estuvo conduciendo sin rumbo por las calles de Montreal pensando en lo «sensible, amable, y leal» que era su amigo, abrumado por los recuerdos de tiempos más felices. Se habían reído mucho juntos de pequeños, correteando entre las palmeras del parque de Beach House, tomándole el pelo a su hermana Pooja, jugando con sus perros Taffy y Bobo, chupándose los dedos con las comidas que preparaba «el tío», su cariñoso cocinero cristiano. También recordaba las visitas que se hacían en sus respectivas universidades en Estados Unidos, y las conversaciones de los fines de semana. Que todo hubiera acabado así era devastador.

Los agentes de la policía de Santa Mónica que registraron su habitación buscando «pruebas» fueron respetuosos y eficientes. Los paramédicos vinieron y se fueron. Los forenses se llevaron a Siddhartha cubierto con una sábana blanca en una camilla. Cuando la ambulancia se fue, Kevin bajó de la habitación de Siddhartha y me dio su «nota de despedida». La había encontrado dentro de un libro que estaba sobre la chimenea: Final Exit, la biblia del quitarse la vida. Con ello Siddhartha nos decía a su manera que había elegido una muerte sin dolor. Leí la nota más tarde a solas, ya de madrugada, tratando de entender lo que pensaba cuando escribió sus últimas palabras. Eran unas pocas líneas que había escrito en el ordenador con su típico estilo directo:

Bueno, se acabó. Por favor, no sintáis ninguna «culpa» por esto. Es mi manera de tomar el mando y abandonar, y me voy feliz, no estoy triste, aunque pueda parecer raro.

Ahora voy a explorar el otro lado. Si existe la reencarnación, espero volver con las facultades de un genio de la tecnología. Estos tiempos en que vivimos son apasionantes.

Estoy seguro de que os vais a enfadar… pero espero que se os pase pronto.

Booie, sigue sonriendo… huska huska huska… buena suerte con el bebé.

Mamá, te quiero más que a nadie… Besotes en los mofletes… Por favor, no te enfades.

Os quiero a todos.

Estaba firmado con tinta azul: «Siddhartha».

Me dolió que no me hubiera dedicado ni una sola línea. Puede que estuviera resentido por algo; se había enfadado conmigo el día que me contó que había interrumpido el tratamiento. Me consolé pensando que aquello no tenía importancia, Siddhartha no siempre era él mismo. «Por favor, no sintáis ninguna culpa», decía. ¿Pero cómo no me iba a sentir culpable? Algo mal habría hecho para que él muriese así. ¿Por qué no había estado más pendiente de él? ¿Por qué no le había convencido para que viviera?

La culpa me desgarraba a dentelladas como un depredador. Había sido un padre negligente. Me había creído el cuento del «tiempo de calidad» que dedican a sus hijos los padres divorciados. Las vacaciones de verano siempre las pasaban conmigo allí donde estuviera, pero aún así, yo estaba distraído con «mi trabajo» y «mis proyectos», además de constantes «líos financieros». ¿Le había escrito tan a menudo como podía? ¿Había ido a verle siempre que podía? ¿Le había sorprendido alguna vez con un viaje al extranjero? Yo había estado ausente en muchos momentos señalados de su infancia. ¿Le habrían durado esos resentimientos hasta el final? ¿Serían esas las razones de su silencio en la nota? Ya no lo podía saber. Su muerte tan repentina era como si me hubieran arrancado un miembro del cuerpo, un desgarro incurable. Lloré hasta que me venció el cansancio y me sumí en un sueño intranquilo.

Me desperté aturdido y desorientado. No me hacía a la idea de que se hubiera ido. Pero no tenía tiempo para pensar en mí, había asuntos más urgentes. ¿Cómo estaba Adam? ¿A quién más debía informar? ¿Qué le iba a decir a la prensa? Ese era el viejo dilema entre el derecho de la gente a saber y el derecho de los famosos a su privacidad. La verdad es que ni los famosos pueden exigir una privacidad absoluta, ni la gente puede exigir saberlo todo de sus vidas. Son deseos contrapuestos; encontrar un equilibrio entre ellos no es fácil en un momento de dolor. La noticia de la muerte de Siddhartha no tardaría en estar en boca de todos. Yo no quería mentir sobre su suicidio y su esquizofrenia, y tampoco quería sensacionalismo. Temía que se abriese la caja de Pandora de las preguntas personales. Siddhartha habría odiado algo así. Pero si trataba de ocultarlo, «esquizofrenia» y «suicidio» aparecerían en grandes titulares en la prensa amarilla y rosa de la India, quizá en Italia también. Al final decidí decir la verdad y afrontar las consecuencias.

«Mi hijo, Siddhartha Bedi, ha fallecido el sábado 18 de julio de 1997 a los veinticinco años de edad. La causa de la muerte ha sido suicidio después de muchos años luchando contra la esquizofrenia».

Estaba exhausto cuando terminé de enviar el último fax. Agradecí que la prensa diera la noticia decorosamente, excepto unos pocos. No dije cuándo y dónde sería el funeral, tenía que ser algo íntimo. A Siddhartha no le habría gustado todo el circo de los fotógrafos.

Los funerales de las personas a las que amamos a veces son tan traumáticos como su muerte. ¿Cómo iba a ser el funeral de mi hijo? Hay una gran belleza en las ceremonias de las grandes religiones para los ritos de tránsito: el nacimiento, el matrimonio y la muerte. Un bautismo cristiano, una boda hindú, un funeral musulmán o un bar mitzvah[13] judío son rituales sobrecogedores, consagraciones solemnes que se celebran desde hace siglos y nos conmueven profundamente, como el buen teatro. Mi padre, Baba Bedi XVI, había sido un filósofo con sus propias creencias. Mi madre había sido una monja budista. La familia de Protima era hindú, pero sus creencias eran una mezcla ecléctica. Yo veneraba a gurú Nanak, a Buda y a San Kabir. ¿Suponía eso que teníamos libertad para elegir la ceremonia que quisiéramos? ¿O teníamos que respetar el ateísmo de Siddhartha?

El funeral de un ateo requiere su propio guion. Siddhartha era el nombre de Buda cuando todavía era un príncipe y también el título de la parábola de Herman Hesse sobre su vida; por eso le pusimos ese nombre a mi hijo. Pero Siddhartha se había distanciado de la palabrería de todas las religiones organizadas, no quería pertenecer a ninguna religión ni a ningún país. Él tomaba sus decisiones como «individuo autónomo», no era un joven que siguiera las modas. Aparte de querer tener un equipo de sonido «decente», cuando estaba en la universidad sus gastos eran tan austeros como los de un monje. Su funeral tenía que reflejar su vida santificándola.

Nikki parecía estresada cuando se bajó del avión de British Airways. Organizar su regreso antes de la boda de su hermana no había sido fácil, pero a ella le importaba mucho más asistir al funeral del chico al que había cuidado en sus peores momentos. La madre de Adam, Ixchel, vino desde Colorado; cuando nos casamos, Siddhartha era un chiquillo vergonzoso y ella le había visto convertirse en un atlético adolescente. Estuvo santificando su habitación con plegarias de sanación, como una especie de ritual religioso. Fue su despedida antes de volver a Colorado; el funeral se aplazó una semana mientras llegaba la familia desde la India.

Protima quiso quedarse en la habitación de Siddhartha, estar donde él había muerto. Quería sentirle cerca; su ropa todavía olía a él, su presencia parecía seguir allí, y eso le provocó emociones desgarradoras. Sus lamentos se oían por toda la calle. Lo último que él le había dicho era: «Mamá, te quiero más que a nadie… Besotes en los mofletes… Por favor, no te enfades». Para ella eso era lo más importante de todo. Pooja ocultaba su pena bajo un torrente de positividad; estaba decidida a proteger de las «emociones negativas» al bebé que crecía en su vientre. Para mí fueron unos días demoledores, pero tenía que consolar a la familia.

La vieja casa victoriana se llenó de familiares y amigos afligidos. Mi hermana Gulhima, Guli, vino desde Boston para llorar a su «segundo hijo», que tenía una relación muy estrecha con su hijo Shiv. Siddhartha había vivido un año con ellos en New Hampshire mientras hacía el último curso de bachillerato en Hollis High School. Guli le había cuidado como una madre amorosa y él sacó las mejores notas de su promoción. Seher, la hija de mi hermano, vino desde Nueva York con una amiga. Arman, su amigo de Montreal, llegó desconsolado. Cada uno llevaba la cruz de su culpabilidad individual, como si todos pudieran haberle salvado de algún modo.

La Pequeña Iglesia de las Flores está rodeada de verdes pinos en una zona apartada del cementerio de Forrest Lawn, el favorito de los famosos de Hollywood. Parece una iglesia de pueblo inglesa y se llenó con los asistentes al funeral, debíamos ser unos cincuenta. El sol de California se filtraba por las vidrieras coloreadas iluminando los bancos donde estábamos todos

sentados. Había orquídeas blancas sobre el ataúd azul oscuro de Siddhartha y ramos de flores blancas en los lados. Su rostro reflejaba la paz de un sueño sin pesadillas. Sonaba una suave música de órgano. Allí terminamos de despedirnos, cada uno afligido por sus propios pesares.

Los recuerdos de Siddhartha me venían en oleadas. El niño que se aferraba a su oroo para confortarse. El chico que corría por la playa de Juhu riéndose sin parar. El joven al que yo había abrazado triunfante el día de su graduación en la universidad. Nunca volvería a verle reír, no escucharía su voz ni volvería a oler su piel joven nunca más. Nikki percibió mis emociones y me confortó en silencio hasta que me llegó el momento de hablar.

—Todos nosotros queríamos a Siddhartha por ser esa persona maravillosa que era, siempre amable, cariñoso, brillante… —dije con la voz temblorosa—. Todos nos sentimos culpables porque se haya ido, pero no deberíamos. Fue la decisión que él tomó por unas razones en las que creía. No es momento de remordimientos… Pensemos en los buenos momentos que todos hemos pasado con él… Su espíritu sigue vivo en el aire que nos rodea… Nosotros seguiremos queriéndole toda la vida.

Sin embargo yo me seguía sintiendo culpable por su muerte.

Miré a sus amigos de la universidad Carnegie Mellon, estaban sentados delante de mí, formales, con trajes oscuros, apretados en el banco en estrecha camaradería. Recuerdo a Matt Adler, Sean O'Mullan, Chris Stengal, Craig Lovell y Gleb Klioner. En los rostros de aquellos jóvenes veía lo que Siddhartha podía haber sido; cualquiera de ellos podría haber sido mi hijo, cualquiera de ellos podría haber tenido esquizofrenia, cualquiera podría haber muerto. ¿Era cuestión de suerte que le tocase a mi hijo? Muchos hombres jóvenes a los que se diagnostica esquizofrenia tienen un alto coeficiente intelectual. La única chica entre sus amigos de la universidad era Priya; Siddhartha me la había presentado el día de su graduación en Carnegie. No había conseguido localizar a Sulaja, otra amiga de la que solía hablar. La presencia de todos ellos en la ceremonia para recordarle me conmovió.

Protima y yo nos miramos con el desgarro primitivo de los padres que pierden a un hijo. Mientras salíamos de la capilla sonaba una grabación de monjes tibetanos entonando plegarias en tonos graves. Cuando empezamos a andar por el camino que llevaba al crematorio eléctrico, Nikki y yo nos giramos para mirar a la gente que había venido. Pooja y Farhan caminaban junto a Protima seguidos por amigos que conocían a Siddhartha desde la infancia.

Estaba Arman, que parecía hecho polvo; Pushpinder Singh y su esposa Asha, que habían venido de Washington D.C.; unos cuantos amigos de Los Ángeles: Dale y Judy Rozzen, Babu Subramaniam, Subhash Kundanmal, Suresh y Jayshree Gupta, Harshad y Loretta Gandhi, Michel Potts, Firoz Dordi y Lucy Mack; su prima Seher y el doctor Marwah, un líder de la comunidad sij; Joyce Imbesi, que había tocado el órgano; Roy, Kevin y Daniela, los que habían cuidado de mí esa noche trágica venían con Martika, la cantante que pensábamos ir a escuchar. Sus apenados amigos de Carnegie Mellon iban detrás.

Nos agrupamos en el cavernoso vestíbulo del crematorio antes de pasar a una de las salas. El ataúd de Siddhartha, cubierto de orquídeas blancas, estaba entre nosotros y unos empleados uniformados. Cuando les indiqué que podían comenzar, elevaron el soporte del ataúd con un

chirrido metálico y lo alinearon con las puertas del horno. Nikki estaba llorando a mi lado. Protima soltó un gemido largo y agudo mientras Pooja y Farhan la sujetaban. Los empleados empujaron el ataúd con una fuerza indecorosa hacia el interior de la oscura cámara de cremación. Pude oír cómo chocaba contra la pared del fondo, y sentí un arrebato de auténtica ira por su brutalidad. Lo mismo me había ocurrido durante la cremación de mi padre en Italia cinco años antes. ¿Por qué las cremaciones en occidente no pueden ser tan solemnes como los entierros? Recordé furioso cómo habían tratado de presionarme los «asesores» de ese cementerio de Hollywood para que comprase el ataúd más caro de todos. Pero en ese momento, igual que en Italia, el respeto por el difunto era más importante que mi indignación. La santificación de la muerte de mi hijo estaba por encima de su insensibilidad. Siddhartha ya estaba más allá de esas preocupaciones mundanas. Todo lo que quedó de mi hijo fue una urna anodina con cenizas. Cuatro años después se estrenó la película Una mente maravillosa, la historia del científico John Nash y cómo venció a la esquizofrenia. En aquel momento me pregunté si a Siddhartha le habría servido para confiar más en su futuro, pero era demasiado tarde para saberlo.

Al atardecer depositamos sus cenizas sobre las olas azules de la playa de Santa Mónica, donde había sentido la alegría de vivir durante su juventud. Nos juntamos todos al borde del océano espumoso doliéndonos por la pérdida del hijo, del hermano y del amigo que había desaparecido de repente y para siempre.

Recordé lo que me había dicho durante aquel paseo: «Si no puedo tener cierta calidad de vida, no estoy interesado». Siddhartha creía que no había ninguna posibilidad de recuperar sus facultades mentales. No ser capaz de pensar era no vivir para él. Su vida habría sido el periplo atormentado de una mente paralítica, con las emociones amputadas y las muletas humillantes de una constante dependencia. Su muerte siempre iba a ser una pérdida desgarradora, su ausencia siempre me iba a doler, pero me incliné acatando su decisión cuando le dije mi último adiós. En aquel momento el alma herida era yo.

Adam se adentró en el agua con los restos mortales de su hermano mientras le observábamos en silencio. Las cenizas de Siddhartha se disolvieron en el seno de una inmensa oroo confortante que se extendía más allá del horizonte. ¿Estaría su espíritu en el viento que hacía remolinos a nuestro alrededor? Quién sabe. Como decía en su nota de despedida, se había ido «a explorar el otro lado».



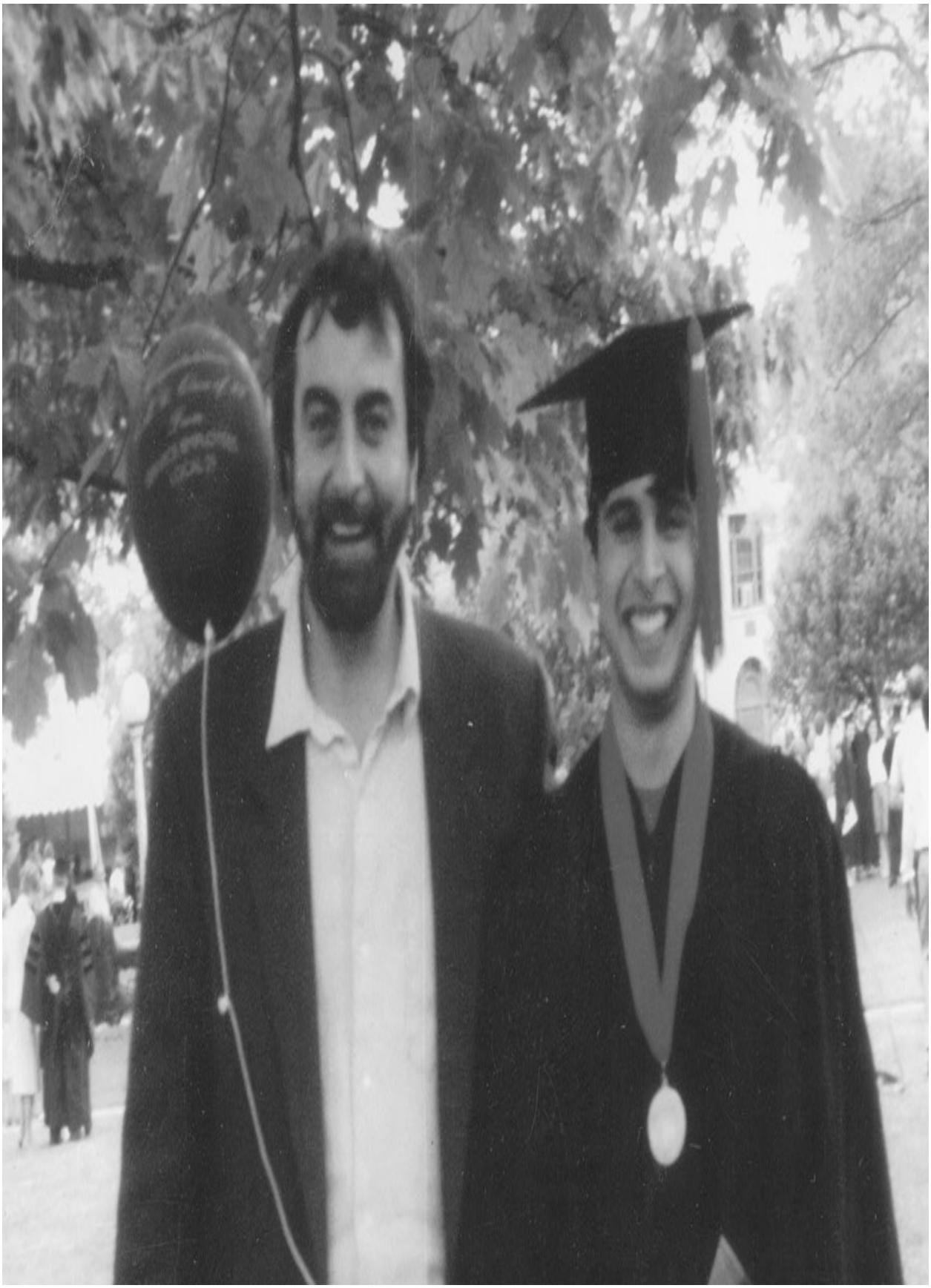
Protima y Kabir en el funeral de Siddhartha



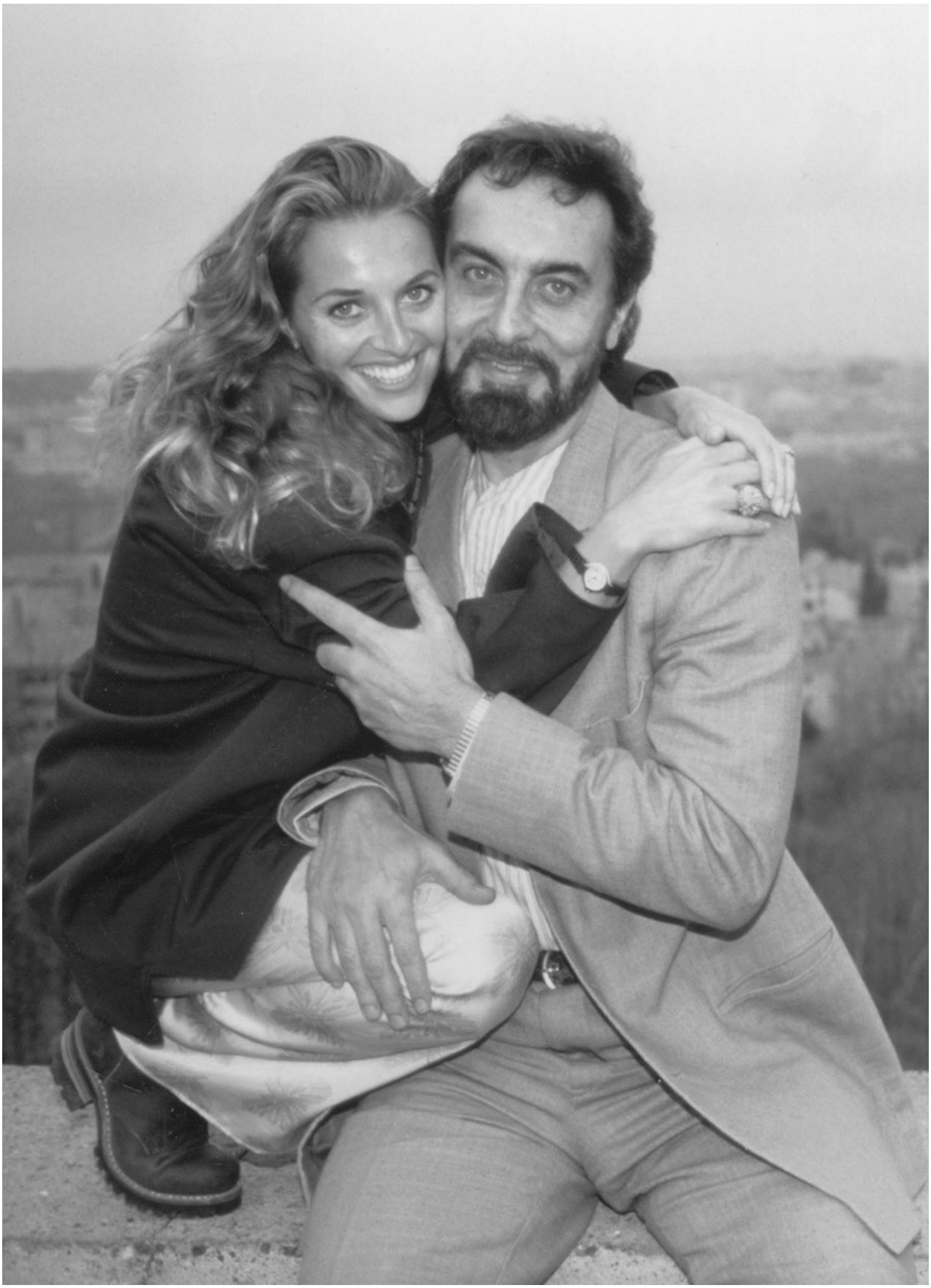
Pooja y Siddhartha



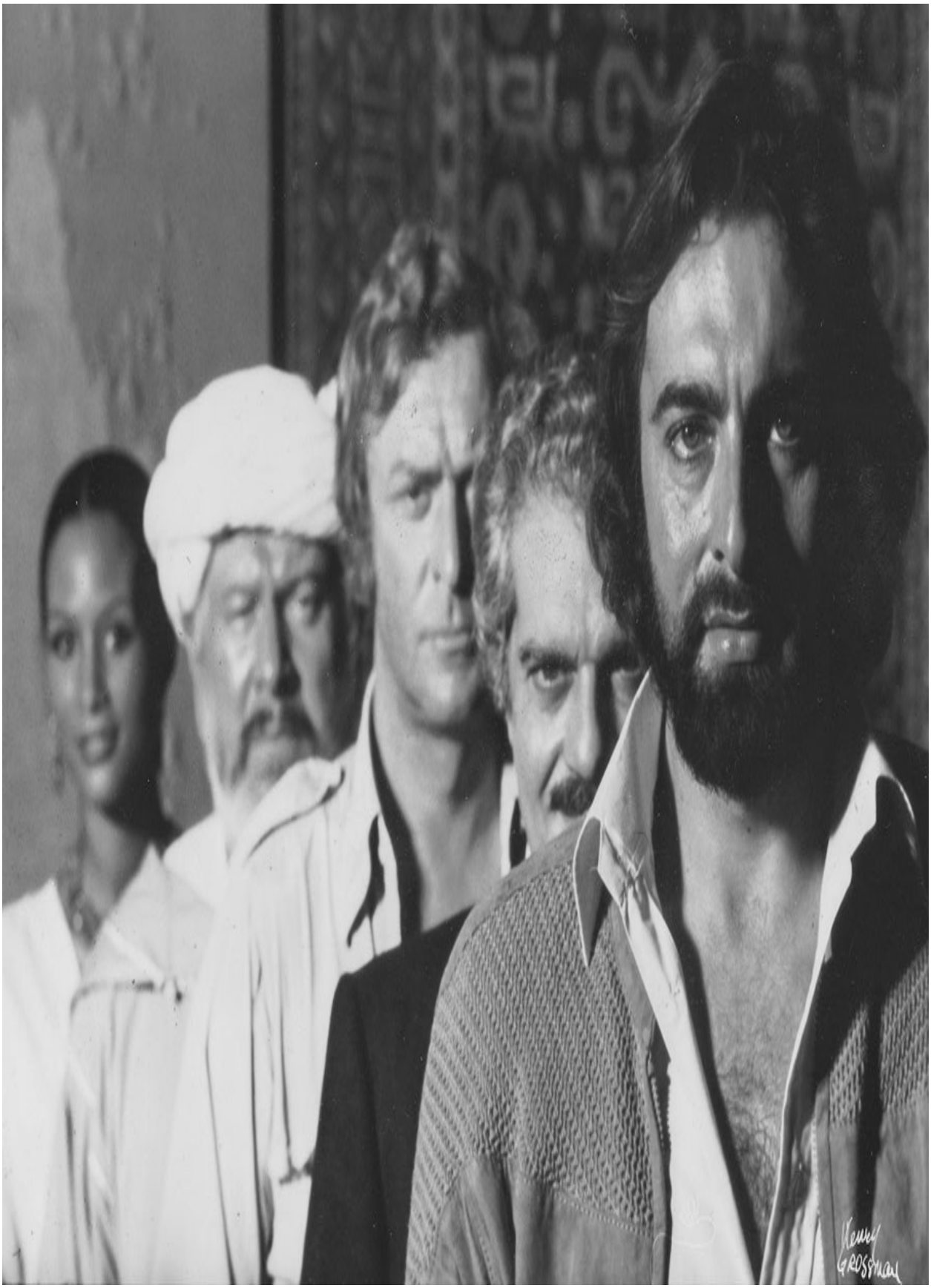
Kabir y Adam en la playa de Santa Mónica



Kabir con Siddhartha el día de su graduación



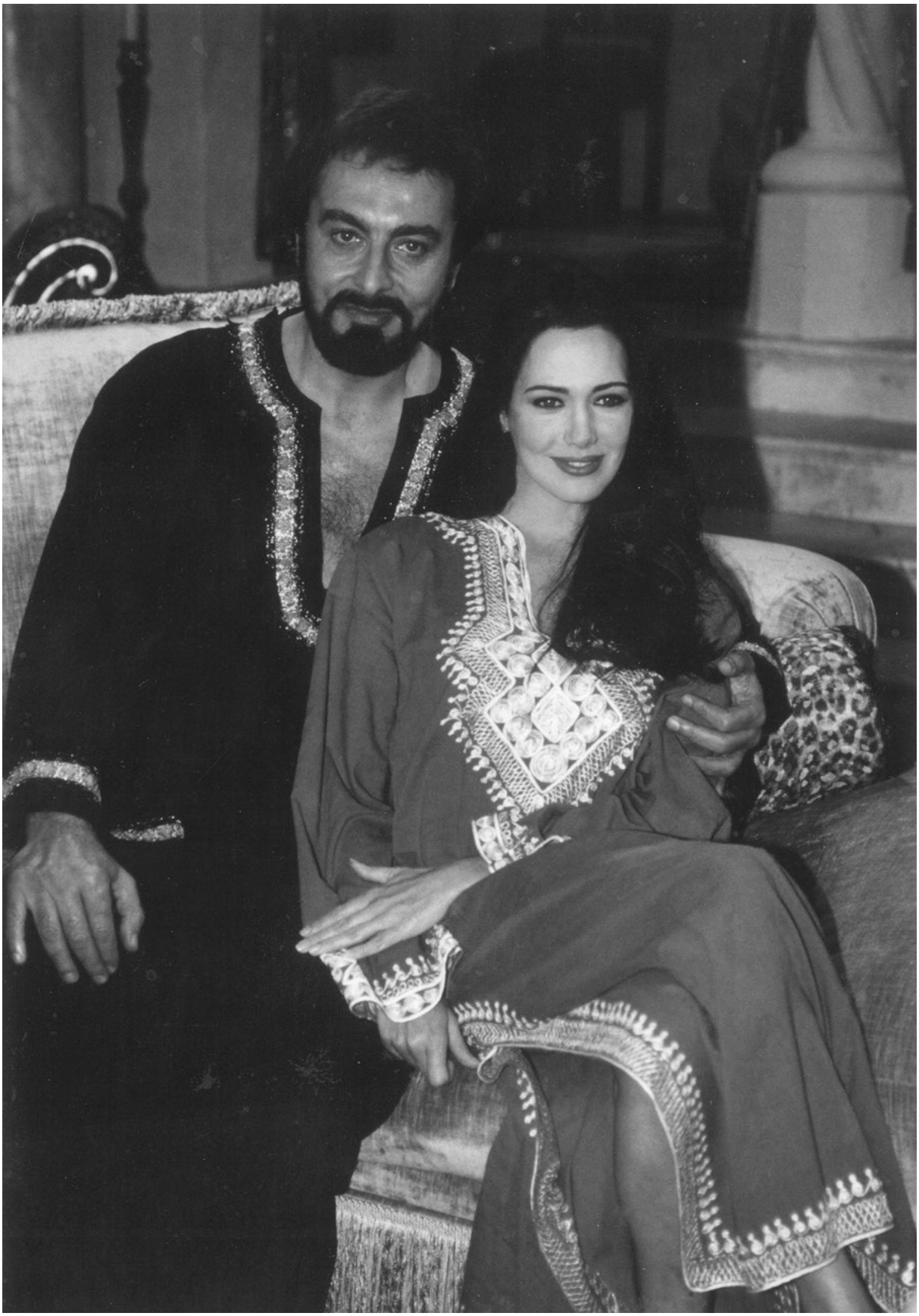
Nikki Bedi y Kabir



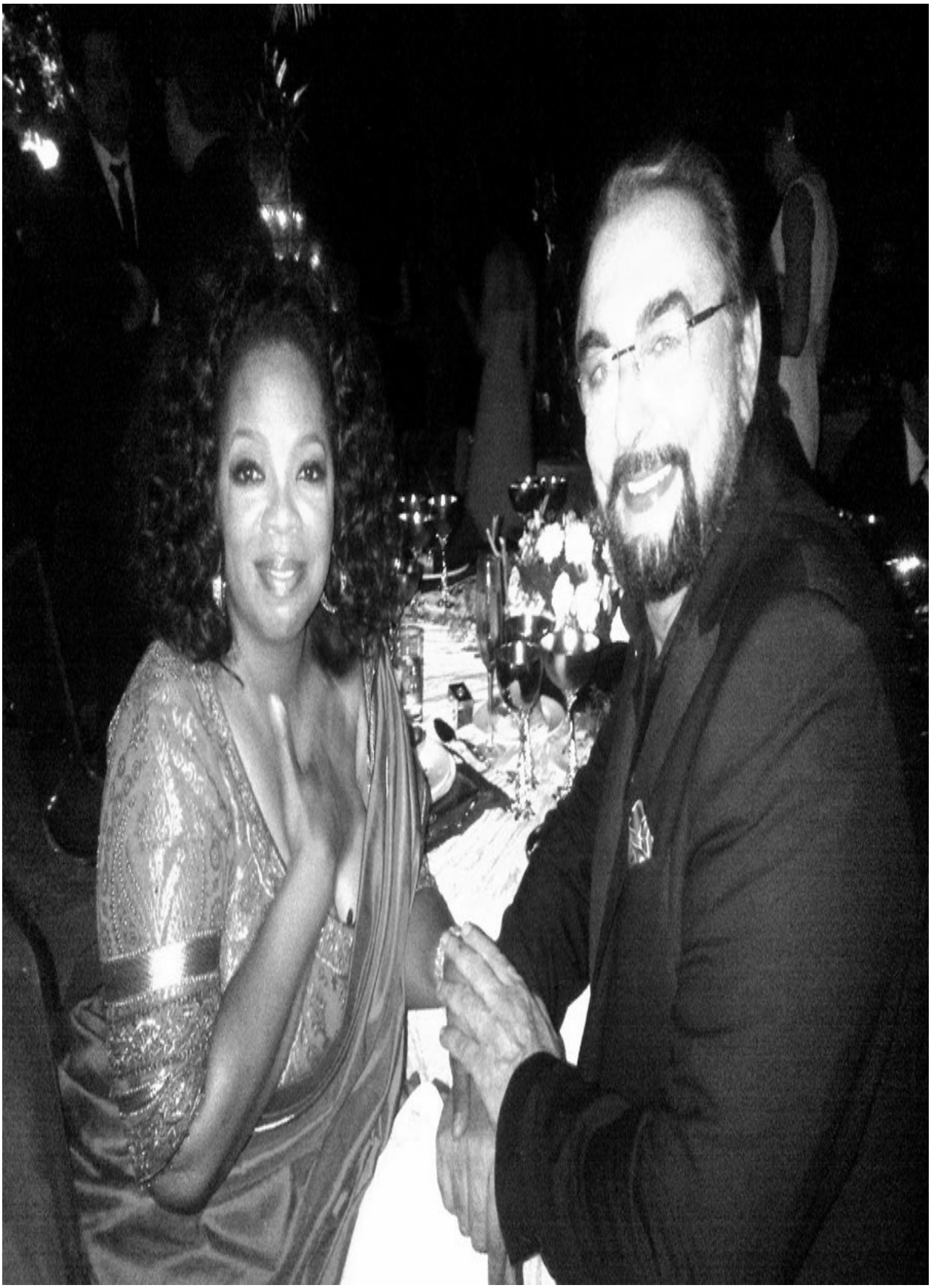
Kabir con Omar Sharif, Michael Caine, Peter Ustinov y Beverly Johnson



Con Timothy Dalton y Omar Sharif



Con Hunter Tylo



Con Oprah Winfrey



Con Roger Moore



Con Burt Lancaster



Con Michael Caine

Capítulo 7

AGONÍA Y ÉXTASIS

Ruina y resurrección

Hollywood acabó conmigo, Italia y la India me resucitaron. Los recuerdos de mi carrera llenarían muchas páginas. Lo primero que me viene a la mente al pensar en Hollywood es un famoso cartel sobre una colina, una palabra para referirse a las películas norteamericanas, un símbolo de ilusión para millones de personas. Y en realidad es una ilusión, porque hace mucho que dejaron de hacer grandes producciones y ninguno de los principales estudios está en Hollywood: Paramount, Warner Bros y Universal se fundaron allí, pero se trasladaron hace años; Columbia, United Artists, Fox, MGM y Disney nunca estuvieron allí. Hollywood era una pequeña ciudad increíblemente puritana cuando se fundó en 1903. Prohibieron el alcohol y, tiene gracia, incluso las salas de cine. Pero el cartel de hollywood, que inicialmente servía para promocionar una nueva urbanización, se convirtió en la imagen icónica del cine norteamericano.

Hollywood me recuerda a mis películas y series de televisión: Octopussy con Roger Moore como James Bond, Ashanti con Michael Caine, Las aventuras del ladrón de Bagdad con Roddy McDowall, y La bestia de la guerra, dirigida por Kevin Reynolds. Hice papeles largos en series de televisión tan populares como Belleza y poder, Una vida para vivir y Hospital General; actué en series famosas en todo el mundo, como Los inmortales, Se ha escrito un crimen, Magnum, P. I. y El coche fantástico; y también hice algunas miniseries con actores como Burt Lancaster, Aidan Quinn, Thomas Gibson y Rutger Hauer. Pero nada de eso me hizo famoso en Estados Unidos.

En los años que viví en Hollywood, todos los extranjeros que se hacían famosos tenían una cosa en común: en su país habían protagonizado películas que habían causado gran sensación en Estados Unidos. Sonia Braga en Brasil, Rutger Hauer en Holanda, Antonio Banderas y Penélope Cruz en España, y Ben Kingsley en Inglaterra con Gandhi. Llegué a conocer bastante bien a Ben durante los últimos años que pasé en Londres, iba a verle a su casa en Oxfordshire y asistí a su desafortunada boda con Alexandra, una chica alemana. El auténtico nombre de Ben era Krishna Pandit Bhanji; me contó que se lo había cambiado porque no le ayudaba en su carrera. Se había graduado con la Royal Shakespeare Company, pero apenas conseguía trabajo en el teatro y el cine hasta que se puso un nombre más inglés. A los indios se les veía como un estereotipo. Es una lástima que no emitieran Sandokán en Estados Unidos; fue porque se catalogó como «producto doblado», aunque se había rodado en inglés. Intenté hacerme famoso en Hollywood trabajando en películas y series americanas, pero había muchos impedimentos.

Después del éxito que había tenido con Belleza y poder en 1994 pensé que se me abrirían algunas puertas en Hollywood y decidí quedarme en Los Ángeles. Sin embargo, me encontré con el mismo obstáculo que en los años 80: no había papeles para indios como yo y los pocos que había solían hacerlos actores blancos pintados de marrón. No se habrían atrevido a pintar de negro a un actor blanco, pero si era piel marrón daba igual. En aquellos tiempos no se hablaba de diversidad. Yo me quejé en un artículo que escribí para Screen International, decía que nunca

íbamos a poder trabajar si no se hacían papeles para indios, pero no me sirvió de nada. ¿A quién le importaba un actor protestón que era de otra tribu?

Muchos de los actores que conocí en Hollywood me dejaron recuerdos inolvidables. Me acuerdo de Michael Caine bebiendo vino tinto con grandes trozos de hielo en la tienda de campaña donde nos refugiábamos del calor abrasador del desierto israelí durante el rodaje de Ashanti.

—El vino tinto se bebe a temperatura ambiente, Michael —le dije de broma.

—Excepto con cincuenta grados a la sombra, colega —dijo riéndose antes de darle otro sorbo.

Nunca olvidaré cuando conocí a Sean Connery, el mejor Bond que ha habido; fue en una cena que daba Shakira, la bellísima esposa de Michael Caine. Al contrario que muchos famosos, Sean me pareció aún más impresionante en persona. Estuve hablando con la escritora Jackie Collins, autora de varios bestseller sobre romances e intrigas en Hollywood y hermana de Joan Collins, con quien trabajé años después en Dinastía. Su interpretación de Alexis Carrington la lanzó a la fama en Estados Unidos gracias a que Sophia Loren rechazó el papel. Yo conocía a Joan desde finales de los años 70, cuando estuvimos en el jurado de un festival de música en España. Durante el rodaje de Dinastía Joan se quejaba de los defectos de los hombres: «¿Qué quieren los hombres?», me preguntaba, lo mismo que se preguntan los hombres sobre las mujeres. Pero no buscaba respuesta, solo expresaba su frustración. Unos meses después dejó a su cuarto marido, Peter Holm, con un divorcio muy controvertido porque él le exigió una pensión alimenticia. En Hollywood todos se escandalizaron, pero él decía que la igualdad tiene que funcionar en ambos sentidos. Más material para las novelas de Jackie Collins.

Recuerdo que a Rock Hudson, el actor más guapo del mundo, le conocí unas navidades en casa de Roddy McDowall, que tenía un árbol con los adornos más bonitos que había visto en mi vida. La princesa Margarita de Inglaterra estaba allí también, pero me habían dicho que no hablase con los miembros de la familia real si ellos no lo hacían primero, así que estuvimos nadando en círculo alrededor de la piscina, los dos solos, sin cruzar ni una palabra. Roddy había tenido un grave accidente durante el rodaje de Las aventuras del ladrón de Bagdad en los estudios Shepperton de Londres. Estaba con la actriz francesa Marina Vlady (la princesa Perizadah) sobre una alfombra voladora sujeta con cables a una grúa, pero los cables se rompieron y cayeron al suelo desde gran altura. La grúa también se desestabilizó y toda la estructura de metal se derrumbó junto a ellos, que se libraron por un pelo. Yo corrí a ayudarles, estaban sangrando los dos y jadeando del susto, fue un milagro que no tuvieran ningún hueso roto. Cuando se reanudó el rodaje como una semana después solo grabaron un lado de la cara de Roddy porque el otro lo tenía tan inflamado y magullado que no se podía disimular con el maquillaje. Roddy fue el primer amigo que hice en Hollywood; él y Peter Ustinov fueron quienes me recomendaron para entrar en la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas en 1982. Desde entonces siempre he votado para los Óscar.

Recuerdo haber sujetado un Óscar en el cuarto de baño durante la ceremonia de los premios. Me lo dio un ingeniero de sonido inglés que entró desesperado por hacer pis. Fue asombroso tenerlo de repente en la mano, «esto es lo que se siente», pensé. Los Óscar han sido los premios más importantes de Hollywood desde que Douglas Fairbanks los presentó por primera vez en el hotel Roosevelt en 1929; la estatuilla dorada estaba fría al tacto pero me caldeó el corazón. Había

ganado muchos premios en Europa: Telegatto en Italia, Tele-7-Jour en Francia, Golden Otto en Alemania… Pero el Óscar era el premio más prestigioso de todos, y me alegré de que el ingeniero de sonido tardase en terminar.

Recuerdo que conocí a Elizabeth Taylor en una fiesta benéfica en Nueva York; irradiaba el glamour de una estrella mítica, pero al hablar te miraba directamente a los ojos. En aquel momento había estado casada seis veces. «Solo me he acostado con siete hombres», le confió a Michael Caine. «¿Quién era el séptimo?» le preguntó él con picardía, pero ella no lo contó. Cuando falleció, había estado casada ocho veces con siete hombres porque con Richard Burton se casó dos veces. Me acuerdo de Goldie Hawn, de Stefanie Powers y de James Coburn, que me abrieron las puertas de sus bonitas casas; me acuerdo de directores legendarios como John Huston, John Badham y Leonard Nimoy, a quienes conocí durante las audiciones para Annie, El trueno azul y Star Trek III. No conseguí los papeles, pero recuerdo el respeto y la cortesía con que me trataron, algo poco habitual en las audiciones. La mansión Playboy de Hugh Hefner era un castillo lleno de «conejitas» por todas partes, invitados con miradas devoradoras y una piscina con un peculiar diseño que conducía a una zona de alcobas privadas. También conocí a Arnold Schwarzenegger, que era campeón del mundo de culturismo cuando llegó a Hollywood.

—Estoy invirtiendo en guiones —me dijo con su fuerte acento austriaco—. Si a los estudios no les gustan, estoy seguro que me darán otra cosa.

Arnold era lo bastante rico para contratar a los mejores guionistas, y su estrategia funcionó. Consiguió hacerse famoso en Hollywood y más tarde fue elegido gobernador de California, no una, sino dos veces. A veces le veía en su restaurante austriaco, Schatzi, que estaba cerca de mi casa en Santa Mónica.

Desde 1995 se abatió sobre mí un aluvión de calamidades que, aunque parezca raro, comenzó en la lejana Bombay. Nikki estaba trabajando para Star TV, la mayor cadena de televisión de Asia; era la presentadora de Nikki Tonight, que pronto se convirtió en un programa muy popular. Tenía por delante un excelente futuro profesional. Una de las noches de mayor audiencia estaba invitado Ashok Row Kavi, el activista gay más conocido de la India, y le contó a Nikki que, veinte años antes, él había dicho que Mahatma Gandhi era «un cabrón». La prensa India organizó un escándalo: «¡Llama cabrón a Gandhi!»: gritaban los titulares, y se relacionaba el nombre de Nikki con el asunto. Hubo manifestaciones en la calle, interpelaciones en el parlamento y gritos pidiendo que Nikki lo pagase con sangre. Para protegerla pusieron guardias armados delante de su puerta y Star TV dejó de emitir inmediatamente el programa. Fue el fin de su prometedor futuro en la India. Nikki volvió a Los Ángeles hecha polvo y sin trabajo. Yo estaba seguro de que se recuperaría, pero su infortunio fue solo el temblor de la avalancha que se me venía encima.

Podría haber sobrevivido a las vicisitudes de Hollywood con el dinero que había ganado haciendo Belleza y poder y dos miniseries italianas; una era El retorno de Sandokán, con grandes actores como Fabio Testi, Romina Power y Franco Nero. La otra era El hijo de Sandokán, que se estrenó mucho más tarde porque hubo pleitos en los tribunales italianos. Sin embargo, mi dinero se desvaneció en el éter por los motivos que explico a continuación como advertencia para navegantes. No fue por vivir estupendamente, ni por las pensiones que pagaba, además de los gastos de dos hijos; tampoco porque costase un riñón enviar a Siddhartha a las mejores

universidades técnicas de Estados Unidos. Todo eso tenía un precio, pero yo habría podido manejarlo. Mi dinero desapareció porque yo quería hacerme multimillonario, quería comprar una casa de la que estuviera orgulloso. Era un sueño que tenía desde pequeño, cuando nos trasladábamos de una casa de alquiler a otra en Delhi. Pero los precios inmobiliarios en California se habían disparado de una manera astronómica, así que hice grandes inversiones para dar ese salto cuántico. Pensaba que era un genio de las finanzas y mi confianza tenía fundamento porque había investigado hasta el último detalle. ¿Cómo iba a fallar? Pero la bolsa es una bestia con sus propios criterios.

En 1995 hice una enorme inversión en acciones de Netscape, el primero de los grandes navegadores de internet. En términos actuales, sería como invertir en Google cuando salió a bolsa en 2004 y sus acciones se cotizaban a 85 dólares. Hoy las acciones de Google valen 1500 dólares. Eso es lo que Netscape prometía. La era de la información todavía estaba despuntando a principios de los años 90: «la red de redes» no estuvo accesible para todos hasta 1993. Netscape popularizó su uso y dominaba el 70 por ciento del mercado antes de su salida a bolsa el 9 de agosto de 1995. Me llamó la atención que el precio de sus acciones se duplicara ese mismo día y lo estudié durante algún tiempo. La nueva empresa tecnológica de Silicon Valley parecía dispuesta a revolucionar el mundo. Tenías que pagar para instalarlo en tu ordenador. ¿Qué riesgo había? Años después, la revista Fortune afirmaba que «Netscape hipnotizó a los inversores y capturó la imaginación de Norteamérica. Fue la compañía que marcó la pauta en el ámbito tecnológico, social y económico de la era de Internet». Yo compré un gran paquete de acciones pensando que Netscape se haría gigante, y al principio todo iba estupendamente. Su fundador, Marc Anderson, apareció en la portada de la revista Time. Sus beneficios se cuadruplicaron ese año. Pero en agosto de 1996 Microsoft lanzó Internet Explorer 3.0, un navegador incluido en todos los ordenadores nuevos con Windows. Lo peor de todo es que era gratis. Yo odiaba a Microsoft, que ya había desbancado a mi querida Apple, y no creía que fuese a triunfar. Netscape era el navegador más utilizado en todo el mundo, tenía una cuota de mercado del 80 por ciento que aumentaba día a día. Pero Microsoft superó a Netscape en dos años. Cuando finalmente vendí mis acciones en 1998 valían menos de la mitad, pero perdí muchísimo más dinero. Al comprar opciones sobre mis acciones «seguras», y al seguir comprando según iban bajando, mis pérdidas se multiplicaron y mi mayor inversión se volatilizó: se la llevó el viento, como dicen en Hollywood.

El oro era mi red de seguridad por si se hundían los mercados. Siempre puede ocurrir algo imprevisto, eso que los economistas llaman un «cisne negro». Si quieres invertir en oro, no puedes hacer caso a los boletines de los fondos de inversión especializados porque sus previsiones siempre son muy optimistas: predicen el colapso del dólar, citan la cantidad de dinero que imprime la Reserva Federal y afirman que se avecina el fin del mundo. Pero incluso los mayores expertos decían que el oro llevaba demasiado tiempo «frenado»; había subido mucho a principios de los 80 y tenía que volver a subir. Yo invertí en Barrick Gold, la mayor compañía minera de oro, convencido de que sus acciones ofrecían una rentabilidad segura. Se cotizaban a 31 dólares cuando las compré en 1996, pero el precio del oro empezó a bajar en contra de todas las previsiones y las acciones se devaluaron hasta 18 dólares en un año y medio. Una pérdida de casi el 60 por ciento. Me deshice de todo lo que pude, no lo aguantaba más. Ahí se fue otra gran suma.

Apple fue una inversión sentimental, me apasionaba la empresa. Me dolió cuando despidieron a

Steve Jobs en 1985 y le sustituyeron por John Sculley, un directivo de Pepsi-Cola. Pero los Macintosh de Apple eran mucho mejores que los toscos ordenadores personales con Windows. Las acciones de Apple habían subido desde 0,90 hasta 1,70 dólares en menos de dos años; yo estaba convencido de que seguirían subiendo y en 1995 hice una importante inversión. Mi hijo Siddhartha, que estudiaba en Carnegie Mellon, la meca de la tecnología informática también pensaba lo mismo: «Al final, ganará Apple», me decía, y tenía razón. Actualmente Apple es la empresa con mayor capital del mundo, la primera que ha superado la cifra de 3 billones de dólares. Pero tener razón a largo plazo no siempre funciona con las inversiones: el corto plazo es lo que acaba contigo. A mediados de 1997 las acciones habían bajado hasta 0,50 dólares y decidí venderlas. Perdí dos tercios de lo que había invertido pensando que Apple ganaría. Estos son solo algunos ejemplos de las malas inversiones que hice en la bolsa; llegué demasiado lejos para tener mi propia casa y aquello acabó con el sueño de mi niñez.

Cuando me estaba asfixiando económicamente los italianos vinieron a rescatarme con un papel en Somos ángeles, una miniserie cómica protagonizada por Bud Spencer, Philip Michael Thomas y Erik Estrada. El productor era el hijo de Bud, Giuseppe Pedersoli. Además ofrecieron un cameo a Nikki y estuvimos rodando en la frondosa selva tropical de Costa Rica, alojados en una plantación. Allí llegué a conocer bien a Bud, un grandullón que se reía con fuertes carcajadas y disfrutaba agasajándonos todas las noches. Sacaba su vieja guitarra y nos cantaba canciones de amor italianas con su ronca voz de barítono, luego Nikki cantaba cancioncillas inglesas chistosas y él le respondía cantándole otras. Su verdadero nombre era Carlo Pedersoli, se lo había cambiado para actuar en películas del oeste italianas con Terrence Hill, que en realidad se llama Mario Girotti. Los dos habían tenido mucho éxito haciendo de vaqueros. A Terrence Hill le conocí muchos años después durante un concierto de Guido y Maurizio de Angelis en Hungría. Me regaló un emblema metálico de las películas de Trinidad que le habían hecho famoso: un vaquero dormido en una hamaca arrastrada por un caballo.

Mi economía aún no estaba saneada así que me vino muy bien trabajar en Territorio prohibido, una miniserie americana sobre la búsqueda de Livingstone por parte de Stanley protagonizada por Aidan Quinn y Edward Fox. Después volvieron a contactarme los italianos, esta vez para protagonizar Mashamal, una película ítalo-marroquí dirigida por Paolo Fondato. Actuaba Dalila de Lazzaro, una actriz famosa por su extraordinaria belleza. La película me dio un respiro; en el aspecto económico las cosas por fin iban bien encaminadas.

Justo entonces sufrí una tragedia personal desgarradora. Como ya he contado, mi hijo Siddhartha se suicidó en mi casa el 18 de julio de 1997. El sufrimiento emocional fue atroz; Nikki me confortó en los peores momentos. Pooja, Farhan y Protima vinieron a Los Ángeles para el funeral y se quedaron hasta que nació la hija de Farhan y Pooja, Alaya, el 28 de noviembre de 1997. Su presencia me alegró un poco la vida; Protima y Nikki se pasaban el día de broma, haciéndonos reír. Lástima que solo fuese un pequeño paréntesis.

Los siguientes dieciocho meses fueron catastróficos. Yo no estaba presente: iba por la vida como sonámbulo y fallé en todas las audiciones. Nikki hacía lo que podía para animarme, pero caí en una depresión. La muerte de mi hijo era una herida que no se curaba. Dejé de recibir ofertas de trabajo; luego mis errores con las inversiones alcanzaron un punto crítico y me arruinaron. Cuando mis tarjetas de crédito llegaron al límite y tuve que vender la cadena de oro de Bulgari que había comprado en Italia como símbolo de éxito me hundí en la desesperación. ¿Así de bajo

había caído? Aunque estuviera rabioso y arrepentido tenía que aceptar las humillantes circunstancias, así que el 19 de julio de 1999 me declaré insolvente ante los tribunales de Los Ángeles. Fue el final de mi sueño americano.

Nos fuimos a vivir a Dummer, un pueblecito inglés encantador, aunque el nombre suena como dumber («más tonto» en inglés) y me recordaba lo tonto y retonto que había sido. El cottage que alquilamos dejaba mucho que desear en comparación con el apartamento de Chelsea donde yo había vivido; estaba a cuarenta y cinco minutos en tren desde Londres, pero Nikki quería estar cerca de sus padres, que vivían en la zona. Después de lo mal que lo habíamos pasado los últimos años yo lo entendía perfectamente. La declaración de insolvencia llevó a la intervención de mi plan de pensiones para respaldar a la empresa de servicios de interpretación que yo tenía en California; mi magnífico contable, Dale Rozzen, la había constituido con esa garantía y nos sacó del apuro económico. Me busqué un nuevo agente en Londres, Jeremy Conway, de la agencia Conway & Van Gelder, y Nikki buscó trabajo de locutora, en publicidad y en la radio. Esperábamos que Inglaterra nos diese la oportunidad de volver a empezar.

Yo todavía tenía un gran dilema: no quería vivir en Inglaterra. Sabía que no iba a conseguir ningún papel de hombre inglés, ya había demasiados por ahí, y además tampoco hablaba con el acento característico de los actores angloasiáticos. Entre los mejores estaban Meera Syal, Sanjeev Bhaskar y Kulvinder Ghir. No había muchas más opciones. A Italia no podíamos ir porque habría sido demasiado caro. Pensé en volver a Bollywood, pero Nikki no quería. Puede que siguiera traumatizada por lo de Nikki Tonight, pero tenía otros motivos: ella parecía inglesa y hablaba como una chica de Londres; veía más oportunidades allí, así que empezamos a reconstruir nuestras vidas desde un pueblecito de Inglaterra

Poco a poco, al final lo conseguí. Hicieron falta veintiséis películas y cuatro series de televisión para enderezar mi carrera. Rodé películas en inglés, italiano, hindi, punyabí, telugu y kannada. Cogí todos los papeles que me ofrecieron, fueran importantes o secundarios. Las películas no eran todas buenas; hablaré solo de las que me gusta recordar. Mi resurrección comenzó en 2001, irónicamente con una miniserie de Hollywood: El rey mono, protagonizada por Thomas Gibson y Bai Ling y basada en una de las novelas más importantes de la literatura clásica china. Interpreté a Friar Sand, el sabio que guía al héroe durante sus encuentros con demonios y dragones.

Durante el rodaje de los exteriores me conmovió la belleza histórica de Praga. La sensación de estar trabajando otra vez era maravillosa, me sacó de la depresión; llevaba casi dos años sin mirar a las cámaras. Luego me llegaron más ofertas de Bollywood, papeles importantes y pequeños papeles. En los dos años siguientes rodé allí cuatro películas, dos de ellas con grandes actores. En Talaash trabajé con Akshay Kumar, el más disciplinado de los superfamosos de Bollywood. Forbes le situó entre los actores mejor pagados del mundo durante cuatro años consecutivos, desde 2017 hasta 2020. También hice The Hero: Love Story of a Spy (El héroe: la historia de amor de un espía), con Sunny Deol. Fue el debut de Priyanka Chopra en Bollywood y su salto a la fama. La historia de su éxito me parece realmente admirable; hacía el papel de mi hija, y pude ver su pasión y su entrega en cada toma. Estoy muy contento de que se haya convertido en la actriz internacional más famosa de la India. Es un logro magnífico para una chica hija de militares criada en la lejana Bareilly. Siempre la animo a seguir triunfando.

Bollywood me dio nuevas alegrías con otras dos películas. Me encantaba estar en la India, sentimentalmente siempre ha sido mi hogar. Luego me llamaron para otra película italiana: Andata Ritorno de Marco Ponti, protagonizada por Vanessa Incontrada y Libero De Rienzo, ganador de un Donatello. En la actualidad, Vanessa es una de las actrices más prestigiosas de Italia. Después volví a la India para hacer Bewafaa, protagonizada por Anil Kapoor, y después Main Hoon Na junto a Shah Rukh Khan, otro chico de clase media de Delhi que llegó solo a Bollywood. Pero Shah jugó sus cartas mejor que yo; es muy inteligente y también astuto: una combinación mortal. Celebro que se hiciera tan famoso y lo siga siendo. A continuación me llamó el director Akbar Khan para Taj Mahal: una historia de amor eterna, donde interpreté a Shah Jahan, el emperador que construyó el mausoleo. Es uno de mis personajes favoritos; mi hija Jahanara era Manisha Koirala. La película es espectacular, se rodó en la impresionante fortaleza de Mehrangarh, en Jodhpur. El rodaje duró más de doscientos días repartidos en tres años, y finalmente se estrenó en 2005.

Repetí con el personaje de Shah Jahan en el teatro seis años después, en 2011, durante el Luminato de Toronto, el mejor festival de arte dramático del mundo. Fue una sensación maravillosa volver al escenario con un papel tan impactante. En el teatro es donde sientes más directamente las emociones del público. Lisa Ray estuvo magnífica en el papel de mi hija Jahanara. El guion de TAJ era de John Murrell, el dramaturgo más prestigioso de Canadá; la obra la dirigía el genial director de ópera Tom Diamond con una coreografía espectacular de Sampradaya, la compañía de baile de Lata Pada. Dos años después hicimos una gira por seis ciudades de Canadá con los teatros llenos y el público aplaudiendo de pie. La gente se emocionaba con la historia. El personaje de Shah Jahan, al igual que su grandioso Taj Mahal, representa el inmenso amor que un hombre puede sentir por una mujer.

Vuelvo a 2004. Entre tanto viaje y tantas ausencias, mi amor por Nikki se estaba marchitando. Con el dinero que había ganado, yo había comprado un apartamento precioso en Londres, en el edificio Linkenholt Mansions, cerca del Támesis en la zona de Chiswick. A Nikki le encantaba salir a caminar por la orilla del río; iba con regularidad a Birmingham porque estaba trabajando allí, en la emisora BBC Asian Network. En Londres teníamos una pandilla muy ecléctica, y aparte Nikki tenía otras amistades que a mí me caían bien, aunque no coincidíamos casi nunca. Ella se movía en dos círculos sociales diferentes, pero lo pasamos muy bien juntos en Londres.

Londres reúne lo mejor del teatro, del arte y la cultura: arquitectura moderna y magníficos edificios históricos, un sistema de transportes excelente, comida de todas partes del mundo, parques, clubs y palacios. Allí tenía buenos amigos como Shekhar Kapoor, Farrukh Dhondy, Mohan Chopra, Jules Fuller y Sophia Haq, y era el hogar de mi prima favorita, Mala Lever. Gracias a Farrukh —que había sido jefe de sección en la cadena de televisión Channel 4—, Shekhar consiguió su primer gran éxito como director en occidente con La reina de los bandidos, y desde entonces ha seguido triunfando. Me llevé una gran alegría cuando le nominaron para un Óscar por Elizabeth. ¡Es un logro fabuloso para un director indio! Shekhar es uno de mis mejores amigos desde los tiempos de la universidad: hemos entrado y salido de la casa y la vida del otro en Delhi, Bombay, Londres y Los Ángeles. Además de un gran director de cine es un gran filósofo. Londres también me trae recuerdos de los buenos ratos que pasé con Gita y Sonny Mehta antes de que él se convirtiera en el editor más influyente de Estados Unidos.

Pero estaba hablando del dilema que tenía desde que había llegado a Inglaterra; Nikki quería

estar allí y yo suspiraba por estar en la India. Tener que viajar constantemente tampoco me hacía gracia, solo servía para aumentar los beneficios de las líneas aéreas y las compañías telefónicas porque nuestros mundos seguían distanciándose. Me deprimí mucho. ¿Nunca iba a conseguir que funcionase una relación? ¿Lo había vuelto a estropear? ¿Iba camino de mi tercer divorcio? Cuando me embarqué en mi siguiente gran aventura noté un cambio inconfundible en Nikki.

La isla de los famosos me puso en el candelero en Italia. Para mí era un desafío irresistible: un reality show italiano al estilo de Supervivientes, con trece famosos buscando comida en una isla desierta del Caribe. El drama empezó antes de llegar allí: Santo Domingo sufrió el peor tifón que habían tenido en veinte años. Nuestro hotel se inundó, se cortaron las comunicaciones y muchas carreteras. Empezamos con una semana de retraso, y el drama continuó cuando llegamos a la isla de Samana. Muchos concursantes nos intoxicamos con unas frutas silvestres el día que empezó el programa. Yo alternaba los episodios de vómito explosivo con las visitas al váter, pero el espectáculo tenía que continuar. Cada semana se eliminaba a un concursante con una votación, era una batalla dura y despiadada, no había ninguna falsedad. Lo único que teníamos garantizado cada día era un puñado de arroz crudo, una cucharada de aceite de oliva, una pizca de sal y mucha agua. La comida se ganaba superando unas pruebas semanales agotadoras.

Los dramas estallaban por todas partes cuando la gente con hambre se enfadaba. Traiciones, puñaladas por la espalda y peleas de mujeres tirándose del pelo; hasta los más amables se volvían salvajes. La gente hacía cualquier cosa para ganar. El concurso lo ganó merecidamente el español Sergio Muñiz, un gallardo modelo con unas habilidades de supervivencia que nos superaron a todos. Yo quedé en segundo lugar entre gente a la que doblaba en edad, algunos en muchísima mejor forma física que yo. Entonces yo tenía cincuenta y ocho años, y perdí ocho kilos en doce semanas. Los espectadores pudieron ver a Sandokán como una persona. El otro finalista fue Toto Schillaci, un mítico jugador de fútbol. Los índices de audiencia fueron fantásticos.

En uno de los segmentos de La isla de los famosos los concursantes escuchaban mensajes de sus seres queridos. El mensaje de Nikki era alegre y precioso, pero no era un mensaje de amor. Vivir en una isla desierta te deja tiempo para pensar; me di cuenta de que nuestro matrimonio estaba en las últimas si no estaba muerto ya. Me entristecía porque Nikki era una buena persona, muy divertida, con ocurrencias descacharrantes; se reía con más alegría que nadie que yo conociera, aunque a veces podía ser terriblemente testaruda.

Me acordaba de la pasión que había surgido entre nosotros mientras interpretábamos a Otelo y Desdémona. Ella se había arriesgado mucho al dejar su confortable matrimonio para casarse conmigo. Me había apoyado durante los peores momentos en Hollywood y el suicidio de Siddhartha. Era muy buena actriz, pero encontró su vocación en la radio. Actualmente es la guionista y presentadora de The Arts Hour en la emisora BBC World Service, que tiene noventa y siete millones de oyentes y otros programas de gran calidad. Me alegro infinitamente de su éxito; cuando terminó nuestra relación en 2005 me dolió, pero nos separamos como amigos. Un año después, cuando se formalizó nuestro divorcio, le di el apartamento de Linkenholt Mansions y seguí pagando la hipoteca hasta que ella lo vendió. Al separarnos, yo seguí viviendo en ese apartamento y actué en una obra fabulosa.

Pabellones lejanos se estrenó el 24 de marzo de 2005 en el teatro Shaftesbury del West End londinense. La sala es impresionante: mil trescientas butacas de terciopelo rojo bajo una bóveda eduardiana dorada y a los lados los palcos reales con adornos de cerámica Wedgewood. Era el escenario perfecto para la obra de M. M. Kaye, una épica historia de amor entre un joven oficial inglés y una princesa india en tiempos del imperio británico. Yo interpretaba a Khoda Dad, el Caballerizo Mayo, que guía al inglés desde la infancia, cuando pensaba que él también era indio. Era un espectáculo fastuoso que costó siete millones de libras al productor Michael Ward: bulliciosos banquetes sobre plataformas giratorias, apasionadas canciones de amor y guerra, escenas dramáticas impactantes con música de orquesta en directo. ¡Las funciones eran épicas! Desgraciadamente la obra duró muy poco tiempo en la cartelera debido al peor ataque terrorista de la historia de Inglaterra. El 7 de julio de 2005 estallaron tres bombas en distintos trenes del metro de Londres y otra en un autobús en Tavistock Square, una plaza cercana al teatro. En total murieron cincuenta y dos personas y hubo setecientos heridos. El atentado afectó a la taquilla de todos los espectáculos del West End y la última función se adelantó a septiembre. Después de representarla ininterrumpidamente durante seis meses me dio pena cuando terminó porque me había divertido mucho interpretando a Khoda Dad.

La obra también me gustaba por otra razón: dos décadas antes había firmado para hacer el mismo papel en una serie de HBO; Pabellones lejanos era en esos tiempos la producción mas cara de la cadena estadounidense. Íbamos a empezar el rodaje el 10 de enero de 1982 en Jaipur; justo antes yo estaba haciendo Octopussy, teníamos que terminar antes de Navidad, pero el rodaje se prolongó tres semanas y no me dejaron marchar. Le rogué al productor, Geoffrey Reeve, que me permitiera empezar una semana más tarde, pero él había organizado una gran presentación para la prensa internacional en Jaipur, conmigo al frente de un desfile de elefantes. No podía retrasarlo y me sustituyó por Omar Sharif.

Lo irónico fue que tres años antes yo había sustituido a Omar en el papel de Malik, mi personaje en Ashanti. Me lo dieron a mí porque Omar era egipcio y no podía rodar en Israel, por eso apareció en un papel de artista invitado que se rodaba en Italia. Trabajamos juntos en otras dos películas y nos reímos mucho hablando del cine. «No puedes ganártelos a todos», me decía sonriente. Me contó por qué había trabajado en Hollywood por una miseria incluso después de su gran éxito con Doctor Zhivago y Lawrence de Arabia. Le prometieron que se haría mucho más famoso —me dijo con un gruñido—, pero nunca le dieron buenos papeles. Funny Girl, con Barbra Streisand, fue una excepción.

También era excepcional la chica que entró en mi vida durante la fiesta de despedida de Pabellones lejanos en el Soho. Parveen Dusanj había visto mi obra por casualidad un mes antes. Me sorprendió que hubiera oído hablar de la pequeña isla que yo pensaba visitar en Escocia. Holy Island es un lugar de retiro construido por Akong Rinpoche, que me trataba como a un hermano. Mi madre le había enviado a Inglaterra cuando tuvo que huir del Tíbet y se refugió en la India. Entre Parveen y yo surgió una auténtica amistad; pasamos meses hablando antes de tener relaciones. Yo sabía que no era muy buen partido: aparte de mi edad, mi profesión no inspiraba mucha confianza y mi vida sentimental estaba lejos de ser impecable. Sin embargo, contra toda lógica, la atracción no verbalizada que había entre nosotros se intensificó. Los dos teníamos raíces sijs, venerábamos a gurú Nanak y sentíamos pasión por el Punyab. Yo le conté mi vida, le preparé cenas fabulosas y le demostré que me importaba. Admiraba su sinceridad y sus convicciones idealistas sobre la sociedad, eran los valores con los que yo había crecido, y me

impresionó su labor como asesora del gobierno británico en temas de minorías y exclusión social. Hablaba sin tapujos, pero desde la compasión. Era amable por naturaleza y era culta, inteligente y sensible. Su aspecto me recordaba a la reina egipcia Nefertiti, con el pelo negro largo y rizado cayéndole sobre los hombros, pero es una leona Punyabí nacida en Inglaterra. La llamo «Vee» cariñosamente.

Empezamos a intimar de manera gradual. La familia de Vee no estaba nada contenta con la idea. Yo tenía cincuenta y nueve años y tres divorcios detrás de mí, ella tenía treinta y uno y estaba soltera, era la mayor de seis hermanos, cuatro niñas y dos niños, a los que su madre había criado sola. Les parecía bien que su hermana se casara, pero no con un actor como yo, seguro que en Inglaterra había mejores maridos. En realidad ninguno de los dos estábamos pensando en casarnos. Ella recelaba de mi mundo y yo no quería repetir mis errores saltando de una relación a otra. A finales de año, cuando me fui de Londres para instalarme por fin en la India nuestra relación parecía haber terminado.

Pero el universo orquestó la continuación de una manera prodigiosa. En febrero de 2006, Vee fue a Delhi con su hermana Suki para asistir a una conferencia de medios de comunicación, y yo estaba de paso en la ciudad para asistir a la entrega de los premios META (Mahindra Excellence in Theatre Awards). Esa casualidad reavivó nuestro romance, que relumbró con ardor cuando volví a Londres en abril para la venta del apartamento de Linkenholt. Vee me ayudó a terminar de vaciarlo. Cuando me despedí de ella me di cuenta de que la iba a echar mucho de menos. Pero nuestra danza cósmica no había terminado: poco después tuve que ir a Italia para un papel de artista invitado en la serie Vivere, y ese verano Vee vino a pasar un día conmigo en Turín. Su trabajo le impedía quedarse más tiempo. Esa despedida también fue dolorosa.

Nuestra danza cósmica llegó al punto culminante en otoño. Los italianos continuaron con mi resurrección, esta vez con la oferta para trabajar en la serie Un Medico en Famiglia (una adaptación de Médico de familia), que se emitía en horario de máxima audiencia. Trabajaba Lino Banfi, el cómico más famoso de Italia, y el joven protagonista era Shivani Ghai, un actor extraordinario. Esta vez me liberé de todos mis miedos y pedí a Vee que viniera a vivir conmigo en el centro histórico de Roma. Su familia se oponía, pero ella decidió dejar su trabajo y venir: no quería vivir con la añoranza, pensando qué habría pasado si lo hubiera intentado. Vee siempre podía volver a Inglaterra, pero se enamoró de Roma y se enamoró aún más de mí. El amor volvió a mi vida.

Nuestro amor se hizo más profundo y seguimos viviendo en Roma mientras yo ponía voz a una creativa versión moderna de Sandokán en CH@T, un magnífico serial radiofónico de la Rai Radio 2. Los guionistas Roberto Cavosi y Edoardo Rossi se habían inventado a un marinero místico que se presenta como «Sandokán» ante Verdeluna, un ama de casa aburrida que busca aventuras poéticas y que interpretaba Danila Giordano. Se encuentran en un foro de internet donde ella ha colgado un «mensaje en una botella», y solo se comunican por escrito. CH@T mezclaba fantasía y realidad, mezclaba personajes famosos en una isla legendaria y mezclaba diferentes teorías de una manera alucinante. El programa se emitió a petición de los oyentes desde septiembre de 2007 hasta mayo de 2008, poco antes de que yo tuviera que volver a la India.

Bollywood me estaba llamando para más películas, una de ellas Mohenjo Daro, dirigida por

Ashutosh Gowariker, uno de los mejores cineastas de la India, famoso por sus geniales historias épicas. Interpreté al malvado cacique de la ciudad en tiempos de la civilización del valle del Indo; el héroe era Hrithik Roshan, a quien conocía y admiraba mucho antes de que se hiciera superfamoso en Bollywood: desde que era un jovencito tímido que trabajaba como asistente de su padre, Rakesh Roshan, en el rodaje de Khoon Bhari Maang. Se ha convertido en un actor excelente, y sin duda es el más atractivo de la India. Pero Italia no había terminado conmigo, y me propusieron un lucrativo anuncio de la aseguradora Unipol Insurance que fue un bonus imprevisto.

Los recuerdos de los años que Vee y yo vivimos en Roma son inolvidables. Los viajes en coche recorriendo la Toscana, visitando viñedos y pintorescos hoteles en las bodegas. La cascada de aguas termales cayéndonos por la cabeza en las termas de Saturnia a medianoche con la luna llena. Los festines con las mejores trufas del mundo junto a Lino Banfi en la azotea del hotel Eden. La presentación de Shekhar Kapur entre el griterío de los paparazzi en el estreno de Elizabeth: La edad de oro. La alegría de mi nieto cuando descubrió la lasaña en un restaurante callejero. La anciana celadora que abrazó a Vee como a una hija perdida en una galería de arte clásico. Los paseos cogidos de la mano por los jardines de Villa Borghese entre esculturas de hombres importantes. La maravillosa luz de Roma en octubre. Aquella fiesta por todo lo alto que hicimos para Pooja en la Hostaria dell Orso. Todas las veces que nos sorprendían los paparazzi. Los aperitivos en las plazas soleadas con nuestros amigos Tarun, Edoardo, Pascal, Leonardo, Francesco, Sergio y Katrina. Las bandadas de estorninos trazando dibujos mágicos en el cielo con la silueta del Tíber en el horizonte. Las pequeñas iglesias que descubríamos mientras callejeábamos por la Ciudad Eterna…

Nunca había sentido antes lo que sentía por Vee, con ella volvió la alegría a mi vida. Le propuse matrimonio hincando una rodilla en la histórica escalinata de la Plaza de España de Roma y aceptó, pero no dijo cuándo, todavía se lo tomaba con precaución, aunque para ella era importante que se lo pidiera. Yo sabía que la quería en mi vida y estaba más que dispuesto a darle tiempo. Su familia, a la que estaba muy apegada, ya me había aceptado para entonces pero incluso así pasamos más de diez años viviendo juntos en Roma y luego en Bombay antes de que ella se decidiese a fijar la fecha de la boda. Vee pensaba que yo era un valiente por seguir creyendo en el matrimonio, y le maravillaba que todavía tuviera el corazón sensible. Pero yo quiero compartir la vida con una mujer a la que ame, si no, es un viaje muy solitario. También quería protegerla, en la India no tienen tanta consideración con las novias y yo quería que la tratasen con el máximo respeto.

Nos habría gustado celebrar una ceremonia sij, pero los gurdwaras de Bombay se negaron a casarme. Me dijeron que era porque me había cortado el pelo y porque tenían instrucciones de Amritsar. A mí me molestó que siendo descendiente de gurú Nanak no pudiera casarme en un templo donde se le rendía culto. Por eso nos casamos según el rito védico, en una ceremonia precedida por una bendición sij, en un jardín rodeado de palmeras en una casa maravillosa en Alibagh. Al día siguiente era mi cumpleaños y fue cuando lo hicimos público en Bombay: el 16 de enero de 2016. La prensa india se burló de mis muchos matrimonios y de los veintiocho años de diferencia entre nosotros. No nos importó en absoluto, ya habíamos capeado antes esos temporales; no todo había sido vino y rosas. Lo cierto es que nos sentíamos muy afortunados cuando empezamos nuestra vida matrimonial.

Tenemos nuestras discusiones, claro, como todas las parejas. También tenemos opiniones políticas divergentes, pero estamos de acuerdo en discrepar. Yo le quito el mando de la televisión para ver las noticias, pero no tengo inconveniente en que ella vea de un tirón todos los capítulos de una serie. Yo soy el derrochador y ella la ahorrativa. No es una mosquita muerta, con los modales en la mesa es tan inglesa y rigurosa como la Dama de Hierro. En esas ocasiones le llamo «Jefa». Ella ha aceptado que tome tres huevos fritos para desayunar todos los días, llueva, nieve o haga sol, y yo hago méritos preparándole té por las mañanas antes de que se levante nuestro cocinero. Desde que me enseñó a usar Twitter, la llamo Tuiti en vez de Sweetie. Ella tolera mis debilidades y alienta mis proyectos, dice que soy «un gigante delicado». Es productora de películas y series de televisión centradas en historias de humanidad; yo le digo que nuestra historia es la mejor. Estoy orgulloso de ella por su trabajo en la producción de Bad Boy Billionaires, una de las series documentales de Netflix con mayor audiencia internacional. Después de haber recorrido el mundo encontré mi hogar junto a una chica punyabí que es ferozmente leal y cariñosa. Ya llevamos juntos quince años. Por fin he encontrado un amor pleno, lo que buscaba desde el principio de mi aventura como hombre.

En cuanto a la plenitud profesional, Bollywood me podría haber ofrecido mejores papeles; todavía están a tiempo. Pero Italia me dio los más importantes. A los actores se les recuerda por los personajes que les hicieron famosos, como a Clark Gable por Lo que el viento se llevó. ¿Quién se acuerda de otras películas que hizo? Para mí Sean Connery siempre será James Bond.

Christopher Reeve siempre fue Supermán y yo seré siempre Sandokán. Los italianos me llaman Sandokán aunque haya hecho muchas más cosas, como pelear contra James Bond, enamorar a Hunter Tylo o bromear con Lino Banfi. Los indios me recuerdan por Khoon Bhari Maang, no por los papeles que hice junto a los superfamosos. No es por la cantidad de películas que has hecho, ni por las que tuvieron más éxito: la gente te recuerda por las películas que más les han conmovido.

He tenido grandes momentos y momentos espantosos, y he vivido para contar mi historia. Lo que siento a día de hoy lo expresa muy bien un viejo poema de John Dryden inspirado por la oda 29 del Libro Tercero de Horacio:

«Happy the man, and happy he alone,

he who can call today his own:

he who, secure within, can say,

Tomorrow do thy worst, for I have lived today».[14]

Bendigo a la India por convertirme en quien soy, a Bollywood por el respeto con que me tratan y a Italia por quererme tanto. Los italianos me han premiado en muchos festivales de cine, me han ofrecido las llaves de Florencia y Caggiano, me han hecho ciudadano de honor en numerosas localidades del norte y el sur, y el 11 de diciembre de 2011 me distinguieron con la máxima

condecoración civil y el título de Cavaliere por los méritos de toda mi carrera. Qué más se puede pedir; fue otra inmensa satisfacción. Mi vida es el viaje de un chico de clase media de Delhi, con etapas desgarradoras y etapas apasionantes, aunque en general ha sido bastante agradable. Espero que este libro también lo haya sido. Arrivederci, como dicen en Italia, ¡hasta la vista! Mi viaje no ha terminado y lo mejor aún está por venir, estoy convencido. Soy un eterno optimista.

FOTOGRAFÍAS EMBLEMÁTICAS

Y PORTADAS DE REVISTAS



Parveen Dusanj-Bedi y Kabir el día de su boda



Kabir con Parveen



Gelongma Palmo y Baba Bedi



Kabir cuando fue monje



Kabir con Parveen en Roma



Kabir con la condecoración de Cavaliere durante la ceremonia en Italia



Adam con su esposa Melissa Bedi



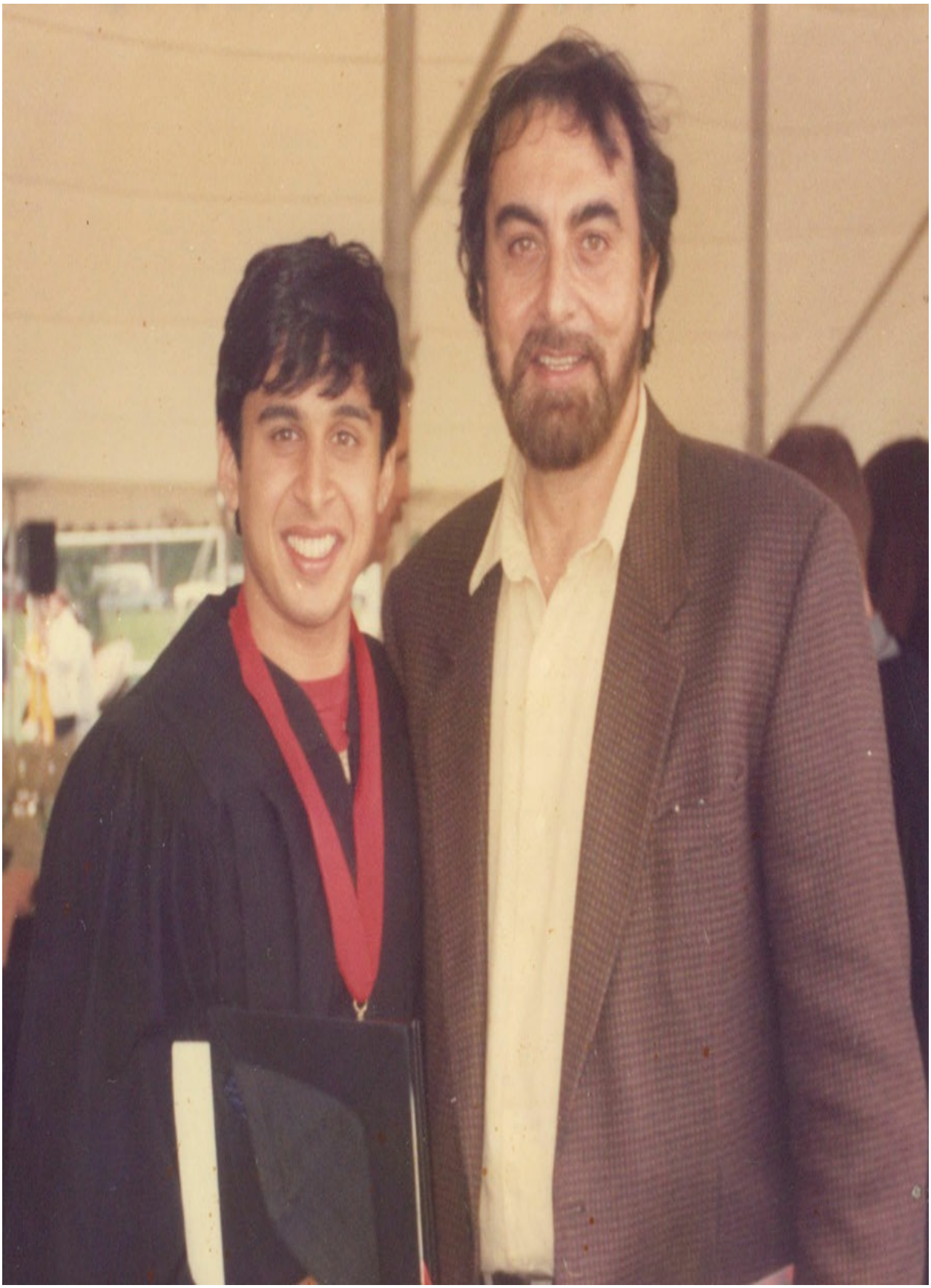
Kabir con Pooja



Su nieta Alaya



Kabir con sus nietos Omar y Alaya



Kabir con Siddhartha el día de su graduación



Su hermana Guli con su marido Sam Scales



Kabir, su prima Mala Lever y Nikki



Navidades en Los Ángeles. Desde la izquierda: Ixchel y su marido Ken, Kabir y Nikki, Farhan, Protima y Adam. La foto la hizo Pooja



Kabir y Nikki en su boda con Baba Bedi

La mia famiglia è la mia forza



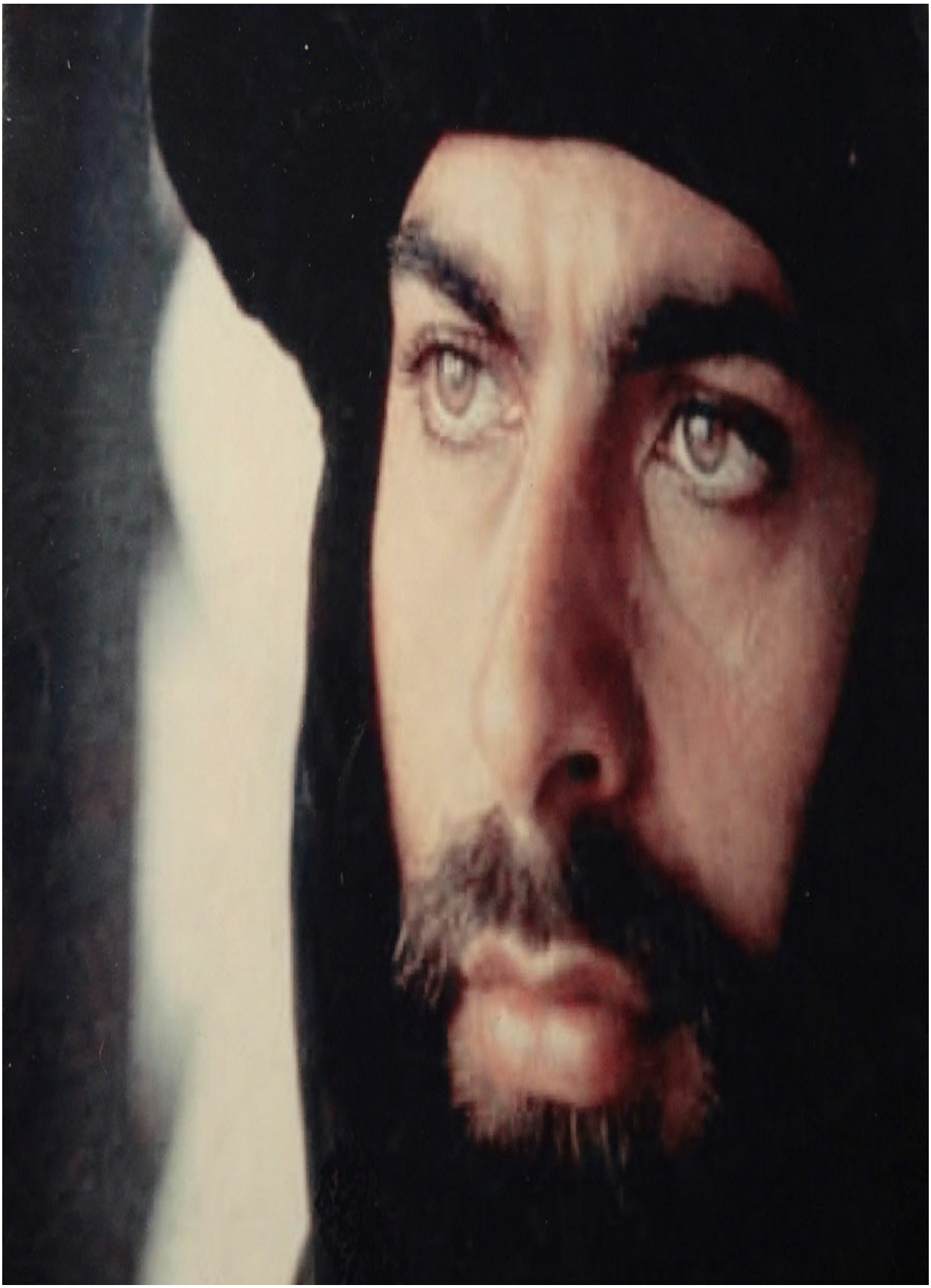
Kabir con Omar y Adam



Nikki y Kabir



Boda de Kabir e Ixchel



Kabir en Ashanti



Con Omar Sharif, Bud Spencer y Angelo Infanti



En los premios BAFTA



Como Sandokán



Con Hunter Tylo en Belleza y poder



Con Rekha



En Octopussy



En Los misterios de la Jungla Negra



Kabir con Rekha en Khoon Bhari Maang



En Marruecos, durante el rodaje de La bestia de la guerra



Como Kammamuri en Los misterios de la Jungla Negra



Como Friar Sands en El rey mono



Como Khodadad en Pabellones lejanos en Londres



En Mohenjo Daro



Sandokán y Marianna



Con fans en Hungría



Recibiendo el premio Pegaso D’Oro en Italia



Kabir y Shekhar Kapur en Roma



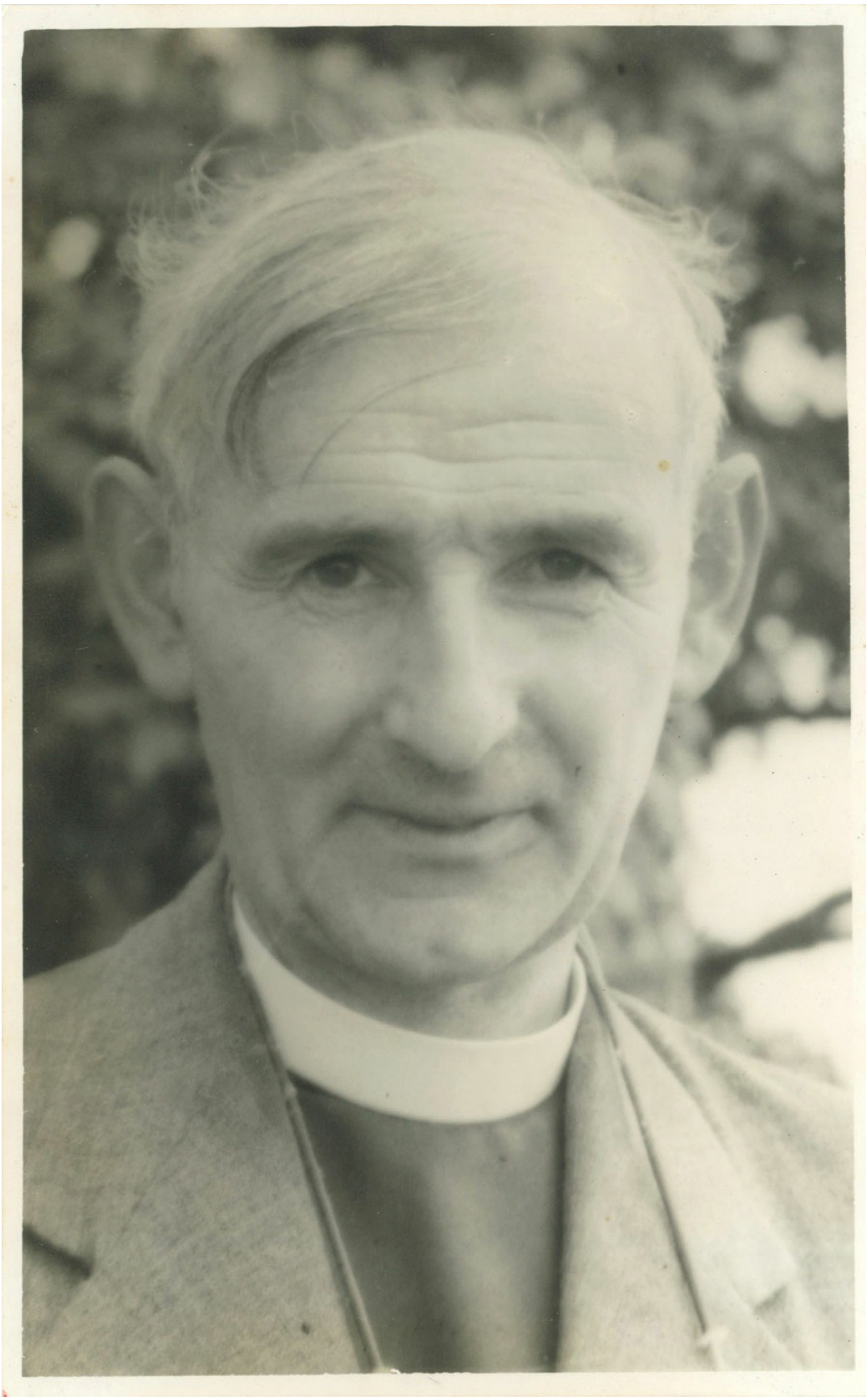
Con Gerson Da Cunha



Con Alyque Padamsee



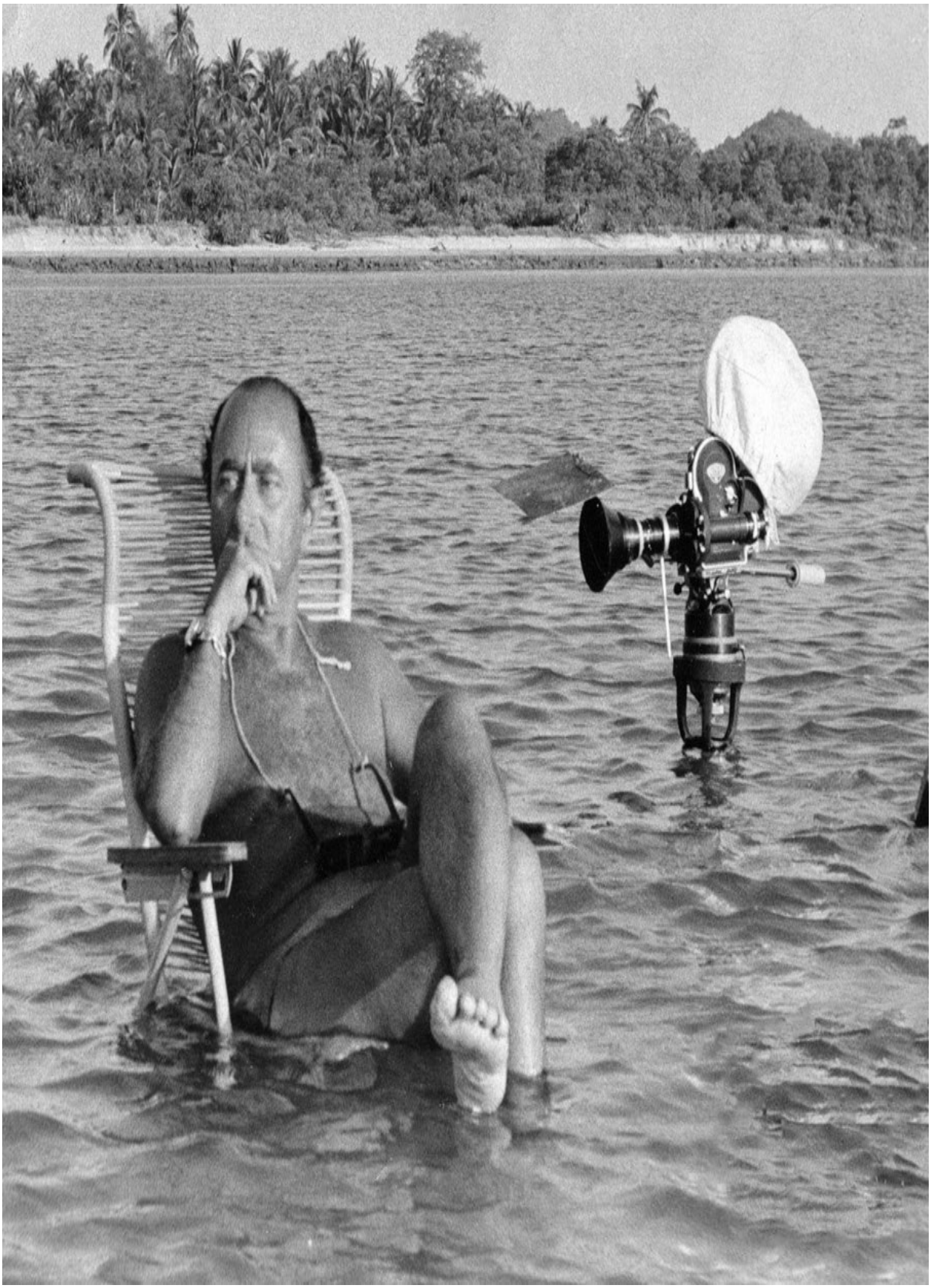
Con Johny Bakshi y Vinay Sinha



El reverendo R. C. Llewelyn, director del internado Sherwood



Akong y Trungpa Rinpoche



El director Sergio Sollima

Lecturas
núm. 1.264 · 28 de noviembre de 1976 · 30 ptas.

«LOS MEJORES» VOTE Y GANE UN TELEVISOR

NACIO EL PRIMER HIJO DE VICTOR MANUEL Y ANA BELEN: UN NIÑO



...da comprado una finca en Mataró

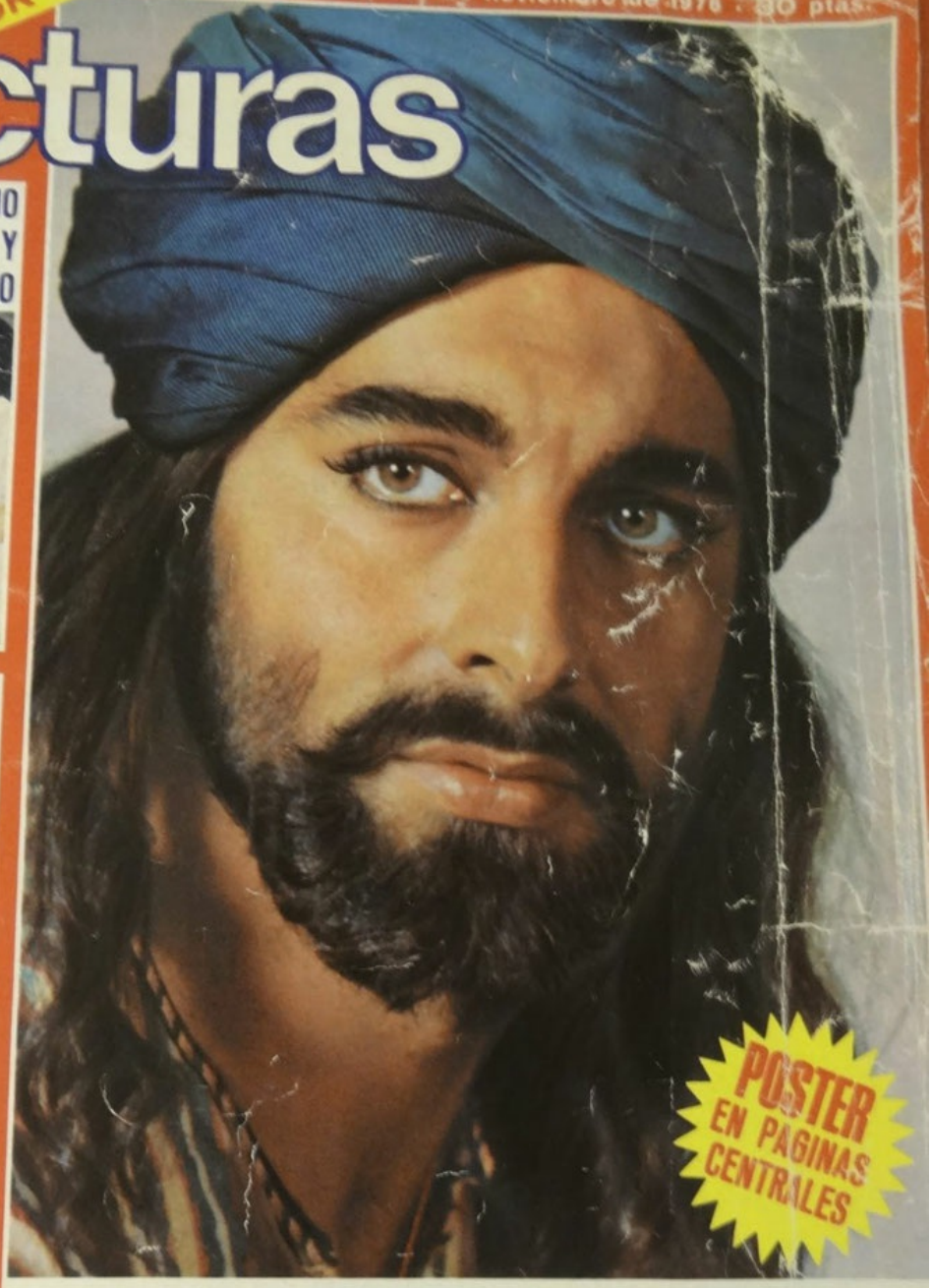
...PERET, AGRICULTOR



...e 16 años

...TINA, LA ... MAYOR ...DOLFO ...ILLACH ...TA COMO ACTRIZ ...A SRA. GARCIA»





POSTER EN PAGINAS CENTRALES

El actor hindú tiene 30 años, está divorciado y tiene dos hijos

SANDOKAN (KABIR BEDI)

HABLA DE SU EXTRAÑA FAMILIA

-Su padre es astrólogo y su madre monja budista

ectura

as exclusivas en IBIZA

RAS VACACIONES
SIEL CON SU HIJO



DA DE MACHIN
DA POR SU HIJA

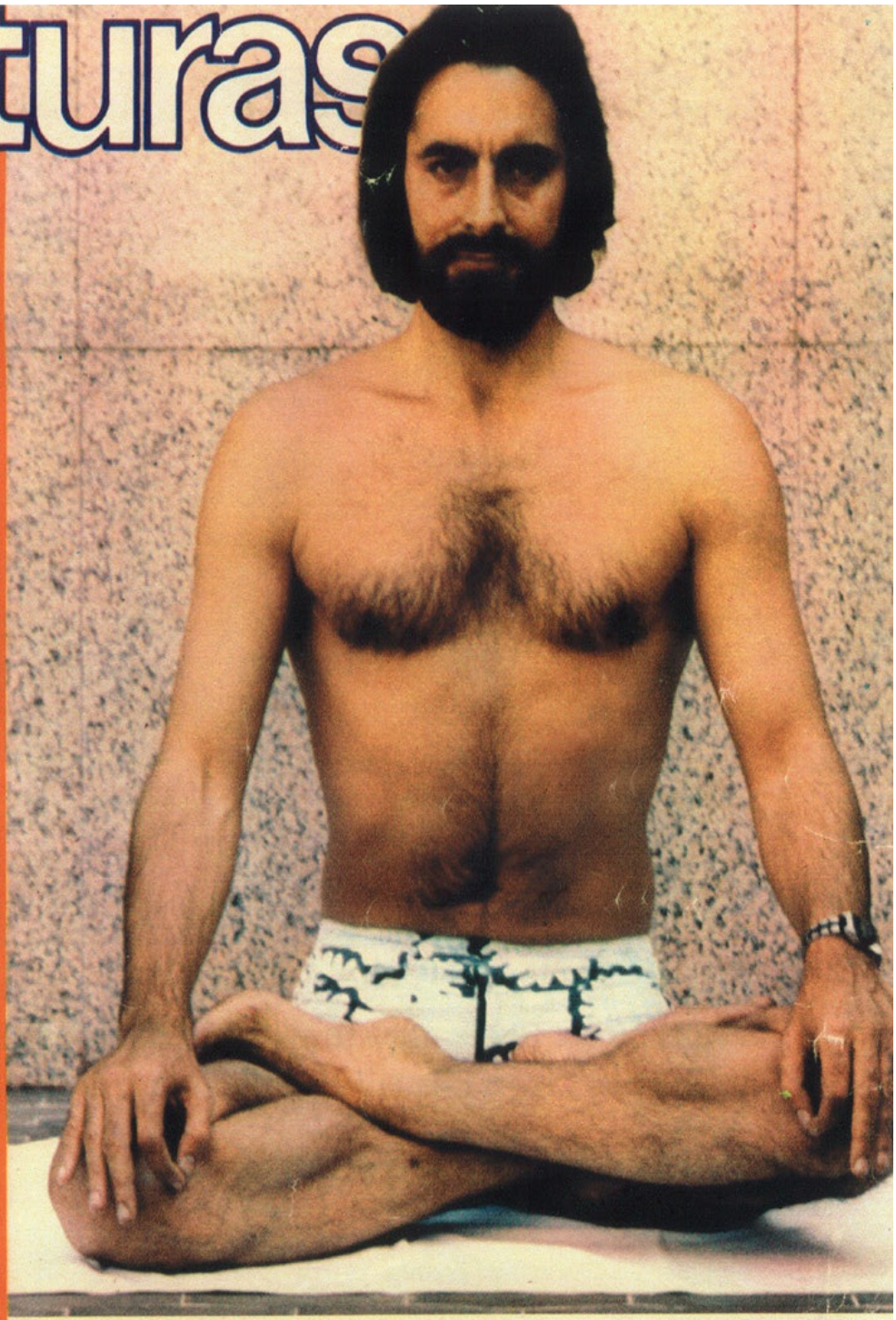
l: "Mi padre no creía
scriminación racial"



er el RH negativo

URADO NO PODRA
TRO HIJO POR AHORA





GRAN EXCLUSIVA Para relajarse y estar en form

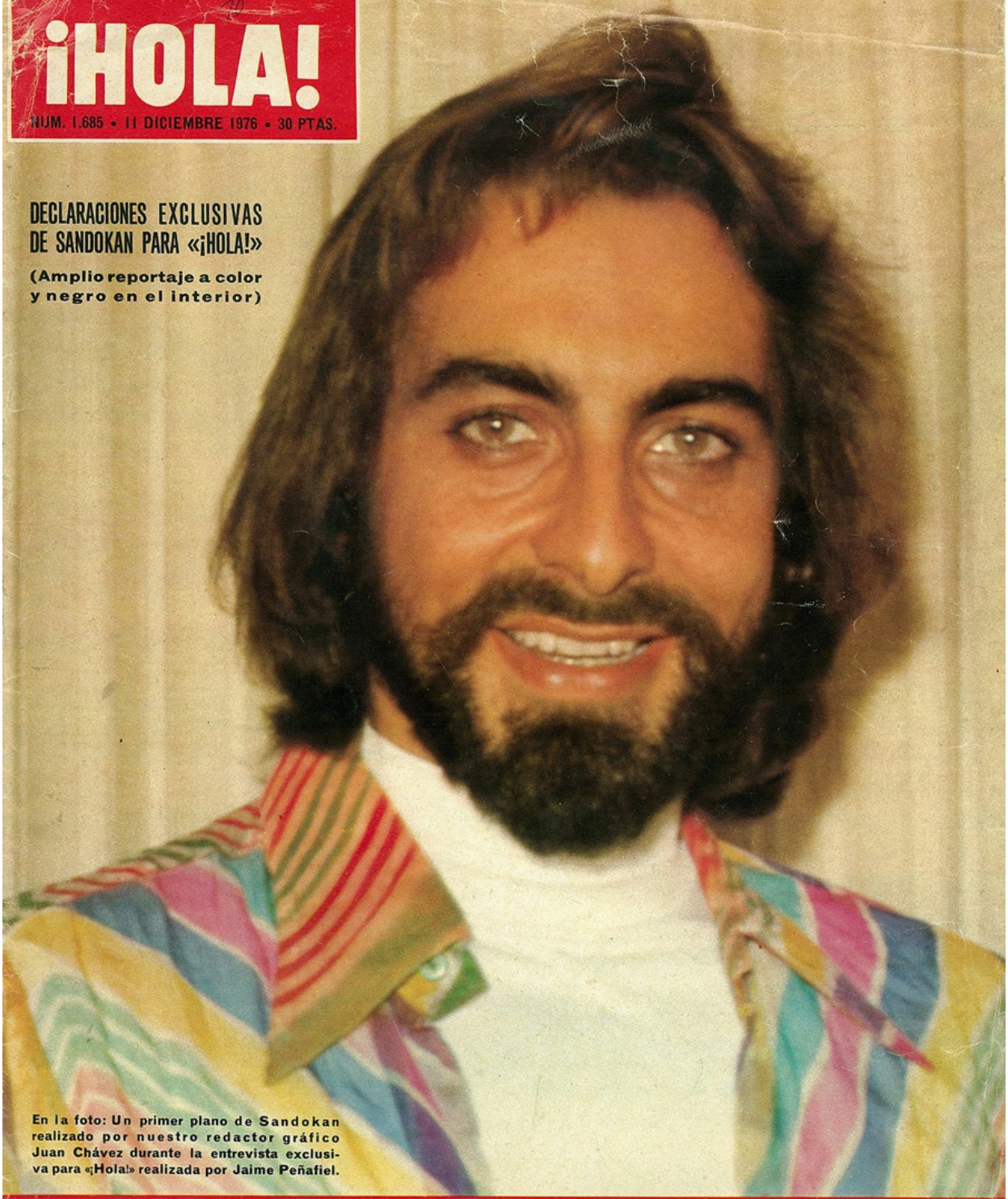
LOS EJERCICIOS DE YOGA

¡HOLA!

NUM. 1.685 • 11 DICIEMBRE 1976 • 30 PTAS.

DECLARACIONES EXCLUSIVAS DE SANDOKAN PARA «¡HOLA!»

(Amplio reportaje a color y negro en el interior)



En la foto: Un primer plano de Sandokan realizado por nuestro redactor gráfico Juan Chávez durante la entrevista exclusiva para «¡Hola!» realizada por Jaime Peñafiel.



A COLOR:

LA ESTANCIA EN MADRID DEL PRESIDENTE DE VENEZUELA, CARLOS ANDRES PEREZ, Y SU ESPOSA

MARGARITA DE SUECIA: «NO ES LOGICO QUE POR SER UNA PRINCESA DEBA SOPORTAR UN MARIDO QUE NO AMO»

UN GRAN REPORTAJE A COLOR:

LA SUPERBODA DE MARISA BERENSON

JULIO IGLESIAS Y CAMILO SESTO RUEDAN EN EL JARDIN DE LOS CIPRESES (FLORIDA) Y CABO KENNEDY EL «ESPECIAL DE NOCHEVIEJA»



¡HOLA!
NUM. 1.697 • 5 MARZO 1977 • 30 PTAS.

RAFAGAS DE AMETRALLADORA AL HELICOPTERO DE SIRIKIT

RESULTO MUERTA LA PRINCESA VIPHAVADI RANHIT, DAMA DE HONOR DE LA REINA



La Reina Sirikit



DESPUES DE "SANDOKAN" "EL CORSARIO NEGRO"

KABIR BEDI, UN NUEVO HEROE ROMANTICO Y ATRACTIVO

(Reportaje a color en el interior)

En la fotografía: Kabir Bedi en «El Corsario Negro»



Alia de Jordania poco antes de su tragedia:

"NO TEMO A LA MUERTE, AUNQUE SI A QUE ME COJA DESPREVENIDA"

FRANÇOISE Y PIERRE CLAUSTRE, UNA EXTRAORDINARIA HISTORIA DE AMOR

A COLOR

LORNA LUFT, HIJA DE JUDY GARLAND Y HERMANA DE LIZA MINNELLI

MASSIEL SE RETIRA ARTISTICAMENTE PARA ESPERAR A SU HIJO

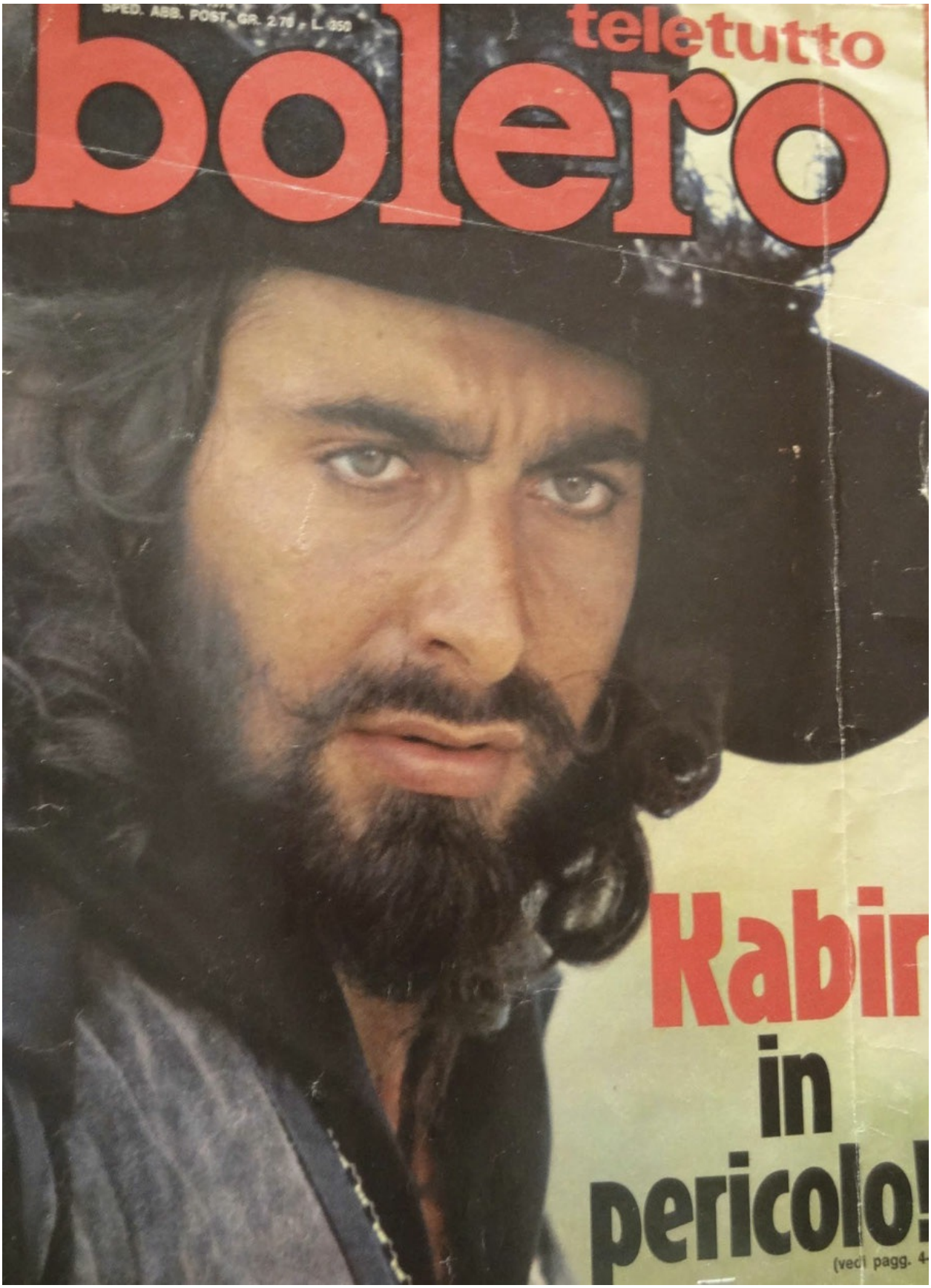



sorrisi e canzoni
TV
Anno XXV - N. 29 - 18 Luglio 1976 - Sped. abb. post. Gr. II/70 - L. 300
LLA COLOMBIA
N ANTEPRIMA
L CORSARO NERO
KABIR BEDI

SPED. ABB. POST. GR. 2/70 - L. 350

teletutto

bolero



Kabir in pericolo!

(vedi pagg. 4-

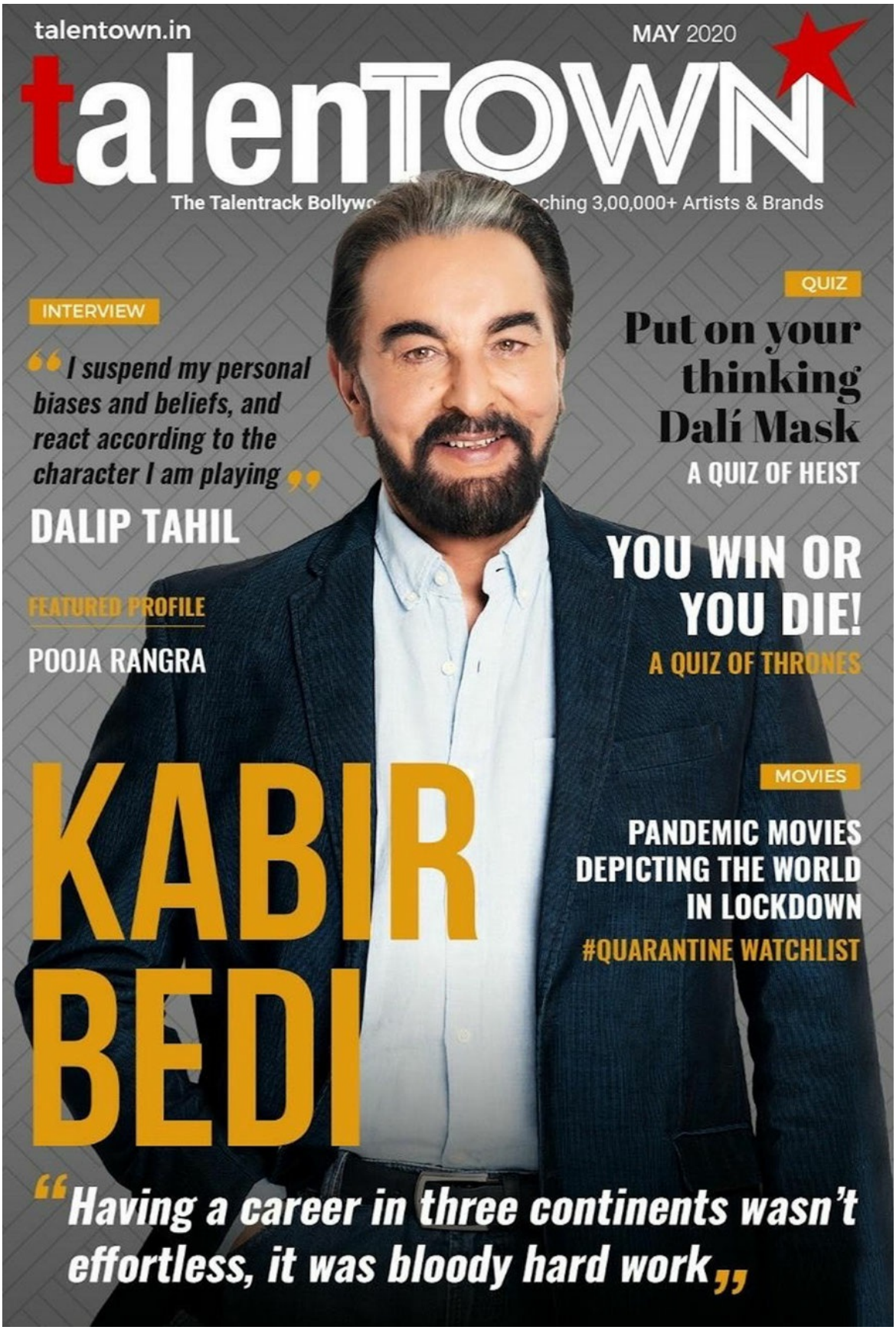


Alibaug (India). Kabir Bedi, 70 anni, con la moglie Parveen Dusanj, 41. Per il loro matrimonio hanno indossato i caratteristici costumi indiani e, in particolare, Kabir anche un turbante tradizionale con profili dorati.

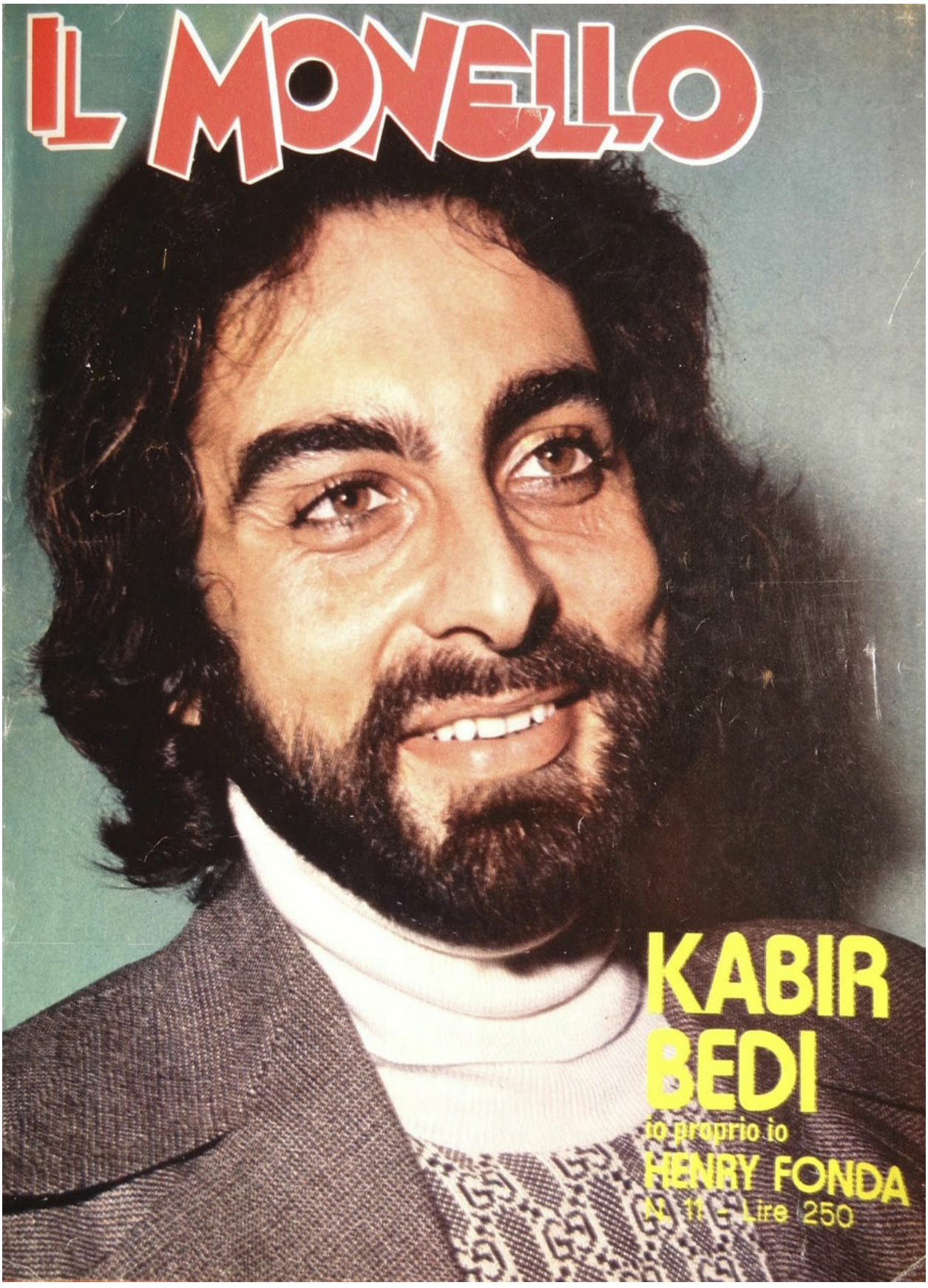
L'INDIMENTICABILE PROTAGONISTA DI "SANDOKAN" A 70 ANNI SI È SPOSATO PER LA QUARTA VOLTA. «E ULTIMA», ASSICURA L'ATTORE. «SONO STATI GIORNI DI FESTA, DI COLORI E DI GRANDE GIOIA CON LA MIA PARVEEN»

Francesco Giorgianni
foto di Daniela Scaramuzza

Kabir BEDI
LE MIE NOZZE NON STOP


talentown.in
MAY 2020
talenTOWN
The Talentrack Bollywo ching 3,00,000+ Artists & Brands
INTERVIEW
"I suspend my personal biases and beliefs, and react according to the character I am playing"
DALIP TAHIL
FEATURED PROFILE
POOJA RANGRA
KABIR BEDI
"Having a career in three continents wasn't effortless, it was bloody hard work"
QUIZ
Put on your thinking Dalí Mask
A QUIZ OF HEIST
YOU WIN OR YOU DIE!
A QUIZ OF THRONES
MOVIES
PANDEMIC MOVIES DEPICTING THE WORLD IN LOCKDOWN
#QUARANTINE WATCHLIST

IL MONELLO



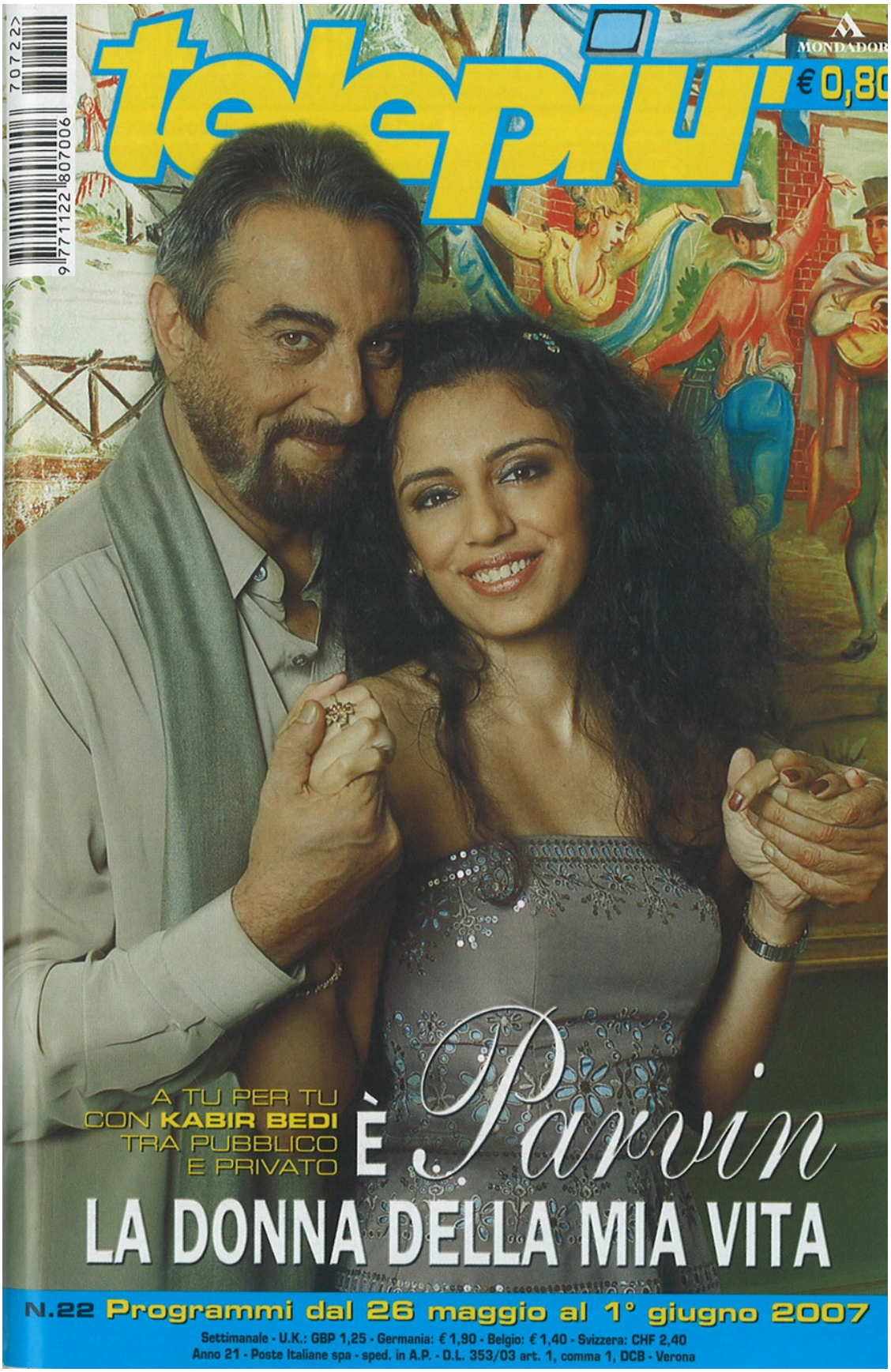
KABIR BEDI

io proprio io

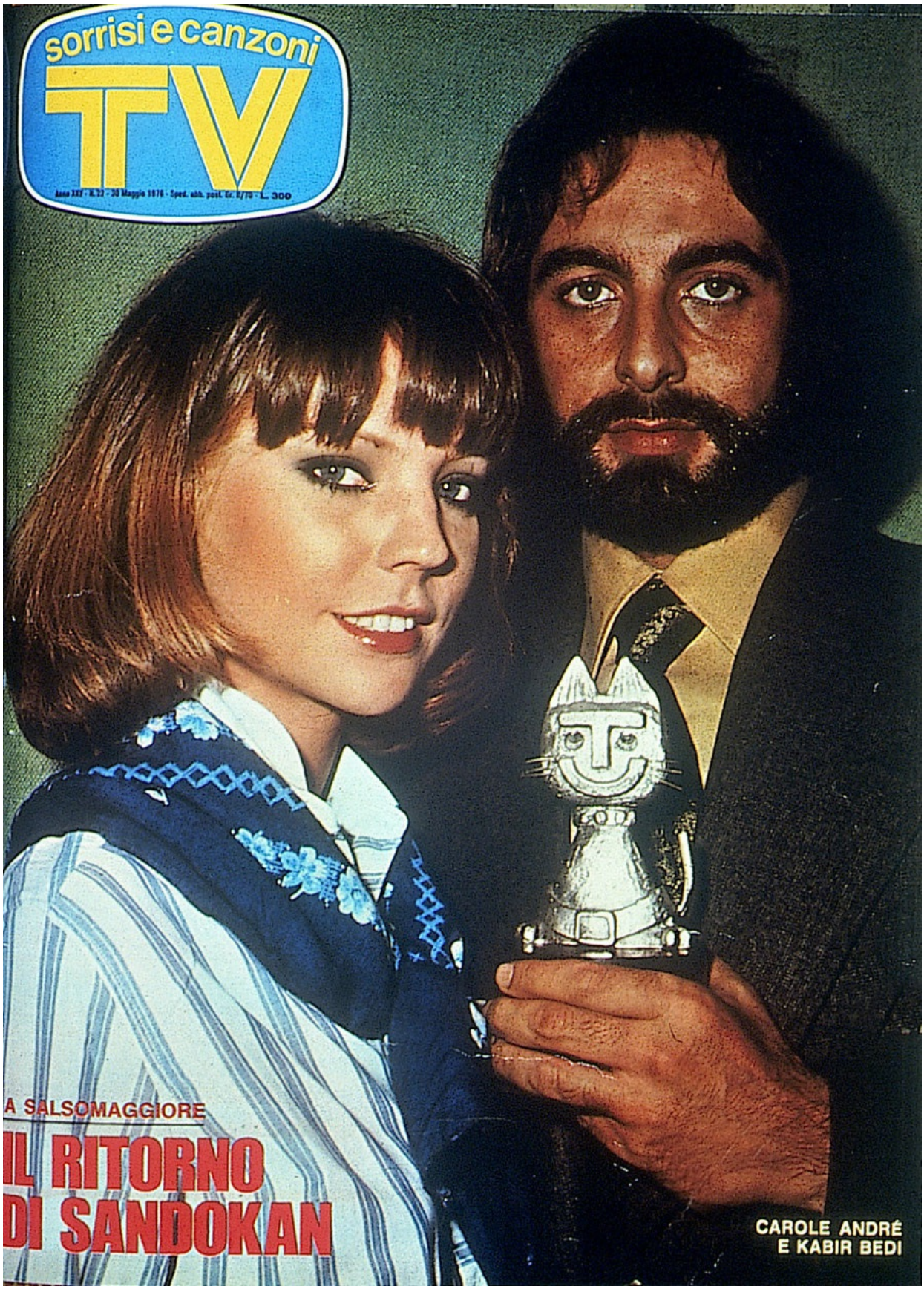
HENRY FONDA

N. 11 - Lire 250


TV SETTE
PROGRAMMI TV DAL 5 ALL'11 FEBBRAIO
CORRIERE DELLA SERA
ZONA 5
RCS EDITORI - SETTORE QUOTIDIANI - N. 5 1995 - Suppl. del Corriere della Sera - Sped. in abb. post./50% MI. Cas. Roserio
L'ex Sandokan Kabir Bedi e la moglie di Ridge, Hunter Tylo, insieme in una miniserie su Canale 5
BEAUTIFUL MAHARAJA
LE TRAME DEI FILM DELLA SETTIMANA E TUTTE LE TV LOCALI



N.22 Programmi dal 26 maggio al 1° giugno 2007
Settimanale - U.K.: GBP 1,25 - Germania: € 1,90 - Belgio: € 1,40 - Svizzera: CHF 2,40
Anno 21 - Poste Italiane spa - sped. in A.P. - D.L. 353/03 art. 1, comma 1, DCB - Verona


sorrisi e canzoni
TV
Anno XXV - N. 22 - 30 Maggio 1976 - Sped. abb. post. Gr. II/70 - L. 300
A SALSOMAGGIORE
IL RITORNO
DI SANDOKAN
CAROLE ANDRÉ
E KABIR BEDI

KABIR BEDI en

un film de **SERGIO SOLLIMA**



LA TIGRE TODAVIA ESTA VIVA

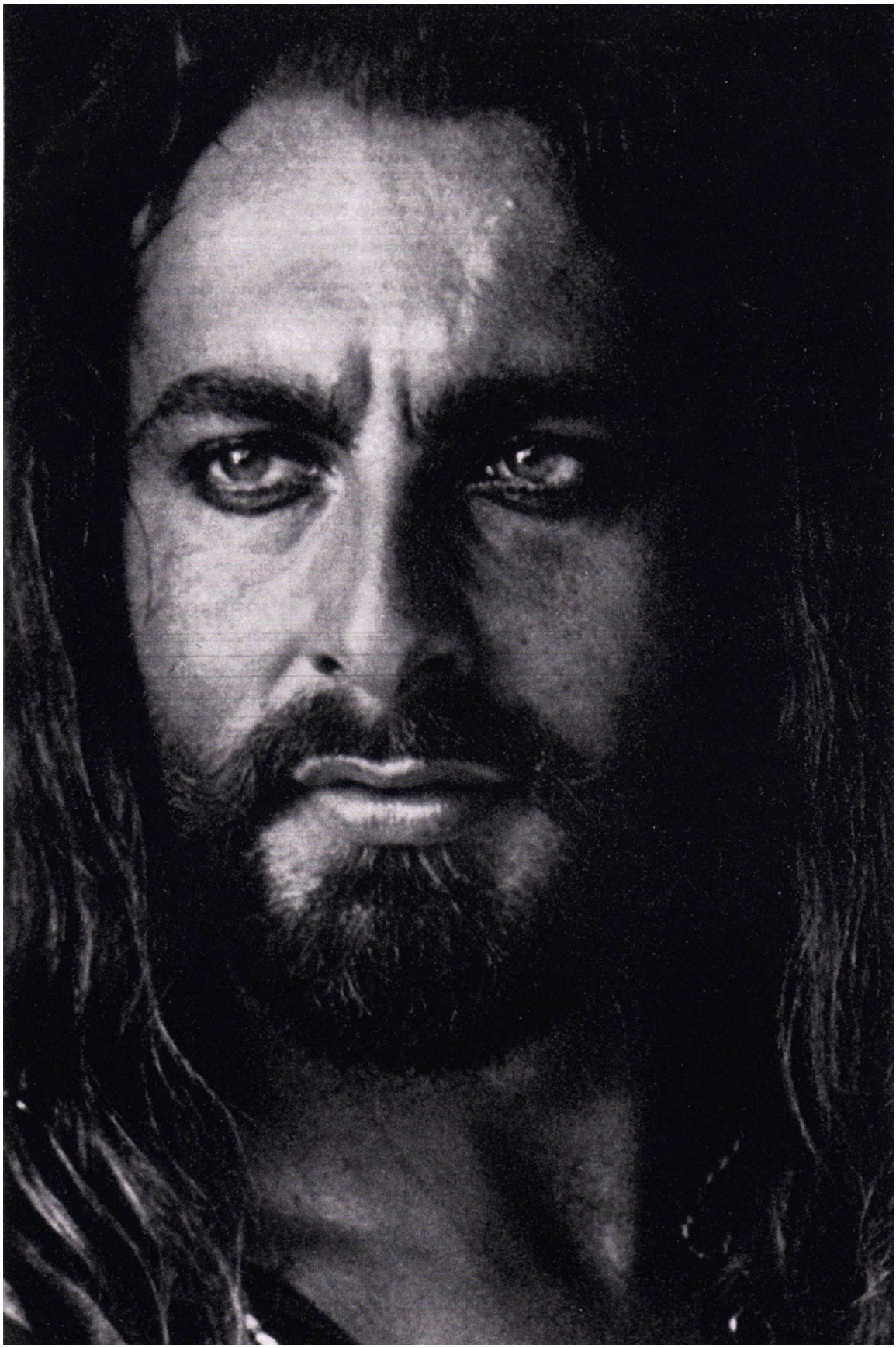
SANDOKAN

EL TIGRE DE LA MALASIA

con PHILIPPE LEROY • MASSIMO FOSCHI • NESTOR GARAI • SAL BORGESE es KAMMAMURI

GANESH KUMAR es TREMAL NAIK | MIRELLA DANGELO es SURAMA | TERESA ANN SAVOY en la parte de JAMILAH | y con ADOLFO CELI

producido ELIO SCARDAMAGLIA | dir SERGIO SOLLIMA | COLORI DI LUCIANO VITTORI



MONDADORI

sorrisi e canzoni TV

VASCO
IL CD BOLLICINE A SOLI 5,70 €
SOLO CON SORRISI
IL NUOVO DVD A SOLI 9,90 €
HEIDI

NOI, SUPERPOLIZIOTTI

In anteprima, Giulio Scarpati che fa il detective e Massimo Ghini commissario su Raiuno

N. 37 - PROGRAMMI DALL'11 AL 17/9/04

Che telefilm!

Debutta «Senza Traccia» (Raidue)
Nuova serie di «24» (Rete 4)

TV GIALLA

Argento fa Hitchcock
e Brachino indaga

Tiziano Ferro

Vado in America
a studiare lingue

E inoltre...

Aldo Biscardi
Un posto al sole
e tutte le news in tv

LI RICONOSCETE?
Da sinistra in alto:
Aida Yespica (22 anni),
Sergio Muniz (28), Valerio Merola (49),
Antonella Elia (40), Paolo Calissano (37),
Kabir Bedi (58), Totò Schillaci (39), Dj
Francesco (24), Rosanna Cancellieri (52),
Alessia Merz (29), Ana Laura Ribas (36),
Patrizia Pellegrino (42).
Fotografia di Maki Galimberti

www.sorrisi.com

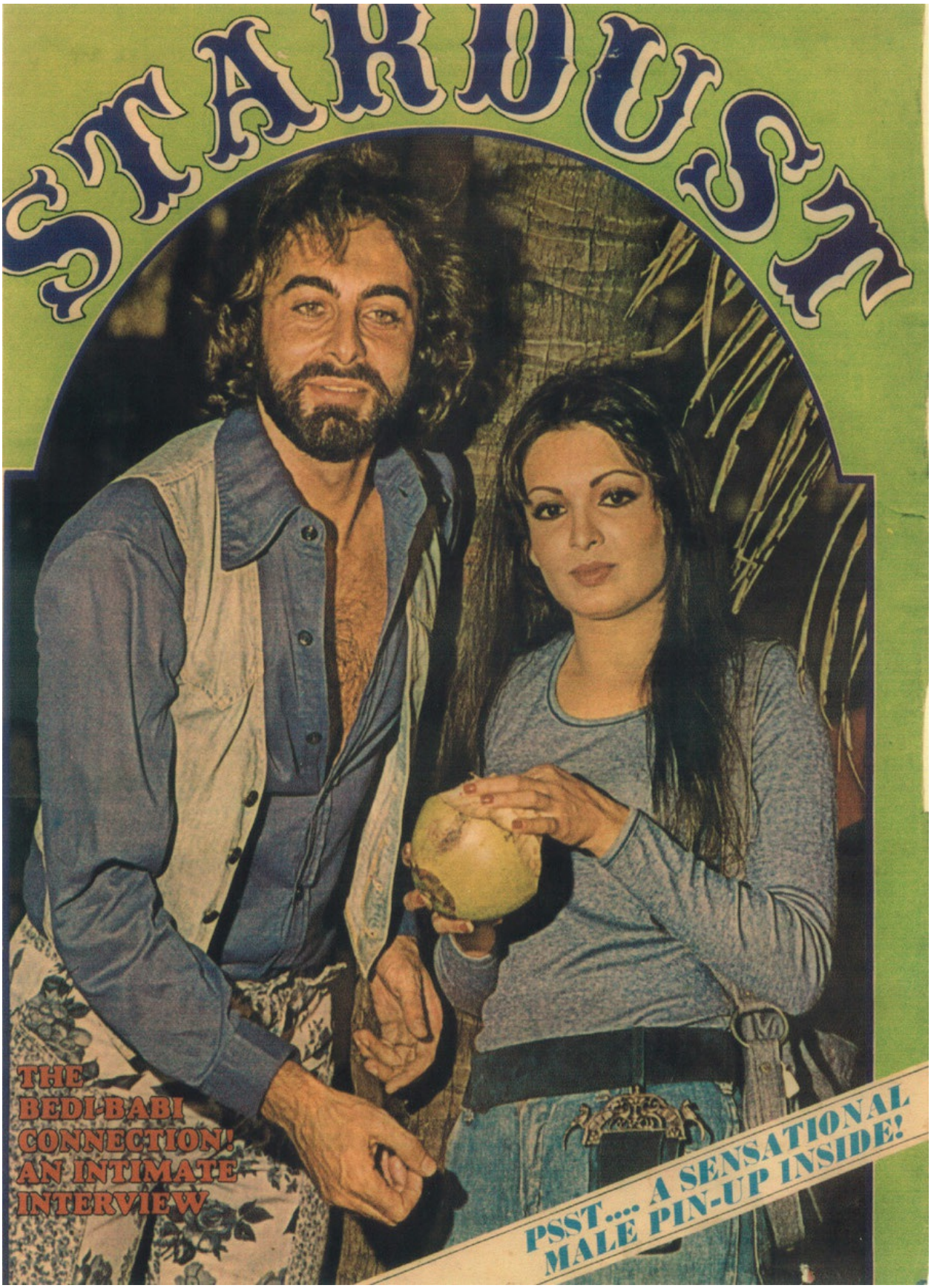
ESCLUSIVO In posa per Sorrisi i nuovi naufraghi di Simona Ventura

L'Isola dei famosi 2

SORRISI € 1,30 - A € 2,20 - D € 2,95 - GB £ 1,80 - SP € 2,20 - F € 2,60 - LUX € 2,25 - GR € 2,20

Anno LIII - Poste Italiane spa - Sped. in A.P. - D.L. 353/03 art. 1, comma 1, DCB Verona

STARDUST



THE BEDI BABI CONNECTION! AN INTIMATE INTERVIEW

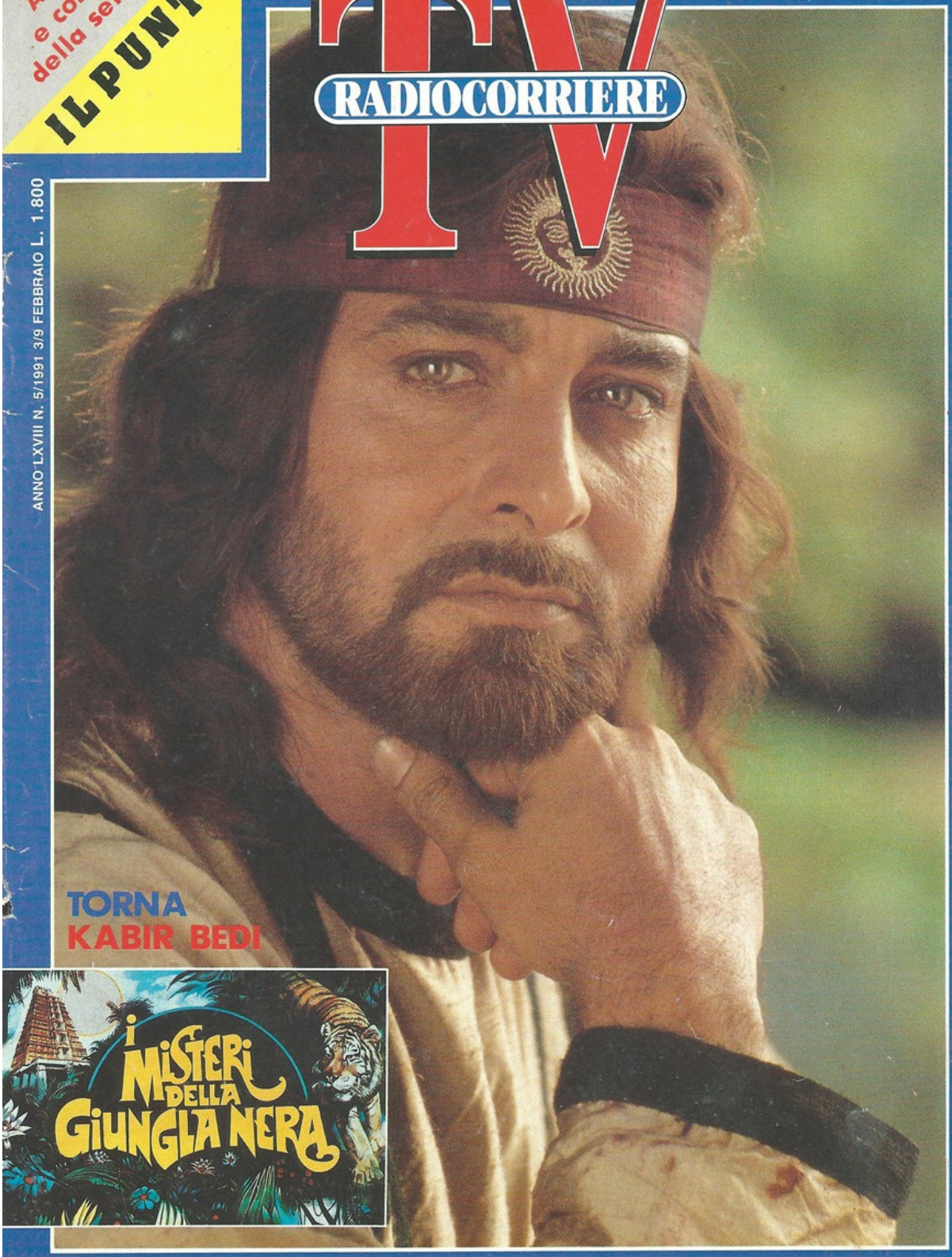
PSST.... A SENSATIONAL MALE PIN-UP INSIDE!

Attualità e commenti della settimana

IL PUNTO

TV RADIOCORRIERE

ANNO LXVIII N. 5/1991 3/9 FEBBRAIO L. 1.800



TORNA KABIR BEDI


FEBRUARY 2011 • ₹100
the MAN
THE WEEK
THE LUXURY MAGAZINE FOR THE DISCERNING MALE
WE ARE
CRICKET CRAZY!
THRILLS & SPILLS–WHAT TO LOOK FORWARD TO!
KAREENA KAPOOR'S LAST CHANCE
WORLD'S MOST LUXURIOUS TRAIN RIDES
EXCLUSIVE INTERVIEWS:
COLIN FIRTH
SOMDEV DEVVARMAN
BHARAT SIKKA
PHILIPPE STARCK'S DESIGN VENTURE IN INDIA
MUST-HAVE SPRING FASHION
KABIR BEDI
ON LIVING A MAVERICK'S LIFE (AND SURVIVING!)
theman.in
9 770975 224206

Nr. 25 13. Juni 1979 – DM 1,30 bei Hauslieferung zuzügl. Zustellgebühr · öS 11,– · Lire 750,– · Ptas 75,– · sfr 1,70 · Printed in Germany C 1917

BRAVO

Mit Foto-Love-Story

SUPERSTAR
KABIR BEDI in neuem Film



NEU! STARSCHNITT
VILLAGE PEOPLE in Lebensgröße

NEUE SERIE:
Verführt
Vergewaltigt
Verprügelt
Ein Mädchen packt aus

3 POSTERS



LESLIE



JODIE



STATUS QUO

AUFKLÄRUNG:
Gute Tips für erste Liebe

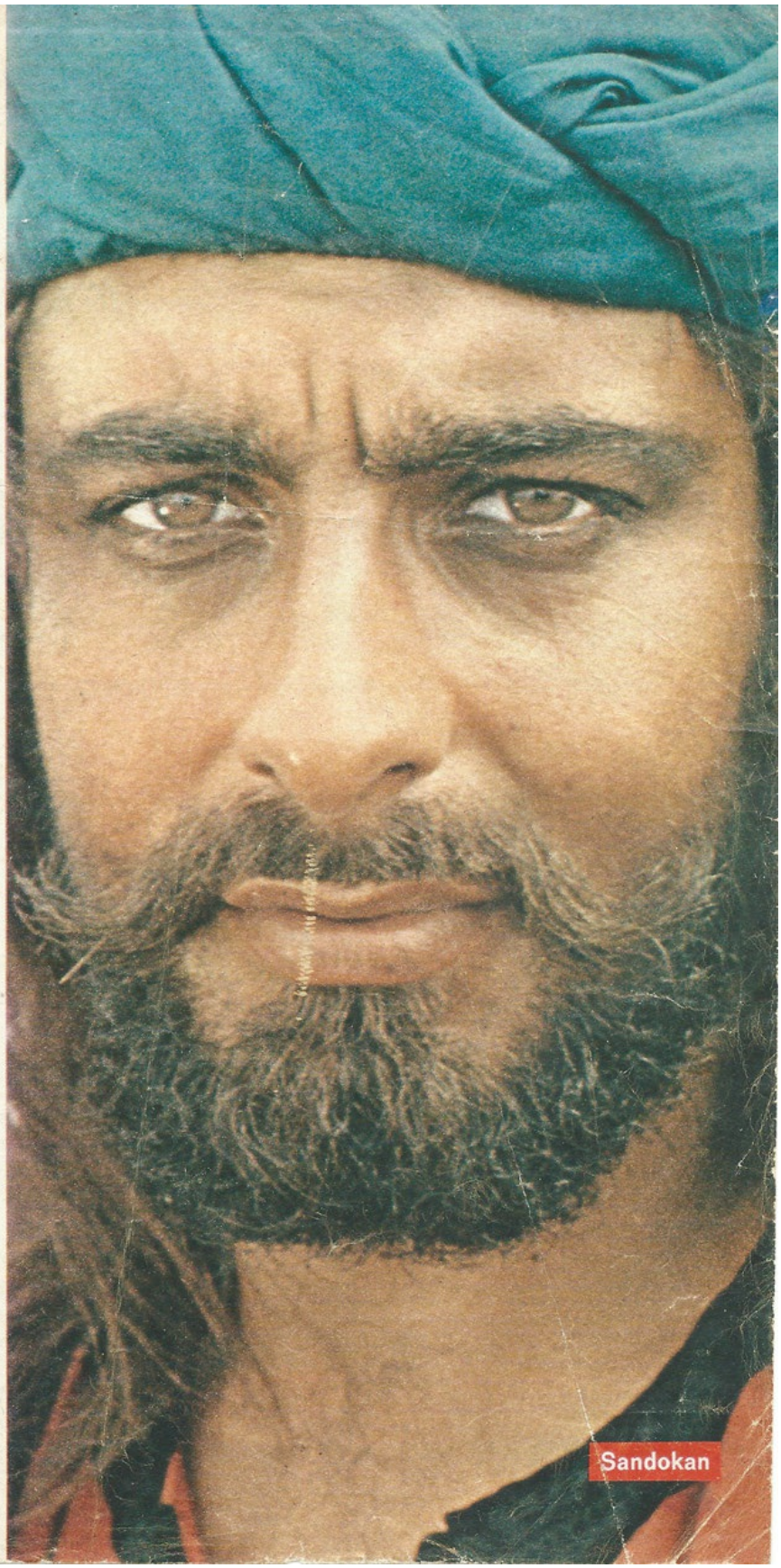
télé 7 JOURS

du 19 au 25 juin

Un sondage exclusif SOFRES-TÉLÉ 7 JOURS

LES FRANÇAIS LA POLITIQUE ET LA TÉLÉVISION

N° 840 - 19 JUIN 1976
BELGIQUE-LUX.. 22 FB
SUISSE..... 1,70 FS
2,50 F



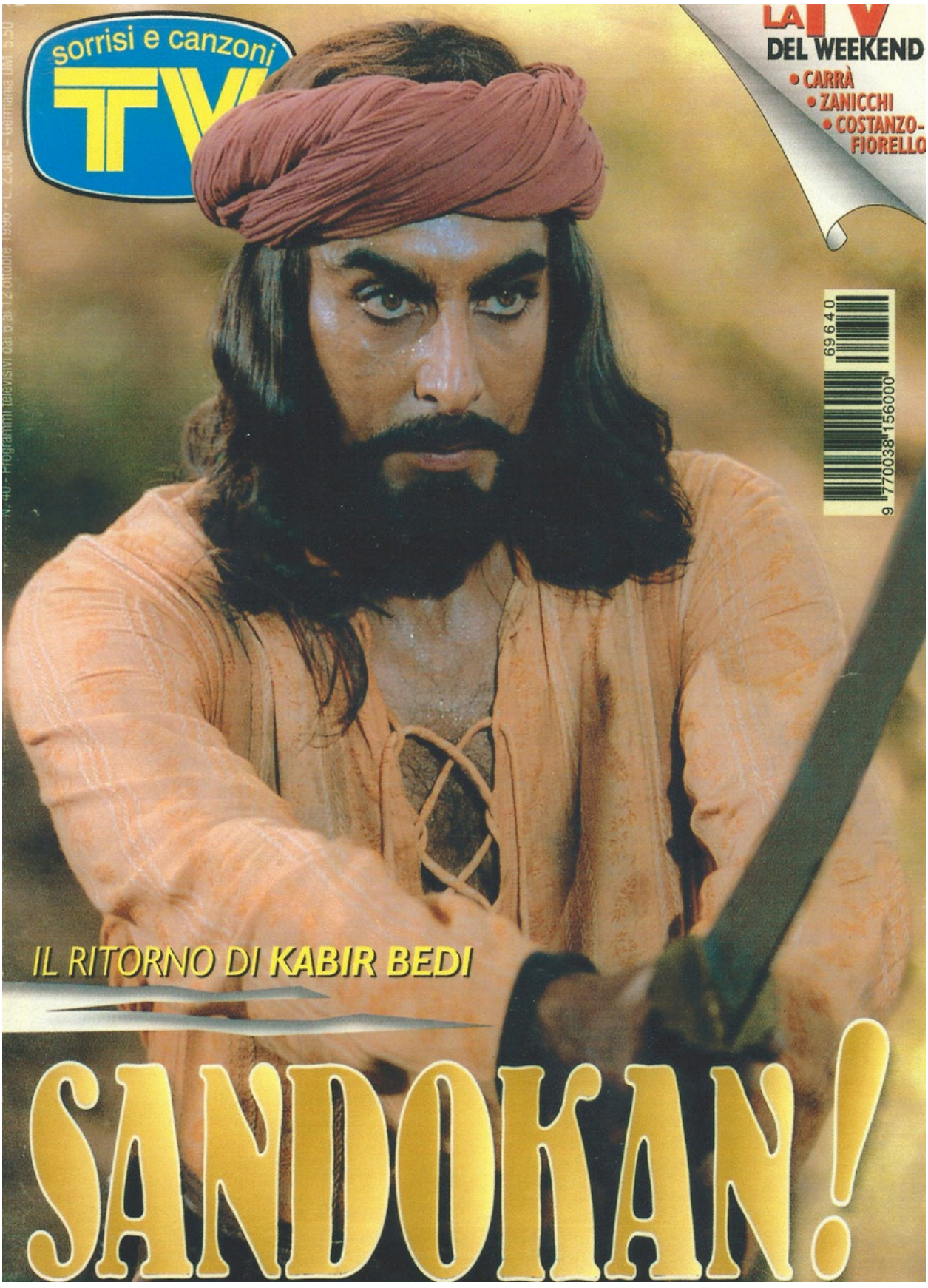
Sandokan

N. 40 - Programmi televisivi dal 6 all'12 ottobre 1990 - L. 2.500 - Settimana DM 5.50

sorrisi e canzoni TV

LA TV DEL WEEKEND
- CARRÀ
- ZANICCHI
- COSTANZO-FIORELLO

9 770038 156000 69640



IL RITORNO DI KABIR BEDI

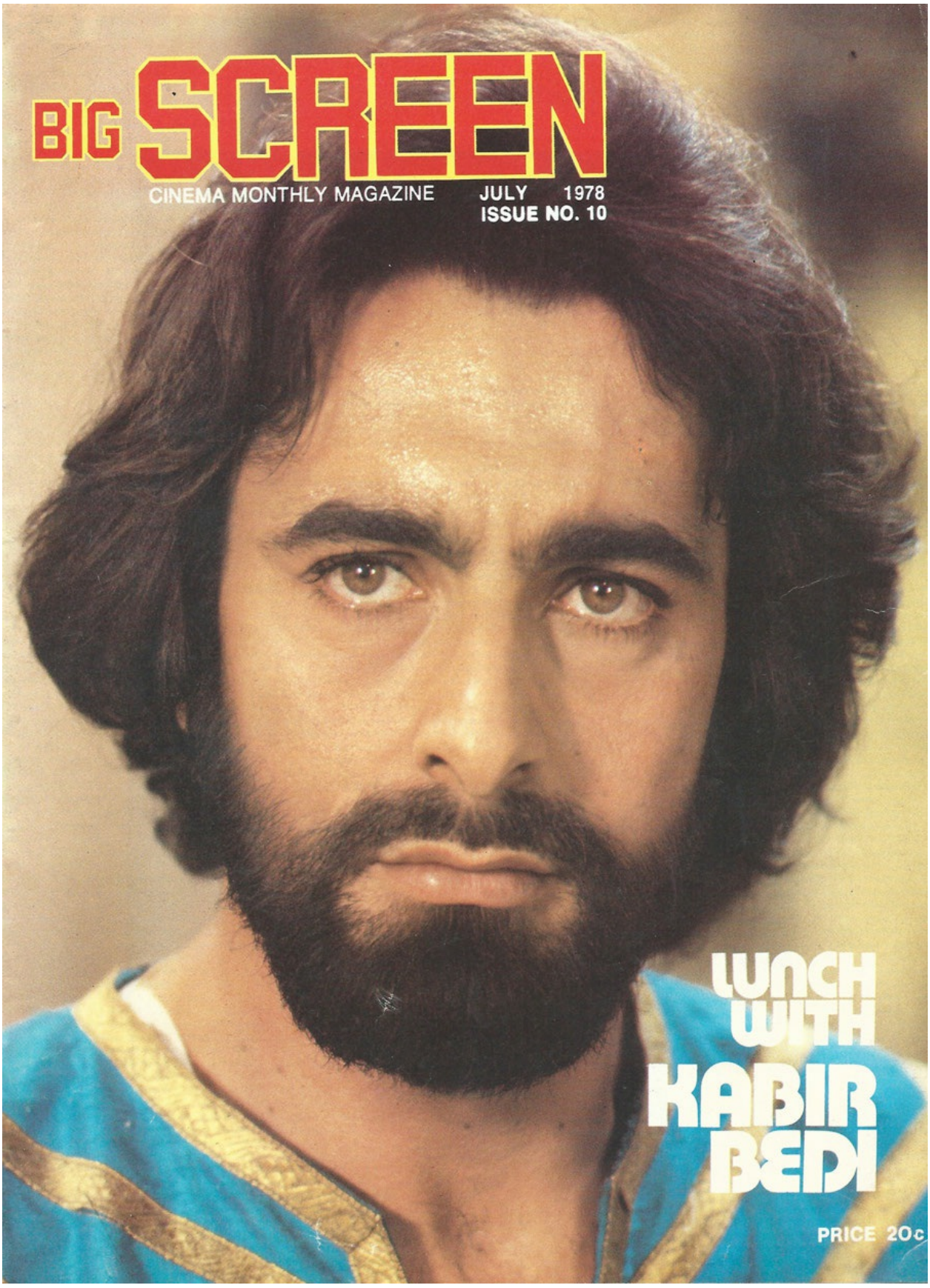
SANDOKAN!

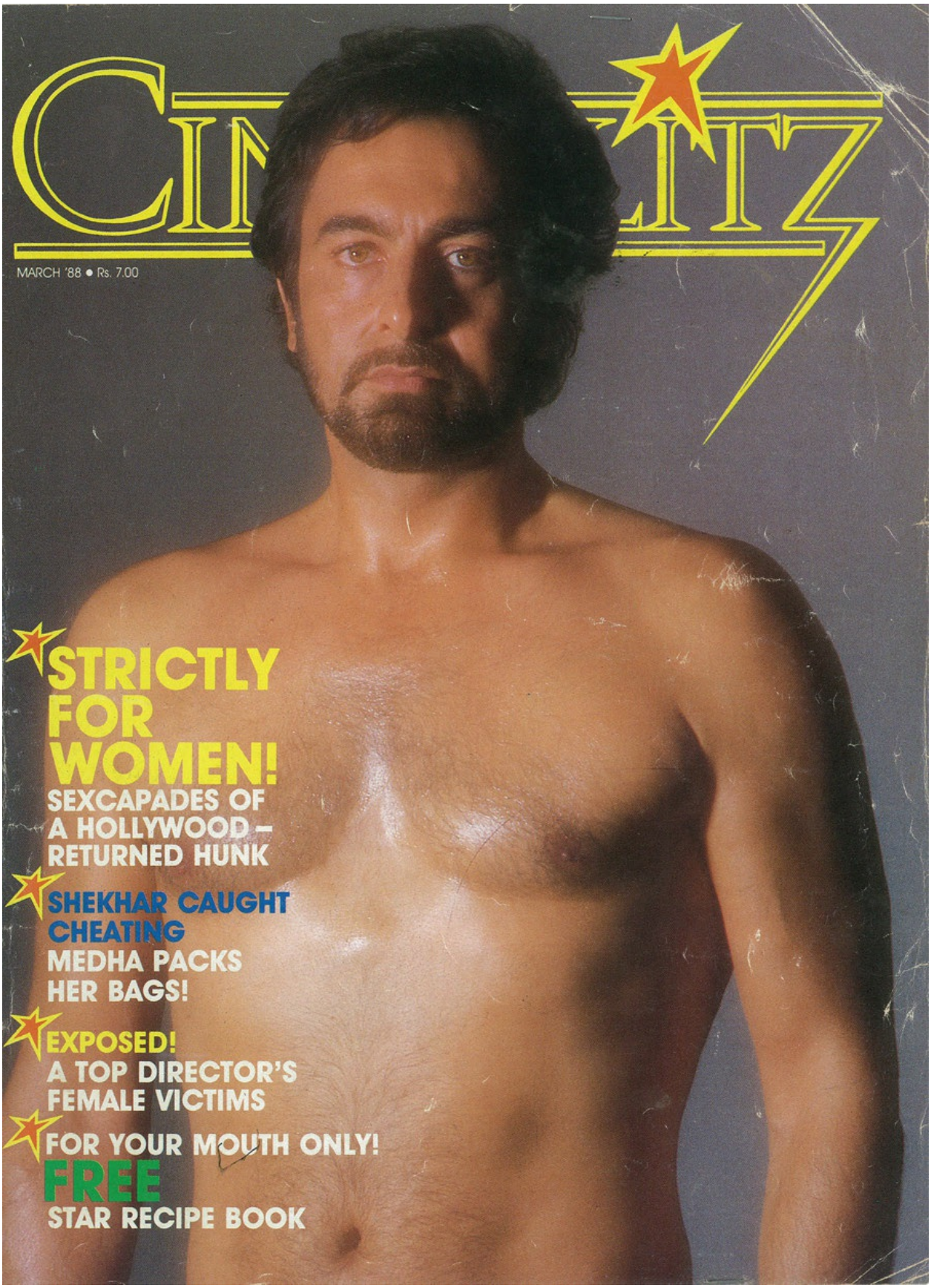
Ab nä

Der Dieb von



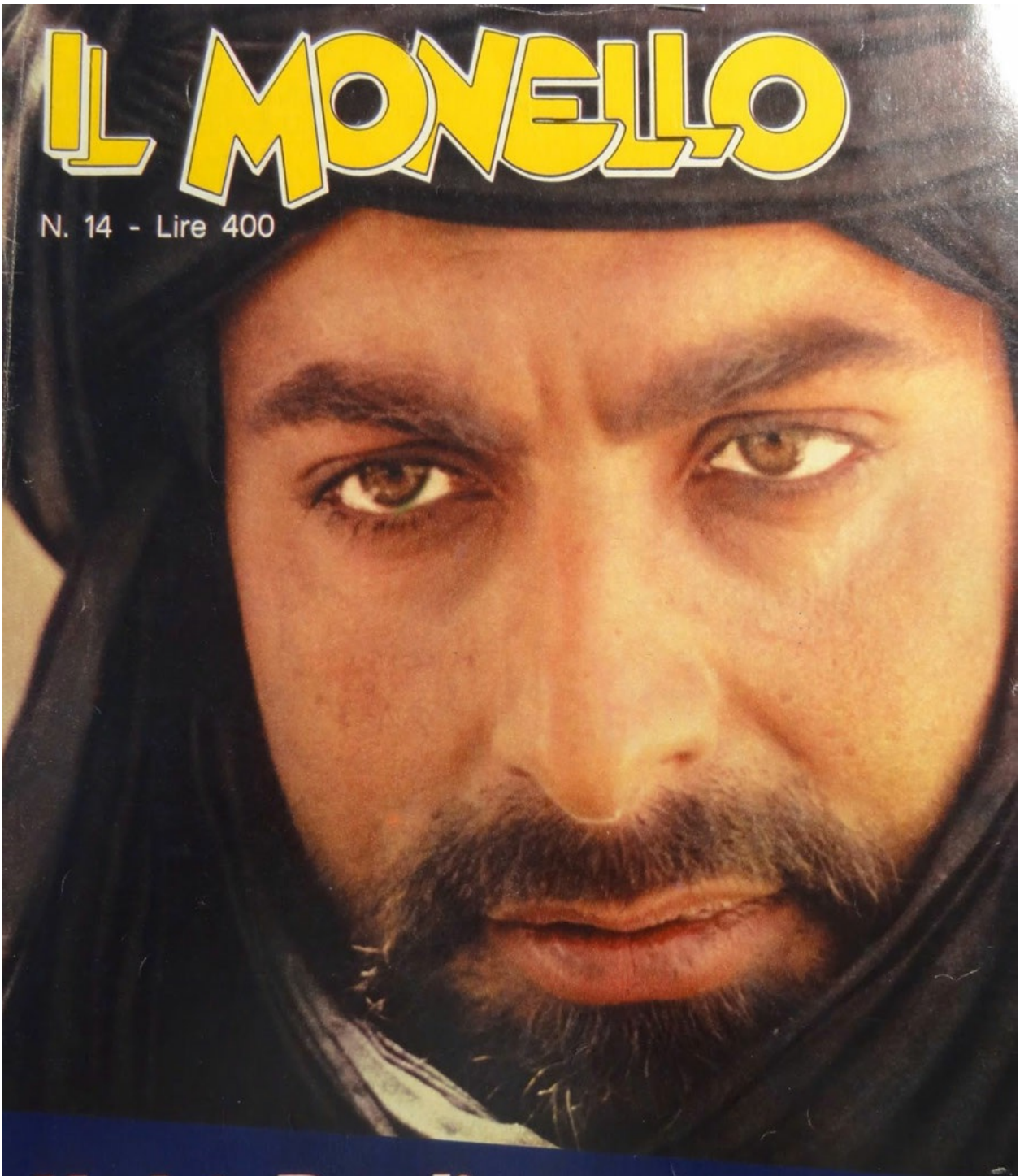
Nach „Sandokan" wieder in einer Abenteurer-Rolle: Kabir Bedi als schwertschwingender orientalischer Prinz


BIG SCREEN
CINEMA MONTHLY MAGAZINE
JULY 1978
ISSUE NO. 10
LUNCH WITH KABIR BEDI
PRICE 20c


CINEBLITZ
MARCH '88 • Rs. 7.00
STRICTLY FOR WOMEN!
SEXCAPADES OF A HOLLYWOOD – RETURNED HUNK
SHEKHAR CAUGHT CHEATING
MEDHA PACKS HER BAGS!
EXPOSED!
A TOP DIRECTOR'S FEMALE VICTIMS
FOR YOUR MOUTH ONLY!
FREE
STAR RECIPE BOOK

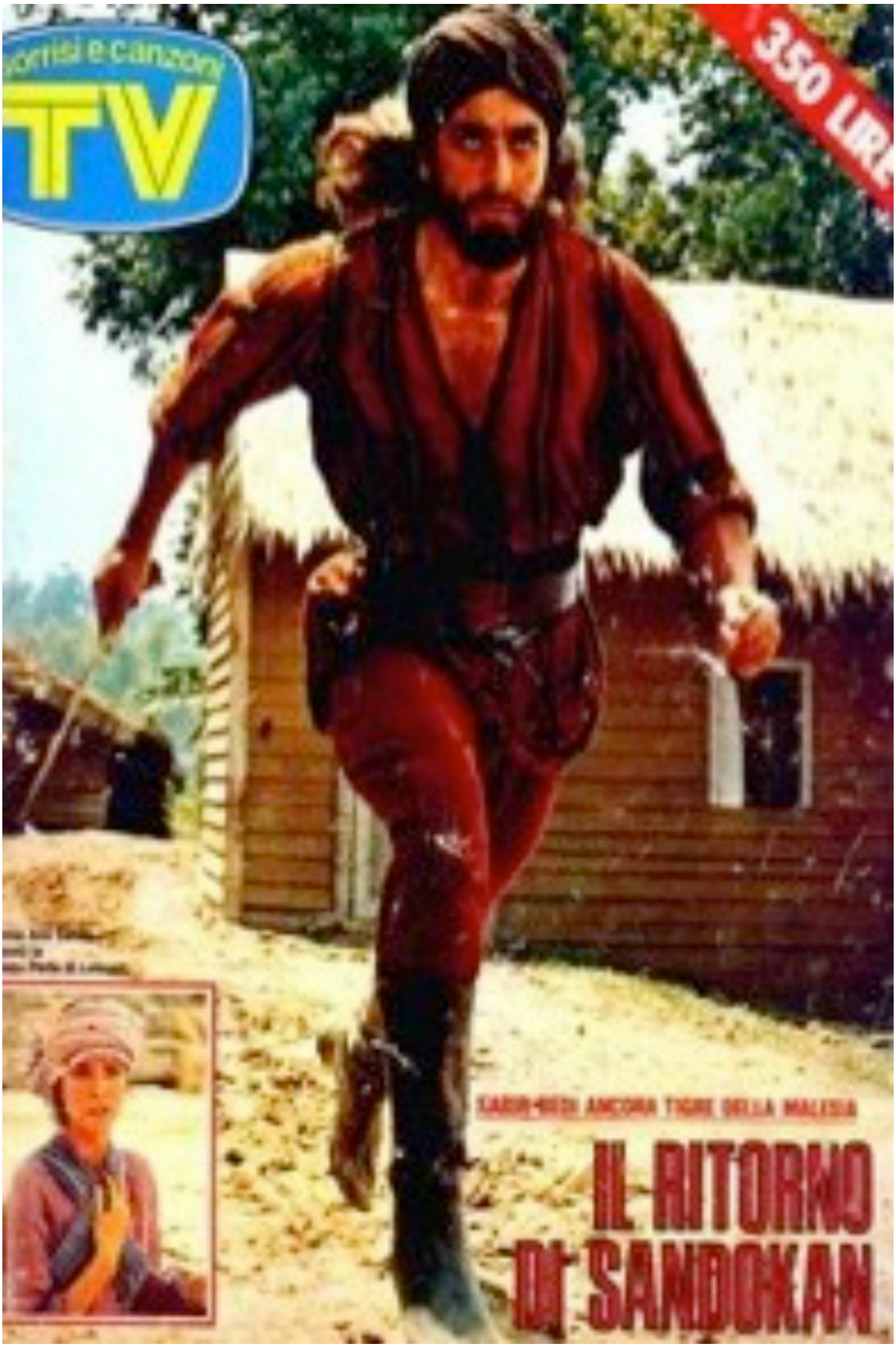
IL MONELLO

N. 14 - Lire 400



Kabir Bedi

Hollywood trema: arriva Sandokan!


sorrisi e canzoni
TV
350 LIRE
IL RITORNO DI SANDOKAN

N. 7 - Programmi televisivi dal 18 al 24 febbraio 1990 - L. 1.600

SILVIO BERLUSCONI EDITORE

sorrisi e canzoni TV
Anno XXXIX - Sped. in abb. post.

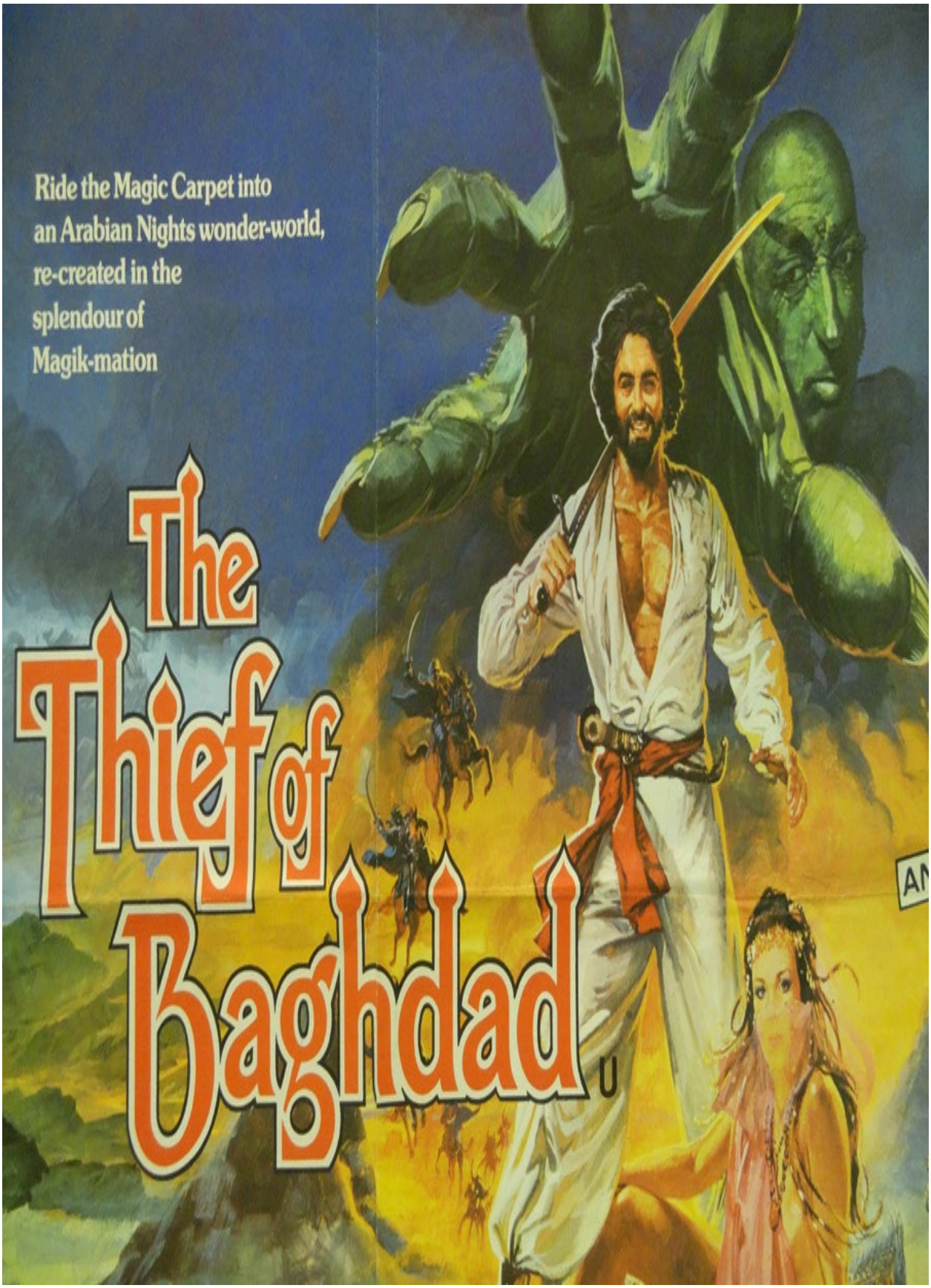
BINGO
LE CARTELLE PER GIOCARE

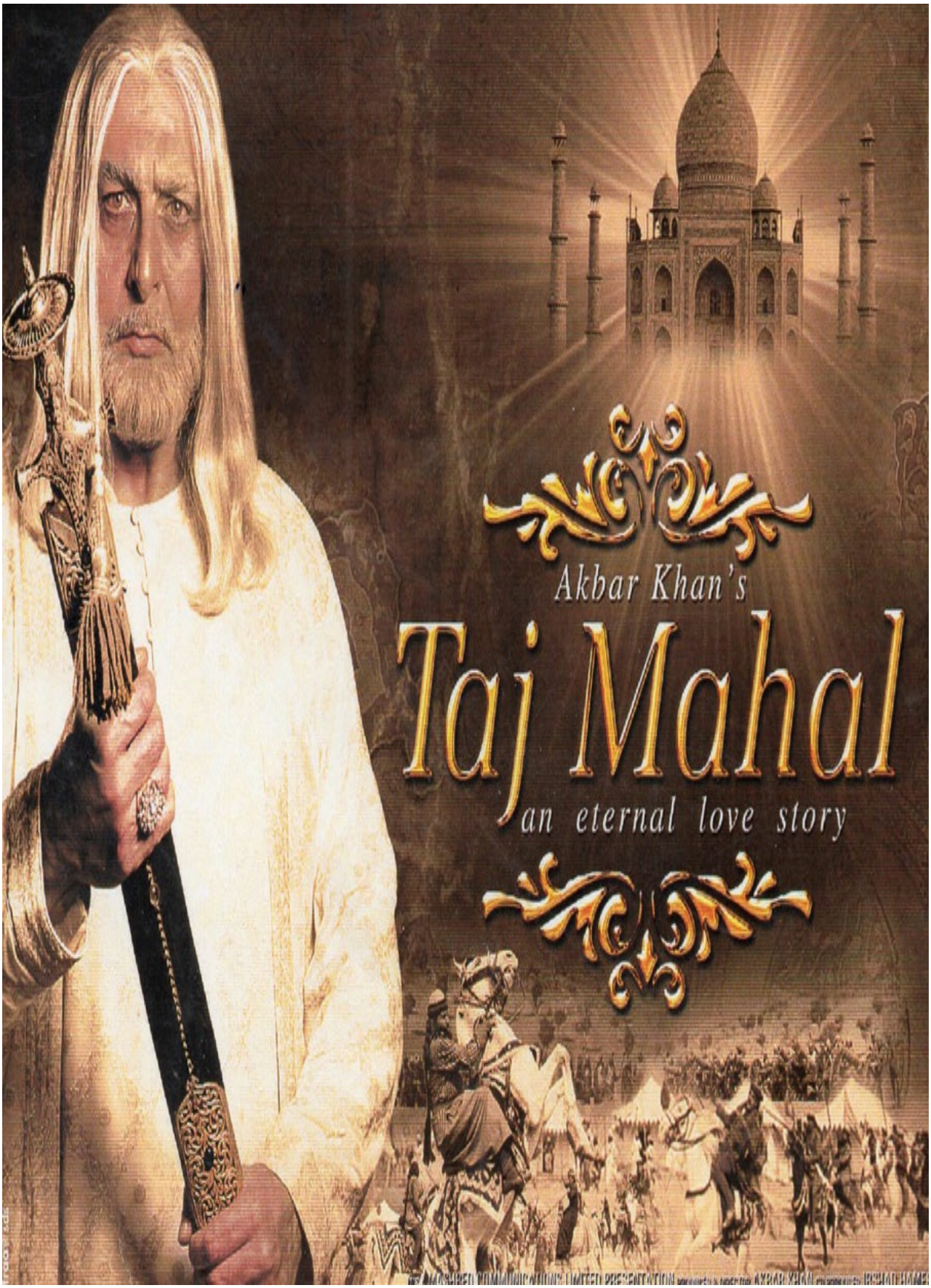


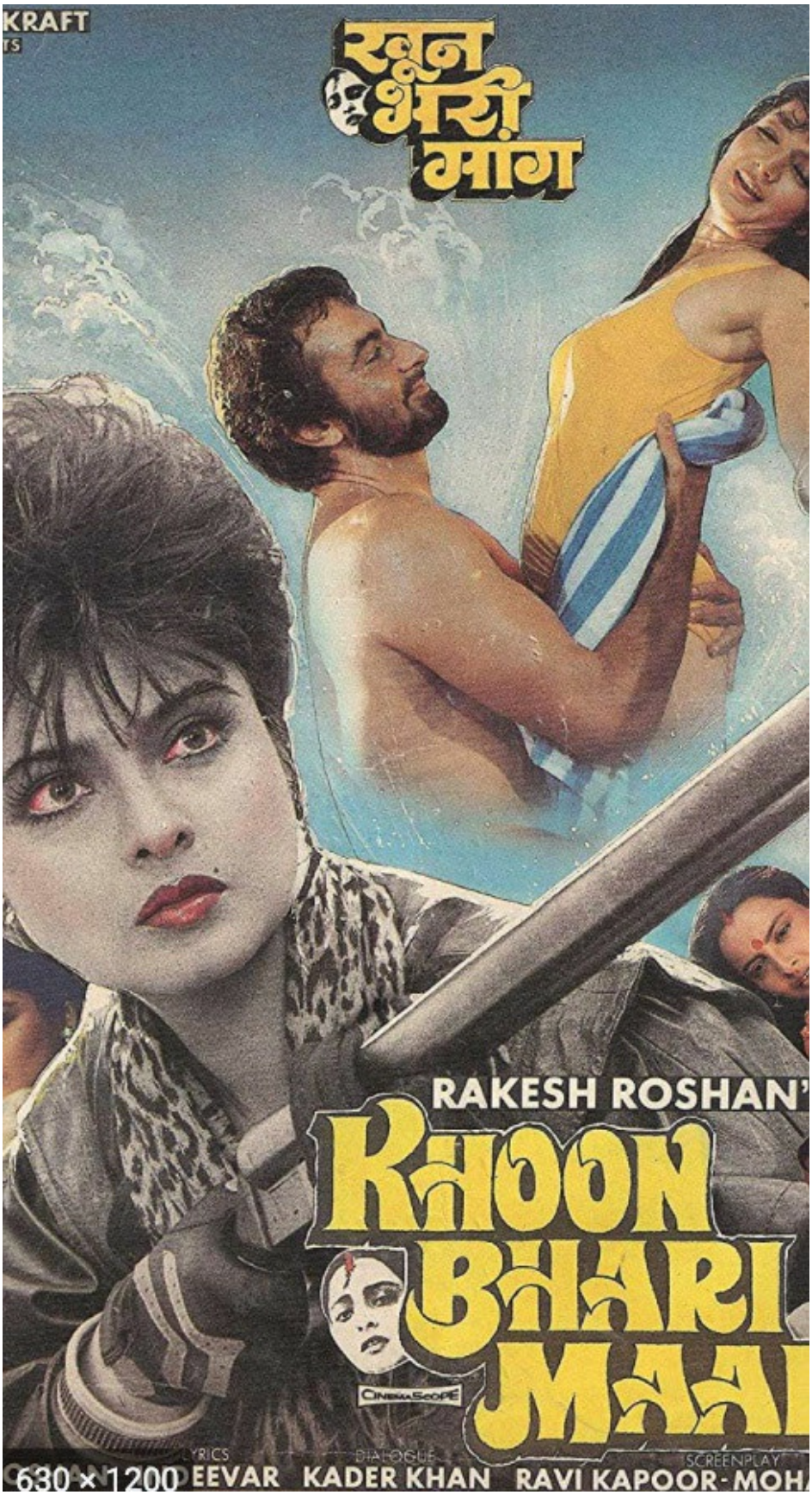
Da sinistra, i protagonisti del film Tv: Stacy Keach (48 anni), Virna Lisi (52), Kabir Bedi (45).

RITORNA IL MONDO DI SANDOKAN

I MISTERI DELLA GIUNGLA NERA


Ride the Magic Carpet into
an Arabian Nights wonder-world,
re-created in the
splendour of
Magik-mation
The Thief of Baghdad
U


Akbar Khan's
Taj Mahal
an eternal love story


KRAFT
खून भरी मांग
RAKESH ROSHAN'
KHOON
BHARI
MAA
CINEMASCOPE
LYRICS
DIALOGUE
SCREENPLAY
EEVAR
KADER KHAN
RAVI KAPOOR-MOH
630 × 1200



Agradecimientos por este libro

A Parveen Dusanj, mi esposa, por su apoyo incansable para que este libro se hiciera realidad. Sus consejos, críticas y opiniones lo han mejorado considerablemente, y me protegió de infinitas distracciones proporcionándome libertad para escribir. No podría haberlo hecho sin ella, que incluso eligió la fotografía para la portada.

Por publicar mi libro en el subcontinente indio: Gautam Padmanaban, CEO de Westland Books; mi extraordinaria editora Karthika V. K.; y el gran equipo de Westland: Sonia Madan, Arunima Mazumdar, Shweta Bhagat, Shwetha V. y Saurabh Garge por su ayuda y sus valiosas iniciativas.

Por su sabiduría y su asesoramiento: Gerson da Cunha, mi gurú de cuando trabajaba en publicidad; Andrew Whitehead, periodista, historiador y escritor; y Carlo Pizzati, periodista, escritor y gran amigo.

Por darme su consentimiento para citarlos, los autores de las tres magníficas biografías de mi madre:

Andrew Whitehead: The Lives of Freda Bedi: The Political, Spiritual y Personal Journey of Freda Bedi (Speaking Tiger Publishing).

Norma Levine: The Spiritual Odyssey of Freda Bedi (Shang Shung Publications).

Vicki Mackenzie: The Revolutionary Life of Freda Bedi: British Feminist, Indian Nationalist, Buddhist Nun (Shambala Publications).

Por sus sabios consejos sobre mi manuscrito: Raunaq Roy, Sonya Dutta Choudhry y Mickey Nivelli.

Por la magnífica fotografía de la portada: Terry O'Neill.

Por la foto informal del autor para la contraportada y la solapa: Vikram Bawa.

Por la foto de mi madre en la contraportada: John Hills.

Por las fotos personales: Nikki Bedi, Pooja Bedi, Adam y Melissa Bedi, Alaya y Omar Furniturewalla.

Por las fotos históricas: archivos y álbumes de la familia Bedi.

Por la fotografía de Sergio Sollima: Samanta Sollima.

Por las fotos de la película de James Bond: DANJAQ.

Por las fotografías de mis papeles: todos mis productores de cine, televisión y teatro.

Por insistir durante años en que escribiese este libro: Vinay Sinha, Johny Bakshi, Roy Patrao y Shekhar Kapur, mis mejores y más leales amigos.

Por su amor y su apoyo mientras escribía: la madre de Parveen, Mohinder Dusanj, y la familia Dusanj (Parvinder y Kiran, Kalvinder y Tom, Suki y Giuliano, Nin y Aftab, y Kuldeep). Desde aquí doy la bienvenida al mundo a los bebés de su próxima generación: Esmeralda, Nevaeh y Amara.

Por su apoyo incansable y su dedicación: Liyaqat Hussain, Anita Tamang, Suman Adekar y David Nadar, mis entregados asistentes.

Diseño del libro y la portada: BUUKS. Coordinación: Aashish Agarwal. Diseño de la portada: Surendran Boopalan. Maquetación: Ranganayagalu J., Dhanasekar Perumal y Shanmuga Sundaram. Edición: Yashas Mahajan. Revisión: Rekha Menon. Equipo de gestión: Sakhi Ahamed, Sandra Sherin Naren, Pravinraj M.

Gracias a todos los que han inspirado los capítulos que he escrito:

Los Beatles, mis ídolos del pop.

Protima Bedi, mi primera esposa y compañera.

Parveen Babi, mi luminoso y trágico amor.

Baba y Freda Bedi, mis magníficos padres.

Siddhartha Bedi, mi inteligente y sensible hijo; aún le sigo llorando.

Pooja y Adam Bedi, mis maravillosos hijos; los quiero con locura.

Alaya F. y Omar Furniturewalla, mis brillantes nietos.

Ixchel Leigh, mi cariñosa esposa durante los años 80 en Hollywood.

Nikki Bedi, mi vivaracha esposa durante doce años y ahora mi amiga.

Todos los directores y productores con los que he trabajado.

Mis profesores, gurús y filósofos, y los fundadores de todas las religiones.

Sus santidades el Dalai Lama, el papa Juan Pablo II y Karmapa XVI.

Parveen Dusanj, mi amantísima esposa, por ser la culminación perfecta para mi historia.

Notas al pie

1 Captain Kundalini fue uno de los seudónimos que usó John Lennon. (N. de la T.).

2 «Imagínate en una barca en un río con árboles de mandarina y cielos de mermelada. Alguien te llama, respondes despacio, una chica con ojos caleidoscópicos». (N. de la T.).

3 Tía. Es el tratamiento habitual para las mujeres de la generación de la madre. (N. de la T.).

4 Bolas de queso cocinadas en sirope. (N. de la T.).

5 Empanadillas. (N. de la T.).

6 Señor Dev. (N. de la T.).

7 Practicantes de una forma de ascetismo hindú. (N. de la T.).

8 Mezcla de especias refrescante y digestiva con ingredientes adictivos. (N.de la T.).

9 Arroz inflado rehogado con verduras. (N.de la T.).

10 «Aquí está pasando algo, pero no sabes qué, ¿verdad, señor Jones?». (N. de la T.).

11 Traje compuesto por un pantalón ancho (salwar) y una camisa larga (kameez). (N. de la T.).

12 Pantalón muy holgado hecho con una tela que se cruza plegada y se ata a la cintura. (N. de la T.).

13 Celebración de la mayoría de edad religiosa equivalente a la confirmación católica. (N. de la T.).

14 «Feliz el hombre, y feliz solo aquel que puede llamar suyo el día de hoy y decir con confianza al mañana: ya puedes venir torcido, que hoy he vivido». (N. de la T.).